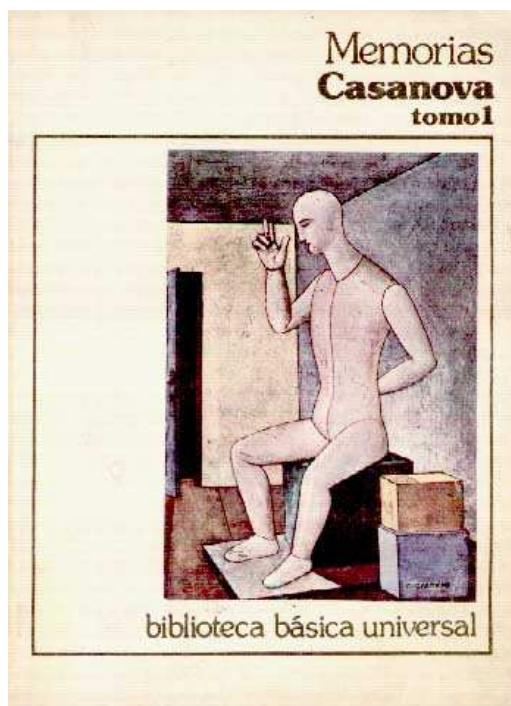


Giacomo Casanova

Memorias

Selección - Tomo 1

Comentario [LT1]:



Estudio preliminar y selección:

Margarita B. Pontieri

Título original: Histoire de ma vie.

ESTUDIO PRELIMINAR

"Mi madre me trajo al mundo el 2 de abril de 1725, en Venecia. Hasta mi noveno año fui estúpido. Pero tras una hemorragia, de tres meses, me mandaron a Padua, donde me curaron, recibí educación y vestí el traje de abate para probar suerte en Roma. En esta ciudad, la hija de mi profesor de francés fue la causa de que mi protector y empleador, el cardenal Acquaviva, me despidiese. Con dieciocho años entré al servicio de mi patria [Venecia] y llegué a Constantinopla. Volví al cabo de dos años y me dediqué al degradante oficio de violinista... pero esta ocupación no duró mucho, pues uno de los principales nobles venecianos me adoptó como hijo. Así, viajé por Francia, Alemania, fui a Viena..."

Así refiere en sus *Memorias*, Giacomo Casanova, el inicio de su vida. De él se sabe todo, o casi todo. Dejó de sí mismo y de sus muchas aventuras una minuciosa descripción: detalló las vicisitudes de su existencia, desnudó su desconcertante psicología y narró hasta sus más insignificantes acciones. La difusión y la celebridad de esta *Historia de mi vida*, más conocida como *Memorias*, hizo de Casanova un símbolo de tipo humano, sinónimo de seductor desprejuiciado, de conquistador irresistible, de maratonista del sexo. A estas páginas debe su fama el veneciano, otorgada más por la posteridad que por sus contemporáneos. Fueron sin duda sus excepcionales dotes donjuanescas las que le aseguraron inmortalidad; pero si fue un irresistible seductor de mujeres, de todas ellas —feas, lindas, condesas, campesinas, esbeltas, contrahechas—, sería injusto y falso considerarlo nada más que eso. Porque por encima y más allá de episodios amorosos fue filósofo, financista, diplomático, cabalista, embaucador, tramposo y un notable escritor.

Por lo demás, nadie mejor que él encarnó el espíritu nómada, cosmopolita, culto y amante del placer que caracterizó a su época. Los doce tomos de sus *Memorias*, al margen del erotismo de decenas de aventuras, reflejan fielmente a vastos sectores de la sociedad europea del siglo XVIII. Siglo cuya caracterización como el momento del dominio de la inteligencia, de la razón, incluso del ingenio, está muy difundido, pero que es menos conocido como el espacio donde el choque de contrapuestas corrientes del pensamiento, de procesos socio-económicos —uno, en ascenso, otro en retroceso—, modifican costumbres, difunden nuevos usos y prestigios, definen figuras sociales arquetípicas. Son fenómenos consecuentes: licencia en las costumbres, abundancia de mujeres intelectuales, de hombres de letras, aparición del literato profesional, del aventurero —sedentario o noque ya no es hombre de armas y que explota los vicios de un mundo que se descompone, del hechicero que aprovecha "un fondo de credulidad supersticiosa que la razón no ilumina", proliferación del francmasón, "oficialización" de la amante donde la virtud y la austeridad no están a la moda, un mundo europeo que descubre y recorre el espacio de su propio continente con un sentido de unidad; todo el que puede, que es alguien, viaja, se traslada de un país a otro, de una ciudad a otra, etc. Dentro de este marco, Casanova nos ofrece el ejemplo más acabado de aquel aventurero dieciochesco y en las páginas de sus *Memorias* desfila una galería de personajes típicos; damas galantes, actrices, pícaros y caballeros, trotamundos y cortesanos, tahúres, nigromantes, mujeres y hombres de letras, sacerdotes donjuanescos, gobernantes ilustrados. Son la imagen de aquel mundo del siglo XVIII que pocos autores han logrado describir con tanta sagacidad y verosimilitud como Casanova. Quizá sea por ello que Paul Hazard califica a las *Memorias* como "el más vivido monumento de aquel siglo singular".

Giacomo Casanova nació —como él mismo lo relata— en 1725 en Venecia y murió el 4 de junio de 1798 en el castillo de Dux (Bohemia). Hijo de un aventurero y de una actriz de segunda categoría, creció en un medio de pequeña burguesía. Su nacimiento veneciano le proporciona el

primer material para descubrir la sociedad en que hará tantos experimentos; desde los ocho aflos empieza a observar el mundo, motivado por una gran curiosidad hacia las cosas de la vida. Observa así una ciudad fastuosa y brillante, dominada por una oligarquía que procura conservar el honroso y aun afortunado papel que hereda del pasado, cuando Venecia era la capital financiera del continente. Europa entera todavía admira la sabiduría política de la ciudad, pero la situación de Venecia ha variado y es ya irreversiblemente declinante. Desde principios de siglo, ahogada económicamente por la creación de los puertos francos de Ancona y Trieste, y por otros problemas peninsulares, Venecia sobrevive alegremente. "En Venecia —dice un personaje de Goldoni— hay diversiones para todo el que las quiera". La ciudad ofrece al jovencito un espectáculo en el que no tardará mucho en actuar como protagonista y que describirá hacia el final de su vida. Después de varias escapadas sin importancia y de muchos problemas de salud, abandonado por su madre, es educado por su abuela y llevado a estudiar a Padua donde pronto es un precoz y experto mundano. Es entonces cuando ubica en sus *Memorias* el relato de sus primeros amores; se enamora a los quince años de una Bettina, pero descubre que ella está enamorada de otro joven; entonces halla un subterfugio para hacerla pasar por endemoniada y desquiciar su vida. La muchacha se altera y es tomada por loca.

Destinado a la carrera eclesiástica por su abuela, recibe en Venecia las órdenes menores en tanto va afianzando relaciones sociales y participa de nuevas aventuras amorosas. Sus amores con Giuletta, Lucia, Nanetta son descriptos en las *Memorias* y muestran cómo el joven aspira al goce en todas sus formas, sin verse afectado por escrúpulos morales. Perdido el padrinazgo de su protector —el senador Malipiero—, el emprendedor muchacho de dieciocho años es expulsado del seminario tras un escándalo; lo encierran durante unos meses en un fuerte, pero ni siquiera allí halla tranquilidad.

De aventura en aventura se ve obligado a marcharse de Venecia. Vive en Chioggia, hace un peregrinaje a Loreto y después va a buscar fortuna a Roma; decepcionado, se traslada de allí a Nápoles. Vuelve a Roma y entra al servicio del libertino cardenal Acquaviva y nuevos episodios le alegran la existencia. Desde aquel momento —1750— se inicia la vida viajera y verdaderamente aventurera de Casanova que pronto deja el hábito eclesiástico por el traje militar o cortesano, y forma en el séquito de este o aquel gran señor. Marcha a Francia e ingresa en la masonería.

Protagonista siempre de intrigas, amante del juego y de las mujeres, vivió en París, Dresde, Praga y Viena; conoce así los móviles, ambiciones y vicios de la sociedad. Veinte años después se halla de nuevo en Venecia con el agregado de un título de origen oscuro: caballero de Seingalt. Allí es apresado y encarcelado por los Inquisidores del Estado por acusaciones de practicar la nigromancia e impiedad. Encerrado en la famosa fortaleza de los Plomos, consigue huir mediante una fuga que él presenta como prodigiosa aunque de hecho hubo en ella soborno y presiones externas.

Reanuda sus andanzas por Europa, desde Londres y Madrid hasta Moscú y Constantinopla, ya como financista o diplomático, como ocultista, publicista o estafador. Pasa de las cortes de Federico el Grande, José II y Catalina de Rusia a la cárcel londinense, de la conversación con Voltaire y Rousseau a la relación amistosa con prostitutas y rufianes, o charlatanes como Cagliostro; del duelo con el general polaco Braniski a las peleas de taberna.

En Francia se hace empresario y establece una fábrica de tejidos que quiebra al poco tiempo y organiza una lotería que funciona hasta mediados del siglo XIX. Obligado a abandonar París por el cúmulo de deudas, marcha a Munich, pero regresa nuevamente a la capital francesa. Allí, punto de

reunión de la *intelligenza* y el cosmopolitismo del continente, es protegido por la marquesa de Pompadour; incursiona entonces en la corte y los salones, pero pierde en el juego una fortuna. Marcha a España, pergeña una estafa y es encarcelado en Barcelona. De pronto siente nostalgia de su tierra; procura entonces congraciarse con las autoridades venecianas para facilitar el retorno a la patria. Al cabo de un año obtiene autorización para volver. Vuelve en 1774, y para hacerse perdonar la fuga de veinte años antes, actúa como agente y espía de los Inquisidores. Con todo, un panfleto que redacta por una buena paga contra el Inquisidor Grimaldi lo aleja para siempre de la ciudad-puerto. Hasta aquí el conocimiento pormenorizado de su vida, que se obtiene de las páginas de las *Memorias*; la partida de Venecia les pone fin. Por qué las interrumpió en este punto es algo que no lo dice ni lo sabemos.

Arruinado, vuelve a París y en los salones literarios encuentra a un viejo amigo, el conde de Waldstein, que lo nombra bibliotecario de su castillo de Dux. Allí permanece los últimos doce años de su vida, amargado, sin dinero y acosado por enfermedades; allí redacta las *Memorias* y otras obras y muere a la edad de setenta y tres años.

Aunque en sus *Memorias* no menciona escrito alguno, Casanova escribió cuarenta y tres obras entre novelas, libelos, poesías, epistolarios y memorias. Algunas alcanzaron más de quince ediciones, otras han sido olvidadas justificadamente.

Cronológicamente la primera es el *Epistolario* que comprende centenares de cartas dirigidas a gobernantes, cardenales, abates, profesores, militares, actrices, viejas amigas. Los temas son variados, amor, economía, política, diplomacia, literatura; la primera data de la fuga de los Plomos (1765) y la última es de tres días antes de su muerte. En ellas, no sólo habla de todo sino que arremete contra el mundo: condena, absuelve, polemiza.

De 1769 es la *Refutación a la historia del gobierno veneciano de Amelot de Houssaie*; estas ochocientas páginas fueron redactadas para obtener el apoyo del gobierno veneciano. Sin duda es una obra tendenciosa donde Casanova ataca los supuestos "excesos" de los racionalistas que combatían los abusos de autoridad de la Serenísima veneciana; insiste en que escribe por amor a la verdad y a la patria. De hecho, el móvil es menos noble: procura congraciarse con el poder.

Cabe mencionar asimismo la *Historia de las turbulencias de Polonia*, de 1772, donde no puede ocultar sus falencias como historiador; la *Epístola de un licántropo*, uno de sus mejores trabajos, editada en 1773, muestra a un Casanova feminista que se burla de aquellos que menoscaban la condición de la mujer y que subordinan la voluntad femenina a mecanismos fisiológicos y lo hace con buena escritura y mucho ingenio. De 1786 es *Soliloquio de un pensador*, escrito en francés como las *Memorias*, en el castillo de Dux; en sus páginas lanza un violento ataque contra la magia, los magos en general y contra Cagliostro, en particular. De 1787 es la novela del género fantástico *Ikosameron*, larguísimo mamotreto que relata la historia de dos hermanos en donde hay de todo: historia, geografía, química, matemática, teología, hidráulica. El *Ikosameron* recuerda sin duda al *Micromegas* de Voltaire y *Los viajes de Gulliver* de Swift, pero sin el ingenio de uno ni la fantasía del otro. Por último, de 1793-94, son sus *Reflexiones sobre la Revolución francesa* donde describe los acontecimientos del '89 y de los años posteriores, desde la caída de la Bastilla a la de la monarquía capeta. En ellas señala que el 14 de julio implica una suerte de fin del mundo; sin duda fue el fin de su mundo, de la vieja sociedad en la que él estuvo perfectamente integrado. Es una obra antirrevolucionaria, tendenciosa, y parcialmente informativa.

Omitimos las demás; lo mejor de Casanova está en lo citado y en la más célebre de todas sus obras: la *Historia de mi vida*.

La idea de contar su vida se le ocurrió a Casanova en 1780, pero sólo diez años después comenzó a redactar esa historia, motivado quizá por la falta de dinero y por el tedio de su permanencia en el castillo de Dux. El relato se extiende desde 1725 hasta 1786. Ha escrito sin duda para revivir lo que ha vivido y cuenta los episodios de su vida con desenvoltura y sorprendente sinceridad; se revela como era, con virtudes y defectos, con una sinceridad, repetimos, liberada de prejuicios, muy característica de algunos sectores sociales de aquel siglo.

Por lo demás, más allá de su apariencia frívola y crudamente sensual, Casanova revela asimismo un carácter cosmopolita, no progresista, por sus relaciones con gobernantes de diferentes Estados, por la temática de sus conversaciones que se centra generalmente en cuestiones que afectan al continente entero o en propuestas de economistas o filósofos.

Reelaboró sus páginas varias veces, escritas con diferentes estados de ánimo pero siempre con la conciencia que de ellas se desprendería la imagen que de él quedaría para la posteridad.

Escribió en francés —"porque hallo el espíritu francés más abierto"—; y a su muerte el manuscrito pasó a un sobrino que lo vendió al editor alemán Brockhaus en 1821. Con diferencia de pocos años aparecieron dos ediciones; la primera en doce volúmenes (1822-1828), traducida al alemán con cortes arbitrarios y censuras; la segunda (1826-1838), también en doce tomos, fue modificada por un cura revolucionario que suprimió y reforzó escenas, "ennobleciendo" el francés algo macarrónico de Casanova aunque personalísimo.

En esas dos ediciones se han basado las posteriores, incluida la de La Siréne (1925-1935). Esta edición sirvió de modelo hasta 1960 cuando, luego de casi un siglo y medio, los herederos de Brockhaus exhumaron el manuscrito original y lo publicaron. Casi contemporáneamente Pión lo imprimió en Francia y, dos años más tarde, Mondadori en Italia.

La aparición renovada de las *Memorias* completas llevó de nuevo a primer plano a su autor que fue traducido a más de veinte idiomas, con un total de aproximadamente cuatrocientas ediciones parciales o totales.

La crítica literaria que ya en el siglo XIX confirmó la autenticidad de lo que dice Casanova en sus páginas, volvió a ocuparse de las *Memorias*; el juicio no se modificó, y desde Stephan Zweig a Rives Childs, coincidió en que ellas "son el fiel reflejo de la sociedad de su tiempo", el retrato de una figura arquetípica y la pintura de un siglo, descriptos con personalísimo estilo y penetración psicológica.

Margarita B. Pontieri

INTRODUCCIÓN

Empiezo por confesar a mis lectores que, en todo lo bueno o malo que haya hecho durante el curso de mi vida, estoy seguro de no haberme enaltecido o rebajado, y que por consiguiente he de considerarme libre.

La doctrina de los estoicos, como la de cualquier otra secta fundamentada en la fuerza del destino, es una quimera de la imaginación que conduce al ateísmo. No solamente soy monoteísta, sino que además soy cristiano fortificado por la filosofía, disciplina que nunca ha perjudicado.

Creo en la existencia de un Dios inmaterial, escultor y dueño de todas las formas. Nunca he dudado de él y siempre he contado con su providencia, invocándola en mis horas de infortunio, y sintiéndome siempre protegido. La desesperación mata; la oración disipa. Cuando un hombre ha orado, experimenta confianza y obra con resolución. En cuanto a los medios de que el soberano de los seres se sirve para alejar las inminentes desgracias de los que imploran su auxilio, es cosa cuyo conocimiento es superior al ámbito de la inteligencia del hombre que, en el instante mismo en que observa lo incomprensible de la providencia divina, se ve reducido a adorarla. Nuestra ignorancia se transforma en nuestro único recurso, y los verdaderos afortunados son aquellos que la aprecian. Hay, pues, que rogar a Dios y creer que se ha obtenido la gracia que le hemos implorado, aun cuando la apariencia atestigüe lo contrario. En cuanto a la actitud corporal para dirigirse al Creador, nos la indica este verso de Petrarca:

*Con la ginochia della mente inchine** [* Con la rodilla de la mente doblada.]

El hombre es libre, pero pierde su libertad cuando no cree en ella y cuanta más fuerza otorga al destino tanto más se priva de la que Dios le ha dado proveyéndole de razón, la cual es un átomo de la divinidad del Creador. Si nos servimos de ella para ser humildes y justos, no podemos menos de agradar al que nos la ha dado. Dios no deja de ser Dios para los que conciben su inexistencia; y esta concepción ha de ser para ellos el peor de todos los castigos.

No porque el hombre sea libre hay que suponerlo dueño de hacer lo que quiera, pues se vuelve esclavo cuando se deja llevar por una pasión dominante. El más prudente de los hombres es el que mejor posee la capacidad de detener sus actos hasta que vuelva la calma; pero estos seres son pocos.

El lector verá en estas *Memorias* que no habiéndome fijado un rumbo determinado, no tuve más sistema, si tal puede llamarse al mío, que el de dejarme llevar por el viento que soplabá. ¡Cuántas vicisitudes en esta independencia de método! Mis éxitos y mis fracasos, el bien y el mal que experimenté, todo ha contribuido a demostrarme que en este mundo, ya en el físico, ya en el moral, el bien deriva del mal como el mal, del bien. Mis extravíos indicarán a los reflexivos los caminos contrarios, o les enseñarán el arte de evitar los escollos. Todo consiste en tener valor, pues la fuerza sin la confianza, de nada sirve. Con frecuencia he visto llegar la dicha después de un avance imprudente que hubiera tenido que conducirme al precipicio; y después de reprocharme la imprudencia, he dado las gracias a Dios. En cambio también vi surgir más de una terrible desgracia de una excelente conducta dictada por la prudencia. Esto me humillaba; pero convencido de estar justificado, me consolaba fácilmente.

Pese a la excelente moral, producto de los divinos principios arraigados en mi corazón, toda la vida he sido víctima de mis sentidos: me he complacido en extraviarme; he vivido continuamente en el error sin más consuelo que no ignorar que me hallaba en él. Por lo mismo, espero, lector, que lejos de encontrar en mi historia la demostración de una imprudente jactancia, no encontrarás sino

el ejemplo de una confesión general, sin que en el estilo de mis narraciones se vean las obsesiones de un penitente, ni el aire cohibido del que se avergüenza de admitir sus locuras. Se trata de acciones propias de la juventud; y si eres bueno te harán reír, como me han hecho reír a mí.

Reirás al ver que he solido engañar sin escrúpulos a picaros, a atolondrados y a necios, hallándome en la necesidad. En lo que hace a las mujeres, son engaños recíprocos que no se toman en cuenta, porque en presencia del amor, ordinariamente hay falacia por partida doble. En cuanto a los necios, la cosa es muy distinta. Me felicito cuando recuerdo que hice caer a muchos en mis redes, pues son insolentes y presuntuosos hasta el punto de provocar al ingenio. Creo que engañar un necio es una hazaña a la medida de un hombre inteligente. No confundo a los necios con los hombres que calificamos de brutos, pues estos son tales sólo por falta de educación, y por ello no me disgustan del todo. Los he visto muy honrados, y los hay cuyo carácter rudo muestra una especie de ingenio, un buen sentido que los aparta mucho del carácter de los necios.

Examinando el tono de este prólogo, lector, fácilmente comprenderás mi objeto. Lo escribo porque quiero que me conozcas como soy, espontáneo y cotidianamente.

He escrito mi historia, y esto nadie puede censurarla; pero, ¿hago bien en presentarla al público? No; sé que cometo una locura. Pero si siento la necesidad de ocupar mis ocios y reír, ¿por qué he de abstenerme de hacerlo?

Un autor antiguo, un maestro, ha dicho: "Si no has hecho cosas dignas de ser escritas, escribe al menos algo digno de ser leído". Este precepto vale oro, pero no me es aplicable, porque no escribo una novela ni la historia de un personaje ilustre. Digna o indigna, mi vida es cosa mía y esto es mi vida.

En 1797, a la edad de setenta y dos años, cuando puedo decir *vixi* y aún vivo, no me sería fácil hallar una distracción más agradable que la de entretenerme en contar mis propias aventuras y proporcionar buenos ratos de esparcimiento a las personas que suelen escucharme, que me han demostrado amistad y que siempre he frecuentado. Para escribir bien basta imaginarse que ellas me leerán. En cuanto a los profanos a quienes no podré impedir que me lean, me basta decir que no escribo para ellos.

Al recordar mis antiguos placeres, los renuevo y gozo con ellos otra vez, tanto como río de las penas pasadas, que no vuelvo a padecer. Miembro del universo, hablo y se me figura que doy cuentas de mi vida como un mayordomo, de su administración. En lo que hace a mi porvenir, como filósofo nunca he querido preocuparme porque de él nada sé y, como cristiano, sé que la fe ha de creer sin razonar y que la más pura guarda un profundo silencio.

Mi historia se inicia a la edad de ocho años y cuatro meses, por el primer suceso de que tengo memoria. Antes de esta época no hice más que vegetar.

Como estoy obligado a decir algo sobre mi temperamento y mi carácter, el más indulgente de mis lectores no ha de ser menos honrado ni menos desprovisto de talento. He tenido sucesivamente todos los temperamentos: el pituitoso en mi infancia; el sanguíneo en mi juventud; más tarde el bilioso, y por último tengo el melancólico, que probablemente no ha de abandonarme. Ajusto mi comida a mi constitución y he gozado siempre de muy buena salud, sabiendo desde casi niño que lo que la altera es el abuso, tanto de comida como de abstinencia. Nunca he tenido otro médico que mi misma persona.

Actualmente, como soy viejo, estoy obligado, a pesar de la excelencia de mi estómago, a no hacer más que una comida al día; pero me recompensa de ello el sueño tranquilo y la facilidad con que expongo mis razonamientos por escrito sin recurrir a paradojas ni sofismas.

El temperamento sanguíneo hizo de mí un ser muy impresionable a los atractivos de la voluptuosidad; siempre estaba de buen humor y dispuesto a pasar de un goce a otro, mostrándome además muy ingenioso para inventar placeres nuevos. Así surgió sin duda mi inclinación en estrechar siempre nuevas relaciones y mi gran facilidad en romperlas. Los defectos temperamentales no pueden corregirse porque el temperamento es independiente de nuestras fuerzas; no sucede lo mismo con el carácter. Este lo conforman el espíritu y el corazón.

Habiendo reconocido que en el curso de mi vida he obrado con más frecuencia impulsado por el sentimiento que por mis reflexiones, admito que mi conducta ha dependido antes de mi carácter que de mi espíritu, generalmente opuestos entre sí, y en sus continuos choques nunca he hallado en mí juicio suficiente para mi carácter, o bastante carácter para mi juicio.

Cultivar el placer de los sentidos, fue siempre mi principal ocupación. Me sentí nacido para el bello sexo; lo he querido toda mi vida, y me he dejado querer tanto como he podido. También he sido aficionado a los placeres de la mesa y apasionado por todas las cosas que suscitaban mi curiosidad.

He tenido amigos que me han hecho favores y he tenido la alegría de poderles dar prueba de mi gratitud. No me han faltado enemigos odiosos que me han perseguido, y a quienes no he exterminado porque no me fue posible. Jamás los hubiera perdonado, ni he olvidado el mal que me hicieron.

El hombre que olvida una injuria no la perdona. El perdón nace de un sentimiento heroico, de un corazón noble, de un espíritu generoso; el olvido deriva de una flaqueza de memoria, o de una suerte de indolencia, propia de un ser pacífico, y a menudo de una necesidad de calma y de tranquilidad; porque el odio, con el tiempo, mata al infeliz que se complace en mantenerlo.

Llamarme sensual no está justificado, pues la fuerza de mis sentidos nunca me ha hecho descuidar mis deberes cuando los he tenido.

Me han gustado los platos exquisitos: unos buenos macarrones hecho por un buen cocinero napolitano; la olla podrida de los españoles; el bacalao de Terranova; las aves de caza y los quesos mantecosos. Por lo que respecta a las mujeres, siempre me olieron bien las que me gustaron.

Aspiro a la amistad, al aprecio y a la gratitud de mis lectores; a su aprecio, sí, haciéndome justicia, encuentran en mí antes cualidades que defectos; y a su amistad, sí me juzgan digno de ella por la franqueza y la buena fe con que me entrego a su fallo, sin disfraz alguno y tal como soy.

Encontrarán que fui tan devoto de la verdad, que con frecuencia empecé por mentir con el objeto de demostrar sus encantos a quienes la desconocían. No me despreciarán al verme vaciar el bolsillo de mis amigos para satisfacer mis caprichos, porque estos amigos abrigaban proyectos ilusorios, y yo esperaba apartarlos de ellos con el desengaño. Dedicaba al pago de mis placeres cantidades destinadas a adquisiciones que la naturaleza hace imposibles. Me consideraría culpable si hoy me encontrase rico; pero yo no tengo nada. Todo lo he dilapidado, y esto me consuela y justifica. Era dinero destinado a locuras, y lo hice servir para las mías.

En estas memorias no se hallarán todas mis aventuras; omito las que podrían disgustar a las personas que en ellas intervinieron. A pesar de mi reserva, más de una vez se me considerará un

desmedido indiscreto. Si antes de morir me corrijo, y no me falta tiempo, lo quemaré todo; ahora me falta el coraje.

Si a veces encuentran que describo ciertas escenas amorosas con excesiva minuciosidad, que no me culpen, a no ser que lo haga mal como relator. ¿Quién se atreverá a recriminar a un viejo porque no puede gozar sino por reminiscencia? Además, la virtud podrá omitir todas las descripciones que la ofendan. Me creo en el deber de hacer esta advertencia.

Escribí estas *Memorias* para aquellos que por haber vivido se han hecho inaccesibles a la seducción, y por permanecer en el fuego se han convertido en salamandras.

En cuanto a mí, como me agrada reconocerme la causa principal de lo bueno o malo que me acontece, siempre me complazco en ser mi propio discípulo y en amar a mi preceptor.

CAPITULO IV*del tomo 2*

Llegué a Nápoles el día 16 de setiembre de 1743, y no tardé en entregar a su dirección la carta del obispo de Martorano. Estaba dirigida a don Jenaro Polo, cuya única obligación consistía en darme sesenta ducados. Se empeñó, sin embargo, en que me hospedase en su casa, a fin de que conociese a su hijo, que también era poeta. El obispo le decía que yo era un individuo maravilloso.

Después de las fórmulas usuales, acepté y me alojé en su casa.

La familia del doctor Jenaro estaba integrada por un hijo, joven muy simpático, una hija, no linda, su mujer y dos hermanas, viejas y devotas. Cenaron con nosotros varios literatos, entre ellos el marqués Galiani, que entonces redactaba los comentarios al Vitruvio. Era hermano de un abate del mismo nombre que veinte años más tarde encontré en París como secretario de embajada del conde Cantillana. Al día siguiente conocí en la cena al célebre Genovesi, que ya había recibido la carta que le había escrito el arzobispo de Cosenza. Me habló mucho de Apóstolo Zenó y del abate Conti. Me dijo que el menor pecado que podía cometer un cura era el de celebrar dos misas en un día, para ganar dos monedas más, mientras que un seglar que cometiese el mismo pecado merecería el fuego.

Un napolitano que llevaba el mismo nombre que yo, quiso conocerme y se presentó en casa del doctor.

Don Antonio Casanova, después de haber oído mi genealogía, me estrechó en un fuerte abrazo llamándome primo suyo, y exigió que fuera a comer con él al día siguiente.

Quiso saber por qué casualidad me encontraba yo en Nápoles, y yo le dije que habiendo elegido la carrera eclesiástica, iba a Roma a buscar fortuna. Presentóme a su familia; su mujer no pareció halagada por el nuevo parentesco; pero su hija, que era muy linda, y su sobrina, que aún lo era más, me hubieran hecho creer fácilmente en la fuerza de la sangre, por fabulosa que sea.

Mi nuevo primo quería presentarme a la duquesa de Bovino; le dije que me librara de aquella visita, porque no llevaba ropa más que para mi viaje y tenía que economizar para no llegar a Roma sin dinero.

Contentísimo de oírme hablar con esta franqueza de verdadero pariente me dijo:

—Soy rico y no tengo escrúpulo alguno en llevarlo a casa de mi sastre. Nadie sabrá nada, y mucho sentiría que me privara de la satisfacción que espero de usted.

Le estreché la mano diciéndole que estaba dispuesto a hacer lo que él deseaba.

Al día siguiente disponía de traje completo y todo lo necesario para el equipo y tocador del más noble de los abates.

Fui a la provisión de Panagiotti para un barril de moscatel. El jefe del despacho tuvo la amabilidad de meterlo en dos barriles iguales, y mandé una a don Antonio y otra a don Jenaro.

En cambio de mi moscatel, don Antonio me regaló un bastón con puño de oro, que valía al menos veinte onzas, y su sastre me hizo una casaca de viaje y una levita azul con botonaduras de oro: todo era de paño finísimo.

En casa de la duquesa de Bovino conocí al ilustre napolitano don Lelio Caraffa, de la familia de los duques de Matalona, a quien el rey don Carlos honraba con el título de amigo.

Si mi destino me hubiese detenido en Nápoles, sin duda hubiera hecho fortuna; pero me parecía que la suerte me llamaba a Roma. Rehusé las tentadoras propuestas que se me hicieron, por medio de don Antonio, para que me encargara de dirigir la educación de varios herederos de grandes familias. Don Lelio Caraffa me ofreció un buen sueldo, si quería dirigir los estudios de su sobrino al duque de Matalona. Fui a agradecerle, rogándole que fuese asimismo mi bienhechor de otra manera: dándome algunas cartas de recomendación para Roma, pedido que me concedió gustoso. Al día siguiente me mandó dos cartas, una para el cardenal Acquaviva y la otra para el padre Georgi.

Al partir, don Antonio me regaló un espléndido reloj de oro y me entregó una carta para don Gaspar Vivaldi, su mejor amigo. Don Jenaro entregó mis sesenta ducados, y su hijo me declaró eterna amistad. Todos me acompañaron hasta el coche, y me cubrieron de bendiciones.

El vehículo no paró hasta Aversa, donde las mulas descansaron un rato. Pasamos la noche en Capua; al día siguiente comimos en Velletri, y de allí fuimos a dormir a Marino. El tercer día llegamos temprano al término de nuestro viaje.

Estaba, pues, en Roma bien equipado, con buenas ropas y preciosas alhajas, con una bolsa algo más que modesta, una regular experiencia y excelentes cartas de recomendación; totalmente libre y a la edad en que un hombre dispone de su mejor fortuna, si tiene cierta audacia y una figura agradable. Yo no era buen mozo, pero tenía un no sé qué que despertaba simpatía. No ignoraba que Roma era el ejemplo de la población en que un hombre, empezando desde nada, puede llegar a todo.

El hombre llamado a hacer fortuna en esta antigua capital del mundo ha de ser un camaleón capaz de reflejar todos los colores de la atmósfera que le rodea, un Proteo dispuesto a revestir todas las formas. Ha de ser dúctil, insinuante, disimulado, hermético, a veces pérfidamente sincero, paciente, dueño de sí mismo, y si por desgracia no cobija la religión en el corazón, cosa habitual en este estado de ánimo, ha de tenerla en el espíritu, admitiendo, con resignación, si es hombre honrado, el hecho mortificante de tener que confesarse hipócrita. Si no congenia con esta conducta, que huya de Roma y vaya a buscar fortuna a otra parte. No sé si me jacto o me confieso de todas estas cualidades; en suma, yo no era más que un aturdido interesante.

Empecé por llevar la carta que traía para el padre Georgi. Este santo hombre era apreciado por toda la población, y el mismo Santo Padre hacía gran caso de él, porque no quería a los jesuitas y no disimulaba el deseo de desenmascararlos.

Leyó la carta y se ofreció a ser mi guía. Preguntóme qué quería hacer en Roma, y le contesté que él me guiara.

—Para esto —añadió—, venga a verme con frecuencia y no me oculte nada, absolutamente nada, de todo lo que le concierna.

—Traigo una carta para el cardenal de Acquaviva.

—Lo felicito por ello, porque es hombre que puede en Roma más que el Papa.

—¿Debo ir a entregársela en seguida?

—No; yo lo veré esta noche y se lo diré. Venga a verme mañana temprano y le diré dónde y a qué hora puede entregársela. ¿Tiene dinero?

—Bastante, al menos, para mis gastos de un año.

—¡Magnífico! ¿Dispone de relaciones?

—Ninguna.

—No las haga sin consultarme, y sobre todo no vaya al café, ni a *table d'hôte*, y si a pesar de mi consejo va usted, escuche sin hablar. Juzgue a los interrogadores, y si la urbanidad le obliga a contestar, eluda la cuestión, si puede tener consecuencias. ¿Habla francés?

—Ni una palabra.

—¡Malo! Hay que aprenderlo. ¿Ha hecho estudios?

—No los he terminado, pero estoy instruido hasta el punto de poder sostenerme en un círculo de gente culta.

—Bueno; pero sea circunspecto, porque Roma es la ciudad de los instruidos que se desenmascaran mutuamente y que rivalizan entre sí. Espero que lleve la carta al cardenal como modesto abate, y no en ese traje elegante, poco apto para conjurar la fortuna. Hasta mañana.

Fui a entregar la carta de mi primo Antonio a don Gaspar Vivaldi, excelente individuo que me recibió amistosamente, me convidó a comer, y me dijo que me mandaría a casa el dinero que don Antonio le encargaba que me diese.

Más dinero todavía de mi generoso primo. Su manera de actuar, por lo delicada, aumentaba el valor del obsequio.

Al retirarme, me encontré de narices con fray Estéfano, y este fraile original me hizo mil agasajos. Aunque en el fondo yo lo despreciaba, no podía odiarlo, pues me veía obligado a considerarlo como el instrumento de que se había servido la Providencia para librarme del precipicio.

Después de haberme contado que había obtenido del Papa todo lo que deseaba, me dijo que evitara el encuentro del fatal esbirro que me había prestado los dos cequíes, porque sabiendo que yo le había engañado, quería vengarse. Un negociante conocido mío se encargó de devolverle el dinero, que yo entregué, y no hubo más.

Por la noche cené con romanos y extranjeros, observando cuidadosamente lo que el padre Georgi me había indicado. Hablaron mucho y muy mal del Papa y del cardenal ministro, al que acusaban de ser el responsable de que el Estado eclesiástico se hallara inundado de ochenta mil hombres, entre alemanes y españoles. Me sorprendió que comieran carne, aun cuando fuera sábado.

Pero en Roma se experimentaban al principio muchas sorpresas, a las cuales se acostumbraba uno muy pronto. No hay ciudad católica donde la gente sea menos escrupulosa en materia de religión.

El día siguiente, día 1 de octubre de 1743, comprendí que había de renunciar a algunos privilegios de la adolescencia, y me hice afeitado. Me vestí a la romana, lo cual agradó mucho al padre Georgi, quien me convidó a tomar chocolate y me anunció que Su Eminencia me recibiría a las doce en Villa Negroni.

También me aconsejó que estrechara mi amistad con el señor Vivaldi.

Fui a Villa Negroni, y tan pronto como me vio el cardenal, se detuvo para recibir mi carta, ordenando retirarse a dos personas que se encontraban con él. Habiéndose metido la carta en el bolsillo sin leerla, me estuvo observando durante dos minutos, y me preguntó luego si me sentía inclinado a los asuntos políticos. Le contesté que hasta entonces no había tenido más que aficiones frívolas, y que por ello sólo respondía de mi dedicación en ejecutar cuantas órdenes Su Eminencia me diera, si me consideraba digno de entrar a su servicio.

—Venga mañana a mi despacho a hablar con el abate Gama, a quien comunicaré mis intenciones. Es preciso que se aplique usted de inmediato en estudiar el francés; es una lengua indispensable.

Me dio luego su mano a besar y me despidió.

Después de esta entrevista me fui a casa de don Gaspar Vivaldi, donde comí con distinguidas personas. Luego me entregó cien escudos romanos de parte de don Antonio.

Al día siguiente me presenté al abate Gama. Era un portugués de unos cuarenta años, buen mozo, que alardeaba de candor, ingenio y alegría. Me dijo con palabras muy dulces que Su Eminencia en persona había dado órdenes sobre mí a su mayordomo, que tendría mi habitación en el palacio de monseñor, que comería en la mesa de la secretaría, y que mientras estudiase el francés me asignarían extractar las cartas que él me daría. Me dio luego las señas de un profesor de idiomas a quien había hablado ya; era un abogado romano llamado Delacqua.

Después de estas breves instrucciones, me acompañaron a la habitación del mayordomo, el cual me hizo poner mi firma al pie de una hoja de un gran libro lleno de otros nombres. En seguida me entregó sesenta escudos romanos por tres meses de sueldo anticipado.

Luego me condujeron a mi habitación, muy bien amueblada. Un criado me dio la llave, diciéndome que iría todas las mañanas a servirme, y el mayordomo me acompañó hasta la puerta, para darme a conocer al portero.

Después de esto, fui a ver al padre Georgi, mi suerte de tutor, a quien le conté todo lo que me había ocurrido. Respondió que podía considerarme en buen camino, y que mi fortuna dependía de una correcta conducta.

Comí en el palacio, al lado del abate Gama, en una mesa de unos doce cubiertos ocupados por otros tantos abates; porque en Roma todo el mundo es abate o quiere parecerlo; y como a nadie le está prohibido llevar el hábito de tal, lo llevan todos los que quieren que los respeten, con excepción de la nobleza, que no se halla en la carrera de las dignidades eclesiásticas.

Una tarde me paseaba por la calle Condotti, cuando oigo que me llaman. Era el abate Gama a la puerta de un café. Le dije al oído que Georgi me había prohibido los cafés en Roma.

—Minerva —replicó él—, le ordena hacerse cargo de ellos. Siéntese a mi lado.

Un joven abate hablaba en voz alta acerca de un hecho que atacaba directamente la justicia del Santo Padre, aunque sin acritud. Todo el mundo se reía y hacía eco. Otro, a quien preguntaban por qué había dejado el servicio del cardenal B..., respondió que porque Su Eminencia pretendía no estar obligado a pagarle aparte ciertos servicios; y todos comentaban el caso y se reían también. En fin, otro vino a decir al abate Gama, que si quería pasar la tarde en Villa Médicis, se encontraría allí con dos lindas romanas que se contentaban con un cuartino, moneda de oro que vale la cuarta parte de un cequí. Otro abate leyó un soneto incendiario contra el gobierno, y muchos de inmediato copiaron la composición. Otro leyó una sátira en que echaba por tierra la honra de una familia. En medio de todo veo entrar a un abate de figura atractiva. A juzgar por sus caderas, lo tomé por una muchacha disfrazada, y se lo dije al abate Gama; pero éste me dijo que el que acababa de entrar era Bepino de la Mamana, famoso *castrato**. [* Se dice del joven u hombre castrado, característico de Nápoles, que se dedicaba al canto litúrgico. Solía ocurrir que pasara a actuar en representaciones seculares.] Mi abate lo llama y le dice riendo que yo lo había tomado por una mujer. El imprudente, mirándome fijo, contestó que si yo quería me probaría si yo andaba equivocado o no.

Durante aquellos días me apliqué al estudio del francés y trabajé en la compilación de cartas ministeriales.

En el salón de Su Eminencia había reunión todas las noches y allí acudía la nobleza romana de ambos sexos. Gama me instó a que yo acudiera sin presentación alguna. Fui efectivamente y nadie me dirigió la palabra; pero como yo era desconocido, todos me miraron y quisieron saber quién era. El abate Gama vino a preguntarme cuál era la dama de la reunión que me parecía más amable; se la indiqué, y lo lamenté, porque el cortesano no paró hasta habérselo dicho a la dama. En seguida vi que ella me miraba mucho y me sonreía. Era la marquesa G..., que tenía por amigo y servidor al cardenal S. C.

CAPITULO V

del tomo 2

—¿No ha ido todavía a besar el pie al Santo Padre? —me preguntó un día el cardenal.

—Todavía no, monseñor.

—Pues debe ir.

Contesté con una reverencia.

Al día siguiente, por la mañana, fui a Monte Cavallo, e ingresé en la antesala del cuarto en que se hallaba el Papa, cuando me dijeron que podía entrar. Estaba solo; yo me prosterné y besé la santa cruz en su santísima mula*. [*Calzado puntiagudo y de cabretilla que usa el Papa.] El Santo Padre me preguntó quién era yo; se lo dije, y me contestó que me conocía, felicitándome por integrar la casa de un cardenal de tanta importancia. Me preguntó cómo me las había arreglado para entrar a su servicio. Entonces le referí todo lo que me había sucedido desde mi llegada a Martorano. Después de haberse reído mucho de mis aventuras, me dijo que sin molestarme en hablarle toscano, podía hacerlo en veneciano, así como él me hablaba el dialecto de Bolonia.

Hallándome entonces a mis anchas, le dije muchas cosas, le divertí tanto, que me dijo que le daría gusto siempre que fuese a verlo. Le pedí permiso para leer los libros prohibidos, y me lo dio con una bendición, diciéndome que me la haría dar por escrito, lo que no cumplió.

Benedicto XIV era un hombre instruido, amable y campechano. Lo vi por segunda vez en la Villa Médicis. Me llamó, y caminando juntos por los jardines, me habló de una infinidad de naderías. Iba acompañado del cardenal Albani y del embajador de Venecia. Se acercó un hombre de aire modesto y el pontífice le preguntó qué quería. El hombre le habló en voz baja, y le dijo el Papa después de haberlo escuchado: "Tenéis razón, encomendaos a Dios." Esto diciendo, le dio la bendición; el pobre hombre se alejó tristemente y el Santo Padre continuó su paseo.

—Ese hombre —dije yo— no se ha marchado contento de la respuesta de Vuestra Santidad.

—¿Por qué?

—Porque supongo que ya se había encomendado a Dios antes de hablar; y cuando Su Santidad le manda otra vez a lo mismo, el hombre se ve, como dice el refrán, enviado de Herodes a Pilatos.

El Papa y sus dos acompañantes se rieron a carcajadas.

Yo permanecí muy serio.

—Yo nada puedo hacer —replicó el Papa—, sin la ayuda de Dios.

—Es verdad, Santo Padre; pero ese hombre sabe también que Su Santidad es el primer ministro de Dios; no le queda más recurso que dar dinero a los mendigos de Roma, quienes por una monedita rogarían por él. Hacen alarde de su crédito; pero yo no creo más que en el de Su Santidad y al que suplico que me libre de este calor que me inflama los ojos, dispensándome de comer de vigilia.

—Come carne, hijo mío.

—Santísimo Padre, la bendición.

Y me la dio diciéndome que no me dispensaba el ayuno.

Algún tiempo después, y cuando la fortuna me sonreía en todo, aconteció un episodio que cambió repentinamente mi situación.

La hija de mi profesor de francés, hostigada en sus amores por la familia; había cedido a las seducciones de un joven. Hallándose encinta y decidida a huir del hogar paterno antes que pasar por el trance de confesar su culpa, se disfrazó de abate, abandonó su casa y se ocultó con su amante en un cuartito donde vivieron juntos durante unos días. Mientras tanto, la policía procuraba encontrarlos y ya se creían seguros, cuando los esbirros atraparon al raptor, y la pobre Bárbara, que tal era su nombre, pudo escapar y vino a refugiarse en mi casa. Yo hubiera podido librarme de tal responsabilidad negándome a admitirla; pero me pareció indigno negar asilo a una infeliz y abandonarla a su propia desesperación y a la brutalidad de la policía. Sin embargo, no tardó esta en averiguar dónde se refugiaba la joven y Bárbara fue presa. Yo quedé comprometido moralmente; en tanto que el cardenal Acquaviva se vio obligado a suplicarme que saliese de Roma.

—Os proporcionaré —me dijo— un pretexto honroso para que no desmerezca la consideración que haya podido darle mis pruebas de afecto. Diremos que le he confiado una comisión importante. Elija bien el país donde más le guste ir. Por todas partes tengo amigos, y le recomendaré de modo tal que pronto obtenga colocación.

Después de mi entrevista con el cardenal, me fui a dar un paseo para calmar mi inquietud. Roma me gustaba; me había visto ya en el camino de la fortuna, y de pronto me veía arrojado otra vez en el abismo.

¿Adonde ir? Esta cuestión me atormentaba. Después de Roma todo me era igual.

El cardenal me mandó llamar y me preguntó a qué punto de Europa quería yo ir; la desesperación, casi el despecho, me hicieron decidirme por Constantinopla.

— ¡Constantinopla! —dijo él retrocediendo dos pasos.

— Sí, monseñor, Constantinopla —repetí enjugando mis lágrimas.

— ¿Cuándo quiere partir?

— Dentro de ocho días, como dispuso Su Eminencia.

— ¿Se embarcará en Nápoles o en Venecia?

— En Venecia.

— Le daré pasaporte doble, pues hallará en la Romaña dos ejércitos en cuarteles de invierno.

Dos días después, el cardenal me dio pasaporte para Venecia y una carta lacrada, dirigida a Osman Bonneval, bajá de Caramania, en Constantinopla. Podía haberme callado; mas como Su Eminencia no me lo había prohibido, mostré el sobre de la carta a todos mis conocidos.

El caballero de Lezze, embajador de Venecia, me dio una carta para un turco amigo suyo, muy rico y muy amable.

Al ir a recibir las últimas órdenes del cardenal Acquaviva, me entregó una bolsa que contenía cien onzas o cuádruplos de oro, que equivalían a setecientos cequíes. Con trescientos que ya tenía, sumaban mil; guardé doscientos y tomé una letra de cambio por el resto sobre un prestamista que tenía casa en Ancona. Me embarqué entonces en una berlina y emprendí un viaje bastante aburrido.

Llegué a Ancona el día 23 de febrero de 1744 y fui a alojarme en la mejor posada.

Un incidente trivial me hizo conocer allí a un castellano que me enseñó a conservar calma y sangre fría, haciéndome reconciliar con el posadero después de un brevísimo altercado.

—Me llamo Sancho Pico —dijo—, y soy proveedor del ejército de Su Majestad Católica, que manda el conde de Gages, con la comandancia del generalísimo duque de Módena.

Después de haber conversado durante unos momentos, añadió:

—Si quiere oír buena música, venga conmigo al otro cuarto, donde se aloja la primera actriz.

La palabra actriz me sedujo; lo sigo y veo sentada a una mesa a una mujer entrada en años con dos muchachas y dos jovencitos; pero en vano busco la actriz que don Sancho me presenta indicándome uno de los muchachos, de extraordinaria belleza, y que a lo sumo podía tener dieciocho años. Pensé que era un *castrato*, como los de Roma, que desempeñaba las funciones de una primera actriz. La madre me presentó a su otro hijo, más joven pero más varonil que el castrato; se llamaba Petrone, y representaba la primera bailarina. La mayor de las hijas se llamaba Cecilia y estudiaba música; tenía dieciséis años. La menor, llamada Marina, no tenía más que quince, y se había consagrado a la danza. Ambas eran muy bonitas.

La familia era de Bolonia, y vivía del producto de sus habilidades: la complacencia y el buen humor reemplazaban a la riqueza.

El *castrato* se llamaba Bellino; ante la insistencia de don Sancho, se levantó de la mesa y se acompañó con clavicordio cantando con una voz de ángel y mucha gracia. El castellano escuchaba con los ojos cerrados y en una especie de éxtasis; pero yo, muy lejos de cerrar los ojos, admiraba los de Bellino, ojos negros y llenos de fuego que parecían echar chispas que me abrasaban el alma. Todo revelaba en él una hermosa mujer; pues su traje de hombre disimulaba muy mal unas admirables formas femeninas. A pesar de lo dicho se me metió en la cabeza que Bellino era una beldad disfrazada, y alentado por el vuelo de mi imaginación, me enamoré de aquella criatura.

Al día siguiente, por la mañana, vino a mi cuarto — ¡agradable sorpresa! — a ofrecerme su hermano para servirme como ayuda de cámara que me era preciso tomar. Acepté gustoso y empecé por mandarlo a buscar café para toda la familia.

Hice sentar a Bellino en mi cama con la intención de tratarlo como a una mujer; pero sus dos hermanas vinieron a desbaratar mi plan. Sin embargo, el grupo que aquellas tres criaturas formaban era encantador: belleza sin adornos, alegría cándida y natural de tres especies diferentes; dulce familiaridad, ingenio y gracia de teatro, chistes y agudezas, y pequeños gestos regionales que yo aún no conocía; todo ello contribuía a ponerme de buen humor, si me hubiese hecho falta. Celina y Marina eran dos pimpollos que para abrirse sólo esperaban, no la madrugada, sino el amor, y hubieran forzado mi elección, apartando a Bellino, si yo no hubiese visto en el muchacho, algo extraño, más allá de ser un miserable desecho de la humanidad, o más bien una lamentable víctima de la crueldad sacerdotal. Porque, a pesar de su edad, aquellas dos amables chiquilinas llevaban en sus nacientes pechos la imagen precoz de la femineidad.

Petrone vino con el café, lo sirvió, y mandé una taza a la madre que nunca salía de su cuarto. Luego ordené que prepararan comida para todos.

Unos minutos después se me acercó el posadero y me dijo:

—Señor abate, las personas que usted ha convidado comen cada una por dos a lo menos, se lo advierto, de modo que no puedo servirle sino haciéndole pagar como corresponde.

—De acuerdo, pero hágalo bien.

Fui a saludar a la madre, la cual me contó sus apuros.

—El empresario del teatro —me dijo— es un bárbaro, que no ha querido darme más que cincuenta escudos romanos por todo el carnaval. Los hemos gastado para vivir y no podemos volver a Bolonia sino a pie y pidiendo limosna por el camino.

Esta confidencia despertó mi piedad, y sacando de mi bolsillo un cuádruplo de oro, se lo di a la mujer, quien aceptó llorando de gratitud.

—Le prometo otro por otra confidencia, señora; confiese que Bellino es una bonita muchacha disfrazada.

—No, por cierto, pero lo parece.

—Lo parece y lo es.

—Tan cierto es que es hombre, que ha tenido que dejarse reconocer para cantar en el teatro.

—¿Y por quién?

—Por el reverendísimo confesor del señor obispo.

—¿Por un confesor?

—Sí, y puede usted cerciorarse de ello, preguntádoselo.

—No lo creeré sino reconociéndolo yo mismo.

—Pues, adelante, si él consiente; pero en conciencia no puedo mezclarme en ello, pues ignoro cuáles son sus intenciones.

—Son muy naturales.

Entré en mi cuarto, mandé a Petrone por una botella de vino de Chipre. Hizo el encargo y me devolvió siete cequíes que sobraban de un doblón que le había dado. Repartí esas monedas entre Bellino, Cecilia y Marina, y dije a las dos muchachas que me dejaran solo con su hermano.

—Bellino —dije yo entonces— estoy seguro de que tu conformación es distinta a la mía; amiga mía, sois una muchacha.

—Soy hombre, pero castrado; me han reconocido.

—Deja que yo también reconozca; te doy un doblón.

—No puedo, porque es evidente que hay algo más que curiosidad y la religión me lo prohíbe.

—No opusiste esas dificultades con el confesor del obispo.

—Era un cura viejo; y además, no echó más que una mirada de paso.

—Lo sabré —dije alargando una mano atrevida.

Me rechaza y se levanta. Esta obstinación me enardece, pues ya llevaba dados quince o dieciséis cequíes para satisfacer mi curiosidad. Me senté a la mesa con aire malhumorado; pero el excelente apetito de mis lindas convidadas me devolvió el buen humor, y en tal disposición de

ánimo decidí resarcirme sobre las dos simpáticas hermanas, que parecían muy dispuestas a la broma.

Sentado entre ellas dos, junto a un buen fuego, comiendo castañas que remojábamos con vino de Chipre, empecé a distribuir algunos besos inocentes a derecha e izquierda. Mas pronto mis manos ávidas tocaron todo lo que mis labios no podían besar, y este juego divirtió mucho a Cecilia y a Marina.

Bellino se sonrió y también le di un beso, y como si su descote desafiase a mi mano, me aventuré y penetré sin resistencia. El cincel de Praxisteleus no modeló jamás, un pecho tan bien formado.

—Con eso —dije yo— no me cabe duda de que sois una mujer acabada.

—Es el defecto de todos los de mi clase.

—No; es la perfección de toda mujer hermosa. Bellino, créeme, entiendo bastante como para distinguir el seno deforme de un castrado del de una mujer bien formada; y ese seno es el de una beldad de diecisiete años.

¿Quién no sabe que el amor ardiente no se detiene, en la juventud, hasta quedar satisfecho, y que un favor obtenido excita la obtención de otros favores más grandes? Yo me hallaba en buen camino, quise ir más lejos y llenar de besos ardientes lo que mi mano devoraba; pero el falso Bellino, como si no se hubiere apercebido hasta entonces del placer ilícito que me daba, se levantó y se fue. La cólera casi apagó el fuego del amor, y en la imposibilidad de despreciarlo, pues antes hubiera tenido que despreciarme a mí, sentí la necesidad de calmarme satisfaciendo mi ardor o evaporándolo, rogué entonces a Cecilia, su discípula, que me cantara algunos aires napolitanos.

Salí después para ir a casa del banquero, donde adquirí una letra sobre Bolonia en cambio de la que tenía a mi cargo.

A mi regreso, cené ligeramente con aquellas muchachas y me dispuse para acostarme dando a Petrone la orden de encargarme un coche para la mañana temprano del día siguiente.

En el momento en que ya cerraba la puerta, vino Cecilia, medio desnuda, a decirme que Bellino me mandaba preguntar si quería llevármelo conmigo a Rímini, donde estaba contratado para cantar la ópera que habían de poner en escena después de Pascuas.

—Ve a decirle, ángel mío, que le daré de buena gana ese gusto, si quiere darme el que yo deseo en tu presencia; quiero saber positivamente si es hombre o mujer.

La muchacha se fue y volvió al instante a decirme que Bellino se había acostado; que si yo quería aplazar mi marcha un solo día, prometía satisfacerme el día siguiente.

—Dime la verdad, Cecilia, y te doy diez cequíes.

—No puedo ganarlos, pues no lo he visto nunca desnudo y no puedo jurar si es mujer. Pero ha de ser hombre, porque de lo contrario no hubiera podido cantar aquí.

—Bueno: no me marcharé hasta pasado mañana, si quieres hacerme compañía esta noche.

—¿Acaso me ama?

—Mucho, si quieres ser buena muchacha.

—Muy buena muchacha, porque yo también lo quiero mucho. Voy a advertir a mi madre.

—¿Tú tienes un amante sin duda?

—Nunca lo he tenido.

Salió y volvió un momento después toda contenta, diciéndome que su madre me tenía por hombre honrado. Sin duda quería decirme que me consideraba generoso. Cecilia cerró la puerta y vino a echarse en mis brazos dándome un beso. Era graciosa y simpática, pero yo no estaba enamorado de ella y no pude decirle: "Me has hecho feliz"; pero fue ella quien me lo dijo.

Al despertar, la acaricié con ternura, y después de haberle dado tres doblones que debieron alegrar muchísimo a la madre, la despedí sin la pérdida de tiempo de jurarle constancia eterna, porque estos juramentos son tan frívolos como absurdos: el hombre más constante y fiel no debiera nunca hacerlos ni a la mujer más hermosa.

Mandé llamar a Bellino y lo obligué a cumplir su promesa; pero me dijo riendo que aún no había pasado el día, y que estaba seguro de partir conmigo.

—Te prometo que esto no será si antes no quedo completamente satisfecho.

—Así será.

—¿Quiere que vayamos a dar una vuelta juntos?

—¿Por qué no? Voy a vestirme.

Mientras lo aguardaba, se presentó Marina con cara compungida a decirme cómo había podido ella despertar el desprecio en que la tenía.

—Cecilia ha pasado la noche con usted y mañana parte con Bellino; yo soy la única desgraciada.

—¿Quieres dinero?

—No, porque lo amo.

—Pero, Marinita, tú eres demasiado joven.

—Estoy más desarrollada que mi hermana.

—Pero es posible también que tengas un amante.

— ¡Oh! ¡Eso no!

—Bueno; esta noche veremos.

— ¡Bravo! Voy a decir a mamá que prepare sábanas para mañana; si no se sabría todo en el albergue.

Yo estaba admirado de los frutos de una educación de teatro; el hecho no dejaba de divertirme.

Vino Bellino y fuimos juntos hacia el puerto. Había en la rada varios buques, entre ellos un navío veneciano y otro turco. Me hice llevar a bordo de este último, donde me aguardaba la más insólita sorpresa. La primera persona que encontré fue la bella griega que había abandonado en Ancona hacía siete meses, cuando salí del lazareto. Se hallaba al lado del viejo capitán, a quien pregunté, sin demostrar mi atención hacia la bella cautiva, si tenía bonitos géneros que vender.

Nos llevó a su camarote; pero de una ojeada leí en la expresión de la griega toda la alegría que le causaba volverme a ver.

Nada de lo que me enseñó el turco pareció agradarme, y como por inspiración, le dije que compraría algo bonito que gustara a su bella mitad. Sonrió el turco, y habiéndole dicho algo a su cautiva en su idioma, se marchó.

Tan pronto como salió y ya fuera del alcance de nuestras miradas, aquella nueva Aspasia me saltó al cuello y me dijo:

—He aquí el momento más feliz.

No teniendo yo menos valor que ella, logré en menos de un instante lo que en cinco años quizás no había podido hacerle su amo. Aún no me hallaba yo satisfecho, cuando la desventurada griega, oyendo al turco, se arrancó de mis brazos con un suspiro, y colocándose hábilmente delante de mí, con desenvoltura adoptó un aire distraído. En esta situación curiosa, lo que excitó mi hilaridad fue la sorpresa de Bellino que estaba petrificado y temblaba como un enfermo de malaria.

Las chucherías que la bella esclava eligió no me costaron más que unos treinta cequíes. El turco le dijo que debía darme un beso, pero ella huyó cubriéndose el rostro. Partí más triste que contento, pues sentía que a pesar de su audacia, no se hubiese decidido a seguirme o darme una cita.

Una vez en la falúa, Bellino, vuelto ya de su estupor y de su miedo, me dijo que yo acababa de enseñarle un fenómeno cuya realidad era inverosímil, pero que le daba una idea cabal de mi carácter.

—En cuanto al de la griega —añadió— no lo entiendo si no me asegura que son como ella todas las mujeres de su país. ¡Qué desgraciadas han de ser!

—¿Piensas, acaso, que son más felices las coquetas?

—No; pero creo que una mujer, cediendo de buena fe al amor, no ha de rendirse sino después de haber luchado con ella misma; no me gusta que cediendo al primer impulso de un deseo del momento se abandone al primer individuo que le guste, como un animal que se deja conducir por la fuerza de los sentidos. Convengamos en que esa griega le ha dado una muestra evidente de que usted le gusta; pero le ha dado también una prueba no menos positiva de su descaro y de su audacia que la exponía a la vergüenza de ser rechazada, pues no podía saber si usted estaría dispuesto hacia ella en la misma disposición que ella con usted. Como es muy hermosa, todo ha ido bien; pero todo eso me ha causado un malestar que me dura todavía.

Yo hubiera podido acabar con las extrañezas de Bellino y rectificar lo erróneo de su razonamiento; pero una confianza de tal naturaleza no hubiese redundado en beneficio de mi amor propio, y me callé; porque si Bellino era una muchacha, como yo creía, quería que se convenciese de que la importancia que yo daba al asunto, era en el fondo muy insignificante, y de que no valía la pena de utilizar ardidés para impedir las posibles derivaciones.

Regresamos, y al anochecer, habiendo oído entrar en el patio el coche de don Sancho, me apresuré a salirle al encuentro y le dije:

—Confío en que nos hará la honra de cenar conmigo y con Bellino.

El hidalgo aceptó y señaló con dignidad y galantería el placer que yo había querido procurarle.

Los platos más exquisitos, los mejores vinos de España, y más que todo, la alegría y las magníficas voces de Bellino y de Cecilia, hicieron pasar al buen hombre cinco horas deliciosas. Se fue a medianoche, diciéndome que no podía declararse del todo contento si no le prometía cenar al día siguiente en sus aposentos con la misma compañía. Aún se trataba de aplazar por un día mi marcha; sin embargo, acepté.

Tan pronto como se hubo marchado el español, intimé a Bellino el cumplimiento de su promesa; pero me contestó que Marina me aguardaba, y que, puesto que me quedaba el día siguiente, hallaría ocasión de contentarme. Diciendo esto, me saludó y se fue.

Marina, llena de alegría, cerró la puerta y se me acercó con fuego en los ojos. Estaba más desarrollada que Cecilia, a pesar de tener un año menos, y parecía quererme convencer de que valía más que su hermana; pero temiendo que la fatiga de la noche anterior hubiese agotado mis fuerzas, me desplegó todas las ideas amorosas que había recogido, me habló extensamente de cuanto conocía acerca del gran misterio que iba a consumir conmigo, y de todos los medios de que se había valido para adquirir conocimientos imperfectos. En todo esto mencionaba ella las inconsecuencias de su edad. Saqué yo en limpio que ella temía que yo no la encontrase novicia y se lo echase en cara. Sentí simpatía por su inquietud y la tranquilicé diciéndole que lo que llamaban una flor era una cosa que la naturaleza rehusaba a muchas jóvenes y que me parecían unos tontos los que por ello armaban revuelo.

Mis palabras le dieron valor y confianza, y tuve que admitir que era muy superior a su hermana.

—Lo celebro —dijo ella— pasaremos entonces la noche sin dormir.

—El sueño, hija mía, nos será favorable, y las fuerzas que nos dará te recompensarán mañana del tiempo que puedas considerar perdido.

En efecto, después de un dulce sueño, el despertar fue para ella una serie de nuevas alegrías, y colmé su felicidad despidiéndola con tres doblones que fue a entregar a su madre, lo cual aparentemente le dio un insaciable deseo de contraer nuevas obligaciones con la Providencia.

Salí para ir a buscar dinero en casa de mi banquero, por lo que pudiera sucederme en el camino, porque si me había divertido, también había gastado en exceso; además, me quedaba Bellino, que, si era muchacha, no había de resultarle yo menos generoso que con sus hermanas. Esto había de resolverse aquel día y me parecía estar seguro de cuál sería el descubrimiento.

A la hora de cenar, me presenté en el cuarto de don Sancho, que vivía con cierto lujo. La mesa estaba muy bien servida y los criados vestían librea dorada. Momentos después entraron Cecilia, Marina y Bellino, el cual, por gusto o por capricho, se había vestido de mujer. Las dos hermanas menores, muy bien vestidas, estaban encantadoras; pero Bellino, con su nuevo traje, las eclipsaba de tal modo que entonces no me quedó la menor duda acerca de su sexo.

—¿Está persuadido —dije a don Sancho— de que Bellino es mujer?

—Hombre o mujer, ¿qué me importa? Creo que es un bonito castrado; yo los he visto tan hermosos como él.

— ¿Está seguro de ello?

— ¡Válgame Dios!, ni tengo ganas de averiguarlo.

La cena de don Sancho fue deliciosa y, como era natural, superior a la mía. Nos dio trufas blancas, ostras de varias especies, los mejores pescados del Adriático, champagne no espumoso, oporto, jerez y pedro jiménez.

Después de esta cena digna de Lúculo, Bellino cantó admirablemente con una voz capaz de hacernos perder el poco juicio que los vinos nos habían dejado. Sus gestos, la expresión de su mirada, su desenvoltura, su actitud, su fisonomía, su voz, y sobre todo mi instinto que no podía hacerme sentir por un castrado lo que sentía por él, todo confirmaba mi esperanza; con todo, yo había de cerciorarme con mis ojos.

Después de mil cumplidos y mil aplausos, nos despedimos del magnífico español y pasamos a mi cuarto, donde por fin había de descubrirse el supuesto misterio. Intimé a Bellino que cumpliera su palabra; de lo contrario me vería marcharme solo al amanecer.

Agarré a Bellino de la mano y nos sentamos juntos cerca del fuego. Despedí a Cecilia y a Marina, y le dije: Bellino, hay un término a todo; lo prometiste. Si sois lo que has dicho, te ruego que pases a tu cuarto; si sois lo que yo creo y quieres quedarte conmigo, te daré mañana cien cequíes y partiremos juntos.

—Partirá solo, perdone usted mi debilidad si no puedo cumplir mi palabra. Soy lo que dije, y no podría decidirme a hacerlo testigo de mi vergüenza ni a exponerme a las feas consecuencias que esta demostración pudiera tener.

—No puede tener ninguna, pues que tan pronto como me haya cerciorado de que por desgracia sois lo que no creo, todo habrá terminado; y sin que nunca volvamos a ocuparnos de tal cosa, partiremos juntos mañana y te dejaré en Rímini.

—No; es cosa resuelta; no puedo satisfacer su curiosidad.

Al oír estas palabras, no pude aguantar más y me disponía a apelar a la violencia, pero conteniéndome, traté de realizar mi objeto con dulzura, y de dirigirme al sitio donde residía la solución del problema; pero su mano me opuso una vigorosa resistencia. Redoblé mi esfuerzo, él se levantó de pronto y me hallé burlado. Después de un momento de calma, creyendo sorprenderle, efectué otro intento; pero, horripilado, creyó mi mano reconocerlo hombre, y hombre despreciable, menos por su degradación que por la insensibilidad que me parecía advertir en sus facciones. Hastiado, confundido, avergonzado casi de mi mismo, lo despedí.

Sus hermanas vinieron a mi cuarto; yo las mandé subir encargándoles que dijese a su hermano que partiría conmigo, y que ya no temiese más indiscreciones más. Con todo, y a pesar de la convicción que yo creía haber adquirido, Bellino ocupaba mi pensamiento. El fenómeno era inexplicable para mí, que me consideraba un hombre normal.

Al día siguiente partí con el muchacho, dejando a sus hermanas en el mayor desconsuelo. La madre, con un rosario en la mano, multiplicaba las bendiciones, murmuraba padrenuestros y repetía su refrán: *Dio provvederá*.

Ya en marcha con Bellino, él que me creía desengañado e imaginaba que ya no excitaría mi curiosidad, no tardó un cuarto de hora en ver que se engañaba, pues yo no podía fijar mi vista en sus hermosos ojos sin sentirme enardecido por un ardor que la vista de un hombre no hubiera podido producir en mí.

Le dije que sus ojos, como todas sus facciones, eran de mujer, y que era preciso que mi mirada se cerciorase de ello, porque lo que yo aparentemente había comprobado podía ser simplemente un capricho de la naturaleza.

—Si esto fuese —añadí— nada me costaría trabajo disculpar esa deformidad que, no es más que ridícula. Quiero ver. Si no me equivoco, cuenta con mi amor; si reconozco mi error, cuenta con mi amistad. Si aún te obstinas, me obligas a pensar que te complaces en atormentarme, que en la escuela más maldita de todas las escuelas te han enseñado que el verdadero modo de hacer imposible para un joven la cura de una pasión amorosa, consiste en irritar sus sentidos; pero confiesa que no puedes ejercer esa tiranía sino odiando a la persona en quien vuelcas este afecto y, siendo esto así, debiera acudir a mi razón para odiarte a mi vez.

Continué largo tiempo en este tono sin que él me contestase una sola palabra; sin embargo, parecía muy conmovido. Por último, habiéndole dicho que en el estado en que me ponía su resistencia, me vería obligado a tratarle sin consideración alguna para obtener la certeza que sólo podía alcanzar por medio de la violencia, me respondió con energía:

—Advierta que no es usted mi amo, que me encuentro en sus manos bajo la palabra de una promesa, y que será usted culpable de un asesinato si usa conmigo la violencia. Diga al postillón que pare; yo bajaré y a nadie proferiré una queja.

Esta corta reconvención fue seguida de un torrente de lágrimas, medio al que nunca he resistido. Sentíme conmovido hasta el fondo del alma, y casi me creí culpable. No queriéndome hacer de mí el juez de mi propia causa, me encerré en un triste silencio, y tuve la constancia de no pronunciar una sola palabra hasta llegar a media legua de Sinigaglia, donde yo quería cenar y dormir. Allí, por fin, habiendo luchado conmigo mismo, le dije:

—Hubiéramos podido descansar en Rímini como buenos amigos, si hubieseis tenido para mí un poco de amistad; con un poco de complacencia, hubiera curado mi pasión.

—No —me contestó Bellino, con valor pero con un tono cuya dulzura me sorprendió—, no habría curado, sea yo hombre o mujer, porque está enamorado de mí, sea o no sea yo hombre; y la certeza que hubiera adquirido le hubiese puesto furioso. En tal estado, si me hubiese hallado inflexible, habría cometido sin duda excesos que le hubiesen hecho derramar lágrimas inútiles.

—¿Te empeñas en demostrarme que tu obstinación es sensata? Estás en un error, pues siento que permanecería perfectamente tranquilo, y que tu aceptación te valdría mi amistad.

—Repito que se pondría furioso.

—Bellino, lo que me ha puesto furioso es la obstinación que haces de tus encantos, demasiado reales o demasiado engañosos, y cuyo efecto no puedes ignorar. Si al hacerlo no has temido mi furor amoroso, ¿cómo he de creer que lo hagas ahora, cuando no te pido sino que me dejes efectuar una simple verificación?

—Escucha. Si yo fuese mujer, no sería dueña de no amarlo; pero siendo hombre, mi deber está en no acceder a lo que pide, porque su pasión, que ahora es natural, sería entonces monstruosa. Su naturaleza que es ardiente vencería a la razón, y ella misma se convertiría en el auxiliar de sus sentidos. Si usted obtuviera una certidumbre, no sería ya dueño de sí. Buscando lo que no podría hallar, querría satisfacer el deseo con lo encontrado, y el resultado sería indudablemente una abominación. Con su talento ¿cómo puede pensar que, hallándome hombre, podría dejar de amarme en un santiamén? ¿Dejarán de existir los encantos que halla en mí? Quizás se acrecentarían, y entonces, como su apetencia se haría brutal, adoptaría todos los medios que sugiriese la imaginación para satisfacerlo. Llegaría a persuadirse de la posibilidad de transformarme en mujer, o lo que es peor, de hacerlo usted. Su pasión forjaría mil sofismas para justificar su amor, al cual daría el hermoso nombre de amistad; y para justificar su conducta, no dejaría de presentar mil ejemplos de semejantes torpezas. Y ¿quién sabe si entonces, no hallándome dócil a sus exigencias, me amenazaría de muerte? Porque, en cuanto a esto, nunca me hallaría dócil.

—Nada de esto sucedería, Bellino, y exageras tus temores, porque no pueden llegar a ese extremo. Con todo, no podría suceder nada peor que lo que haces, que es convertir en incurable una enfermedad de mi ser que la razón transformaría en ocasional.

Había cerrado la noche cuando llegamos a Sinigaglia. Me hospedé en la mejor hostería, y después de haber elegido un buen cuarto, pedí de cenar. Como no había más que una cama en la habitación, pregunté con mucha calma a Bellino si quería hacerse encender fuego en otro cuarto; pero júzguese cuál sería mi sorpresa al contestarme con blandura que no tenía inconveniente en dormir en el mismo cuarto que yo. Necesitaba yo esta contestación, aunque muy inesperada, para disipar el negro humor que me dominaba. Vi que llegaba al desenlace de la aventura, pero estaba lejos de felicitarme por ello, en la incertidumbre de si sería o no favorable. Con todo, experimentaba una verdadera satisfacción por haber vencido, seguro de obtener victoria completa sobre mí mismo, si mis sentidos y mi instinto me habían engañado, es decir, de respetarlo si era lo que decía ser. Mi naturaleza no me pedía otra cosa; pero, en el caso contrario, creía poder esperar los más tiernos favores.

Nos sentamos a la mesa frente a frente, y durante la cena, su conversación, su aire, la expresión de sus hermosos ojos, su sonrisa suave y voluptuosa, todo me hizo presagiar que estaba cansado de representar un papel que había debido serle tan penoso como a mí.

Aliviado de un gran peso, acorté la cena todo lo posible. Luego que nos hubimos levantado de la mesa, mi amable compañero hizo traer una lamparita, se desvistió y se acostó. No tardé en seguirlo, y el lector verá cuál fue el desenlace tan deseado.

CAPITULO VI

del tomo 2

¿Hice presentir al lector cuál fue el desenlace feliz? No hallo palabras para describir toda la voluptuosidad que aquel ser encantador me reservaba. Ella fue quien se acercó a mí. Sin hablarnos, se confundieron nuestros besos y caricias. Dejaba vagar mi mirada por aquel hermoso rostro, animado del más tierno amor.

Bellino se sentía obligado a hacerme olvidar mis penas y a corresponder al ardor que me habían inspirado sus encantos.

Llegó, por fin, el instante de un reposo que se hizo necesario por la exuberante actividad de nuestro goce. No se hallaban cansados nuestros sentidos, pero necesitaban esa tranquilidad que los repone y les devuelve esa suerte de elasticidad que la acción necesita.

Bellino fue el primero en romper el silencio.

—Amigo mío —dijo ella— ¿estás satisfecho? ¿Me has encontrado bastante tierna y enamorada?

—¿Enamorada? ¡Traidora! ¿Confiesas, pues, que no me equivocaba al suponerte una mujer encantadora? ¿Y si es cierto que me amabas, dime cómo has podido demorar tanto tiempo tu felicidad y la mía?

—Convéncete; soy toda tuya.

¡Qué encantos! ¡qué goces! Pero no hallando rastro alguno de una monstruosidad que aparentemente tanto me había asqueado, le dije:

—¿Pero en qué se ha convertido, aquella horrible deformidad?

—Escucha y lo sabrás todo. Me llamo Teresa. Mi padre, pobre empleado en el Instituto de Bolonia, tenía como huésped al célebre Salimberì, castrado, excelente músico.

Era joven y buen mozo; desperté en él afecto y quiso enseñarme a cantar. Pareciéndole hermosa mi voz, se tomó gran interés por mí, y al cabo de un año me acompañaba perfectamente al clavicordio. Su recompensa fue la que su ternura le obligó a pedirme, y se la concedí sin considerarme humillada, porque le quería mucho. Sin duda los hombres como tú son muy superiores a los de su especie; pero Salimberi era una excepción. Era inteligente, modesto y discreto, rico y generoso. Subvenía a la educación de un muchacho de mi edad, en casa de un profesor de música, en Rímini. Su padre, pobre y cargado de una numerosa familia, cuando sintió próxima la hora de su muerte, no pensó nada mejor que hacer mutilar al infortunado niño, a fin de que, mediante su voz, pudiese ser el sostén de la familia. Este muchacho se llamaba Bellino; la buena mujer que has visto en Ancona era su madre, y todo el mundo cree que es la mía.

"Hacía un año que yo pertenecía a Salimberi, cuando un día me anunció llorando que se veía obligado a separarse de mí para ir a Roma; pero me prometió que nos volveríamos a ver. Lo había arreglado todo para que mi padre hiciese continuar mi instrucción; pero precisamente murió entonces mi padre y me hallé de pronto huérfana.

"Viéndome en tal estado, Salimberi no pudo resistir a mis lágrimas, resolvió llevarme a Rímini para ponerme en la misma escuela en que hacía educar a su joven protegido. Pero, por una triste coincidencia, Bellino había muerto el día anterior.

"Entonces se le ocurrió la idea de llevarme a Bolonia con el nombre de Bellino, y hospedarme en casa de la madre del difunto, la cual, siendo pobre, tendría interés en evitar que el secreto se descubriese.

—Los demás hijos de esa mujer —me dijo— no sospechan nada, pues no vieron a su hermano sino muy niño. Si me quieres, es preciso que renuncies a tu sexo. Tomarás todas las precauciones necesarias para que nadie averigüe que eres mujer. Cuando se desarrolle tu pecho, dentro de algunos años, no tendrás, al parecer, más que un defecto propio de muchos de mi especie. Además, yo te daré un pequeño aparato, que disfraza tu físico y, si algún día te ves obligada a someterte a un reconocimiento, fácilmente creerán que eres hombre.

"A todo di mi consentimiento. Llegamos a Bolonia al anochecer, y la madre de Bellino aceptó todo mediante un poco de oro. Salimberi trajo el instrumento que había de completar mi metamorfosis. Así me encontraba exactamente igual a mi amigo. Esto me hubiera divertido, si la súbita partida del ser a quien yo adoraba no me hubiese afligido. Salimberi ha muerto joven, hace un año, en el Tírol. Su pérdida me obligó a sacar partido de mis capacidades para vivir. Mi madre ficticia me aconsejó que continuara pasando por castrado, con la esperanza de llevarme a Roma. Mientras tanto, acepté el teatro de Ancona, donde se instruye a Petrone como bailarina; es decir que realizamos el mundo al revés.

"Después de Salimberi, tú eres el único hombre que he conocido, y si quieres, de ti sólo dependerá volverme a mi estado de mujer y hacerme dejar el nombre de Bellino, que odio desde la muerte de mi protector y que empieza a acarrear problemas. No he cantado más que en dos teatros, pero cada vez he tenido que someterme a la denigrante prueba, pues todo el mundo encuentra que parezco mujer y no quieren admitirme sino después de la vergonzosa demostración.

"Por suerte, hasta ahora sólo he tenido que habérmelas con curas viejos, que de buena fe se han contentado con una ligera inspección, después de la cual han pasado informe al obispo; pero puede suceder que tenga que tratar con jóvenes, y entonces el examen sería mucho más minucioso. Además, me hallo expuesta a las persecuciones diarias de dos especies de individuos: de los que, como tú, no pueden creer que yo sea hombre, y de los que, para satisfacer abominables gustos, se

felicitan de que lo sea o les conviene suponerme tal. Estos últimos, sobre todo, me asedian. Sus pasiones son tan miserables, tan bajas sus costumbres, que me indignan y sublevan, hasta el punto de que temo dar puñaladas a alguno en uno de los arrebatos de ira que me causan sus proposiciones. Por piedad, ángel mío, si me quieres, sé generoso; sácame de este estado de oprobio. Tómame contigo. No pretendo ser tu mujer, me contento con ser tu amiga; mi corazón es puro; me siento hecha para honrar mi vida con una entera felicidad hacia mi amante. No me abandones. La ternura que me has inspirado es verdadera.

Su ternura y el encanto persuasivo de sus palabras hicieron correr lágrimas de amor y de tierno interés. Sinceramente le prometí no abandonarla y unirla a mi destino.

—Rompe —le dije— el contrato que tienes en Rímini; sigamos adelante, y después de habernos detenido un par de días en Bolonia, me seguirás a Venecia, vestida de mujer y con otro nombre. Es imposible que el empresario de aquí te encuentre.

—Acepto. Tu voluntad será siempre la mía. Mi persona te pertenece y espero que sabré conservar tu amor.

—Muéstrame —le dije— cómo eras cuando te tomé por hombre.

Se levanta, abre su baúl, saca el adimento y se lo aplica; tuve que admirar la invención. Satisfecha mi curiosidad, pasé en brazos de mi amiga una noche feliz.

Por la mañana, contemplándola dormida, tomé la resolución de asociarla a mi destino, y aún pensé hacer más: asegurar nuestra unión con las formalidades de las leyes y de la religión, es decir, hacerla mi legítima esposa.

Quise sondearla, la sometí a un interrogatorio en regla, seguido del fiel relato de mi vida y de mi situación. El resultado de nuestras confidencias fue un acuerdo perfecto acerca de la conveniencia de unirnos mediante los altares antes de que transcurrieran tres días.

Nos pusimos en camino el día siguiente, deteniéndonos en Pésaro para almorzar. En el momento en que íbamos a subir otra vez al coche, se presentó un cabo con dos arcabuceros para pedirnos nuestros nombres y nuestros pasaportes. Bellino dio el suyo; pero yo, por más que busqué el mío, no lo encontré.

El cabo mandó al postillón que aguardase y fue a dar parte de lo que ocurría. Media hora después, volvió con el pasaporte de Bellino diciéndole que podía continuar su camino, pero me dijo que tenía orden de conducirme a la comandancia. Obedecí.

—¿Qué ha hecho de su pasaporte? —preguntó el comandante.

—Lo he perdido.

—Nadie pierde un pasaporte.

—Excepto yo.

—No podrá continuar el viaje.

—Vengo de Roma, y voy a Constantinopla a llevar una carta del cardenal Acquaviva. Esta es la carta sellada con sus armas.

—Todo cuanto puedo hacer es mandar que lo acompañen a casa del señor de Gages.

Encontré a este famoso general, de pie, rodeado de su estado mayor. Después de haberle dicho lo que acababa de explicar al comandante, le rogué que me dejase continuar mi ruta.

—Lo único que puedo acordarle es la de arrestarlo hasta que le envíen de Roma un nuevo pasaporte con el mismo nombre que ha dado en la consigna. La desgracia de perder un pasaporte no sucede sino a un atolondrado, y el cardenal aprenderá a no comisionar a gente atolondrada.

Dicho esto, ordena que me lleven al cuerpo de guardia de Santa María, fuera de la ciudad, después que hubiera escrito mi carta al cardenal pidiéndole un nuevo pasaporte. Sus órdenes de inmediato fueron ejecutadas. Me acompañaron desde luego al albergue, donde escribí mi carta, que envié por estafeta a Su Eminencia, suplicándole que sin demora me mandase un pasaporte directamente al condado de la guerra. Después abracé a Teresa, a quien esta contrariedad afligía, y le supliqué que fuese a Rímini a esperarme; la obligué a tomar cien cequíes. Ella quería quedarse en Pésaro, yo me opuse, y después de haber hecho descargar mi equipaje y visto partir a mi amiga, me dejé llevar al sitio adonde el general había ordenado que me condujesen.

Lo que más pena me dio fue el dolor de Teresa, la cual, al verme alejarme de ella en el momento crítico de nuestra unión, se ahogaba esforzándose por contener sus lágrimas. No se hubiese separado de mí, a no haberle hecho comprender que no podía quedarse en Pésaro, y que nos volveríamos a reunir dentro de unos diez días para no separarnos jamás.

Luego que hubo llegado a Santa María, el oficial de servicio me introdujo en el cuerpo de guardia, donde me senté encima de mi maleta. Tuve que pasar la noche sobre un poco de paja, sin tomar alimento alguno, entre soldados catalanes.

Al día siguiente por la mañana, el nuevo oficial de guardia me sorprendió preguntándome con cierta delicadeza:

— ¿A qué debo el honor de tenerlo bajo mi vigilancia, señor abate?

Aquel tono devolvió toda la regularidad a mis pulmones. Referí al oficial mi contratiempo, y le pareció gracioso. Un carácter que de tal cosa se reía, no podía desagradarme por los puntos de contacto que al parecer había de tener con el mío. Se apresuró a asignarme un soldado para servirme, y pronto tuve una cama, varias sillas y una mesa.

Después de haberme invitado cortésmente a participar de su comida, me propuso una partida de piquet; pero en seguida me advirtió que yo no estaba a su altura y que el oficial que le relevaría al día siguiente, jugaba aún mejor que él. Perdí tres o cuatro ducados. Al concluir, me aconsejó que me abstudiese de jugar al día siguiente, y seguí su consejo. También me advirtió que tendría gente a cenar, y que después de la cena se jugaría al faraón, pero que como el banquero era un griego, tahúr muy picaro, yo no debía jugar. Este consejo me pareció verdaderamente delicado, sobre todo cuando vi que todos los puntos perdían y que el griego, tranquilo en medio de los malos tratos de los despojados, se metía el dinero en el bolsillo, después de haber dado lo correspondiente al oficial de guardia al que se le entregaba parte de la banca.

Aquel banquero se llamaba don Pepe el Menor, y por el acento me pareció napolitano. Entonces pregunté al oficial por qué me había dicho que era griego, y él me explicó lo que significaba este término, que equivale a tahúr, y la lección con que acompañó su explicación me fue de gran utilidad en el futuro.

Durante los cinco días siguientes, mi vida fue monótona y bastante triste; pero al sexto, vi volver con gusto al mismo oficial, que vino de guardia al mismo lugar. Por la noche, hubo otra vez juego, con resultado igual, aparte de un golpe vigorosamente aplicado en las espaldas del banquero, y que el griego disimuló estoicamente. Nueve años después vi al mismo individuo en Viena, capitán al servicio de María Teresa; entonces se llamaba d'Affisso. Diez años más tarde, lo vi

coronel, y algún tiempo después millonario; pero por último, hace trece o catorce años, lo vi en presidio. Era buen mozo, pero a pesar de su físico, tenía una fisonomía patibularia. He visto otros por el estilo. Cagliostro, por ejemplo, y otro que no está todavía en presidio, pero que no escapará de él.

Hacia el décimo día todo el ejército ya me conocía y me apreciaba y yo seguía esperando mi pasaporte, que no podía tardar. Me encontraba casi libre, e iba a pasearme, aun fuera de la vista del centinela.

Razón tenían en no temer que me escapase, pues hubiera sido una locura intentarlo. Pero he aquí que me sucedió el accidente más singular de mi vida.

Eran las diez de la mañana. Me paseaba a unos cien pasos del centinela, cuando un oficial que venía se apeó de su caballo, le puso las riendas sobre el cuello y se alejó para una necesidad. Admiraba yo la docilidad de aquel caballo, que permanecía inmóvil como un criado fiel en espera de su amo, me acerqué a él, y sin intención alguna tomé las riendas, puse un pie en el estribo y salté en la silla. Era la primera vez que montaba un caballo. No sé si lo toqué con mi bastón o con mis zapatos, lo cierto es que el animal salió al galope. Yo perdí el estribo del pie derecho; para sujetarme, apretaba las piernas; el caballo se sentía oprimido y corría cada vez más.

El último centinela apostado me gritó dándome alto; no pude obedecer y oí silbar algunas balas con que acompañaron mi desobediencia involuntaria. Por último, en el primer puesto avanzado de los austríacos detuvieron el caballo y di gracias a Dios por haber salido bien de aquel apuro.

Un oficial de húsares me preguntó a dónde iba tan de prisa, y mi palabra, más rápida que el pensamiento, contestó que no informaría sino al príncipe Lobkovitz que mandaba el ejército y cuyo cuartel general se hallaba en Rímini. El oficial ordena entonces a dos húsares que monten a caballo y después de haberme hecho montar en otro, me acompañan a galope a Rímini, donde el oficial de guardia me hace presentar al príncipe.

Su Alteza estaba solo y le conté con sencillez lo que acababa de pasarme. Mi relación lo hizo reír, a pesar de que me dijo que todo aquello le parecía inverosímil.

—Yo debiera hacerlo arrestar, señor abate —me dijo—, mas quiero evitarle esa molestia.

Llamó a uno de sus ayudantes y le dijo que me acompañara hasta las afueras de Cesena.

—Una vez fuera de la puerta —añadió dirigiéndose a mí— puede ir a donde le dé la gana; pero evite volver a mi ejército sin pasaporte, porque podrá costarle caro.

Le pedí que me devolviera el caballo, a lo cual contestó que no me pertenecía. No se me ocurrió suplicarle que me dejase ir al punto de donde venía, y lo lamenté, aunque tal vez hice bien.

El oficial encargado de acompañarme me hizo entrar en un café a tomar una taza de chocolate. Vi pasar a Petrone, y, aprovechando un momento en que el oficial hablaba con otro, le dije que simularan no conocerme y le pregunté dónde vivía, lo cual me dijo. Tomado el chocolate, el oficial pagó y salimos. Llegamos a la puerta de la ciudad, y nos separamos.

Me vi en libertad, con oro y alhajas, pero sin mi equipaje.

Teresa estaba en Rímini, adonde yo no podía volver. Resolví pasar a Bolonia para procurarme un pasaporte, y volver a Pésaro, donde probablemente encontraría mis papeles romanos. No podía resignarme a perder mi cofre, y no quería estar privado de Teresa hasta la terminación de su contrato con el empresario de la ópera de Rímini.

Llovía, y como yo iba sin capote y con media de seda, necesitaba un coche. Me resguardé bajo el atrio de una iglesia y me puse la casaca al revés para disimular mi condición de abate. En esto acertaron a pasar varias recuas de mulos cargados que iban a Rímini. Seguía lloviendo, y en el momento en que los mulos pasaban a mi lado, puse maquinalmente la mano sobre el cuello de uno, y así siguiendo el paso lento de las bestias, entré en Rímini sin que nadie reparase en mí, ni siquiera los arrieros. Di unos cuantos cuartos al primer chiquilín que encontré y me hice acompañar a casa de Teresa.

Con mis cabellos disimulados bajo un gorro de dormir, el sombrero agachado, mi hermoso bastón oculto bajo mi casaca, parecía un pobre mendigo. Pregunté por la madre de Bellino, y el ama de la casa me introdujo en un cuarto donde se hallaba toda la familia con Teresa vestida de mujer. Yo esperaba sorprenderles, pero Petrone les había hablado de nuestro encuentro, y me aguardaban.

Conté mi historia; Teresa se asustó e inquietó por el peligro que yo corría, y se empeñó en que partiese inmediatamente para Bolonia.

La joven me hizo entrar en su cuarto y me explicó la situación de la familia. Ella había encontrado al empresario antes de entrar en Rímini, y él le había indicado la casa en que había de vivir con su madre y sus hermanos; habiéndole declarado ella que era mujer y que no quería seguir pasando por castrado, el empresario se había alegrado mucho, porque Rímini pertenecía a otro condado que Ancona, las mujeres podían salir en la escena. Concluyó diciendo que su contrato se prolongaba hasta principios de mayo, y que entonces iría a juntarse conmigo donde yo quisiese.

—Tan pronto como consiga un pasaporte —le dije— nada podrá impedirme que permanezca a tu lado hasta que te encuentres libre.

A pesar de la situación peligrosa en que me hallaba, pasé todo el día y parte de la noche con mi amada, dándole repetidas muestras de mi amor. Por la madrugada pude salir sin dificultad de la población con unos arrieros de los cuales me separé en Savignano, desde donde me fui en coche a Bolonia.

Escribí al oficial francés que había estado tan amable conmigo en el cuerpo de guardia de Santa María; le rogué que viese en la secretaría de la guerra si había llegado mi pasaporte, y que, si así fuera, me lo mandase. También le suplicaba que averiguase de quién era el caballo que me había llevado, para pagárselo como era justo. De todos modos resolví aguardar a Teresa en Bolonia y se lo avisé; le pedí además que me escribiese a menudo.

En Bolonia me hospedé en una pequeña hostería a fin de no llamar la atención. Pensé en las pocas probabilidades que tenía de recuperar mi equipaje, y en la necesidad de procurarme vestimentas. Pensando esto, me puse a reflexionar que probablemente no haría ya mi carrera en el estado eclesiástico, y se me ocurrió hacer de mí un oficial, seguro de no tener que dar cuenta a nadie de mis acciones. Esta idea era natural a mi edad, pues venía de dos ejércitos, donde lo único que había visto respetar era el uniforme y me gustaba hacerme respetar también. Además, queriendo yo volver a Venecia, me sonreía la idea de presentarme bajo el atavío del honor donde tanto me habían maltratado bajo el de la religión.

En veinticuatro horas, por obra de un sastre inteligente, quedé transformado en discípulo de Marte. Compré una larga espada y fui a pasearme por la población. Me mudé a una habitación mejor y aún recuerdo la agradable impresión que me causó a mí mismo cuando pude admirarme en un gran espejo.

Mi uniforme era blanco, a excepción de la levita, que era azul, con un lazo de oro y plata en el hombro. Todo el día me di importancia en los cafés y en el paseo.

Por la noche, el hostelero se me presentó con un libro para que me inscribiera en él.

—Casanova.

—¿Profesión?. . .

—Oficial.

—¿Al servicio de quién?

—De nadie.

—¿Su patria?...

—Venecia.

—¿De donde viene?. . .

—No le importa.

Estas palabras, pronunciadas con cierto tono enfático, produjeron su efecto. El hombre se fue dejándome en paz, y comprendí que sólo había venido instigado por algún curioso, pues yo sabía que en Bolonia se vivía en completa libertad.

Al día siguiente, el banquero Orsi me pagó una letra de cambio, contra la cual tomé otra de seiscientos cequíes sobre Venecia, y cien cequíes en oro, luego, como el día anterior, fui a darme importancia por la población.

Al cuarto día de mi permanencia en Bolonia, recibí una carta de Teresa. El duque de Castropignano, después de haberla oído cantar, le había ofrecido mil onzas por un año, pagados los gastos de viaje, si quería cantar en el teatro de San Carlos, inmediatamente después de su contrato de Rímimi. Había pedido un plazo de ocho días para decidirse, y en el envío me enviaba dos hojas separadas; una era la escritura del duque, que me remitía para que me enterase, no queriendo ella firmarla sin mi aprobación; la otra era un compromiso formal de permanecer toda su vida junto a mí, sirviéndome.

Por primera vez en mi vida, me encontré en la necesidad de reflexionar antes de tomar una resolución. Dos motivos igualmente poderosos mantenían la balanza en equilibrio: el amor propio y el amor. Por un lado me confundía el pensar que mi amor pudiese servir de obstáculo a la fortuna de Teresa; por otro, padecía ante la idea de lo que iba a sufrir mi amor propio, si yo iba a Nápoles viviendo a expensas de una mujer. ¿Qué hubieran dicho mi primo don Antonio, don Polo y su simpático hijo, don Lelio Caraffa y toda la nobleza que me conocía? Reflexionando después que en la mejor edad iba a encadenarme y renunciar de pronto, a la alta fortuna para la cual se me figuraba que había nacido, sentí que la balanza perdía su equilibrio y que mi razón se imponía sobre mi corazón. Creyendo haber encontrado un pretexto para ganar tiempo, me agarré a él. Escribí a Teresa que aceptase su nuevo contrato, que fuese a Nápoles, y que estuviese segura de que yo iría a encontrarla o en el mes de julio o a mi regreso de Constantinopla. Le escribí que me contestara a Bolonia, y tres días después recibí de ella una carta tan triste como tierna, en la cual me decía que había firmado su contrato, que había tomado una camarera que podía pasar por su madre, que estaría en Nápoles el mes de mayo y que me aguardaría hasta que yo le hiciese saber que no la quería más. Cuatro días después de haber recibido esta carta, que fue la penúltima que me escribió Teresa, salí para Venecia.

Antes de hacerlo, recibí una carta del oficial francés anunciándome que mi pasaporte había llegado y que estaba dispuesto a mandármelo con mi cofre y el equipaje, si antes iba a pagar al señor don Marcelo Birna, comisionista del ejército español cuya dirección me daba, cincuenta doblones por el caballo que me había llevado. Me dirigí a la persona indicada, contento por haber concluido aquel asunto; recibí mi cofre y mi pasaporte momentos antes de mi partida.

Para ir a Venecia era indispensable hacer cuarentena, aunque sin necesidad. Los venecianos querían que el Papa fuese el primero en abrir sus fronteras y el pontífice pretendía que fuesen los venecianos los que efectuasen la iniciativa. De esto resultaba un grave perjuicio para el comercio; pero lo que sólo interesa a los pueblos suele tratarse sin darle mucha importancia. No queriendo someterme a esta formalidad, he aquí lo que se me ocurrió. La cosa era delicada, pues en Venecia había rigurosa vigilancia en materia sanitaria; pero entonces me complacía en hacer, si no todo lo prohibido, al menos todo lo difícil.

Del condado de Mantua al de Venecia el paso era libre, y yo sabía que no se habían dificultado las comunicaciones entre Mantua y Módena. Si podía entrar en el Estado de Mantua haciendo creer que venía del de Módena, la cosa estaba hecha, pues de allí pasaría el Po en cualquier punto y me iría a Venecia directamente. Trepé a un carro que me llevase a Revere, población situada a orillas del Po y en el Estado de Mantua.

El carretero me dijo que tomando caminos transversales podía ir a Revere y decir que veníamos de Mantua; pero que la dificultad radicaba en que no podríamos presentar el certificado de sanidad dado en Mantua y que nos pedirían en la puerta. Le dije que fingiera haberlo perdido y que lo demás corría por mi cuenta. Unas cuantas monedas le convencieron.

A la puerta de Revere me presenté como oficial del ejército español; dije que iba a Venecia, con el objeto de hablar con el duque de Módena, que entonces se encontraba allí y añadí que me llevaban asuntos de la mayor importancia. No solamente no pidieron al carretero el certificado de sanidad, sino que me hicieron honores militares y fui objeto de atenciones. Me entregaron en seguida un certificado en que constaba que partía de Revere, y con él pasé el Po en Ostiglia, de donde me trasladé a Legnago. Allí tomé la posta y llegué por la noche a Venecia.

Era el 2 de abril de 1744, aniversario de mi nacimiento, y día que diez veces durante mi vida ha sido señalado por algún acontecimiento particular.

Al día siguiente fui a la Bolsa con el intento de tomar pasaje para Constantinopla; pero como no hallé buque alguno que tuviese que partir antes de dos o tres meses, tomé un camarote a bordo de un navío de línea que había de salir para Corfú aquel mismo mes.

Me dediqué a hacer visitas, y creí que la primera correspondía al abate Grimani. Al verme hizo mil aspavientos, pues aún me creía con el cardenal Acquaviva, camino del ministerio político, y se hallaba en presencia de un servidor de Marte. Acababa de comer y tenía convidados; entre éstos había un oficial de uniforme español, pero esto no me hizo perder la serenidad.

—No esperaba verlo en ese traje —dijo el abate Grimani.

—He tomado la prudente resolución de desprenderme del que no me podía proporcionar una fortuna capaz de satisfacerme.

—¿A dónde va?

—A Constantinopla, y confío en encontrar pronto pasaje en Corfú, pues llevó partes del cardenal Acquaviva.

—¿De dónde viene?

—Del ejército español, donde me encontraba hace diez días.

Apenas había terminado estas palabras, cuando oí la voz de un joven señor que decía:

—No es verdad.

—Mi estado —repliqué de inmediato— no me permite acordar un mentís.

Dicho esto, hice una reverencia al círculo y me fui sin atender a los que me llamaban.

Fui a casa de la señora Mazoni, a quien deseaba ver. Se alegró muchísimo de verme y no dejó de recordarme su predilección. Le conté mi historia, que le agradó mucho; pero me dijo que si iba a Constantinopla, probablemente no la volvería a ver.

Luego fui a casa de la señora de Orio, donde encontré al bueno del señor Rosas, a Nanetta y a Marta. Su sorpresa fue extraordinaria; todos quedaron como petrificados. Las dos hermanas me parecieron más bonitas. Conté mi historia omitiendo lo que era poco edificante y les hice pasar tres horas deliciosas. Viendo entusiasmada a la buena señora, le dije que de ella sola dependía el tenerme durante las tres o cuatro semanas que yo había de pasar en Venecia, dándome cuarto y cena, pero con la condición de no serle gravoso.

—Cuánto me alegraría tener un cuarto para ofrecerle.

—Lo tiene, amiga mía —le replicó su querido Rosas— y en dos horas me encargo de ponerlo en orden.

Era el cuarto inmediato al de sus sobrinas. Nanetta dijo que bajaría con su hermana; pero la tía le contestó que no era necesario, que podían volver al cuarto.

Arreglado todo, obligué a la señora a recibir quince cequíes por adelantado, asegurándole que yo estaba rico y que salía ganando con aquel convenio.

Añadí que al día siguiente enviaría mi equipaje y me instalaría en su casa. Durante toda esta conversación, veía pintarse la alegría en el rostro de mis dos mujercitas, que recobraron sus derechos sobre mi corazón, a pesar de mi amor por Teresa, a quien veía siempre con los ojos del alma; ello era infidelidad y no inconstancia.

Comiendo en casa del abate Grimani con el mayor Pelodoro y algunos otros oficiales, todos coincidían en aconsejarme que entrase al servicio del Estado veneciano, y decidí seguir su consejo.

—Conozco —dijo el mayor— a un joven teniente cuya salud no le permite ir al Levante y que quisiera vender su cargo; pide por él cien cequíes, pero esto no bastaría, pues sería necesario además obtener el consentimiento del ministro de la guerra.

—Háblele usted —le dije— los cien cequíes están prontos.

El mayor se comprometió a hablar con el ministro.

Por la noche fui a casa de la señora de Orio y me hallé perfectamente alojado. Después de la cena, la tía dijo a sus sobrinas que fuesen a instalarme en mi cuarto; y, como es de suponer, esa noche y las siguientes, las niñas se repartieron la agradable tarea, alternando la atención por turno.

A último del mes entré al servicio de la República de Venecia en calidad de alférez en el regimiento de Bala, que se encontraba en Corfú. El que había salido y por el que había pagado mis cien cequíes era teniente; pero el ministro de la guerra me alegó razones a las cuales tuve que someterme; me prometió, sin embargo, que al cabo de un año sería infaliblemente promovido al rango de teniente y que además me concedería licencia para ir a Constantinopla.

El ilustre senador Vendremin me facilitó ir a Constantinopla con el caballero Venier, que iba en calidad de bailío; pero éste no había de llegar a Corfú sino un mes después que yo y me prometió tomarme de paso.

Pocos días antes de ponerme en camino, recibí carta de Teresa diciéndome que girase a su nombre siempre que tuviese necesidad de dinero.

A bordo comí en la mesa del espléndido consejero veneciano don Antonio Dolfin, que iba a Zante y a quien me había presentado el abate Grimani. Yo iba bien provisto de ropa, dinero y alhajas. Nuestro buque llevaba veinticuatro cañones y doscientos soldados esclavones. Pasamos de Malamoco a Istria durante la noche y anclamos en el puerto de Orsera para cargar lastre. Mientras duraba esta operación, me estuve paseando con algunos otros por aquel lugar desprovisto de todo encanto, donde yo había pasado tres días nueve meses antes. Pero gracias a mi vistoso uniforme, nadie hubiese conocido en mí al enclenque abate que, sin tantas circunstancias fortuitas, hubiera parado sabe Dios en qué.

CAPITULO XI

del tomo 4

(...) Recordará el lector que el abate Chiari, autor de una novela en la cual yo era muy mal tratado, me tenía miedo y tomaba sus precauciones. Por aquel tiempo recibí una carta anónima en que se me decía que en vez de despreciar al abate, haría mucho mejor en pensar en mí pues un peligro inminente me amenazaba.

Al mismo tiempo, un tal Manuzzi, primeramente espía, y ahora vil agente de los inquisidores de Estado, hecho desconocido para mí, supo entrar en relaciones conmigo con el pretexto de proporcionarme diamantes a crédito, lo que me impulsó a recibirle en mi casa. Mirando varios libros, se fijó en unos manuscritos de magia. Por el necio placer de saborear su sorpresa, le hice ver los que enseñaban a relacionarse con todos los espíritus elementales. Ya sabe el lector que yo no creía una palabra de todo aquello, pero lo tenía y a veces me divertía con ello, como se divierte uno con mil engendros absurdos vacíos de entendimiento. Pocos días después, el traidor vino a decirme que una persona curiosa cuyo nombre no podía decirme, estaba dispuesto a darme mil cequíes por mis cinco libros, pero que antes quería verlos para asegurarse de que no eran falsificaciones. Como se comprometió a devolvérmelos dentro de veinticuatro horas, y como en el fondo yo no les otorgaba importancia, se los confié. No dejó de devolvérmelos al día siguiente, diciéndome que el aficionado no los creía auténticos. Algunos años después supe que los había llevado al secretario de los inquisidores de Estado, los cuales dedujeron de este modo que yo era un insigne conocedor de ciencias ocultas.

En el transcurso de aquel mes fatal, todo parecía conducirme a la ruina. La señora de Memmo se había metido en la cabeza que yo arrastraba a sus tres hijos al ateísmo, y se quejó al viejo caballero Antonio Mocenigo, tío del señor de Bragadino, que me odiaba porque, según decía, yo había seducido a su sobrino por medio de mi cábala. La cosa era muy seria, porque intervenía en ello el Santo Oficio. Mas como era difícil encerrarme en las cárceles eclesiásticas de la Inquisición, se acordó llevar el asunto a los inquisidores de Estado, que se encargaron provisionalmente de averiguar los antecedentes de mi conducta.

Don Antonio Condulmer, mi enemigo, pero amigo del abate Chiari, era en aquel entonces inquisidor de Estado rojo, y aprovechó la ocasión para hacerme acusar como perturbador de la tranquilidad pública.

Un secretario de embajada, a quien conocí años después, me contó que un denunciador de oficio, asistido de testigos, pagados sin duda también por el terrible tribunal, había declarado que yo no creía más que en el diablo.

Aquellas tres buenas personas certificaron, mediante juramento, que cuando yo perdía en el juego, en vez de blasfemar como todos los individuos que se hallaban en igual caso, nunca pronunciaba execraciones contra el diablo. Se me acusaba, además, de comer carne los viernes, de no ir más que a las misas de la sociedad, y se tenían graves sospechas de que estaba afiliado a la francmasonería. A todo esto se añadía que estaba vinculado con ministros extranjeros y que viviendo con tres patricios, era obvio que revelaba, por las grandes cantidades que me veían perder, todos los secretos de Estado que lograba arrancarles mediante artimañas.

Todos estos motivos, que carecían de todo fundamento, sirvieron de pretexto al terrible tribunal para tratarme como enemigo de la patria, como conspirador. Hacía algunas semanas que varias personas, en quienes yo confiaba plenamente, me aconsejaban que hiciese un viaje al extranjero, puesto que el tribunal parecía ocuparse de mí. Esto era decirme bastante, porque en Venecia, las únicas personas que pueden vivir en paz son aquellas cuya existencia ignora el terrible tribunal. Pero yo me obstinaba en despreciar todas las insinuaciones, todos los consejos. Además, me acosaba una desgracia real que contribuía mucho a que no pensase en lo que podía suceder: yo perdía diariamente todo lo que jugaba. En todas partes tenía deudas; había empeñado todos mis objetos de algún valor, hasta las cajitas de retratos que había confiado a la señora de Manzoni, quien me guardaba también todos mis papeles importantes y toda mi correspondencia amorosa.

Un viejo senador me dijo un día que era opinión generalizada que la joven condesa Bonafede se había vuelto loca a causa de las drogas que yo le había dado para que se enamorase de mí. Aún estaba internada en el hospital de locos, y en sus arrebatos pronunciaba sin cesar mi nombre llenándome de maldiciones.

He de contar esa breve historia a mis lectores.

La joven condesa, a quien yo había regalado unos cuantos cequíes pocos días después de mi regreso a Venecia, trató de atraerme para beneficiarse con mis visitas. Cansado ya de sus billetes, había ido a verla unas cuantas veces más, dejándole siempre algunos cequíes. Pero, exceptuando la primera vez, no la había honrado nunca con otra demostración de afecto. Hacía un año que mi frialdad hacía fracasar todas sus tentativas, cuando tomó una resolución criminal.

Me escribió una carta en la que me suplicaba que fuese a su casa, a determinada hora, para un asunto de gran importancia. La curiosidad y el deseo de poder serle útil me impulsaron a acudir al llamado; pero al verme llegar, se abalanzó sobre mí, diciéndome que el asunto de importancia era el amor. Me reí del ardid, y me agradó encontrarla más limpia que de ordinario, lo cual contribuyó a que me pareciese más bonita. Me recordó nuestra entrevista en el fuerte de San Andrés, y de tal modo supo animarme, que me encontré a punto de hacerle el amor. Me quité el sombrero, y le pregunté si su padre estaba en casa.

—Ha salido —me dijo ella.

Teniendo necesidad de salir un instante, al volver me equivoqué de puerta y entré en la habitación contigua, donde me sorprendió hallarme en presencia del conde y de dos hombres de muy mal aspecto.

—Mi querido conde —le dije— su hija acaba de decirme que no estaba usted en casa.

—Yo le di estas órdenes, porque tengo un asunto que arreglar con estos señores; pero lo haremos otro día.

Quise salir, pero él me detuvo, y despidiendo a los dos hombres, me entretuvo contándome la historia de sus desventuras y de su miseria. Acabé por darle seis cequíes y me abrazó llorando de alegría. Llamó a su hija, le dijo que se quedase conmigo y se fue.

Solo con la condesa, examiné entonces la puerta de comunicación con el cuarto donde me había encontrado con ella momentos antes y la encontré entornada.

—Su padre me hubiera sorprendido, y es fácil adivinar lo que hubiera hecho con los dos sujetos que estaban con él. El complot es evidente.

Ante la acusación ella niega, llora, jura por lo más sagrado, se echa de rodillas; yo vuelvo la cabeza, tomo mi abrigo y me voy sin decir nada.

Continué escribiendo, pero sus billetes se quedaron sin respuesta, y no volví a verla. Era en verano; el calor, la pasión, el hambre, la miseria le trastornaron la cabeza y enloqueció hasta el punto de salir un día desnuda a la calle, gritando que la acompañasen a mi casa para castigarme. Esta miserable historia se divulgó y me contrarió mucho. Encerraron a la desdichada condesita, que no recobró la razón hasta cinco años después. Al salir del hospital, se vio en la triste necesidad de pedir limosna por la calle, lo mismo que sus hermanos, a excepción del mayor, a quien encontré doce años después en Madrid como simple cadete de la guardia del rey de España.

Hacía un año que se había vuelto loca la condesa, pero como de lo que se trataba era acumular faltas sobre mí, se desempolvó esta historia, se la adornó con todos los atractivos de la ficción y se cargaron las baterías de donde había de partir el tiro que había de aniquilarme.

En julio de 1755, el odioso tribunal ordenó al *messer-grande* que me prendiese, muerto o vivo. Nunca anuncian la menor de sus órdenes sin pena de muerte para el infractor.

Tres o cuatro días antes de la fiesta de San Giacomo, M. M... me regaló unas cuantas varas de encaje de plata para adornarme una casaca de tafetán que había de estrenar la víspera de mi fiesta. Fui a verla, con mi hermosa casaca puesta y le dije que al día siguiente iría a pedirle que me prestase dinero, porque no sabía dónde encontrarlo. Aún tenía ella quinientos cequíes que se había reservado cuando decidió la venta de sus diamantes.

Seguro de recibir dinero al día siguiente, pasé la noche jugando y perdí quinientos cequíes dando mi palabra. Al amanecer, necesitando calmarme, me fui a la *Erbería*, a orillas del gran canal que atraviesa la población. Es un mercado de frutas y flores.

Las personas decentes que van a pasearse por la *Erbería* muy de mañana, dicen que van allí a ver llegar los centenares de barcas cargadas de legumbres, frutas y flores que vienen de las muchas islas que hay en torno de la ciudad; pero asimismo todo el mundo sabe que aquel paseo o mercado se llena de hombres y mujeres de vida disipada, que han pasado la noche en los placeres de Citeres, en los excesos de la mesa o en las emociones del juego. Unos y otros van allí a respirar el aire libre y a tranquilizar el ánimo después de noches agitadas. Esto prueba lo mucho que puede cambiar el carácter de una nación. Los venecianos de otro tiempo, tan misteriosos en galantería como en política, son desplazados por los modernos, cuyo gusto predominante consiste en no hacer misterio de nada. Los hombres que van a la *Erbería* con mujeres, quieren despertar la envidia de sus iguales haciendo alarde de sus conquistas. Los que van solos, tratan de hacer descubrimientos o excitar celos. Las mujeres van para que las vean y para que todo el mundo sepa que no tienen escrúpulos o que simulan no tenerlos. Nada de coquetería: el desorden reina; un desorden estudiado, que se

presta a mil conjeturas. Los hombres que dan el brazo a las mujeres, manifiestan por su indolencia el fastidio de una complacencia ya agotada y hacen suponer que el desorden de sus compañeras es la prueba de su triunfo. En fin, es de buen tono en este paseo matutino mostrar una cierta dejadez, cierto abatimiento y la necesidad de irse a acostar. Después de haberme paseado media hora, me retiro a un cuarto que había alquilado en casa de una buena amiga del doctor Righelini. Saco la llave para abrir, y encuentro la puerta abierta y la cerradura rota. Subo, entro y hallo a todo el mundo levantado y a mi dueña de casa profiriendo amargas quejas.

—*Messer-grande* —me dice— acompañado de una banda de esbirros, ha entrado por la fuerza en la casa. Lo ha revuelto todo, diciendo que buscaba un cofre lleno de sal, un objeto de contrabando muy criminal.

El día antes habían desembarcado un cofre; pero era del conde S... y no contenía más que ropa. Después de haberlo registrado, *messer-grande* se había ido. También había registrado mi cuarto.

Después de haber descansado unas cuantas horas, fui a casa del señor de Bragadino, a quien narré el episodio, suplicándole que exigiese una reparación para mi ama, puesto que las leyes garantizaban la tranquilidad de toda familia de conducta irreprochable.

Mi buen protector me contestó que en vez de pensar en reparaciones ajenas, yo debía refugiarme en lugar seguro.

—El cofre no es más que el pretexto —añadió— indudablemente te buscaban a ti. Huye; tal vez mañana será tarde. He sido ocho meses inquisidor de Estado, y conozco el estilo que utilizan para las capturas que el tribunal ordena. No se echa abajo una puerta por buscar una caja de sal. También es posible que no desconocieran que estabas fuera y hayan ido para darte tiempo de huir. Créeme, hijo mío, parte ahora mismo para Fúsina y de allí pasa en seguida a Florencia, donde permanecerás hasta que yo te escriba que puedes volver sin peligro. Si no tienes dinero, voy a darte cien cequíes por ahora. La prudencia te aconseja que huyas.

Como me empeñaba en ser imprudente, le contesté que no considerándome culpable de nada, no podía temer al tribunal.

—El tribunal —repuso él— puede declararte culpable de crímenes verdaderos o supuestos, sin darte explicación alguna.

—Pero huyendo daría prueba de un temor que haría de mí un culpable. Ningún inocente debe temer nada según el buen razonamiento. Si el silencio es el arma de ese tribunal, no sabré nunca si he hecho bien o mal en huir. La misma prudencia que ordena partir, me impedirá volver. ¿Acaso quiere que diga para siempre adiós a mi patria y a todo lo que aprecio?

Entonces, como último recurso, me suplicó que por lo menos pasase el día y la noche siguiente en su palacio. Aún me reprocho haber negado este favor a aquel noble anciano, a quien yo debía tanto amor y gratitud. El palacio de un patricio es sagrado para los arqueros quienes no se atreverían a traspasar los umbrales sin una orden especial del tribunal, orden que no se da nunca.

Me conmovió ver llorar al señor de Bragadino y quizá iba ya a conceder a sus lágrimas lo que obstinadamente había negado a sus súplicas y a la razón.

—Por favor —le dije— no me someta al triste espectáculo de verlo llorar.

Recobrándose de pronto, hizo algunas pocas reflexiones, y luego, con una sonrisa llena de bondad me abrazó diciendo:

—Tal vez estoy destinado, amigo mío, a no volver a verlo; pero *fata viam inveniunt* [el destino sabe guiarnos].

Le abracé con mucho afecto y me marché.

Por desgracia, su profecía se cumplió, pues no volví a verlo. Mi ilustre amigo murió once años después.

Me encontré en la calle sin experimentar el más mínimo temor, pero estaba muy triste a causa de mis deudas. No tuve valor para ir a Murano, a que M. M... me diese sus últimos quinientos cequíes, que hubiera tenido que pagar inmediatamente al que me los había ganado la noche anterior. Preferí ir a pedirle que esperase ocho días, e hice bien. Después de esta imprescindible diligencia, regresé a mi habitación. Era al anochecer, día 25 de julio de 1755.

Al día siguiente, al despuntar el día, entra en mi cuarto el terrible *messer-grande*. Despertar, verle y oírle preguntar si yo era Giacomo Casanova, fue hecho en un instante.

—Sí; yo soy Casanova —dije.

—Pues levántese, vístase y entrégueme cuantos escritos, propios o ajenos, se hallen en su poder, y sígame.

—¿De parte de quién me da esa orden?

—De parte del tribunal.

¿Cuál es la influencia de ciertas palabras sobre el ánimo, y quién podría determinar su origen? Yo, que tanto había alardeado hasta entonces de mi valor, protegido por mi inocencia, al oír la palabra *tribunal* quedé como endurecido, sin reflejos y sin más facultad que la material de obedecer pasivamente.

Mi escritorio estaba abierto; todos mis papeles se hallaban sobre una mesa que me servía como complemento del escritorio.

—Tome —dije al emisario del horrible tribunal— señalándole los papeles que cubrían la mesa.

Llenó con ellos una bolsa, que entregó a un esbirro, y me dijo luego que era preciso que le entregase ciertos manuscritos encuadrados que yo había de tener. Le indiqué el sitio donde se encontraban y esto me sirvió de advertencia. Claramente vi que había sido engañado por el canalla de Manuzzi, que se había introducido en mi casa con pretexto de hacer vender aquellos libros. Eran la *Clavícula de Salomón*, el *Zecor-ben*, un *Picatríx*, una vasta *Instrucción sobre las horas planetarias*, y las conjuraciones indispensables para establecer el vínculo con los demonios de toda clase. Los que sabían que yo poseía estos libros, me tenían por un gran nigromante, y yo no lo tomaba como algo repudiable.

Messer-grande se apoderó también de los libros que yo tenía sobre la mesa de noche, tales como Petrarca, Ariosto, Horacio, el *Filósofo militar*, manuscrito, el *Portero de los Cartujos*, y el Aretino que Manuzzi había denunciado, pues también me lo pidió el funcionario del tribunal.

Mientras tanto yo me vestía sin darme cuenta de ello. Me puse una camisa con encajes y mi hermosa casaca nueva, casi maquinalmente, y sin que el *messer-grande*, que no dejaba un momento de observarme, tomase a mal que yo me vistiese como si acudiera a una fiesta. Me hicieron entrar en una góndola, con una escolta de cuatro hombres, después de lo cual el jefe de los arqueros me llevó a la terrible cárcel de los Plomos.

Pasamos por una habitación, donde un individuo, aparentando ser patricio, a quien me presentaron, dijo después de haberme inspeccionado:

—*E quello, mettetelo in deposito.*

Este hombre era el secretario de los inquisidores, el *prudente* Domingo Cavalli, quien se avergonzó de hablar veneciano en mi presencia, pues después pronunció mi sentencia en lengua toscana.

Fui luego entregado al guardián de los Plomos, que se hallaba presente con un enorme manajo de llaves en la mano y que, seguido por dos arqueros, me hizo subir dos escaleritas que dieron a un piso que abría a una galería que seguimos, luego por otra separada de la primera mediante una puerta cerrada con llave, y por último por otra galería al extremo de la cual abrió una puerta que daba a un sucio desván, muy pequeño y mal alumbrado por un ventanillo. Tomé este desván por mi calabozo, pero estaba en un error; el guardián tomó una enorme llave, abrió una puerta enchapada en hierro, de tres pies y medio de altura, con un agujero de ocho pulgadas de diámetro en el centro, me hizo pasar al cuarto contiguo, y me preguntó por el agujero enrejado de la puerta, qué quería comer.

—Aún no lo he pensado —contesté.

Y se fue, cerrando cuidadosamente todas las puertas con llave.

Abatido y atontado, permanecí un rato inmóvil. Luego inspeccioné aquel triste calabozo, con la cabeza inclinada, pues el techo se hallaba sólo a cinco pies y medio de altura. En un rincón había una especie de hendidura donde cabía una cama; pero no encontré cama, ni mesa, ni silla, ni mueble alguno, excepto un cubo de madera, cuyo uso puede adivinar el lector, y una tabla clavada en la pared. En ella puse mi capa de seda, mi hermosa casaca mal estrenada y mi sombrero bordado y adornado por una hermosa pluma blanca. El calor era extraordinario, y maquinalmente el instinto me llevó hacia la pequeña reja, único punto en que podía apoyar los codos. No podía ver por la ventanita, pero veía la luz que alumbraba el desván, por el cual se paseaban unas ratas de espantoso tamaño, que venían hasta debajo de la reja, sin demostrar el menor temor. Me apresuré a cerrar el agujero con un ventanillo interior, pues la vista de aquellos bichos, que siempre me han repugnado mucho, me había helado la sangre.

Pasé ocho horas en silencio sin hacer movimiento alguno. Luego se apoderó de mí una creciente inquietud, puesto que nadie venía a darme de comer ni a traerme lo necesario para acostarme. Me parecía que al menos debían haberme dado una silla, pan y agua. En mi vida había tenido la boca tan seca y tan amarga.

Al oír las ocho me puse furioso, pateando y dando gritos, blasfemé e hice todo el ruido que me provocaba mi extraña situación. Después de una hora de ejercicio desesperado, rodeado por tinieblas, me arrojé en el suelo. Un abandono tan cruel no me parecía natural, y supuse que los bárbaros inquisidores habían jurado mi muerte.

La irritación de mi ánimo, el hambre que empezaba a hacerme sentir, la sed que me aquejaba y la dureza del piso en que me había tendido, no impidieron que mi físico extenuado reclamase su recuperación y me dormí.

La campana de medianoche me despertó. Es horrible despertar cuando se empieza a echar de menos todas las ilusiones. Tendido sobre el costado izquierdo, alargué el brazo derecho para agarrar mi pañuelo, que recordaba haber dejado en aquel punto. ¡Qué sorpresa, Dios mío, cuando mi mano toca otra fría como de hielo! El espanto me dominó de la cabeza hasta los pies y se me erizaron los cabellos.

En mi vida he tenido el alma apresada por igual terror. Pasé tres o cuatro minutos en una especie de anonadamiento, inmóvil e incapaz de pensar. Recobré un poco de presencia de ánimo: me esforcé en creer que la mano que me ha parecido tocar, puede no ser sino un engaño de mi imaginación trastornada y con esta esperanza alargó nuevamente el brazo y vuelvo a encontrar la misma mano. Transido y estremecido de horror, suelto un grito penetrante y dejo la mano que tocaba, retiro mi brazo rápidamente.

Luego, creyéndome capaz de efectuar una reflexión, doy por supuesto que durante mi profundo sueño alguien ha venido a colocar un cadáver a mi lado. Estaba seguro de que no estaba al acostarme.

—Será el cadáver de algún desgraciado estrangulado por el veredicto del tribunal. De este modo quieren avisarme la suerte que me espera.

Este pensamiento me saca de quicio, me pongo furioso, todo mi espanto se convierte en rabia, estiro otra vez mi brazo hacia la mano helada, la agarro para convencerme de toda la atrocidad del caso, quiero levantarme, me apoyo en mi codo izquierdo y me apercibo de que ¡es mi otra mano la que tengo! Aplastada por el peso de mi cuerpo y por la dureza del piso que me servía de colchón, había perdido calor, movimiento y sensibilidad.

Esta aventura suscitó en mí las más negras reflexiones. Comprendí que me hallaba en un sitio donde, si lo falso parecía verdadero, la verdad había de parecer falsa; donde el entendimiento perdía seguramente la mitad de sus privilegios y donde la fantasía alterada convertía a la razón en víctima de la esperanza quimérica o de una espantosa desesperación.

Resolví entonces, tomar mis precauciones sobre esto y por primera vez en mi vida, a la edad de treinta años, llamé en mi auxilio a la filosofía, cuyos cimientos había echado ya en mi mente, pero que aún no había tenido necesidad de emplear.

Después de la emoción que acababa de experimentar, no me fue posible dormir. ¿Y cómo podría levantarme si no podía tenerme en pie?

Permanecí así, sentado, hasta las ocho. A las ocho y media, el silencio profundo de aquel maldito infierno de la humanidad viviente fue interrumpido por el rechinar de los cerrojos que se abrían en los corredores que conducían a mi calabozo.

—¿Ha tenido tiempo de pensar en lo que quiere comer? —me gritó el carcelero con voz aguardentosa a través del ventanillo.

Le contesté que deseaba una sopa de arroz, cocido, asado, pan, vino y agua.

Se fue y volvió un cuarto de hora después a decirme que le extrañaba que yo no reclamase una cama y los muebles necesarios.

—Porque —añadió— si piensa que sólo lo han metido aquí por una noche, está equivocado.

—Tráigame, pues, todo lo que crea necesario.

—¿Dónde debo ir? Aquí tiene papel y lápiz. Escriba lo que quiere.

Le indiqué por escrito dónde tenía que ir a buscar camisas, medias, toda clase de prendas de vestir, una cama, una mesa y una silla, y por último los libros que me habían tomado, papel, plumas, etc. Cuando leí la lista que le hice de estos artículos, pues el carcelero no sabía leer, se sorprendió.

—Borre, borre, —me dijo— borre libros, papel, plumas, espejo, navajas... todo eso está aquí prohibido. Después déme dinero para comprar la comida.

Tenía tres cequíes, le di uno y salió. Volvió a las doce, seguido de cinco arqueros y abrió el calabozo para entrar los muebles pedidos y mi comida. Metieron la cama en esa suerte de arcada, y la comida en una mesita; mi cubierto consistía en una cuchara de marfil que había comprado con mi dinero. Los tenedores estaban prohibidos, como todos los instrumentos cortantes.

—Dígame lo que quiere comer mañana —me dijo el carcelero—, porque no puedo venir más que una vez al día, a la salida del sol. El ilustrísimo señor secretario me ha mandado decirle que le enviará libros convenientes; que los que ha pedido están prohibidos.

Después de haberse marchado el guardián, coloqué la mesa junto al agujero para procurarme un poco de luz y me senté a comer; pero me fue imposible tragar más que algunas cucharadas de sopa. Después de cuarenta y ocho horas de estar en ayunas, no era raro que me hallase enfermo.

Pasé el día sentado en un sillón que me habían traído, acomodando mi espíritu a la lectura de los libros que me habían dicho que me enviarían. No cerré los ojos en toda la noche, incomodado por el corretear de las ratas y por el estruendo del reloj de San Marcos, que me parecía tenerlo en mi calabozo. Este doble tormento era mínimo si se lo comparaba con el que me causaban millones de pulgas que se aprovisionaban en mi cuerpo. Sus múltiples picaduras me producían convulsiones, me causaban contracciones espasmódicas, intoxicaban mi sangre.

Al amanecer, Laurencio (así se llamaba mi carcelero) vino, hizo arreglar mi cama, barrer y limpiar el cuarto y uno de sus esbirros me entregó agua para lavarme. Quise salir al desván, pero Laurencio me dijo que esto no estaba permitido. Me dio dos gruesos libros que evité abrir, no estando seguro de poder suprimir un movimiento de indignación si no eran de mi agrado, hecho que el espía no hubiera dejado de transmitir a sus amos. Se fue después de haberme dejado la comida y dos limones cortados.

Una vez solo, me apresuré a tomar la sopa, a fin de ingerirla caliente; luego me acerqué al ventanillo con un libro, y vi con satisfacción que me sería posible leer. Miro el título y veo: *La ciudad mística de sor María de Jesús, llamada de Agrada*. Era desconocido para mí. El segundo era de un joven jesuita llamado Caravita. Este charlatán, como lo son todos sus iguales, establecía una nueva *Adoración al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo*. *La ciudad mística* me interesó un poco.

Leí todo lo que puede elucubrar la extravagancia de la imaginación exaltada de una virgen española, absurda y devota, melancólica, enclaustrada, con falsos directores de conciencia, ignorantes y devotos. Todas esas visiones fantásticas y monstruosas habían sido denominadas revelaciones. Amante y amiga muy íntima de la Virgen, había recibido orden de Dios mismo de escribir la vida de su Santísima Madre: las instrucciones pertinentes, que nadie podía haber leído en parte alguna, le habían sido dictadas por el Espíritu Santo.

Empezaba la vida de María, no desde el día de su nacimiento, sino del de su inmaculada concepción en el seno de su madre Santa Ana. Esta Sor María de Agrada era superiora de un convento que había fundado en su país. Después de haber narrado con toda clase de detalles todo lo que pasó en el seno materno, confiesa que a la edad de tres años barría la casa, ayudada de novecientos criados, todos ángeles que Dios le había destinado y que estaban bajo las órdenes de su propio príncipe Miguel, que iba y venía de ella a Dios y de Dios a ella, para una mutua comunicación.

Lo que más asombra en este libro es que el autor está plenamente convencido de que no ha inventado nada: la invención no puede llegar a tal punto; todo está dicho de buena fe, con total

convicción. Son visiones de un cerebro sublimado que, sin partícula alguna de orgullo, cree no revelar sino lo que el divino espíritu le inspira.

Este libro estaba impreso con el permiso de la santísima y horribilísima Inquisición. No podía menos que estar asombrado. Lejos de despertar o aumentar en mí fervor o un simple celo religioso, este libro me llevaba a considerar fabuloso todo lo que tenía de místico y hasta de dogmático.

El espíritu de semejante libro y el de todos los de su género han de suscitar curiosas consecuencias. Un lector más susceptible y más inclinado a lo maravilloso que yo, corre peligro, al leerlo, de volverse visionario y grafómano como aquella pobre virgen.

La necesidad de ocuparme en algo me hizo pasar una semana sobre aquella obra maestra de desorbitada exaltación. Empezaba a sentirme poseído. Tan pronto como sucumbía al sueño, advertía la peste que sor María de Agrada transmitía a mi espíritu debilitado por la melancolía, por el mal alimento, por la falta de aire y actividad, y por la espantosa incertidumbre acerca del porvenir que me esperaba. Mis sueños fantásticos provocaban mi buen humor cuando, al despertar, los recordaba. Si hubiese tenido los materiales necesarios, hubiera descrito aquellos sueños en papel y quizá hubiera dado forma en mi calabozo a una obra más loca que la que Cavalli con tanto ingenio me había proporcionado.

En noviembre de 1767, camino de Pamplona a Madrid, mi cochero Andrés se detuvo para comer en un pueblo de Castilla la Vieja. Me pareció tan triste y feo, que se me ocurrió preguntarle cuál era su nombre. ¡Oh! Cómo me reí espontáneamente cuando me dijeron que era Agrada.

— ¡Aquí es, entonces, me dije, donde el pensamiento de aquella santa loca produjo aquel famoso libro!

Un cura anciano, que me otorgó la mayor estima inmediatamente después de haberle preguntado acerca de la verídica historiadora de la madre de Jesús, me mostró el sitio mismo en que ella la había escrito, y me aseguró que el padre, la madre, la hermana y toda la familia de la bienaventurada relatora habían sido todos unos grandes santos. Me dijo, y era cierto, que España solicitaba de Roma su canonización con la del venerable Palafox.

Fue tal vez esta *Ciudad mística* la que dio al padre Malagrida el ímpetu necesario para escribir la vida de Santa Ana, que el Espíritu Santo le dictó también; el pobre jesuita hubo de padecer el martirio de aquel engendro; nuevo argumento para procurarle la canonización, si la horrible sociedad se recupera y adquiere el poder universal que tiene por objeto su mandato institucional.

Al cabo de nueve o diez días, me encontré sin dinero. Laurencio me lo pidió.

—No tengo.

—¿Dónde he de ir a buscarlo?

—A ningún sitio.

Lo que molestaba a aquel hombre ignorante, avaro, lenguaraz y curioso, era mi silencio y mi laconismo.

Al día siguiente me dijo que el tribunal me asignaba cincuenta sueldos diarios; que él iba a ser mi cajero, pero que me daría cuenta cada mes y utilizaría los ahorros como yo quisiese.

—Me traerás dos veces por semana la *Gaceta de Leide*.

—Imposible; está prohibido.

Sesenta y cinco libras de cada mes, eran más que suficientes, puesto que yo casi no comía: el calor excesivo y la inanición provocada por la falta de nutrición me habían desquiciado. Estábamos

en pleno verano, la fuerza de los rayos del sol que caían verticalmente sobre mi calabozo lo transformaban en una verdadera caldera, tanto que el sudor que despedía mi pobre cuerpo mojaba el piso a derecha e izquierda del sillón en que me veía obligado a permanecer desnudo.

Hacía quince días que me deshidratava en aquel infierno, y aún no había tenido una sola secreción de mi inflamación. Al cabo de ese tiempo casi increíble, la naturaleza experimentó la necesidad de reanudar su curso, y yo creí llegada mi última hora. Las venas hemorroidales se habían hinchado de tal modo que su presión me causaba dolores insoportables.

A aquella penosa circunstancia debí el desarrollo de esta cruel enfermedad de la que no logré ya curarme. Esta enfermedad me valió toda consideración en Rusia, donde se la estima tan distinguida, que no me atreví a quejarme cuando volví diez años después.

El mismo día me atacó una fuerte fiebre y me quedé en cama.

Al día siguiente, hallando intacta mi comida, Laurencio me dijo:

—¿Está enfermo?

—No.

—No es posible que se sienta bien, puesto que no come. Va a ver cómo es de generoso el tribunal, que le proporcionará gratis médico, cirujano y medicinas.

Salió y volvió al cabo de tres horas, con una vela en la mano y seguido de un grave personaje: era el médico, quien me interrogó.

—A mi confesor y a mi médico no les hablo sino a solas.

—Salga —dijo al guardián.

Laurencio no quiso obedecer, y el doctor se fue diciendo que me hallaba en peligro de muerte.

Era lo que yo deseaba, pues la vida, en aquellas condiciones, no merecía ser vivida.

Cuatro horas después oí de nuevo el ruido de los cerrojos y el médico entró con una luz. Laurencio se quedó fuera. En menos de un cuarto de hora di al doctor las explicaciones necesarias.

—Si quiere recobrar la salud —me dijo—, es necesario rechazar la tristeza.

—Recete y hágame dar alegría por el único boticario que puede devolvérmela. El señor Cavalli es el genio maléfico que me dio el *Corazón de Jesús* y la *Ciudad mística*.

—Esas dos drogas pueden haberle dado fiebre maligna y las hemorroides. No lo abandonaré.

Se fue después de haberme hecho él mismo una abundante limonada, encargándome que la bebiese a menudo. Pasé la noche entumecido y delirando mil necedades místicas.

Al día siguiente, volvió con Laurencio y un cirujano que me sangró. Me dejó una medicina para que la tomase dos veces por la noche, y una botella de caldo.

—He obtenido el permiso de trasladarlo al desván, donde el calor es más soportable y el aire es más fresco que aquí.

—Renuncio a eso, porque el desván está lleno de ratas que hasta saltarán sobre mi cama, y yo tengo horror a esos bichos.

— ¡Qué miseria! He dicho al señor Cavalli que ha faltado poco para que lo matase con sus libros. Me pidió que se los devolviese y que le entregase a Boecio. Helo aquí.

—Mucho le agradezco: vale más que Séneca; me hará bien.

—Aquí le dejo agua de cebada y un instrumento muy necesario: diviértase refrescándose.

Me hizo cuatro visitas y me sacó del mal estado. Mi temperamento hizo lo demás y el apetito volvió.

A principios de setiembre me había restablecido totalmente, sin otro inconveniente que seguir soportando el calor, los bichos de mi cama y el fastidio. No a todas horas podía leer a Boecio.

Un día Laurencio me dijo que tenía permiso para pasearme por el desván mientras hacían mi cama y barrían el calabozo. Aquel mismo día Laurencio rindió cuenta de mi dinero, y de ella resultó que me debía treinta libras, que yo no podía guardar en mi bolsillo. Se las dejé diciéndole que las emplease en misas. Me dio las gracias con tal gesto, que no era difícil deducir que él sería el oficiante. Lo mismo hice todos los meses, y nunca vi recibo alguno de ministro del altar.

Cada día me dejaba alentar por la esperanza de que me devolverían la libertad al día siguiente; pero al fin me convencí de la idea de que esto sucedería infaliblemente el primero de octubre, día en que empezaba el gobierno de los nuevos inquisidores.

El último día de setiembre pasé la noche sin dormir, y me hallaba impaciente por ver el nuevo día, tan seguro estaba de recuperar aquel día mismo la libertad. Expiraba el poder de quienes me habían encerrado; pero amaneció, y nada sucedió. Permanecí cinco o seis días en la desesperación y deduje que se habían propuesto tenerme allí toda mi vida. Esta espantosa idea me hizo reír, pues me sentía capaz de abreviar mi prisión a mi antojo, empeñándome en escapar o en hacerme dar muerte.

A principios de noviembre concebí seriamente el proyecto de escaparme y desde aquel momento no tuve más idea que ésta. Concebí cien medios a cual más atrevido, pero siempre un nuevo plan me hacía desechar aquel a que acababa de pergeñar. Durante ese laborioso trabajo imaginativo sucedió un singular acontecimiento que me hizo comprender el triste estado de mi espíritu.

Me hallaba de pie en el desván mirando hacia el ventanillo. De pronto vi una gruesa viga del techo que se inclinaba hacia la derecha y que por un movimiento contrario pero lento e interrumpido, volvía a su posición primera. Como al mismo tiempo yo había perdido el equilibrio, comprendí que era una sacudida, un temblor de tierra. Laurencio y los esbirros, que en aquel momento salían de mi calabozo, dijeron que también habían experimentado un movimiento de oscilación. La disposición de mi ánimo era tal que este hecho me causó un sentimiento de alegría que sentí en mi interior sin decir una palabra. Cuatro o cinco segundos después se produjo la misma oscilación y no pude menos de exclamar:

— ¡Otra, otra, gran Dios, pero más fuerte!

Los arqueros, espantados de lo que les parecía la impiedad de un loco desesperado, huyeron despavoridos.

Entre los acontecimientos posibles, pensaba yo, está el derrumbe del palacio ducal, lo que ayudará a que recupere mi libertad.

En la situación en que me encontraba, casi nada es la vida y la libertad lo es todo; de hecho, es que sentía que empezaba a volverme loco.

Este terremoto siguió al que entonces destruyó a Lisboa.

CAPITULO XII

del tomo 4

Para que el lector logre comprender mi huida de un sitio como los Plomos, es necesario que le describa el edificio.

Los Plomos son cárceles destinadas a los criminales de Estado, no son más que las bohardillas del palacio ducal; su nombre deriva de las anchas placas de plomo que cubren el techo de aquel palacio. No se puede llegar a los calabozos sin pasar por las puertas del palacio, o por el edificio de las cárceles o, por último, por el puente de los Suspiros. No se puede subir a ellos sin pasar por la sala en que se convoca a los inquisidores de Estado. El secretario tiene la llave de esta sala, llave que sólo entrega al carcelero, por la mañana, muy temprano, el tiempo necesario para el servicio que se hace al amanecer, porque más tarde los arqueros, en sus idas y venidas, llamarían demasiado la atención de las personas que tienen que entrevistar a los jefes del consejo de los Diez; este consejo se reúne todos los días en una sala contigua, llamada la *Bussola*, y los arqueros tienen que cruzarla cada vez que tienen que ir a los Plomos.

Los calabozos se hallan divididos entre los desvanes de ambas fachadas del palacio. El mío daba al poniente, con otros dos, y cuatro miraban hacia levante. El alero del techo, por la parte del poniente, da al patio del palacio; el otro da verticalmente sobre el canal llamado Ria di Palazzo. Por este lado, los calabozos están bien iluminados y cualquiera puede permanecer de pie en ellos sin tropezar con la cabeza en el techo, lo cual no sucedía en el mío. El piso de mi calabozo se hallaba encima del techo de la sala de los inquisidores, donde suelen reunirse de noche, después de la sesión diaria del consejo de los Diez, consejo que también integran aquellos.

Conocido entonces el edificio y las costumbres de los inquisidores, pensé que el único medio de escaparme era perforar el piso de mi cuarto; para tal tarea necesitaba herramientas, y era muy difícil adquirirlas donde estaba prohibido toda correspondencia con el exterior. Para obtener la complicidad de un arquero hubiera necesitado mucho oro, y yo no lo tenía. Suponiendo que el carcelero y los dos arqueros hubiesen consentido en dejarse estrangular, pues no tenía más armas que mis manos, quedaba un tercer arquero, de centinela en la puerta del corredor, que cerraba con llave y que no abría hasta oír el santo y seña de su cantarada cuando salía. A pesar de todos los obstáculos, el único pensamiento que me ocupaba era el de huir, y como no hallaba cómo en Boecio, ya no lo leía.

A mediados de noviembre, Laurencio me dijo que *messer-grande* tenía en manos un preso, que el nuevo secretario, llamado Businello, le había ordenado que lo encerrase en el peor calabozo, y que por consiguiente iba a alojarlo conmigo. Esta noticia no me disgustó, y no encontré desagradable la que me anunciaba el cambio del secretario. Este señor Businello era un buen individuo que yo había conocido en París cuando él iba a Londres como diplomático de la República.

Aquel mismo día por la tarde oí rechinar los cerrojos, y Laurencio, seguido de dos arqueros, entró con un joven que lloraba sordamente; le quitó las esposas, lo encerró conmigo y se fue sin decir una palabra. Yo estaba acostado y no podía verme. Su sorpresa me divirtió. Teniendo siete u ocho pulgadas menos que yo, podía permanecer de pie, y se puso a observar mi sillón, que creyó sin duda destinado para su uso. Ve a Boecio, lo toma, lo abre, y lo arroja con cierto despecho, sin duda porque, estando en latín, de nada le servía.

Continuando la inspección del calabozo, va a la izquierda, tiente y queda sorprendido al tocar ropa. Se acerca a la alcoba, aproxima la mano, me toca y se excusa respetuosamente. Le ruego que se siente y entablemos conversación.

—¿Quién eres? —le pregunto.

—Me llamo Maggiorino y soy de Vicenza. Me hallaba de ayuda de cámara en casa del conde X..., cuando su hija única salió del convento. Me encargaron que la atendiera, y poco a poco me enamoré de ella y le inspiré una pasión igual a la mía. Después de habernos jurado cien veces fidelidad el uno al otro, cedimos a la imperiosa necesidad de darnos pruebas de ternura, y ocurrió que el estado de la joven condesa descubrió nuestra relación. Lo teníamos todo dispuesto para huir cuando el conde me ordenó traer a Venecia una carta que me ha entregado en manos del tribunal.

Era un muchacho sincero, honrado y enamorado hasta el extremo. El pobre creía que el carcelero volvería para traerle una cama y comida; pero yo le desengañé y le ofrecí mis provisiones. Estaba demasiado triste y preocupado para poder alimentarse. Por la noche le cedí mi jergón, sobre el cual durmió; pues aunque apareciese bastante limpio y aseado, yo no quería hacerle acostar conmigo, temiendo los efectos de los sueños de un enamorado. El no admitía ni su falta ni la necesidad que el conde tenía de que se le aplicase un castigo público para proteger el honor de su hija y de su familia.

Al día siguiente le trajeron un jergón y una comida de quince sueldos que el tribunal le pasaba como gracia o caridad; porque la palabra "justicia" parecía ajena a la organización de aquel horrible cuerpo. Dije al carcelero que mi comida bastaría para los dos y que podía emplear lo que se concedía a aquel joven en hacer decirle misas a su manera. Se encargó con gusto de ello, y después de haberle felicitado por haber encontrado en mí un buen compañero, nos dijo que podíamos pasearnos en las bohardillas durante media hora. Encontré este paseo excelente para mi salud y para mi proyecto de evasión, que no pude llevar a cabo sino once meses después. Al extremo de aquella madriguera de ratas, vi una cantidad de muebles ubicados sobre el entarimado, a derecha e izquierda dos grandes cajas, y delante un gran montón de papeles encuadernados. Tomé una docena para entretenerme en leerlos y vi que eran procesos criminales, cuya lectura encontré muy divertida, porque podía leer aquello que en su tiempo había sido muy secreto.

Leí respuestas muy singulares e interrogatorios sugestivos sobre seducciones de vírgenes, de galanterías demasiado audaces de hombres empleados en los institutos de muchachas, de hechos relativos a confesores que habían abusado de sus penitentes, de maestros de escuela culpables de pederastia con sus discípulos y de tutores que habían engañado a sus pupilas: había que databan de dos y tres siglos, cuyo estilo y detalles sobre las viejas costumbres me procuraron horas de placer. Entre los muebles que estaban desparramados por el piso vi un calentador, una caldera, tenazas, viejos candeleros, jarros de barro y hasta una jeringa. Esto me hizo pensar que algún ilustre prisionero había sido privilegiado con la autorización de usar todos estos objetos. Pero lo que más me interesaba fue un cerrojo, derecho, grueso como el dedo pulgar y de un pie y medio de largo. Nada de esto toqué, porque el tiempo no había madurado aún bastante mis proyectos para asignar un destino especial a cada objeto.

Una de las últimas mañanas de aquel mes vinieron a sacar de mi calabozo a mi compañero, y Laurencio me dijo que había sido condenado a pasar a las prisiones llamadas *Las cuatro*. Estas prisiones se hallaban en el recinto donde han sido construidas las cárceles ordinarias y pertenecen a los inquisidores de Estado. Los presos que allí son encerrados tienen la ventaja de poder llamar al carcelero cuando lo necesiten. Son oscuras, pero los presos están alumbrados por medio de una lámpara de aceite. No se teme allí al fuego, pues todo el edificio es de mármol. Mucho tiempo después he sabido que el pobre Maggiorino pasó allí cinco años, y cuando salió fue enviado por diez años más a Cérigo. Ignoro si volvió a salir de allí. Me había servido de buena compañía y bien

sentí su falta cuando partió, porque no tardé en caer en la más deprimente melancolía. Tuve la suerte de que no se me privase de mi media hora de paseo por la bohardilla.

Púseme a examinar atentamente lo que encerraba, y vi que uno de los cajones estaba lleno de buen papel bramante; el otro estaba vacío. Un rectángulo de mármol negro, pulimentado, grueso de una pulgada, largo de seis y ancho de tres, llamó desde luego mi atención; me lo apropié, sin saber aún qué haría de él, y lo oculté en mi calabozo teniendo cuidado de taparlo con mis camisas.

Ocho días después de la partida de Maggiorino, Laurencio me dijo que sin duda no tardaría en volver a verme acompañado. Este hombre, que en el fondo no era más que un charlatán, empezaba a impacientarse al ver que yo no le hacía ninguna pregunta. Por obligación no debía serlo, pero, ¿dónde encontrar seres perfectos? Los hay, pero desgraciadamente escasean mucho y no es en las clases bajas donde hay que buscarlos. Así pues, mi carcelero, no pudiendo mantener su reserva, se imaginó que si yo no le preguntaba era porque suponía que no sabía nada, y esto picó su amor propio: queriendo probarme que yo me engañaba, empezó a charlar sin que yo le preguntase. "Yo creo, señor, me dijo, que tendrá visitas a menudo, porque los otros seis calabozos alojan cada uno a seis personas que no están destinadas a *Las cuatro*". No le contesté y él continuó después: "En *Las cuatro* están presos mezclados hombres de todas clases cuyas condenas fueron ya dictadas y notificadas. Los prisioneros que, como usted, están bajo mi vigilancia en los Plomos, son todos gente de la mayor distinción y no son criminales sino culpables de conocer cosas sobre las que los curiosos no pueden saber nada. Si supiera, señor, quiénes son los compañeros que va a tener se asombraría, porque es verdad que se dice que un hombre de talento para ser tratado así... Se dan tres libras a un ciudadano, cuatro a un gentilhombre y ocho a un conde extranjero. Creo que debo estar bien enterado, porque todo pasa por mis manos".

Aquí se puso a elogiar su persona, que no describía sino con cualidades negativas. "No soy ladrón, ni traidor, ni mentiroso, ni avaro, ni malvado, ni brutal como mis predecesores, y cuando he bebido un vaso de más, llego a ser más bueno. Si mi padre me hubiese enviado a la escuela, hubiera aprendido a leer y a escribir y hoy sería quizá sacristán mayor, pero esto no es culpa mía. El señor Andrés Diedo me aprecia, y mi mujer, que no tiene más que veinticuatro años y que hace todos los días la comida, va a hablarle cuando quiere, y él la hace entrar sin ceremonia, aun cuando esté en la cama, lo que no concede a ningún senador.

"Le prometo que se alojarán aquí todos los recién venidos, pero siempre por poco tiempo, porque en cuanto el secretario ha obtenido de su boca todo lo que le conviene saber, los envía a otro destino, sea a *Las cuatro*, a alguna fortaleza, o a Levante; si son extranjeros, se los conduce fuera de las fronteras, porque el gobierno no quiere tener jurisdicción sobre los súbditos de otro príncipe a menos que estén al servicio de la República. La clemencia del tribunal es única y no hay otro en el mundo que procure a sus prisioneros más comodidades.

"Se considera cruel que no permita escribir ni recibir visitas, pero esto es una locura, porque escribir y ver a la gente es peligroso. Me dirá que no tiene nada que hacer, pero nosotros no podemos decir lo mismo."

Tal fue, más o menos el primer discurso con que me honró este verdugo, y debo confesar que me divertí. Comprendí que este hombre, si hubiera sido un poco menos bruto, hubiera sido seguramente más malvado. Resolví beneficiarme de su simpleza.

Al día siguiente me proporcionaron otro compañero, a quien se trató el primer día como habían tratado a Maggiorino, y esto me indicó que era necesario que me hiciese comprar otra cuchara de

marfil; porque el primer día, como el recién venido no recibía nada, yo debía hacerle los honores de la casa.

Esta vez mi compañero fue un especulador encarcelado por deudas fraudulentas. A los pocos días recuperó la libertad, después de haber devuelto lo que tan malamente había adquirido.

El día 1° de enero de 1756 recibí mis regalos de año nuevo. Laurencio me trajo una bata forrada de piel de zorro, una colcha de seda forrada, y un saco de piel de oso para abrigarme las piernas, lo que recibí con alegría, porque hacía un frío tan difícil de soportar como el calor que había tenido que padecer en el mes de agosto. También me dijo que el secretario me informaba que podía disponer de seis cequíes por mes, comprar los libros que quisiera y recibir la gaceta, y que aquel regalo procedía del señor de Bragadino. Pedí a Laurencio un lápiz y escribí sobre un trozo de papel: *Quedo muy reconocido a la generosidad del tribunal y a la gentileza del señor de Bragadino.*

Es preciso haberse hallado en tal situación, como la mía, para experimentar todos los sentimientos que este suceso despertó en mí. En el primer impulso de mi sentimiento, perdoné a mis opresores y estuve a punto de abandonar mi proyecto de huida, así de flexible es el hombre cuando la desgracia lo castiga y envilece. Laurencio me dijo que el señor de Bragadino se había presentado a los tres inquisidores y con lágrimas en los ojos y de rodillas les había suplicado que me concedieran esta prueba de su constante amistad, si era que yo vivía aún, y que los inquisidores admirados no habían podido rehusárselo.

Escribí en el acto los títulos de las obras que deseaba.

Una hermosa mañana en que me paseaba por mis bohardillas, mis ojos se fijaron en el cerrojo de que ya he hablado y vi que perfectamente podía convertirse en arma ofensiva y defensiva. Me apoderé de él y ocultándolo bajo mi bata, me lo llevé a mi calabozo. En cuanto estuve solo, tomé el trozo de mármol negro, de que también he hecho mención y pronto reconocí que era una excelente piedra de desgaste, porque habiendo frotado algún tiempo el cerrojo contra esta piedra, obtuve una faceta muy bien hecha.

Curioso por el destino de aquella rara obra, que nunca había ejecutado, y por cuyo medio confiaba poseer un objeto que debía ser absolutamente prohibido en los Plomos; llevado quizá por la vanidad de hacer un arma sin poseer los instrumentos necesarios para ello; excitado por las dificultades porque yo debía frotar el cerrojo casi en la oscuridad, sin poder sujetar la piedra más que con la mano izquierda, sin disponer de una gota de aceite para humedecer y ablandar el hierro al que quería afilar, me decidí a intentar aquel rudo trabajo. A falta de aceite utilizaba mi saliva y trabajé ocho días para darle forma piramidal y terminando en una aguda punta por medio de ocho facetas que tenía pulgada y media de largo. Así afilado, mi cerrojo formaba un estilete tan bien proporcionado como hubiera sido posible pedir a un buen afilador. No puede imaginarse la fatiga y el esfuerzo que tuve que soportar, ni la paciencia que me fue necesaria para efectuar este desagradable trabajo sin otra herramienta que aquella piedra: esto fue para mí como un tormento que fuera desconocido a todos los tiranos de todas las épocas. Contraje en el brazo derecho una especie de rigidez tal que me era casi imposible moverlo.

La palma de la mano estaba como macerada y cubierta de una extensa llaga, consecuencia de muchas ampollas ocasionadas por la larga duración de aquel trabajo. Fácilmente se comprenderán los dolores que tuve que soportar para terminarlo.

Muy orgulloso de mi trabajo, sin que aún hubiese pensado en la manera de servirme de él, mi primera preocupación fue procurar ocultarlo de modo tal que pudiese escapar a la más eficaz

pesquisa. Después de haber imaginado mil medios y encontrarlos todos defectuosos, examiné atentamente mi sillón y logré ocultarlo en él de manera que no se sospechara su existencia. Así fue cómo la Providencia me ayudaba en los preludios de una evasión que había de ser admirable, si no prodigiosa. Me confieso vanidoso, pero mi vanidad no deriva del buen éxito, porque muchas cosas la conforman; procede de que yo juzgaba posible la huida y tuve el valor de emprenderla, a pesar de todas las probabilidades desfavorables, que trabando mis propósitos hubieran empeorado infinitamente mi situación y hecho quizá imposible la obtención de mi libertad.

Después de tres o cuatro días de reflexiones acerca del uso que daría a mi cerrojo convertido en palanca, gruesa como un bastón y larga de veinte pulgadas, pensé que lo más sencillo era hacer un agujero en el entarimado debajo de mi cama.

Yo estaba seguro de que el cuarto que había debajo de mi calabozo no podía ser sino aquel en que había visto a Cavalli; yo sabía que se abría este cuarto todas las mañanas y no dudaba que en cuanto el agujero estuviese hecho podría fácilmente descolgarme con las sábanas de mi cama, transformadas en cuerda y atadas al pie de la cama.

Allí me mantendría oculto bajo la mesa del tribunal, y por la mañana, tan pronto como abrieran la puerta, saldría, y antes que pudieran seguirme, ya me habría refugiado en sitio seguro. Reflexioné que era imposible que apostaran en aquella sala un arquero de guardia; pero si así sucedía, mi palanca-puñal me serviría para desembarazarme prontamente de él. El entarimado podía ser doble y aun triple; esto sí que era una dificultad, pues no podía impedir a los arqueros que lo limpiaran durante unos dos meses que podría durar mi obra. Prohibiéndoselo, excitaría sus sospechas, tanto más cuanto que para librarme de las pulgas, había exigido que barriesen todos los días, y la misma escoba les hubiese denunciado mi trabajo. Debía hallar medio de superar este inconveniente.

Empecé por prohibir que se barriese, sin decir por qué. Ocho días después, Laurencio me preguntó el motivo. Hablé acerca de la molestia del polvo que me hacía toser con violencia y que podía causarme algún accidente molesto.

—Haré regar el entarimado, señor —me dijo.

—Esto sería peor, señor Laurencio, porque esta humedad podría producirme un reuma.

Esto me proporcionó una semana de plazo, pero al cabo de este tiempo el muy tonto ordenó que se barriese. Hizo trasladar la cama a la bohardilla y con el pretexto de barrer mejor, encendió una vela. Esto me hizo convencer de que el pillo tenía alguna sospecha; pero tuve la astucia de mostrarme indiferente a aquella, y lejos de renunciar a mi proyecto, no hacía más que fortificarlo. Al día siguiente por la mañana, me di un pinchazo en un dedo, llené de sangre todo mi pañuelo y esperé en la cama a Laurencio. En cuanto vino le dije que había tenido una tos tan violenta, que me había ocasionado la rotura de algún vaso y me había hecho arrojar toda la sangre que veía: pedí un médico. Vino este, y ordenó una nueva sangría y me escribió una receta. Le dije que Laurencio era la causa de mi mal, porque había querido, a pesar mío, barrer. Se lo reprochó, y como si yo se lo hubiese pedido, nos contó que un joven acababa de morir por la misma causa y añadió que nada era más peligroso que el polvo aspirado. Laurencio juró por Dios y todos los santos que no volvería a suceder. Yo reía para mí, porque el doctor no lo hubiera hecho mejor aun cuando se lo hubiera solicitado. Los arqueros quedaron contentísimos y prometieron no barrer más que los calabozos de aquellos que les hacían rabiar o los insultaban.

Cuando se marchó el médico, Laurencio me pidió perdón y me aseguró que todos los demás prisioneros que él custodiaba estaban bien, aunque hacía barrer sus calabozos bastante a menudo.

"Pero el asunto es importante, dijo, y voy a advertirles porque los considero a todos como hijos míos".

La sangría me hizo bien, porque despertó mi sueño y evitó las contracciones espasmódicas que algunas veces llegaban a asustarme. Había recobrado el apetito y adquiriría diariamente nuevas fuerzas; pero no había llegado aun el momento de emprender mi trabajo; el frío era demasiado fuerte y mis manos no podían sostener por demasiado tiempo la palanca sin ponerse rígidas. Mi empresa exigía mucho cuidado. Era preciso que evitase todo lo que fácilmente pudiera ser previsto. Necesitaba atrevimiento e intrepidez para entregarme a un trabajo que podía ser observado y al que la casualidad podía descubrir.

La situación de un hombre que debe operar como yo lo hacía en aquellos momentos, es muy desdichada; pero se reduce a su mitad lo que de penoso y de horrible tiene, arriesgando el todo por el todo.

Las largas noches de invierno me abrumaban porque me veía obligado a pasar diecinueve mortales horas en tinieblas; y en los días nublados, que en Venecia no son raros, la luz que entraba por la ventana no era suficiente para permitirme leer. No teniendo mi imaginación ocupada en algo que la distrajera, me ocupaba entonces en mi idea de evasión, y una mente ocupada constantemente en una misma idea puede muy fácilmente caer en la monotonía. La posesión de una miserable lámpara de cocina me hubiera hecho feliz; pero, ¿cómo arreglarme para procurármela? Me juzgué dichoso cuando creí haber encontrado el medio de asegurarme aquel tesoro. Para construir la lámpara, debía asegurarme los ingredientes que debían componerla: un vaso, mechas, aceite, pedernal, eslabón, yesca y pajuelas. El vaso podía ser una escudilla, y yo tenía la que me servía para cocinar los huevos. Con el pretexto de que el aceite ordinario me incomodaba, hice comprar aceite de Luca para mi ensalada; mi colcha de algodón podía suministrarme mechas. Fingí padecer dolor de muelas y dije a Laurencio que me hacía falta pómez; pero no sabiendo qué era lo que le pedía, le dije que una piedra de chispa me podría servir lo mismo, sumergiéndola en vinagre durante un día y que aplicada después sobre la muela, calmaría mis dolores. Laurencio me dijo que mi vinagre era excelente y que yo mismo podría hacer lo que decía, para lo cual me entregó tres o cuatro pedernales que sacó de su bolsillo. Una fuerte hebilla de acero que yo tenía en el cinturón me sirvió de eslabón. Me faltaba, pues, obtener azufre y yesca; la búsqueda de estos dos objetos absorbía todo mi pensamiento. La fortuna vino por fin en mi ayuda.

Yo había tenido una especie de sarampión que al secarse me había dejado en los brazos unas manchas rojas que algunas veces me causaban picazones molestas. Dije a Laurencio que pidiese algún remedio al médico, y al día siguiente me trajo un billete que el secretario había leído y en el que el médico recetaba: "Un día de dieta y cuatro onzas de aceite de almendras dulces, y la piel curará; o una untura de azufre, pero es peligroso".

—No doy importancia al peligro —dije a Laurencio—, cómpreme este unguento o azufre, porque tengo aquí manteca y yo mismo haré el unguento: ¿tiene pajuelas?, déme.

Se buscó algunas en los bolsillos y me las dio.

¡Qué poca cosa hace falta cuando se está angustiado para causar alegrías y consuelos! Pero en mi situación estas pajitas no eran poca cosa; eran un tesoro.

Empleé muchas horas en exprimir mi ingenio para hallar un medio de reemplazar la yesca, único ingrediente que me faltaba y que no sabía con qué pretexto pedir, cuando de pronto recordé que había encargado a mi sastre la pusiera en las sobaqueras de mi casaca, para evitar que el sudor ensuciase y consumiese la tela. Esta casaca, nueva, estaba delante de mí; mi corazón latió más

fuerte porque quizá el sastre no la había puesto y yo oscilaba entre el temor y la esperanza. No tenía más que dar un paso para comprobarlo, pero este paso era decisivo y no me atrevía a darlo. Por fin me acerqué y sintiéndome casi indigno de este favor, pedí a Dios con fervor que el sastre no hubiese olvidado mi orden. Después de esta plegaria, tomé la casaca, descosí la tela y encontré la yesca. Mi alegría llegó al delirio.

Teniendo todos los ingredientes, pronto tuve la lámpara. Juzgúese la satisfacción que experimenté al haber obtenido, por así decirlo, la luz en medio de las tinieblas, y la no menos dulce de desobedecer las órdenes de mis detestables opresores. Ya no había más noche para mí, pero tampoco más ensalada; aunque me gustaba muchísimo, la necesidad de conservar el aceite para alumbrarme me hacía ligero el sacrificio. Fijé entonces el primer lunes de cuaresma para empezar la dificultosa operación de romper el entarimado, porque en los festines del carnaval yo temía mucho las visitas.

El domingo de carnaval, al mediodía, oí el ruido de los cerrojos y vi a Laurencio seguido de un hombre gordo a quien reconocí por el judío Gabriel Schalón, conocido por su habilidad en obtener dinero de los jóvenes, haciéndoles hacer malos negocios.

Nos conocíamos, así es que nuestros saludos fueron breves. Su compañía no podía serme agradable, pero para ello no se me consultaba. Dijo a Laurencio que fuera a su casa para buscar su comida, una cama y todo lo que necesitaba; pero el carcelero le respondió que ya habría tiempo de hablar de ello al día siguiente.

Era un judío torpe, hablador, ignorante y necio en todo, excepto en su oficio. Este imbécil se creía mi confidente. Quiso informarme de lo que se decía de mí en la ciudad; pero como sólo me transmitía las palabras de los ignorantes de su calaña, me molestaba, y por no oírle más, tomé un libro. El muy ganso tuvo la desvergüenza de pedirme que no leyera, porque su pasión era la de hablar; pero no hablaba más que de sí mismo.

Yo no me atrevía a encender mi lámpara en su presencia, y acercándose la noche se decidió a aceptar un poco de pan y un trago de vino de Chipre; pero para dormir se vio reducido a contentarse con mi jergón, que había llegado a ser la cama obligada de todos los recién llegados.

Al día siguiente recibió una cama y la comida de casa. Yo tuve en mi compañía esta maldita carga durante dos meses, porque antes de condenarlo a *Las cuatro*, el secretario tuvo necesidad de interrogarle bastantes veces para aclarar diversos delitos y obligarle a confesar un buen número de contratos ilícitos.

Viendo por fin que este maldito no se iba, me resolví a volver a encender mi lámpara después de haberle obligado a prometerme guardar el secreto. No cumplió su promesa sino mientras estuvo conmigo, porque más tarde Laurencio lo supo, aunque no le concedió gran importancia.

Este hombre me era una verdadera carga, desde luego porque me impedía leer. Era exigente, ignorante, supersticioso, fanfarrón, tímido y muchas veces desesperado.

Muy gordo, este judío pasaba en la cama las tres cuartas partes de su vida y como muchas veces roncaba durante el día, se desesperaba por no poder dormir por la noche, tanto más cuanto que me veía dormir con un sueño profundo y tranquilo.

Me felicité mucho por no haber empezado mi trabajo antes de su llegada, mucho más cuando él quería que se barriese. La primera vez que lo pidió, los arqueros sirvientes me hicieron reír diciéndole que aquéllo me hacía morir. Acabó por exigirlo, y yo cedí fingiéndome enfermo: mi interés exigía, que yo fuese complaciente.

El Miércoles Santo, Laurencio nos comunicó que el secretario vendría a hacernos la visita de costumbre con motivo de las fiestas de Pascuas y con el propósito de llevar tranquilidad al alma de los que quisieran recibir el sacramento de la Eucaristía, así como para saber si tenían alguna queja contra el carcelero. "Así, pues, señores, añadió Laurencio, si tienen alguna queja de mí, quéjense. Hay que vestirse enteramente, pues tal es la etiqueta". Ordené que hicieran venir mi confesor para el día siguiente.

Me vestí de punta en blanco y el judío siguió mi ejemplo, despidiéndose desde entonces de mí, pues se creía seguro de que el secretario le concedería la libertad tan pronto como le hablase.

—Mi presentimiento —me dijo— es de los que no engañan jamás.

—Lo felicito; pero no pida la cuenta por el alojamiento.

No me comprendió.

Vino en efecto el secretario y en cuanto se abrió el calabozo el judío salió y se precipitó de rodillas a sus pies. Durante cuatro o cinco minutos no oí más que lloriqueos y gritos porque el secretario no le dijo que se levantase. Con mi barba de ocho meses y un traje hecho para el mes de agosto, y con el frío que hacía, yo debía ofrecer el aspecto de un personaje bastante estrafalario. Yo temblaba, lo que me disgustaba muchísimo por el temor de que el secretario se imaginara que temblaba de miedo. Obligado a inclinarme profundamente para salir de mi cueva, la reverencia se hizo de por sí; luego deteniéndome lo miré con aire tranquilo, sin un atrevimiento fuera de lugar y esperando que me dirigiese la palabra. El secretario guardaba también silencio, de modo que estábamos el uno frente al otro como dos estatuas. Al cabo de dos minutos, viendo que yo no le decía nada, el secretario me hizo una ligera inclinación de cabeza y continuó su marcha. Volví a entrar en mi cueva y desnudándome rápidamente me metí en la cama para entrar en calor. El judío quedó sorprendido de que yo no hubiese hablado al secretario, mientras que mi silencio había sido más expresivo que sus gimoteos. Un prisionero de mi especie no ha de abrir la boca más que para responder a interrogatorios.

El Jueves Santo vino un jesuita a confesarme y al día siguiente un cura de San Marcos a administrarme la sagrada comunión.

Unos quince días después de Pascuas, me libraron de mi molesto israelita, y este pobre diablo, en vez de ser enviado a su casa, fue condenado a pasar dos años en *Las cuatro*; cuando salió fue a establecerse en Trieste, donde murió años después.

Tan pronto como me vi solo, reanudé mi tarea con la mayor actividad. Era preciso que me apresurase, por temor de que viniese algún nuevo huésped incómodo que, como el anterior, hubiera pedido que se barriese. Empecé por retirar mi cama, y después de haber encendido la lámpara, me eché boca abajo sobre el entarimado, con mi palanca en la mano, teniendo a mano una servilleta para recoger los restos de las tablas a medida que las fuera despedazando. Procuraba romper la tabla utilizando la punta de mi instrumento. Al principio los pedazos que arrancaba eran tan gruesos como granos de trigo, pero pronto aumentaron de volumen.

La tabla era de madera de encina de dieciséis pulgadas de ancho. Empecé a despedazarla en el sitio donde se unía a otra tabla, y como no había ni clavo ni hierro alguno, mi trabajo avanzaba. Después de seis horas de trabajo, anudé mi servilleta y la puse de lado para vaciarla el día siguiente detrás del montón de papeles que había en la bohardilla. Los fragmentos que había arrancado abultaban cuatro o cinco veces más que el agujero de donde los había sacado. La parte del círculo que había hecho mediría unos treinta grados y un diámetro de unas diez pulgadas poco más o me-

nos. Volví a colocar la cama en su sitio y al día siguiente, al vaciar mi servilleta, me aseguré de que los pedazos estuvieran ocultos.

Después de romper al día siguiente la primera tabla que encontré, de dos pulgadas de espesor, no pude seguir por una segunda que juzgué igual a la primera. Atormentado por el temor de tener nuevas visitas, redoblé mis esfuerzos y en tres semanas obtuve las tres tablas que componían el entarimado, fue entonces cuando me creí perdido, porque me encontré frente a una capa de pedacitos de mármol conocido en Venecia con el nombre de *terrazo marmorin*. Esta es la techumbre ordinaria en los cuartos de todas las casas venecianas, excepto las de los pobres, porque los mismos grandes señores prefieren el *terrazo* al más bello entarimado. Grande fue mi sorpresa cuando vi que mi cerrojo no perforaba esta mezcla. Era necesario este tropiezo para abatirme y desanimarme completamente. Recordé entonces que Aníbal, según Tito Livio, se había abierto pasaje a través de los Alpes, deshaciendo las rocas a hachazos después de haberlas ablandado en vinagre, así es que vertí nada menos que una botella de vinagre fuerte que yo tenía, en aquella cavidad, y al día siguiente, sea por el vinagre, sea que, refrescado por el reposo, puse más fuerza y más paciencia en el trabajo, vi que llegaría a buen término en aquella dificultad, porque no se trataba de romper los mármoles, sino de pulverizar con la punta de mi herramienta el cemento que los unía. Muy pronto y con gran alegría advertí que la mayor dificultad no estaba más que en la superficie. En cuatro días todo aquel mosaico fue destruido sin que la punta de mi palanca se estropease lo más mínimo.

Debajo de aquel mármol encontré otra tabla, pero ya me lo esperaba. Juzgué que debía ser la última, es decir la primera refiriéndome a la habitación inferior en la cual las vigas sostenían el techo. La trabajé con dificultad, porque como el boquete tenía ya diez pulgadas de profundidad, yo manejábala herramienta con gran molestia. Mil veces me encomendé a la misericordia de Dios. Los talentos que dicen que la plegaria no sirve para nada, no saben lo que se pierden; por experiencia sé que después de haber rogado a Dios, me encontraba siempre más fuerte, y esto basta para probar su utilidad, sea que el mayor vigor viene inmediatamente de Dios, sea de la confianza que en él se tiene.

El día 25 de junio, día durante el cual la República de Venecia celebra la prodigiosa aparición de San Marcos, bajo la emblemática forma de un león alado, en la iglesia ducal, aparición que se está persuadido sucedió hacia fines del siglo XI y que indicó a la sabiduría del senado y de aquel siglo de luz, que ya era hora de conceder el retiro a San Teodoro, quién tenía menos crédito para ayudarla en sus proyectos de engrandecimiento, y poner en su lugar al discípulo de San Pedro y San Pablo, o del primero solamente según San Eusebio. Aquel mismo día, a las tres de la tarde, en el momento en que en la peor condición e inundado de sudor trabajaba, agachado contra el entarimado, en la terminación de mi obra, teniendo a mi lado la lámpara encendida para alumbrar mi trabajo, oí con un mortal espanto el chirrido del cerrojo en la puerta del primer corredor. ¡Qué momento! Apagué la lámpara, y dejando mi palanca en el agujero, volqué en él la servilleta con todos los escombros que contenía. Entonces me apresuré a colocar la cama en su sitio lo mejor que me fue posible y en ella me eché como muerto en el mismo momento que se abría la puerta de mi calabozo. Dos segundos antes, Laurencio me hubiera sorprendido. Iba a acercarse a mí cuando se lo impedí arrojando un grito doloroso que le hizo retroceder exclamando:

— ¡Dios mío! Bien lo compadezco, señor, porque uno se ahoga aquí como en un horno. Levántese y dé gracias a Dios, que le envía un excelente compañero. Entre, ilustrísimo señor, añadió dirigiéndose al desgraciado que lo seguía.

Aquella bestia, sin reparar en la desnudez en que me encontraba, hizo entrar al ilustrísimo señor, que al verme en aquel estado procuraba evitar mi vista, mientras yo buscaba rápidamente mi camisa.

Aquel recién llegado creyó hallarse en el infierno y exclamaba: "¿Dónde estoy? ¿Dónde se me lleva? ¡Gran Dios, qué calor! ¡Qué olor! ¿Con quién estoy?"

Laurencio lo hizo salir y me pidió que me pusiera una camisa y saliera un momento a la bohardilla. Dirigiéndose al nuevo prisionero, le dijo que teniendo orden de proporcionarle cama y todos los objetos necesarios, nos dejaba en la bohardilla hasta su regreso; que durante este tiempo el calabozo se ventilaría, pues aquel mal olor no era más que del aceite. ¡Qué sorpresa para mí, al oír pronunciar aquellas últimas palabras! En mi apuro había olvidado apagar la mecha. Como Laurencio no me hacía ninguna pregunta respecto a ello, pensé que debía saberlo todo, y el maldito judío era el único que podía haberme denunciado. Me felicité de no haberle confiado más que eso.

En este momento sentí disiparse el fastidio que sentía contra Laurencio.

Púseme una camisa y mi bata y salí, encontrando a mi nuevo compañero ocupado en escribir con un lápiz lo que el carcelero debía traerle. En cuanto me vio exclamó: "¡Ah, es Casanova!" Reconocí en seguida al abate conde de Fenarolo, bresciano, hombre de unos cincuenta años, amable, rico y querido de la buena sociedad. Me abrazó, y cuando le dije que esperaba haber visto en aquel lugar toda Venecia antes que a él, no pudo contener sus lágrimas, lo que verdaderamente me conmovió.

En cuanto estuvimos solos, le dije que tan pronto como llegara su cama le ofrecería la alcoba, pero que le rogaba no la aceptase. También le suplicaba no pidiese que barrieran, reservándome decirle el motivo. Después de haberme prometido acceder a mis pedidos, me dijo que se sentía relativamente feliz al haber sido encerrado en mi compañía. También me dijo que como todo el mundo ignoraba el crimen porque me hallaba en los Plomos, cada uno imaginaba adivinarlo. Los unos pretendían que yo era jefe de una nueva secta; otros que la señora de Memmo había convencido a los inquisidores de que yo inducía a sus hijos al ateísmo; otros, en fin, pretendían que Antonio Condulmer, inquisidor de Estado, me había hecho encerrar como perturbador de la tranquilidad pública, puesto que silbaba las comedias del abate Chiari y había elaborado el proyecto de ir a Padua con la intención de matarlo.

Todas estas acusaciones tenían algún fundamento que les daba cierto viso de verosimilitud, pero en sí todas eran perfectamente falsas. Yo no me preocupaba en materia de religión como para trabajar en el establecimiento de una nueva. Los hijos de la buena señora Memmo, llenos de talento, eran más a propósito para seducir que para ser seducidos; y el señor Condulmer hubiera tenido improbo trabajo si hubiera querido hacer encerrar a todos los que silbaban al abate Chiari. Por lo que toca a este abate ex jesuita, yo le hubiera perdonado, porque el famoso padre Origo, también antiguo jesuita, me había enseñado a vengarme alabándole en todas partes, lo que excitaba a la gente a manifestar contra él mil malignidades y de esta suerte yo me encontraba vengado sin molestarme ni ponerme en evidencia.

Al anochecer, trajeron una buena cama, buenas ropas, agua de olor, buena cena y vinos excelentes. El abate pagó el tributo ordinario; es decir, que no comió nada y yo comí perfectamente por los dos.

En cuanto Laurencio nos dio las buenas noches y nos encerró hasta el día siguiente, fui a desenterrar mi lámpara, que encontré vacía porque la servilleta había absorbido todo el aceite. Me reí mucho, porque viendo que el pábilo podía haber encendido la servilleta y causar un incendio, la

idea de lo que esto hubiera causado excitaba mi hilaridad. Hice conocer mis ideas a mi compañero, quien, como yo, no pudo menos de reírse; habiendo, pues, vuelto a encender mi lámpara, pasamos la noche hablando en forma muy agradable. He aquí la historia de su detención:

"Ayer a las tres de la tarde, subimos en una góndola la señora Alessandri, el conde Martinengo y yo. Nos fuimos a Padua para ver la ópera y con intención de volver aquí en seguida. En el segundo acto, mi genio del mal me hizo pasar un rato en la sala de juego, donde tuve la desgracia de hallar al conde de Rosemberg, embajador de Viena, y a diez pasos de él la señora de Buzzini, cuyo marido va a marchar a Viena como embajador de la República. Saludé a uno y a otra y ya iba a salir cuando el embajador me dijo en voz alta: "Es usted bien dichoso de poder hacer la corte a una dama tan amable. En estos momentos, el personaje que aquí represento hace que el más bello país del mundo se transforme para mí en una galera. Ruego que le diga que las leyes que me impiden hablarle aquí, no tendrán vigencia en Viena, donde la veré al próximo año, y que entonces le haré la guerra". La señora de Buzzini, que vio que se hablaba de ella, me preguntó qué era lo que el conde había dicho, y yo se lo repetí tal cual me lo dijeron. "Dígale, me dijo, que acepto la declaración de guerra y que veremos quién de los dos se la hará mejor". No creí cometer un crimen dando esta respuesta que, en el fondo, no era sino un cumplimiento. Después de la ópera, cenamos ligeramente, emprendimos el regreso y llegamos a medianoche. Iba a acostarme cuando un mensajero me entregó un billete en el que el señor Businello, secretario del Consejo de los Diez, teniendo que hablarme, me daba la orden de acudir a la una a la *Bussola*. Extrañóme tal orden, siempre de mal augurio, y fastidiado por tener que obedecer, acudí a la hora precisa al sitio indicado; el señor secretario, sin honrarme con una sola palabra, ordenó que se me encerrase aquí".

En verdad que nada había menos criminal que la falta que el señor conde de Fenarolo había cometido, pero hay leyes que pueden violarse inocentemente y que sin embargo no excluyen el castigo de sus transgresores. Yo le felicité porque conocía su crimen, y le dije que después de ocho días de reclusión se le libraría del calabozo, recomendándole fuese a pasar seis meses de temporada en el Bresciano. "No creo, me dijo, que me tengan aquí ocho días". No insistí y lo dejé en aquella idea, pero más tarde tuvo que reconocer el cumplimiento de mi profecía. Me resolví a hacerle lo más agradable posible mi compañía a fin de atenuar un tanto la amargura que le causaba su detención, y me identifiqué tan bien con su situación que hasta olvidé por completo la mía.

Al día siguiente, al amanecer, Laurencio trajo café y una cesta llena de todo lo necesario para hacer una buena comida. El abate quedó sorprendido, porque no concebía la posibilidad de comer a aquella hora. Se nos permitió pasear una hora en las bohardillas; después se nos encerró de nuevo, y así transcurrió todo aquel día. Las pulgas que nos atormentaban fueron la causa de que me preguntara por qué no hacía barrer. Me fue imposible dejarle creer que yo hallase agradable aquella suciedad, ni que mi piel fuese más dura que la suya: todo se lo dije y todo lo vio. Sintióse mortificado de haberme casi obligado a hacerle compartir este secreto; pero me animó a continuar con ardor y a terminar si era posible la abertura en el día; quería ayudarme a bajar y retirar en seguida la cuerda, no queriendo por su parte empeorar su causa por una huida. Le hice ver el modelo de una máquina por cuyo medio estaba seguro de poder recoger la sábana que me iba a servir de cuerda: era una pequeña varilla con una larga cuerda atada a uno de sus extremos. La sábana no debía estar sujeta al pie de la cama sino por aquella varilla, y cayendo la cuerda hasta el piso del cuarto de los inquisidores, cuando yo llegase a él, retiraría la varilla y la sábana caería. Se aseguró de lo dicho por mí y me felicitó, tanto más cuanto que aquella precaución era indispensable, porque si hubiera quedado colgando la cuerda, hubiera sido el primer indicio que me hubiese descubierto. Mi noble compañero se convenció de que yo debía temer la sorpresa, teniendo

necesidad de varios días para acabar el boquete que debía costar la vida a Laurencio. El pensamiento de recobrar mi libertad a costa de semejante hecho no podía hacerme retroceder. Hubiera obrado lo mismo aun cuando mi huida hubiera debido costar la vida a todos los arqueros de la República y aún con seguridad a todos los inquisidores. El mismo amor de la patria, el más sagrado de todos, ¿puede prevalecer en el hombre cuando es este a quien ella oprime?

Mi buen humor no lograba impedir que mi compañero tuviese algunos momentos de tristeza. Estaba enamorado de la señora Alessandri, que había sido cantante y que era querida o mujer de su amigo Martinengo. El debía ser feliz, pero cuanto más feliz es un amante, tanto más desgraciado es cuando se lo separa del ser amado. Suspiraba, derramaba lágrimas y aseguraba que amaba a una mujer que reunía todas las virtudes. Yo le compadecía y no pensaba en decirle, para consolarle, que el amor no es más que una bagatela, pobre consuelo que los tontos dan a los enamorados; sin que por eso sea menos verdad que el amor no sea más que una bagatela.

Los ocho días que le había anunciado se pasaron bien pronto. Perdí aquel querido compañero, pero no me lamenté en echarle de menos: recuperó su libertad, y esto bastaba para que yo estuviese contento. No tuve necesidad de recomendarle discreción; la menor duda sobre este particular hubiese sido ofender a su persona. Durante los ocho días que pasó conmigo, no se alimentaba más que de sopa, frutas y vino de Canarias. Yo fui quien comió su parte y a toda satisfacción. Antes de separarnos nos juramos la más firme amistad.

Al día siguiente, Laurencio me rindió cuentas de mi dinero y me encontré con un sobrante de diez cequíes. Logré enternecerle diciéndole que se los regalara a su mujer. No le dije que eran por el alquiler de mi lámpara, pero supuse que así lo había pensado.

Habiendo vuelto a emprender mi trabajo y continuándolo sin detenerme, lo vi concluido el 23 de agosto. Esta tardanza fue ocasionada por un accidente muy natural. Trabajando la última tabla, siempre con el mayor cuidado para adelgazarla lo más posible, al llegar a la superficie, miré por un pequeño orificio por el cual debía ver la sala de los inquisidores. La vi en efecto, pero al mismo tiempo vi al lado una superficie perpendicular de unas ocho pulgadas. Era lo que siempre había temido: una de las vigas que sostenían el techo. Esto me obligó a ampliar mi boquete por el lado opuesto, porque la viga lo hubiera estrechado tanto que mi persona, de bastante corpulencia, no hubiera podido pasar. Lo agrandé una cuarta parte, oscilando entre el temor y la esperanza, porque podía suceder que el espacio entre las dos vigas no fuese suficiente. Después de la ampliación, un segundo agujerito me permitió asegurarme de que Dios había bendecido mi trabajo. Tapé cuidadosamente los dos taladros para impedir que cayese algo en la sala, y que la luz de mi lámpara fuera vista, lo que, de suceder, me hubiera descubierto y perdido.

Establecí el momento de mi evasión para la noche de San Agustín, porque sabía que, en aquella fiesta, el gran consejo se reunía y por consiguiente no habría nadie en la *Bussola*, contigua a la sala por donde necesariamente había de pasar al escaparme.

Esto debía suceder el 27; pero el 25, al mediodía, me aconteció una desgracia de la que, cuando en ella pienso, aún tiemblo, aunque tantos años separan ya aquel suceso de los momentos actuales.

Al mediodía justo, oí el ruido de los cerrojos y creí morir, porque el latir del corazón que saltaba a tres o cuatro pulgadas sobre su sitio, me hizo pensar que había llegado mi último momento. Aniquilado, me arrojé sobre la butaca y esperé. Laurencio, entrando en el pasillo, asomó la cabeza a la reja y me dijo con un tono alegre:

—Lo felicito, señor, por la buena noticia que le traigo.

Creyendo de pronto que era mi excarcelación, puesto que no me imaginaba ninguna otra buena noticia, me estremecí porque sabía que el descubrimiento del boquete habría hecho revocar el perdón. Laurencio entró y me dijo que le siguiera.

—Espere que me vista.

—No hace falta, puesto que no tendrá más que pasar de este maldito calabozo a otro claro y completamente nuevo, desde el que por dos ventanas verá la mitad de Venecia, y en él podrá pararse.

Ya no podía más, me sentí desmayar.

—Déme vinagre —le dije—, y diga al señor secretario que doy gracias al tribunal por este favor y le suplico me deje aquí.

—Señor, ¿se ha vuelto loco? ¡Se lo quiere sacar del infierno para llevarlo al paraíso y lo rehusa! Vamos, vamos, es preciso obedecer: levántese. Yo le daré el brazo y haré que trasladen sus ropas y libros.

Viendo que la resistencia era inútil, me levanté y sentí un gran alivio al oírle dar la orden a un arquero para llevarme la butaca, puesto que con ella debía seguirme mi palanca y con ella la esperanza. Yo hubiera deseado trasladar también el boquete, objeto de tantas penas y esperanzas perdidas. Puedo decir que al salir de aquel horrible lugar de dolor, en él quedó mi alma entera.

Apoyado en el hombro de Laurencio, quien con sus estúpidas bromas creía reanimar mi perdida alegría, atravesé dos estrechos corredores, y después de haber bajado tres escalones, entré en una sala muy clara; a su extremo izquierdo me hizo entrar por una puertecita en otro corredor de dos pies de ancho y cerca de doce de largo, en cuyo rincón estaba mi nuevo calabozo. Había una ventana enrejada que daba sobre otras dos, también enrejadas, que daban paso a la luz en el corredor; por ellas se podía ver la ciudad y la campiña hasta el Lido.

Yo no estaba con ánimo como para recrearme en aquello en tan triste momento. Sin embargo, más tarde vi con placer que por aquella ventana, cuando se hallaba abierta, entraba un viento dulce y fresco que templaba el irresistible calor, lo que era verdadero alivio para el infeliz obligado a respirar allí, sobre todo en la estación de los fuertes calores.

El lector comprenderá que todas estas observaciones no tuvieron lugar sino más tarde. En cuanto entré en el nuevo calabozo, Laurencio hizo colocar mi butaca y se fue diciéndome que volvía para que me trajeran el resto de mis pertenencias.

Sentado en mi butaca, inmóvil como una estatua, esperaba la tempestad pero sin temerla. Lo que causaba mi estupor era la idea abrumadora de que todas las penas que había sobrellevado, todas las combinaciones que había hecho estaban perdidas; sin embargo, no experimentaba sentimiento alguno; de ninguna manera me arrepentía, y me esforzaba en no pensar en el porvenir como el único consuelo que podía procurarme.

Elevando mi pensamiento hacia Dios, no podía menos de considerar la nueva desgracia que me afligía como un castigo que me venía del mismo Señor, por no haberme atrevido a escaparme tan pronto como mis medios de evasión estuvieron listos. Sin embargo, aún reconociendo que hubiera podido evadirme tres días antes, no podía menos que hallar el castigo demasiado fuerte, no lo había diferido sino por motivos de prudencia, lo que me parecía digno de recompensa. Si no se hubiera tratado más que de ceder a los movimientos de mi impaciencia, hubiera desafiado todos los peligros. Para hallar malo el motivo que me había hecho diferir mi huida hasta el 27 de agosto se

hubiera necesitado una especie de revelación, y la lectura de María de Agrada no me había vuelto aún bastante loco como para lograrla.

CAPITULO XIII

del tomo 4

Me hallaba en aquel estado de ansiedad y de desesperación, cuando vinieron dos esbirros a traerme mi cama. Volvieron a salir inmediatamente para traerme el resto de mis cosas, y pasaron dos horas antes de que volviese a ver a nadie, aunque la puerta de mi nuevo calabozo había quedado abierta. Este retardo, que no era natural, hacía nacer en mí una multitud de ideas, pero no podía elegir ninguna. Sabía que debía temerlo todo, y este temor me obligaba a hacer toda clase de esfuerzos para tranquilizar mi ánimo y hallarme en condición apta para resistir todas las desdichas que me amenazaban.

Además de los *Plomos* y *Las cuatro*, los inquisidores de Estado tenían diecinueve horribles prisiones subterráneas, en el mismo palacio ducal, calabozos terribles destinados a los desgraciados a quienes no se quiere condenar a muerte aunque por sus crímenes se les juzgue dignos de ella.

Todos los jueces soberanos de la tierra han creído siempre hacer un favor a ciertos criminales concediéndoles la vida, cuando sus acciones hubieran merecido la muerte; pero muchas veces se sustituye este dolor de un instante con una situación más horrible, tan horrible que a cada momento sus padecimientos se renuevan y es mil veces peor que la muerte. Considerando el asunto según el punto de vista religioso y filósofo, estas conmutaciones de penas no pueden ser consideradas como una gracia mientras el individuo a quien se concede no lo considere así; pero no se suele consultar al criminal, y entonces esta mal llamada gracia es verdaderamente una injusticia.

Estas prisiones subterráneas son exactamente como tumbas, pero se las llama *Los Pozos*, porque siempre penetran en ellas dos pies de agua del mar a través de la misma reja por donde reciben una escasísima luz; esta reja no tiene más que un pie cuadrado. A menos que el condenado a vivir en estas espantosas cloacas no quiera tomar un baño constante de agua salada, se ve obligado a estar todo el día sentado sobre un tablado que le sirve de alacena y en el que se encuentra un pobrísimo jergón. Por la mañana se le entrega un cántaro de agua, una sopa que sólo tiene de ella el nombre y una ración de pan basto que tiene que comerse en seguida, si no quiere verlo devorado por las grandes ratas de mar que en aquellas horribles mazmorras abundan. Por lo general, los desgraciados a quienes se encierra en *Los Pozos* son condenados a acabar allí sus días, y hay algunos que en ellos alcanzan cierta vejez. Un bandido que murió mientras yo estaba en los *Plomos*, había pasado en ellos treinta y siete años, contando ya cuarenta cuando allí entró. Convencido de haber merecido la muerte, es posible que su conmutación de pena le haya parecido una gracia, porque hay seres que no temen sino a la muerte. Se llamaba Beguelino. Era francés y había servido como capitán en las tropas de la República durante la última guerra contra los turcos en 1716. Peleó a las órdenes del general conde de Schulembourg, que obligó al Gran Visir a levantar el sitio de Corfú. Este Beguelino servía de espía al general; se disfrazaba de turco y así accedía al campo de los musulmanes; pero al mismo tiempo que servía al conde, servía también al Gran Visir. Convicto de este doble espionaje, se le hizo una gracia enviándole a morir en *Los Pozos*. No pudo hacer más que aburrirse y pasar hambre, pero con su carácter innoble, quizá repitió muchas veces: *dum vita superest, bene est* [con tal de vivir, todo es bueno].

He visto en el Spielberg, en Moravia, prisiones bien horribles: la clemencia encierra en ellas a los criminales condenados a muerte y jamás ninguno pudo resistirlas. ¡Vaya clemencia!

Durante las dos horas mortales que duró mi espera, entregado a pensamientos sombríos y a combinaciones, cada una de ellas a más desgraciadas, no dejaba de pensar que se me iba a arrojar a uno de aquellos horribles agujeros, lugar horroroso, donde el desgraciado se alimenta de esperanzas fantasiosas o donde debe verse siempre asaltado y devorado por pánicos irracionales. El tribunal, dueño de las habitaciones del palacio, podía bien meter en el infierno al que hubiera intentado escapar del purgatorio.

Oí por fin pasos precipitados y bien pronto vi delante de mí a Laurencio, transformado por la cólera, echando espuma por la boca, dominado por la mayor rabia y blasfemando de Dios y de todos los santos. Empezó por mandarme le entregara el hacha y los útiles que había utilizado para atravesar el tablado y declararle quién era el esbirro que me los había proporcionado.

Le respondí sin moverme y fríamente que ignoraba de qué me hablaba. A esa respuesta, ordenó que se me registrase; pero levantándome con aire resuelto amenacé a aquellos pillos, y desnudándome completamente les dije que cumplieran la orden registrando mis ropas, pero que ninguno me tocara.

Examinaron y vaciaron los colchones y el jergón, dieron mil vueltas a los almohadones de mi butaca, pero nada encontraron.

—No quiere decirme dónde están las herramientas con que ha perforado el piso de su calabozo, pero ya se encontrarán los medios de hacerlo hablar.

—Si es verdad que yo he hecho un taladro en alguna parte, diré que es usted quien me ha procurado los medios para hacerlo y que le he devuelto todo.

A esta amenaza que hizo sonreír de aprobación a todos los que le seguían y a quienes probablemente habría irritado con alguna de sus malditas frases, dio una patada en el suelo, se tiró de los cabellos y salió de allí como un endemoniado. Sus gentes volvieron y me trajeron todas mis cosas a excepción de mi piedra y mi lámpara. Antes de salir del corredor y después de haber cerrado mi calabozo, cerró las dos ventanas por las que recibía un poco de aire. Me encontré entonces reducido a un pequeño espacio por el que no podía recibir el menor soplo de aire de ninguna parte. Sin embargo, mi situación no me aterró del todo, porque no esperaba salir tan bien librado. A pesar de la práctica que de hecho tenía en su oficio, no se le ocurrió, por suerte, la idea de registrar minuciosamente la butaca, y como, gracias a esto, me encontraba aún en poder de mi palanca, agradecí a la Providencia, y creí que me sería permitido considerarlo aún como el instrumento que más tarde o más temprano había de proporcionarme la libertad.

Pasé la noche sin dormir, tanto a causa del calor, como por la alteración que había experimentado. Al amanecer, vino Laurencio trayéndome un vino horrible y un agua imposible de beberse. El resto era similar, ensalada seca, carne casi podrida y pan más duro que galleta inglesa. Prohibió que hicieran la limpieza, y cuando le pedí que abriera las ventanas, hizo como si no hubiera oído. Pero un arquero, con una barra de hierro, se puso a golpear por todas partes, contra las paredes, en el suelo, y sobre todo, debajo de mi cama. Yo miraba esto sin moverme, pero no dejé de observar que el arquero no golpeó el techo. Por ahí, me dije, es por donde saldré de este infierno. Sin embargo, para que tal proyecto pudiera llegar a buen término, eran necesarias combinaciones que no dependían de mí, porque yo no podía hacer nada que no fuera observado de inmediato. El calabozo era nuevo completamente y el menor arañazo hubiera llamado la atención de mis guardianes.

Pasé un día cruel, porque el calor era asfixiante y abrasador como el de un horno, y por añadidura me fue imposible tragar los alimentos que me habían traído. El sudor y la falta de alimento me causaron tanta debilidad que me era imposible leer ni pasearme. Al día siguiente mi comida fue la misma; el olor a podrido de la ternera que el bastardo me trajo, me hizo retroceder. "¿Has recibido, le dije, la orden de hacerme morir de hambre y de calor?" Volvió a cerrar mi calabozo y no respondió. El tercer día, igual tratamiento. Pedí papel y lápiz para escribir al secretario y no obtuve respuesta.

Desesperado, comí mi sopa, mojando el pan en un poco de vino de Chipre, y me decidí a obligarme para lograr al día siguiente vengarme de Laurencio, clavándole mi palanca en la garganta. Aconsejado por el furor, me parecía que no tenía otra salida. La noche me calmó y al día siguiente, en cuanto aquel verdugo apareció, me contenté con decirle que le mataría tan pronto como hubiese recobrado mi libertad. No hizo más que reírse de mi amenaza y partió sin decir palabra.

Comenzaba ya a creer que obraba así por orden del secretario, a quien debía haber declarado todo. Yo no sabía qué hacer, luchaba entre la paciencia y la desesperación; mi situación era terrible y me sentía morir de inanición. Por fin, el octavo día, con una voz de trueno y la rabia en el corazón, le ordené, en presencia de los arqueros, y dándole la calificación de infame verdugo, que me diera cuenta de mi dinero. Me respondió tan sólo que me la daría al día siguiente. Entonces, viendo que se disponía a salir, tomé el cubo, y me dirigí a verterlo en el corredor. Previendo mi intención, ordenó a un arquero que lo tomara y para disminuir el hedor durante toda aquella desagradable faena, abrió una ventana que volvió a cerrar después de haber arrojado aquella inmundicia. A pesar de mis gritos quedé sumergido en aquella pestilente atmósfera; pensé que aquel desagradable pero indispensable servicio era debido a las injurias que le había dirigido; me dispuse a tratarle peor aún al día siguiente. Pero cuando apareció atenué mi furor, porque antes de presentarme mi cuenta me entregó una cesta de limones que me enviaba el señor de Bragadino, así como una gran botella de agua que juzgué buena y un hermoso pollo asado muy apetitoso; además, uno de los arqueros abrió en seguida las dos ventanas. Cuando me presentó su cuenta no examiné más que la suma y le dije que entregara a su mujer lo sobrante, a excepción de un cequí que le mandé entregar a los arqueros que lo acompañaban. Esta pequeña generosidad despertó el agradecimiento de aquellos infelices que me dieron las gracias calurosamente.

Laurencio, que se había quedado solo conmigo con intención amistosa, me dirigió así la palabra:

—Me ha dicho ya, señor, que es de mí mismo de quien ha recibido los objetos necesarios para hacer aquel enorme agujero; así es que ya no me siento curioso por saberlo, pero, ¿quiere decirme por favor quién le proporcionó las cosas necesarias para hacer una lámpara?

—También usted.

— ¡Oh! lo que es por ahora no lo creo, pues esto no es ingenio sino descaro.

—No miento. Usted es quien, con propias manos, me ha dado todo lo que era necesario: aceite, pedernal, pajuelas; lo demás yo lo tenía.

—Quizá tenga razón; pero ¿podría convencerme con tanta facilidad de que yo lo he provisto de los instrumentos para abrir el boquete?

—Seguramente, porque nada he recibido más que de usted.

— ¡Misericordia! ¡Qué es lo que escucho! Dígame, cómo le he dado un hacha.

—Se lo diré todo y no diré sino la verdad, pero ha de ser en presencia del secretario.

—Yo no quiero saber nada y le creo. Le pido guardar silencio, pues no soy más que un pobre hombre y que tengo hijos.

Y se fue agarrándose la cabeza entre las manos.

Me felicité con alegría por haber hallado el medio de hacerme temer de aquel bribón, al cual estaba escrito que yo debía costarle la vida. Vi que su propio interés le obligaba a no hacer conocer a sus amos y señores nada de lo que había pasado.

Había yo ordenado a Laurencio que me comprara las obras de Maffei: este gasto le disgustaba y no se atrevía a decírmelo. Me preguntó qué necesidad podía tener de nuevos libros cuando tenía tantos.

—Yo los he leído todos y necesito otros —le dije.

—Yo haré que alguno de los que hay aquí le preste sus libros y usted podría prestarle los suyos si quiere. Así no le costará dinero.

—Quizá pueden ser novelas y no me gustan.

—Son libros de ciencia; y se equivoca si cree ser la única gran cabeza que aquí está encerrada.

— ¡Ojalá! Lo veremos. Tome, aquí tiene un libro que prestó a esa gran cabeza; y espero que me traerá otro.

Le había entregado el *Rationarium* de Petau y cuatro minutos después me trajo el primer volumen de Wolff. Bastante contento, le dije que ya no necesitaba el Maffei y esto le causó alegría.

No tan satisfecho de disfrutar de esta sabia lectura como de poder establecer correspondencia con alguien que pudiera seguirme en mi proyecto de huida, proyecto que encerraba en mi cabeza, abrí el libro en cuanto Laurencio salió y mi alegría fue grande al leer sobre una hoja la paráfrasis de estas palabras de Séneca: *Calamitosus est animus futuri anxius* [El hombre que piensa en las desgracias futuras es muy infeliz.], hecha en seis buenos versos. Hice al instante otros seis, y he aquí cómo hice para poder escribirlos. Había dejado crecer la uña del dedo pequeño de mi mano derecha para servirme de ella como de un limpiaoídos y era ya bastante larga: la corté en punta y obtuve así una pluma. No tenía tinta y pensaba darme un pinchazo para escribir con mi sangre, cuando pensé que el agua sucia que por las paredes recién construidas corría, podría fácilmente reemplazar la tinta. Además de los seis versos, escribí el catálogo de las obras que tenía y lo coloqué en el lomo del mismo libro. Conviene recordar que en Italia los libros están generalmente encuadernados en pergamino, de manera que el tomo al abrirse forma una especie de bolsa. En el sitio del título escribí la palabra *latet* (sello). Estaba impaciente por recibir una respuesta, así que al día siguiente, en cuanto apareció Laurencio, le dije que había leído el libro y que le solicitaba a aquella persona me enviara otro. Un momento después me trajo el segundo volumen.

Tan pronto como quedé solo, lo abrí y encontré en él una hoja escrita en latín y que contenía estas palabras:

"Estamos los dos en la misma prisión y sentimos el más grande placer viendo que la ignorancia de un avaro carcelero nos entrega un privilegio sin igual en estos lugares. Yo que le escribo soy Marín Balbi, noble veneciano, monje somasco y mi compañero es el conde Andrés Asquino, de Udine, capital del Friuli. El me encarga le haga saber que todos los libros que posee y cuya nota encontrará en el lomo de este volumen, están a su disposición; pero le prevenimos, señor, que tenemos necesidad de todas las precauciones para ocultar a Laurencio nuestro correo."

En la situación en que nos encontrábamos no es extraño que hubiésemos tenido la misma idea de dirigirnos recíprocamente el catálogo de nuestra pequeña biblioteca y elegir para ello el lomo del libro; esta idea era el resultado del buen sentido; pero yo encontré extraño que me recomendase la precaución en una hoja. Parecía imposible que Laurencio no abriese el libro, y viera la hoja; y como no habría sabido leerla, la hubiera guardado en su bolsillo para hacérsela leer por alguno, y así todo se hubiera descubierto. Esto me hizo suponer que mi corresponsal era bastante atolondrado.

Después de haber leído la lista, les escribí quién era yo, cómo había sido preso, la ignorancia en que me hallaba del crimen por que se me castigaba y la esperanza que tenía de verme prontamente libre. Balbi me respondió en seguida mediante una carta de dieciséis páginas. El conde Asquino no me escribió nada. El monje me hacía la historia de todos sus infortunios. Hacía cuatro años que estaba detenido, y era por haber obtenido los favores de tres muchachas con las que había tenido tres hijos a los que había tenido la ingenuidad de bautizar con su nombre. La primera vez lo castigaron con unas palabras de su superior; la segunda se lo amenazó con un castigo y por fin, la tercera, se le había encerrado. El padre superior de su convento le enviaba comida todas las semanas. En su carta me decía que el superior y el tribunal eran unos déspotas porque no tenían ninguna autoridad sobre su conciencia; que como estaba persuadido de que los tres hijos eran suyos, había juzgado que procediendo como un hombre honrado no había debido privarlos de la ventaja que podrían sacar de su nombre. Terminaba diciéndome que no se había eximido de reconocer públicamente sus hijos, a fin de que la calumnia no los atribuyese a otros, lo cual habría dañado la reputación de las tres honradas muchachas con quienes los había tenido. Por lo demás no había podido acallar la voz de la Naturaleza que le hablaba favorablemente de aquellas inocentes criaturas. Terminaba con estas palabras: "No hay riesgo de que mi superior vea culpable la misma falta, porque su ternura no es activa más que para con sus discípulos."

Esto era bastante para darme a conocer a mi hombre. Original, sensual, razonador mediocre, malvado, tonto, imprudente, ingrato. Con todo se encontraría muy desgraciado sin el conde Asquino, que tenía setenta años, libros y dinero; sin embargo empleaba dos páginas en decirme mal de él, describiéndome sus defectos y ridiculeces. En el mundo yo no hubiera respondido a un hombre de este carácter; pero en los *Plomos*, tenía necesidad de aprovechar toda ayuda. Encontré en el lomo del libro un lápiz, plumas y papel, lo que me permitió escribir con toda comodidad.

También escribía la historia de todos los prisioneros que estaban en los *Plomos* y de los que habían estado durante los cuatro años de su permanencia. Me dijo que Nicolás era el arquero que en secreto le compraba todo lo que quería y el que lo informaba acerca de los prisioneros y cuantas noticias tenía; para convencerme, me relataba todo cuanto le había dicho sobre el boquete que yo había abierto. Me decía que me habían sacado de aquel calabozo para encerrar en él al patricio Priuli; que Laurencio había empleado dos horas en reparar los destrozos que yo había hecho, y que había exigido el silencio del carpintero, el herrero, y de todos los arqueros, amenazándolos de muerte. "Un día más tarde, añadió el arquero, y Casanova se hubiera escapado de una manera ingeniosa; esto hubiera costado la vida al pobre Laurencio, porque aun cuando éste mostró una gran sorpresa a la vista del taladro, no hay duda de que nadie más que él le hubiera proporcionado los instrumentos necesarios para ejecutar un trabajo tan difícil". Nicolás me ha dicho, añadía, que el señor de Bragadino le ha prometido mil cequies si puede facilitarle los medios de evasión, pero que habiéndolo sabido Laurencio, se jacta de ganar la recompensa sin exponerse, obteniendo por medio de su mujer la libertad utilizando al señor Diedo. Por su parte ninguno de los arqueros se atrevía a hablar de lo que había pasado, pensando que si Laurencio salía del episodio bien librado, se

vengaría de ellos haciendo que fueran despedidos. Me pedía que le contara el suceso con todo detalle, que le dijera cómo había obtenido los útiles, y me decía que no dudara de su discreción.

Yo no dudaba de su curiosidad; pero sí mucho de su discreción, ya que su mismo pedido lo denunciaba como el hombre más indiscreto del mundo. Juzgué, sin embargo, que debía atraérmelo, porque me parecía hombre valeroso y dispuesto a ejecutar cuanto yo le dijera para ayudarme a recuperar mi libertad. Púseme a escribirle, pero me asaltó una sospecha que me hizo no enviar lo que había escrito. Me imaginé que esta correspondencia podía muy bien no ser más que una artimaña de Laurencio para llegar a saber quién me había entregado las herramientas y qué había yo hecho con ellas. Para satisfacer sin comprometerme, le escribí que había hecho aquel trabajo por medio de un fuerte cuchillo que tenía y que había dejado sobre el dintel de la ventana del corredor. En menos de tres días, esta falsa confidencia me tranquilizó sobre la sospecha que había concebido, pues Laurencio no registró la ventana, cosa que no hubiera dejado de hacer si la carta hubiese llegado a sus manos. Además, el padre Balbi me escribía que ya sabía que podría tener en mi poder aquel gran cuchillo, porque Laurencio le había dicho que no se me había registrado antes de encerrarme. Laurencio no había recibido orden para ello y quizá esto lo hubiera salvado si yo hubiera conseguido concretar mi fuga; porque su opinión era que al entregarle un hombre el jefe de los arqueros, debía ya estar registrado. El arquero mayor, por su parte, podía asegurar que yo no tenía armas, pues me había visto salir de mi cama completamente desnudo, y se habían registrado mis ropas; este hecho hubiera eximido a ambos. El monje terminaba por pedirme que le enviase mi cuchillo por medio de Nicolás, de quien podía fiarme.

Me parecía inconcebible la torpeza de este monje. Le escribí que no estaba dispuesto a fiarme de Nicolás y que mi secreto era tal que no podía confiárselo al papel. Sus cartas me divertían, sin embargo. En una de ellas me explicaba porqué se tenía encerrado en los *Plomos* al conde Asquino, a pesar de su impotente estado, pues era de una corpulencia enorme y habiéndose roto una pierna que le habían curado imperfectamente, casi no podía moverse. Me decía que este conde, como no era rentista, ejercía en Udine de abogado y como tal defendía en el consejo de la villa a los campesinos contra la nobleza que, usurpadora por instinto, quería privarles del derecho de voto en las asambleas provinciales. Las pretensiones de los campesinos alteraban la paz pública y para someterlos por el derecho del más fuerte, los nobles acudieron a los inquisidores de Estado, quienes ordenaron al conde abogado que abandonara a sus clientes. El conde respondió que la carta comunal le autorizaba a defender los derechos y no quiso obedecer: los inquisidores lo detuvieron, a pesar del código, y desde hacía cinco años respiraba el saludable aire de los *Plomos*. Tenía como yo, cincuenta sueldos por día, pero con la facultad de disponer de este dinero. El monje, que jamás había tenido un cobre, me decía muchas cosas respecto a la avaricia de su compañero. También me manifestó que en el calabozo del otro lado de la sala había dos gentilhombres que igualmente habían sido detenidos por desobediencia; uno se había vuelto loco y lo tenían amarrado. Me decía también, por fin, que en otro calabozo había dos notarios.

Habiéndose disipado completamente mis sospechas, he aquí cómo reflexionaba:

"Quiero obtener la libertad a toda costa. La palanca que tengo es excelente, pero es imposible utilizarla, porque todas las mañanas examinan mi calabozo por todas partes, excepto en el techo. Si quiero salir de aquí, debo hacerlo por el techo, pero para lograrlo necesito un agujero que desde el suelo no lograría hacer bien, puesto que no es cosa de un día. Me hace falta un auxiliar que podrá escaparse conmigo."

No tenía mucho dónde elegir y mi idea no podía recaer sino en el monje. Este tenía treinta y ocho años, y aunque no tuviese buen sentido, yo pensaba que el amor a la libertad, que es la primera necesidad del hombre, le daría bastante resolución como para ejecutar las instrucciones que yo le diera. Era necesario empezar por resolverme a confiárselo todo, y después imaginar un medio para hacer pasar a sus manos mi herramienta.

Empecé, desde luego, por preguntarle si deseaba verse libre y si se encontraba dispuesto a intentarlo todo para lograrlo conmigo. Me respondió que su camarada y él eran capaces de todo para obtener su libertad, pero añadía que era inútil romperse la cabeza haciendo proyectos irrealizables. Llenó cuatro largas páginas con las dificultades que le proporcionaba su pobre imaginación, porque el infeliz no veía circunstancia alguna que pudiera presentarle la menor posibilidad de éxito. Le respondí que las dificultades generales no me preocupaban y que al hacer mi plan no había examinado más que las dificultades particulares; que éstas serían vencidas, y acababa dándole mi palabra de ponerle en libertad si él quería comprometerse a ejecutar al pie de la letra todo lo que yo le indicase.

Así me lo prometió.

Le escribí que poseía una palanca de unas veinte pulgadas de largo y que por medio de ella podía él taladrar el techo de su calabozo para salir; que en seguida atravesaría el muro que nos separaba y que por esta comunicación nos reuniríamos rompiendo después el techo y ayudándonos a salir por el boquete. "Conseguido esto, su tarea estará concluida y empezará la mía; yo lo pondré en libertad a usted y al conde Asquino."

Me respondió que aun cuando me sacara del calabozo, no por eso dejaría yo de estar prisionero, y que nuestra situación no cambiaría sino únicamente por encontrarnos en el desván, que también se hallaba cerrado con tres fuertes puertas.

"Lo sé, reverendo padre, le respondí, pero no es por las puertas por donde nos escaparemos. Tengo hecho mi plan y estoy seguro del éxito. No le pido más que exactitud en la ejecución de lo que le encomiende y que se abstenga de hacer objeciones. Piense solamente en el medio más conveniente para que yo pueda hacerle llegar el instrumento sin que el transportador llegue a concebir sospecha alguna. Entretando compre por el carcelero unas docenas de imágenes de santos, bastante grandes para cubrir con ellas las paredes de su calabozo. Estas imágenes religiosas no inspirarán ninguna sospecha a Laurencio y le servirán para cubrir la apertura que hará. Tendrá necesidad de algunos días, y Laurencio no podrá ver por la mañana el trabajo hecho durante la víspera, puesto que usted lo cubrirá con imágenes. Si me pregunta por qué no lo hago yo, le respondería que por serme imposible, pues soy sospechoso para nuestro guardián y muy vigilado, y esta objeción le parecerá sensata."

Aunque le recomendaba que procurara hallar el medio más conveniente de remitirle mi instrumento, me ocupaba sin cesar de hallarlo por mí mismo y se me ocurrió una feliz idea que me apresuré a aprovechar. Dije a Laurencio que me comprara una Biblia in folio que acababa de publicarse; era la Vulgata en la versión de los Sesenta. Yo esperaba poder colocar mi palanca en el lomo de la encuadernación de este gran volumen y enviarla así al monje, pero cuando tuve el libro en mis manos, vi que era dos pulgadas más corto que el instrumento.

Mi corresponsal en la prisión me había ya escrito que su calabozo estaba cubierto de imágenes, y yo a mi vez le había comunicado mi idea sobre la Biblia y la dificultad que su tamaño me presentaba. Muy contento por poder demostrar su ingenio, me dijo que no tenía más que enviárselo envuelto en mi capote de piel de zorro. Que Laurencio les había hablado ya de aquel hermoso

abrigo y que no habría ninguna sospecha si el conde de Asquino lo pidiera para verlo y comprarse uno igual. Me decía además que si se lo enviaba doblado, Laurencio no lo desdoblaría. Yo estaba seguro de lo contrario, porque desde luego estorba más un abrigo cuando está doblado que cuando no lo está. Sin embargo, para no desanimarle y asimismo convencerlo de que yo era menos aturdido que él, le escribí que no tenía más que hacerlo llevar por Laurencio. Al día siguiente recibí el pedido y entregué el abrigo doblado, pero sin ocultar en él el instrumento; un cuarto de hora después me lo devolvió diciéndome que aquellos señores lo habían encontrado muy hermoso.

El monje me escribió una carta confesándose culpable de haberme dado un mal consejo; pero añadía que yo había hecho mal en seguirlo. Según él, la palanca estaba perdida, porque Laurencio les había llevado el abrigo todo desdoblado. Después de esto, estaba perdida toda esperanza. Yo le consolé desengañándole y le rogaba que fuera, en el futuro, más precavido en sus consejos. Era preciso llegar a un término, y tomé la firme resolución de enviar mi palanca en la Biblia, pero empleando un medio accesorio para impedir a su portador descubrirlo mirando las extremidades del enorme volumen. He aquí lo que hice.

Dije a Laurencio que quería celebrar el día de San Miguel con macarrones al queso, pero que deseando agradecer la honradez y bondad de la persona que me prestaba los libros, quería hacerle un buen plato y prepararlo yo mismo. Laurencio me dijo que aquel señor quería leer aquel libro que costaba tres cequíes. Era, pues, asunto arreglado. "Muy bien, le dije, se lo enviaré con los macarrones: tráigame la mayor fuente que tenga en casa, porque quiero hacer la cosa en grande."

Me prometió servir mi pedido. Envolví el instrumento en un papel y lo coloqué en el lomo de la Biblia, teniendo cuidado de que no sobresaliese tanto de un lado como de otro. Colocando sobre la Biblia una gran fuente de macarrones bien llena de manteca derretida, estaba seguro de que Laurencio no podía mirar a los extremos del libro porque toda su atención y su vista se centraría sobre los bordes de la fuente para evitar que derramara lo derretido sobre el libro. Advertí de todo al padre Balbi, recomendándole el mayor cuidado al recibir el plato y evitar, sobre todo, tomar los dos objetos juntos.

El día señalado, Laurencio vino, más temprano que de costumbre, con una cacerolita llena de macarrones, ya cocidos y con todos los ingredientes necesarios para condimentarlos. Hice derretir cierta cantidad de manteca encima hasta que tocase a los bordes. La fuente era enorme y sobresalía con mucho del tamaño del libro sobre el cual se había colocado. Todas estas operaciones tuvieron cerca la puerta de mi calabozo y Laurencio permanecía en ella.

Cuando todo estuvo dispuesto, levanté con cuidado la Biblia y la fuente, procurando colocar el borde del libro hacia el lado del portador, y dije a Laurencio que alargase los brazos y extendiese las manos; que tuviese cuidado de no derramar la manteca sobre el libro y que lo llevase pronto a su destino. Al entregarle esta importante carga, tenía mis ojos fijos en los suyos, y vi con placer que no separaba sus miradas de la manteca que temía volcar. Me dijo que valdría más llevar primero la fuente y en seguida volver por el libro; pero le respondí que entonces el regalo desmerecía y que era preciso fuera todo junto. Quejábase entonces de que yo hubiese puesto demasiada manteca, y me dijo con un aire zumbón que si se derramaba él no sería responsable del perjuicio.

En cuanto vi la Biblia en manos de aquel torpe, consideré seguro el resultado, porque los extremos de la palanca eran imperceptibles a menos de inclinar mucho hacia uno de los lados, y yo no veía ningún motivo que pudiera inducirle a separar sus miradas de la superficie de la fuente, puesto que debía esforzarse en mantenerla horizontal. Lo seguí con la vista hasta que le vi entrar en

el antecalabozo del monje, el cual golpeando tres veces seguidas, me daba la señal convenida de haber llegado todo bien, lo que Laurencio vino a confirmarme un momento después.

El padre Balbi no tardó en poner manos a la obra y en ocho días consiguió hacer en el techo un agujero grande que cubrió con una imagen pegada con miga de pan. El 8 de octubre me escribié que había pasado la noche trabajando en el muro que nos separaba y que no había podido desprender más que una losa. Exageraba la dificultad de separar los ladrillos que estaban unidos por un fuerte cemento, pero me prometía seguir en la tarea, diciéndome que nada lograríamos sino empeorar nuestra situación. Le respondí que me hallaba seguro de lo contrario, que debía creermelo y perseverar.

¡Ay de mí!, yo no estaba seguro de nada, pero era preciso hacer creer lo contrario o abandonarlo todo. Yo quería salir de aquel infierno en que me tenía encerrado la más horrible tiranía: esto es todo lo que yo sabía y no pensaba sino en avanzar, decidido a obtener el éxito o a no detenerme hasta encontrar obstáculos insuperables. Yo había leído y aprendido a través de la experiencia que es preciso no retrasar las grandes empresas sino ejecutarlas sin dejar de contar con la parte que la fortuna tiene sobre todas las realizaciones humanas. Si yo hubiera comunicado al padre Balbi estos pensamientos de filosofía moral, me hubiera tratado de loco.

Su trabajo no presentó dificultad más que la primera noche, porque cuanto más trabajaba más facilidad hallaba, y al fin resultó que había arrancado treinta y seis ladrillos.

El 16 de octubre, a la diez de la mañana, en el momento en que me hallaba ocupado en la traducción de una oda de Horacio, oí sobre mi cabeza como un redoble dado con los pies y tres golpecitos. Era la señal convenida entre nosotros para asegurarnos de que no nos habíamos equivocado. Trabajé hasta la noche y al día siguiente me escribió que si el techo de mi calabozo no estaba formado más que por un doble entarimado, su trabajo quedaría terminado en el mismo día. Me aseguró que procuraría hacer el agujero circular como yo le había recomendado y que no taladraría completamente el entarimado. Esto era necesario ante todo, porque la menor apariencia de rotura nos hubiera delatado. "La excavación, me decía, será tal que no se necesitará más que un cuarto de hora para darle fin." Yo había señalado este momento para de allí a dos días salir de mi calabozo durante la noche para no volver a ingresar en él; porque con un compañero, tenía la seguridad de hacer en tres o cuatro horas un boquete en el amplio techo del palacio ducal, pasar por él para colocarme encima y emplear entonces todos los medios que la casualidad me proporcionaría para bajar hasta el suelo.

Yo no había llegado aún a este punto, porque la mala fortuna me reservaba más de una dificultad que vencer. El mismo día, que era un lunes, a las dos de la tarde y mientras el padre Balbi trabajaba, oí abrir la puerta de la sala contigua a mi calabozo. Sentí correr por mi cuerpo un sudor frío, pero tuve bastante presencia de ánimo como para dar dos golpes, señal de alarma convenida, ante la cual el padre Balbi debía atravesar inmediatamente el muro y volver a entrar en su cuarto poniéndolo todo en orden. Menos de un minuto después, abrió Laurencio mi calabozo pidiéndome perdón por tener que destinarle por compañero un malísimo sujeto. Era un hombre de unos cuarenta a cincuenta años, pequeño, delgado, feo, mal vestido, que llevaba una peluca negra y redonda y a quien los dos arqueros desataron mientras yo le examinaba. Yo no podía dudar que fuese un pillo, puesto que Laurencio le anunciaba como tal en su presencia sin que estas palabras provocaran en él una reacción visible. "El tribunal, respondí yo, es dueño de hacer lo que quiera". Laurencio hizo que le trajeran un jergón, le dijo que el tribunal le concedía diez sueldos diarios y en seguida se retiró encerrándonos juntos.

Abrumado por ese fatal contratiempo, yo miraba a aquel pillo, a quien denunciaba su fisonomía ordinaria. Pensé hacerle hablar, cuando empezó él mismo dándome las gracias por haber hecho que le dieran un jergón. Queriendo ganármelo le dije que comería conmigo, y me besó la mano preguntándome si a pesar de eso podría cobrar los diez sueldos que el tribunal le pasaba. Yo le dije que sí; a estas palabras se arrodilló, y sacando de su bolsillo un enorme rosario, paseó sus miradas por todos los rincones del calabozo.

—¿Qué busca?

—Perdón, señor, pero busco una imagen de la Santa Virgen, porque soy cristiano; si hubiera solamente un pequeño crucifijo, porque nunca he tenido tanta necesidad de encomendarme a San Francisco de Asís, cuyo nombre indignamente llevo.

Me costó trabajo contener la risa, no a causa de su piedad cristiana, porque la conciencia y la fe son propiedades que a nadie he de censurar, sino por el estilo de sus palabras. Juzgué que me tomaba por judío, y para desengañarle me apresuré a darle un devocionario de la Santa Virgen, cuya imagen besó; al devolvérmelo me dijo con aire modesto que su padre, alguacil de galeras, no le había enseñado a leer. "Yo soy, añadió, devoto del Santo Rosario" y entonces se puso a contarme una multitud de milagros que yo escuché con una paciencia de santo. Me rogó le permitiera rezar su rosario ante la imagen de la Virgen. Cuando concluyó, le pregunté si había comido y me dijo que se moría de hambre. Le di cuanto tenía de comer y lo devoró antes que comerlo; bebióse todo el vino que yo tenía; cuando estuvo algo mareado empezó a llorar y después a hablar tonterías.

Me contó la historia de su prisión, de la cual deduje que era un denunciador de oficio, un informante, llamado Soradaci, que se vendía a quien pagaba su silencio o sus delaciones.

Me estremecía al ver qué monstruo se hallaba junto a mí, pero conociendo que mi posición era delicada y que debía sobrellevarla, me emocioné jesuíticamente y lo compadecí. Haciendo el elogio de su patriotismo, le predije su libertad para dentro de muy pocos días.

Durmióse algunos instantes después y aproveché su sueño para contarle todo al padre Balbi, haciéndole comprender la necesidad en que nos hallábamos de suspender nuestro trabajo hasta otra ocasión más favorable. Al día siguiente dije a Laurencio que me comprara un crucifijo de madera, una imagen de la Santa Virgen, un retrato de San Francisco y que me trajera dos botellas de agua bendita. Soradaci le pidió sus diez sueldos y Laurencio con una mirada de desprecio le dio veinte. Le mandé que me comprara una cantidad de vino cuatro veces mayor, ajos y sal, regalo que deleitaba a mi odioso compañero. Después de la salida del carcelero, retiré del libro la carta que me escribía Balbi: él no dejaba de felicitarme por la suerte que habíamos tenido de que Laurencio condujera al nuevo detenido a mi calabozo, "porque, decía él, si hubiera venido a encerrarle en el nuestro, no me hubiera encontrado, y los *Pozos* se hubieran encargado de recompensarnos por nuestra tentativa."

La narración de Soradaci no me permitía dudar que tendrían que realizarse interrogatorios; porque me parecía evidente que el secretario no le había encerrado sino por sospechas de calumnia. Seguro de esto me resolví a confiarle dos cartas que enviadas a su destino no podían hacerme daño ni beneficio, pero que debían serme favorables, si como yo no lo dudaba, el hombre las entregaba al secretario para dar una prueba de su fidelidad.

Empleé dos horas en escribir estas dos cartas con lápiz. Al día siguiente Laurencio me trajo el crucifijo, las dos estampas y el agua bendita, y después de haber dado de comer a mi compañero, le dije que esperaba de él un servicio del que dependía mi felicidad.

—Confío —le dije— en su amistad y valor: aquí tiene dos cartas que le ruego lleve a donde se indica, tan pronto como esté en libertad. Mi felicidad depende de su fidelidad, pero es preciso que oculte estas cartas, porque si se las encontraran al salir de aquí, estaríamos perdidos usted y yo. Jure sobre este crucifijo y sobre estas santas imágenes que no me hará traición.

—Estoy dispuesto, mi querido señor, a jurar todo lo que quiera, y le estoy demasiado agradecido para que pueda traicionarlo.

Y después de esto, muchos lloros, lamentos y quejas: se llamaba desgraciado de que yo pudiera sospecharlo de traición hacia un hombre por el que hubiera dado su vida. Yo ya sabía a qué atenerme, pero representaba una comedia. Después de haberle dado una camisa y un gorro, me descubrí la cabeza y salpicando de agua bendita el calabozo y rodándole en grande y por largo tiempo con la misma agua, le hice pronunciar un terrible juramento, en medio de imprecaciones carentes de sentido, y que por lo mismo eran más propias para aterrorizarlo. Después que en medio de esa burlesca ceremonia se comprometió por juramento, que él creyó solemne, a entregar las cartas a su destino, se las di. El mismo fue quien quiso se las cosiera en la espalda de la chaqueta entre el paño y el forro: yo lo dejé hacer.

Estaba absolutamente seguro de que entregaría mis cartas al secretario en la primera ocasión; pero también había puesto toda mi capacidad en que el estilo no denunciase mi astucia; no podía valerme más que del aprecio del tribunal y quizá su indulgencia. La una iba dirigida al señor de Bragadino y la otra al abate Grimani; en ellas les decía no se inquietasen por mi suerte, porque confiaba en verme pronto libre; que a mi salida hallarían que este castigo me había hecho más bien que mal, puesto que no había en Venecia persona que más necesidad tuviese de modificar sus costumbres que yo.

Rogaba al señor de Bragadino que tuviese la bondad de enviarme unas botas forradas para el invierno, pues mi calabozo era bastante alto para que me pudiese tener en pie y pasearme.

Me cuidé bien de evitar que Soradici supusiera que mis cartas fuesen tan inocentes, porque entonces podía habersele ocurrido el deseo de hacer una acción buena llevándolas a su destino y no era esto lo que yo deseaba.

En el capítulo siguiente verás, querido lector, si los juramentos tenían algún mandado sobre el alma del terrible compañero que me habían dado y si yo justificaba bien el dicho *in vino veritas*. Este vil ser se había pintado tal cual era en el relato que me hizo.

CAPITULO XIV

del tomo 4

Hacía dos o tres días que Soradaci tenía mis cartas, cuando vino Laurencio una tarde para conducirlo ante la presencia del secretario. Estuvo algunas horas ausente, por lo que ya no esperaba volver a verlo, pero con gran sorpresa mía lo condujeron de nuevo al calabozo al anochecer. En cuanto se retiró Laurencio, me refirió su entrevista con el secretario y elaboró un cúmulo de invenciones, que supuse serían similares a las que se le habría ocurrido contar al responder al interrogatorio del secretario. Cansado éste con sus palabras, había ordenado encerrarle en un calabozo donde le habían tenido varias horas; que después le habían atado fuertemente y le habían conducido de nuevo ante el secretario y que finalmente le habían vuelto a conducir aquí.

Lamenté esto, porque vi claramente que aquel desgraciado permanecería largo tiempo en mi calabozo. Debía informar al padre Balbi de este contratiempo, y para ello le escribí durante la noche; como ya me había visto obligado a hacerlo más de una vez, me adapté a la costumbre de escribir a oscuras, haciéndolo con bastante exactitud.

Al día siguiente quise convencerme de no haberme equivocado en mis sospechas y dije a aquel bribón de espía que me devolviera la carta que para el señor de Bragadino le había entregado, pues quería añadir algo en ella.

—Podrá volver a esconderla en seguida —añadí.

—Es peligroso, porque durante este tiempo podría venir el carcelero y entonces estaríamos los dos perdidos.

—Eso no importa; devuélvame mis cartas.

Entonces aquel extraño sujeto se arrojó a mis pies y me confesó que al ser presentado por segunda vez al temible secretario, le había acometido un temblor tan grande y había sentido en la espalda, en el mismo sitio en que se ocultaban mis cartas, una pesadez tan insoportable que el secretario le había preguntado el motivo y no había tenido el coraje de ocultarle la verdad; que entonces llamó el secretario a Laurencio, quien después de desatarle y quitarle la chaqueta, le descosió el forro y que el secretario, después de haber leído las dos cartas, las había guardado en un cajoncito de su mesa. "El señor secretario me ha dicho, añadió aquel maldito, que si yo hubiera llevado las cartas, se hubiera sabido y esto me hubiera costado la vida."

Aparenté entonces que el suceso me afectaba, descomponiéndome, y cubriendo mi cara con ambas manos, me arrodillé junto al lecho, delante de la imagen de la Virgen y le pedí con voz alta el castigo de aquel bandido que me había hecho traición quebrando el más terrible de los juramentos. Después de esto, me acosté con la cara vuelta hacia la pared y tuve la constancia de mantenerme en esta posición todo el día sin hacer el menor movimiento ni pronunciar palabra y simulando no oír los gemidos, los gritos y las protestas de arrepentimiento del infame. Representé mi papel a las mil maravillas para desarrollar una comedia cuyo plan había concebido. Por la noche escribí al padre Balbi que viniera a las diez precisamente, ni minuto antes, ni minuto después, para acabar su trabajo en cuatro horas, ni un minuto más.

"Nuestra libertad, le decía, depende de ajustarse a esta exactitud y entonces no habrá nada que temer."

Estábamos a 25 de octubre y el tiempo durante el cual debía realizar mi proyecto o abandonarle definitivamente, se acortaba. Los Inquisidores de Estado, así como el secretario, iban todos los años a pasar los tres primeros días de noviembre en algún pueblo del interior. Laurencio, aprovechando la ausencia de sus amos, no dejaba de emborracharse algún día, y durmiendo hasta más tarde que de costumbre, no aparecía por los *Plomos* sino también muy tarde.

Sabiendo esto, la prudencia aconsejaba que eligiese aquella época para llevar a cabo nuestra huida, convencido de que no se aperibirían de ella sino bien adelantada la mañana siguiente.

He aquí como empleé la mañana, hasta el mediodía, para despertar la imaginación de aquel malvado, tonto y animal, para confundir su mente, para atontarle en fin por medio de imágenes aterradoras e imposibilitarle que me molestara.

En cuanto Laurencio nos dejó, dije a Soradaci que viniera a comer la sopa. El hombre estaba acostado y había dicho a nuestro guardián que se encontraba enfermo. No se hubiera atrevido a acercarse a mí, si yo no le hubiese llamado. Se levantó y echándose a mis pies me los besó, y me

dijo llorando amargamente que a menos que yo le perdonase, moriría en aquel día, porque sentía ya el efecto de la maldición y de la venganza de la Santa Virgen, que yo había conjurado contra él. Que sentía unos dolores que le desgarraban las entrañas y que tenía la boca toda ulcerada. Me la mostró y vi que se hallaba llena de llaguitas: ignoro si la tenía en el mismo estado el día anterior. No me entretuve mucho en examinarla para ver si me decía la verdad; mi interés era aparentar que le creía y hacerle esperar mi perdón. Era preciso empezar por hacerle comer y beber. El traidor quizá tenía la intención de engañarme; pero decidido como yo estaba a engañarle, se trataba de ver cuál de los dos había de ser más hábil. Yo le tenía preparado un ataque contra el cual le sería difícil defenderse.

Adopté la expresión de un inspirado y le dije; "Siéntate y toma esta sopa; después te anunciaré algo feliz, pues has de saber que la santísima Virgen del Rosario se me ha aparecido al amanecer y me ha mandado perdonarte. No morirás y saldrás de aquí conmigo."

Aturdido completamente, y de rodillas a falta de asiento, tomó la sopa y después se sentó sobre el jergón para escucharme. He aquí poco más o menos lo que le dije:

—El disgusto que me ha causado tu traición me ha hecho pasar sin dormir toda la noche, porque mis cartas han de hacer que se me condene a pasar aquí el resto de mis días. Mi único consuelo, lo admito, era la seguridad que tenía de que morirías aquí, ante mi vista antes de tres días. Dominado por este sentimiento, indigno de un cristiano, porque Dios nos ordena perdonar, la fatiga me produjo una suerte de adormecimiento y durante este ensueño he tenido una verdadera visión. He visto a la Santa Virgen, a esta madre de Dios, cuya imagen ves, la he visto delante de mí, llena de vida y que abría la boca divina y me hablaba en estos términos:

"Soradaci es devoto de mi santo Rosario y yo le protejo; quiero que le perdones: entonces la maldición que sobre sí ha atraído, dejará de actuar. En recompensa de tu generoso acto, ordenaré a uno de mis ángeles que bajo figura humana descienda del cielo para romper el techo de tu prisión, liberándote de ella en cinco o seis días. Este ángel empezará su trabajo hoy a las diez en punto y trabajará hasta las dos para retornar luego a su mansión celestial. Al salir de aquí, acompañado de mi ángel, harás salir también a Soradaci, a quien cuidarás, pero con la condición de que abandone su oficio de espía. Le harás saber todo esto."

Después de estas palabras desapareció la Virgen y yo me desperté.

Manteniendo siempre mi seriedad y el tono de un inspirado, observaba la fisonomía del traidor, que parecía absolutamente consternado. Tomé entonces mi devocionario, rocié con agua bendita todo el calabozo y comencé a simular que rogaba a Dios, besando de vez en cuando la imagen de la Virgen. Una hora después, aquella bestia, que hasta entonces no había abierto la boca, me preguntó descaradamente a qué hora bajaría el ángel del cielo y si oiríamos el ruido que haría para romper nuestro calabozo.

—Estoy seguro de que vendrá a las diez, que le oiremos trabajar y que se irá a la hora que ha dicho la Santa Virgen.

—Puede haberlo soñado.

—Estoy seguro de que no. ¿Te sientes capaz de abandonar el oficio de espía?

En vez de responderme se durmió, y no se despertó hasta dos horas después, para preguntarme si podía demorar el prestar el juramento que le pedía.

—Puedes hacerlo —le dije—, hasta que el ángel entre aquí para liberarme; pero si entonces no renuncias por juramento al oficio que es causa de que te halles aquí y que acabará por conducirte a

la horca, te dejaré aquí porque tal es la orden de la Madre de Dios, que además te retirará su protección.

Como quiera que yo no dejaba de observarle, leí en su cara repulsiva la satisfacción que experimentaba, porque se creía seguro de que aquel ángel no vendría. Casi me compadecía. Yo estaba impaciente por oír la hora: esta comedia me divertía mucho, porque tenía la seguridad de que la llegada del pretendido ángel le alteraría su miserable razón. Además tenía la seguridad de que la cosa no fallaría, a menos que Laurencio hubiese olvidado entregar el libro, lo que no era probable.

Una hora antes de la convenida, quise comer, y durante la comida no bebí más que agua, procurando, con gran contento de él, que Soradaci se bebiese todo el vino y se comiese como postre todos los ajos que yo tenía y que eran para él el bocado predilecto, bocado que ayudaba no poco a aumentar su irritación. En el momento que oí la primera campanada de las diez, me arrodillé, ordenándole con gesto y voz de alucinado que hiciera otro tanto. Me obedeció mirándome con la vista extraviada. Cuando oí el ruido que mi amigo hacía al atravesar el muro, exclamé: "Viene el ángel"; me arrojé al suelo, dando a Soradaci un terrible empujón para obligarle a hacer lo mismo. El ruido que el trabajo de mi cómplice hacía era fuerte, y tuve la paciencia de mantenerme largo tiempo en mi incómoda posición. Si me hubiese hallado en una circunstancia menos dramática, me hubiera reído a grandes carcajadas al ver la inmovilidad de aquel entonces dócil ser, pero no me reía porque no perdía de vista la ocasión de volver loco a aquel necio. Su condición perversa no podía ser dominada sino aterrorizándola. Cuando me levanté, púseme de rodillas, obligándolo a imitarme y pasé tres horas haciéndole rezar el rosario. De cuando en cuando se adormecía cansado antes por su posición que por la monotonía del rezo, pero no me interrumpía. Algunas veces se atrevía a dirigir hacia el techo una mirada furtiva, y con el estupor reflejado en sus facciones hacía gestos mirando la imagen de la Virgen, todo lo cual era verdaderamente cómico. Cuando oí dar las dos, le dije con el tono más solemne que me fue posible:

—Prostérnate, el ángel va a partir.

Balbi volvió a pasar a su calabozo, y no volvimos a oír nada. Al levantarme, observé a aquel miserable y vi sobre su fisonomía los signos de la consternación y el asombro, y quedé muy satisfecho del éxito logrado. Me entretuve hablándole un instante para conocer sus razonamientos. Derramaba abundantes lágrimas y sus frases eran casi delirantes, no teniendo sus ideas coherencia ni claridad. Hablaba de sus pecados, de sus deberes para con la República, y atribuía a sus méritos la gracia que le concedía María.

Necesité soportar con aire compungido una larga narración de milagros del rosario que su mujer, cuyo confesor era un joven dominico, le había contado. Me decía que no veía qué podría yo hacer de un ignorante como él.

—Estarás a mi servicio y tendrás cuanto necesites sin que te veas obligado a ejercer el oficio de espía.

—¿Pero no podremos quedarnos en Venecia?

—Seguramente que no; el ángel nos conducirá a un Estado que no pertenecerá a San Marcos. ¿Estás dispuesto ahora a jurarme que abandonarás tu vil oficio? Y si lo juras, ¿serás por segunda vez perjuro?

—Sí, lo juro, y seguiré fiel a mi juramento; esto es seguro; pero tendrá que convenir en que sin mi perjurio no hubiera obtenido de la Santa Virgen la gracia que le ha concedido. Mi falta de fe es la causa de su felicidad; por tanto, debe amarme y estar contento de mi traición.

—¿Amas tú a Judas que vendió a Jesucristo?

—No.

—Entonces has de reconocer que se detesta al traidor y se adora al mismo tiempo a la Providencia que sabe hacer salir el bien del mal. Hasta ahora no has sido más que un bandido, has ofendido a Dios y a la Virgen su madre, y no recibiré tus juramentos mientras no te arrepientas de tus pecados.

—¿Qué pecado he cometido?

—Has pecado por orgullo, Soradaci, pensando que yo te debía reconocimiento por haberme hecho traición entregando mis cartas al secretario.

—¿Y cómo podré hacerme perdonar este pecado?

—Así; mañana, cuando venga Laurencio, permanecerás acostado sobre tu jergón, con la cara vuelta hacia el muro, sin hacer el menor movimiento ni volver la vista hacia él. Si te habla, le contestarás, pero sin mirarle, diciéndole que no has podido dormir y que necesitas descanso. ¿Me lo prometes?

—Le prometo hacer exactamente todo cuanto me diga.

—Jura ante esta santa imagen; pronto.

—Lo prometo, santísima Madre de Dios, que a la llegada de Laurencio no le miraré y no me moveré de encima de mi jergón.

—Y yo, santísima Virgen, juro por las entrañas de vuestro Hijo, que si veo a Soradaci hacer el menor movimiento y mirar a Laurencio, me arrojaré de inmediato sobre él y lo estrangularé sin piedad por vuestro honor y gloria.

Yo contaba tanto con el efecto de esta amenaza como con el compromiso de su juramento. Queriendo, sin embargo, lograr la mayor seguridad posible, le pregunté si tenía que hacer alguna objeción a este juramento. Después de un instante de reflexión me respondió que no, que estaba del todo conforme y contento. Muy satisfecho de mí mismo, le di de comer y en seguida lo mandé acostarse, porque yo sentía necesidad de reposo.

En cuanto se durmió, me puse a escribir, en lo que invertí dos horas. Conté así a Balbi toda la historia y le dije que si el trabajo estaba bastante avanzado ya, no había necesidad de venir sobre el techo de mi calabozo más que para terminar de romper la abertura y entrar. Le advertí que saldríamos en la noche del 31 de octubre y que seríamos cuatro, pues contaba con su compañero y con el mío. Entonces estábamos a 28.

Al día siguiente, Balbi me escribió que la perforación estaba hecha y que no había necesidad de pasar a aquel sitio sino para romper la última capa del entarimado, cosa que estaría hecha en cuatro minutos. Soradaci fue fiel a su juramento, haciendo como que dormía; Laurencio ni le dirigió la palabra. Yo no le perdí de vista un instante, y creo aún ahora que le hubiera estrangulado, si hubiese hecho el menor movimiento de cabeza hacia el guardián; porque para venderme hubiera bastado un solo gesto delator.

Todo el resto del día fue consagrado a palabras alucinantes, a frases exageradas, que yo pronunciaba con la mayor solemnidad posible; yo gozaba viéndole fanatizarse más y más.

Procuré entonces lograr el apoyo a mis místicos discursos con buenos tragos de vino que de cuando en cuando le hacía tragar, y no le dejé hasta que lo vi caer por la borrachera y el sueño.

Aunque su cabeza fuese ajena a toda especulación metafísica y no hubiese jamás ejercitado sus facultades de razonamiento más que para inventar estratagemas de espía, aquella bestia meapuró durante un momento diciéndome que no concebía cómo un ángel tenía necesidad de tanto trabajo para abrir nuestro calabozo. Después de dirigir mis miradas hacia el cielo, o, mejor dicho, hacia el techo de nuestro triste cuarto, le dije:

—Los designios de Dios son desconocidos de los mortales; además, el enviado del cielo no trabaja con instrumentos angelicales, porque si así fuera un soplo le bastaría; trabaja como hombre, cuya forma sin duda ha tomado, porque no somos dignos ni merecedores de acoger su presencia en forma celestial. Por lo demás, pienso, añadí como verdadero jesuíta que de todo sabe sacar provecho, que el ángel, para castigarnos por tu pensamiento malicioso que ha ofendido a la santa Virgen, no vendrá hoy. ¡Desgraciado! Siempre piensas no como un hombre honrado, piadoso y devoto, sino como un malvado que trata con los esbirros del tribunal.

Había querido desesperarle y lo logré. Púsose a volcar abundantes lágrimas; sus sollozos le sofocaban, cuando oyó dar las diez y no sintió el ruido del trabajo del ángel. Lejos de calmarlo, traté de aumentar su desesperación dirigiéndole amargos y muy duros reproches. Al día siguiente no faltó tampoco a lo que debía hacer, pues aun cuando Laurencio le preguntó por su salud, le respondió sin mover la cabeza. El mismo comportamiento observó el tercer día, hasta que por fin vi a Laurencio por última vez el 31 de octubre por la mañana. Le di el libro para Balbi y advertí al monje que viniera a las doce del día para tirar abajo el techo. No temía ningún contrat tiempo puesto que el mismo Laurencio me había dicho que los inquisidores y el secretario habían salido ya para el campo. Tampoco temía la llegada de ningún compañero y no tenía necesidad de vigilar a mi bribón.

Después de la salida de Laurencio, dije a Soradaci que el ángel vendría al techo de nuestro calabozo a las once de la mañana.

—Traerá unas tijeras —le dije— y nos cortará las barbas a los tres.

—¿Pero es que los ángeles tienen barbas?

—Sí, ya lo verás. Después de esta operación, saldremos, iremos a romper la techumbre del palacio y bajaremos a la plaza de San Marcos, de donde iremos a Alemania.

No me respondió y aquel día comió él solo, porque yo tenía la imaginación bastante ocupada como para dedicarme a la comida. No había podido ni aun dormir.

Sonó por fin la hora convenida y se presentó el ángel. Soradaci quería prosternarse, pero le dije que no era necesario. En tres minutos cayó el trozo de madera y el padre Balbi se encontró entre mis brazos.

—Ahora terminan sus trabajos —le dije— y comienzan los míos.

Nos abrazamos, y me entregó la palanca y un par de tijeras. Dije a Soradaci que nos cortara la barba, pero me fue imposible dominar la risa viendo a aquel idiota contemplar con la boca abierta aquel ángel singular que más bien parecía un diablo. Aunque se encontraba muy alterado, nos cortó la barba con gran perfección.

Impaciente por conocer el sitio que había de ser el escenario de nuestras futuras operaciones, dije al monje que se quedara con Soradaci, porque no quería dejarlo solo, y salí. Encontré estrecho el agujero del muro, pero por fin pude pasar. Me hallaba sobre el calabozo del conde, entré en él y

abracé cordialmente a aquel respetable anciano. Vi un hombre de un tamaño muy poco adecuado para sobreponerse a todas las dificultades que sin duda encontraríamos, sobre todo teniendo que efectuar la huida por un techo de una pendiente tan inclinada y todo cubierto de planchas de plomo. Me preguntó cuál era mi proyecto y me dijo que en su opinión yo había obrado un poco apresuradamente.

—Yo no pido —le dije— sino ir siempre adelante hasta encontrar la libertad o la muerte.

—Si piensa —me dijo estrechándome la mano—, en ir a atravesar el techo y escapar sobre los *Plomos*, de donde será preciso descolgarse, no veo que pueda lograrlo a menos que tenga alas. Por mi parte no tengo el valor de acompañarlos; permaneceré aquí y rogaré a Dios por ustedes.

Salí de allí para ir a los extremos laterales del desván. Cuando llegué a tocar la parte inferior del techo en lo más estrecho del ángulo, me senté entre los adornos del alero que hay en todos los grandes palacios. Toqué las tablas con la punta de la palanca y tuve la suerte de encontrarlas medio carcomidas. A cada golpe, todo cuanto tocaba caía hecho en polvo. Seguro de hacer un agujero bastante ancho en menos de una hora, volví a mi calabozo, y empleé cuatro horas en cortar sábanas, colchas, colchón y jergón para hacer cuerdas. Tuve cuidado de hacer los nudos yo mismo y asegurarme de su solidez, porque un solo nudo mal hecho podía costarnos la vida. Al fin de mi trabajo me vi en posesión de cien brazas de cuerda.

Hay en las grandes empresas asuntos que deciden todo y que un jefe que desee llegar a buen término no debe fiar a nadie. Cuando estuvo hecha la cuerda, hice un paquete de mi traje, mi capa de seda y algunas camisas, medias y pañuelos, y pasamos los tres al calabozo del conde. Este buen hombre felicitó desde luego a Soradaci por haber tenido suerte de haber sido encerrado en mi compañía y hallarse tan prontamente a punto de recobrar su libertad. Su contrito aspecto me daba ganas de reír. Ya no me molestaba, porque había arrojado la careta de hipócrita que tan terriblemente había utilizado desde que aquel pillo me había obligado a adoptarla. Lo veía convencido de haber sido engañado, pero no comprendía nada más, porque no podía adivinar cómo había mantenido mi comunicación con el pretendido ángel para hacerle ir y venir a horas fijas. Escuchaba con atención al conde, que nos decía que íbamos a perdernos irreparablemente, y como un verdadero cobarde, crecía y se desarrollaba en su cabeza el deseo de evitar aquel peligroso viaje. Yo dije al monje que hiciera su paquete mientras yo iba a hacer el agujero al borde del desván.

Al avanzar la noche, sin haber tenido necesidad de ayuda alguna, vi perfectamente terminado el boquete: había pulverizado las tablas y el hueco tenía el doble del tamaño necesario. Toqué entonces la plancha de plomo, que era entera, y como no pude levantarla solo por estar remachados sus bordes, me ayudó el monje; a fuerza de introducir la palanca en las juntas logré desprenderla y empujando luego con los hombros, la levantamos lo suficiente como para dejar un hueco que permitiera nuestro paso. Sacando entonces la cabeza fuera del agujero, vi con gran fastidio la excesiva claridad de la luna creciente que entraba en su primer cuarto. Era preciso soportar con paciencia aquel contratiempo y aguardar para salir a la medianoche, hora en que la luna debía haber desaparecido de nuestra vista. Durante aquella hermosa noche, toda la buena sociedad veneciana había de pasearse por la plaza de San Marcos y yo no podía permanecer, sin exponerme, sobre el techo. Mi sombra, proyectándose en la plaza, hubiera llamado hacia nosotros las miradas. El extraordinario espectáculo que hubiéramos ofrecido no hubiera dejado de provocar la curiosidad general, sobre todo la del carcelero mayor y su banda de esbirros, que son la única guardia de Venecia; nuestro hermoso proyecto hubiera sido bien pronto descubierto por ellos. Decidí entonces que no saldríamos de allí sino después de haberse ocultado la luna. Invoqué la ayuda de Dios, y no

pedía milagros. Expuesto a los caprichos de la fortuna, debía darle las mayores oportunidades, y si mi empresa fracasaba, debía ponerme a salvo del reproche de haber cometido la menor equivocación. La luna debía ponerse a las nueve de la noche y el sol saldría a las 4 de la mañana; teníamos por consiguiente siete horas de completa oscuridad, durante las cuales podíamos operar, y aunque el trabajo fuese grande, en este tiempo podíamos darle fin.

Dije al padre Balbi que podíamos pasar tres horas hablando con el conde Asquino, e ir desde luego a prevenirle que yo necesitaba me prestase treinta cequíes, que podrían serme tan necesarios como mi palanca me lo había sido para hacer cuanto habíamos hechos. Balbi ejecutó mi encargo y cuatro minutos después vino a decirme que fuera yo mismo, porque el conde quería hablarme sin testigos. Aquel pobre anciano empezó por decirme muy dulcemente que para escaparme no me hacía falta el dinero, que él no lo tenía, que tenía una numerosa familia, que si yo me mataba perdería el dinero que me diera, añadiendo en fin una infinidad de inutilidades de la misma especie, para disimular su avaricia o la repugnancia que tenía de desprenderse de su dinero. Mi respuesta se prolongó una media hora. Razones excelentes pero que, desde que el mundo existe, nunca tuvieron fuerza, porque la mayor oratoria se estrella contra el acero de la más indestructible de las pasiones. Era el caso de *nolenti baculus*; pero como yo no era bastante cruel para usar la violencia con un desgraciado anciano, acabé por decirle que si él quería escaparse conmigo le llevaría sobre mis hombros como Eneas llevó a Anquises, y que si quería quedarse para rogar a Dios, nos ayudara. Le advertía que su plegaria sería casi contradictoria, puesto que rogaría a Dios que concediera feliz término a una cosa a la que no había querido contribuir por los medios más comunes.

Me respondió derramando lágrimas que no me conmovieron. Me preguntó si me bastarían dos cequíes y le contesté que cualquier cantidad debía serme suficiente. Me los dio, rogándome se los devolviera si después de haber hecho una exploración por el techo, reconocía que la decisión más prudente era volver al calabozo. Se lo prometí, un poco sorprendido de que supiese que yo podría tomar la resolución de volver sobre mis pasos. No me conocía y yo estaba seguro de morir antes que entrar en un sitio del que no hubiera vuelto a salir.

Llamé a mis compañeros, y pusimos todo nuestro equipaje cerca del boquete. Dividí en dos paquetes las cien brazas de cuerda que había preparado y pasamos dos horas en conversación, recordando, no sin placer, las vicisitudes de nuestra empresa. La primera prueba que el padre Balbi me dio de su carácter fue repetirme diez veces que había faltado a mi palabra, puesto que le había afirmado que mi plan estaba terminado y que era de éxito seguro, mientras que veía que no era nada de esto. Me decía descaradamente que si él hubiera previsto aquello, no me hubiera sacado del calabozo. El conde, con la gravedad que prestan setenta años, me decía también que mi más prudente resolución sería no continuar una empresa tan temeraria, cuyo buen éxito era imposible y cuyo peligro de perder la vida era evidente.

Los reproches del monje, manifestados muy duramente, me indignaban y excitaban a rechazarlos con palabras también duras; pero conocía que mi posición era delicada y que ella peligraba, porque tenía que habérmelas con un cobarde capaz de responderme que no se hallaba bastante desesperado para desafiar la muerte, y que por consiguiente no tenía más que irme yo solo. Y solo no podía tener la completa seguridad de conseguirlo. Todo esto despertó mi reacción, y adoptando un tono de seguridad les dije que confiaba en el buen éxito de nuestra empresa, aunque no me fuese posible comunicarles los detalles. "Su razonamiento —dije al conde Asquino— hará que mi conducta sea prudente, pero la confianza que en Dios y en mis propias fuerzas tengo, me harán vencer todas las dificultades".

De cuando en cuando alargaba mi mano para asegurarme de que Soradaci estaba allí, porque no decía una palabra. Yo reía calculando qué sería lo que por su imaginación daría vueltas, cuando ya estaría seguro de que yo le había engañado. A eso de las nueve, le mandé fuera a ver a qué altura del horizonte se hallaba la luna. Obedeció y volvió diciéndome que dentro de hora y media se ocultaría y que una niebla muy espesa, que comenzaba a caer, debía hacer muy peligroso el paso sobre los Plomos.

—Me basta —le dije— que la niebla no destile aceite. Haga un paquete con su capa, con una parte de las cuerdas, que debemos repartir igualmente.

Dichas estas palabras quedé singularmente sorprendido al ver como aquel hombre se arrodillaba a mis pies, tomaba y besaba mis manos y me decía llorando que me suplicaba no deseara su muerte. "Estoy seguro, decía, de caer al canal; no puedo serle de ninguna utilidad. ¡Ay de mí! Déjeme aquí y pasaré la noche rogando a San Francisco por usted. Podrá ser dueño de matarme, pero no me obligará a seguirlo".

No sabía el necio en que medida llenaba mis deseos. "Tiene razón, le dije, quédese, pero con la condición de rogar a San Francisco. Vaya desde luego a buscar todos mis libros que quiero dejar al señor conde". Obedeció sin replicar y sin duda con mucha alegría. Mis libros valían lo menos cien escudos y el conde me dijo que me los devolvería a mi vuelta.

—Cuente con no verme más por aquí —repliqué. Con los libros se reintegrará sus dos cequíes. En cuanto a este bribón, estoy contento de que no tenga valor para seguirme, me estorbaría; además este miserable no es digno de compartir con el padre Balbi y conmigo los honores de una huida tan hermosa.

—Es verdad —me dijo el conde— con tal de que mañana no tenga que felicitarse por ello.

Pedí al conde pluma, tinta y papel, que, a pesar de la prohibición, tenía en su poder, porque las leyes que lo prohibían eran poca cosa para Laurencio, quien por un escudo hubiera vendido al mismo San Marcos. Escribí entonces la carta siguiente, que entregué a Soradaci y que no pude leerles por haberla escrito a oscuras. La empecé con un epígrafe que puse en latín y que viene a decir:

"No moriré, viviré y cantaré las alabanzas del Señor.

"Nuestros señores, los inquisidores de Estado, deben hacerlo todo por tener a la fuerza un culpable bajo los Plomos: el culpable, que no está prisionero bajo su palabra, debe también hacer todo lo posible para procurarse la libertad. Su derecho está fundado en la justicia. El derecho del culpable es la naturaleza, y aun cuando ellos no tengan necesidad de su consentimiento para encerrarle, él tampoco debe tratar de adquirir el de ellos para recuperar su libertad.

"Giacomo Casanova, que escribe esto con la mayor amargura de su corazón, sabe que puede sucederle la desgracia de ser nuevamente preso antes de salir del Estado y verse en tierra hospitalaria; que entonces volvería a encontrarse bajo el dominio de aquellos de quienes se dispone a huir; pero si esta desgracia le acontece, invoca la humanidad de sus jueces para que no le hagan más desdichada la suerte que trata de evitar, castigándolo por haber cedido a las inspiraciones de la naturaleza. Suplica, si es nuevamente apresado, se le devuelva todo lo que le pertenece y que deja en el calabozo; pero si logra llegar a cabo su deseo, lo regala todo a Francisco Soradaci, que queda prisionero por no tener el valor de exponerse y no prefiere, como yo, la libertad a la vida. Casanova suplica a Sus Excelencias no nieguen a este miserable el regalo que le hace. Escrito una hora antes de medianoche, a oscuras, en el calabozo del conde Asquino, el 31 de octubre de 1756."

Advertí a Soradaci que no entregara esta carta a Laurencio, sino al secretario en persona; porque no había duda de que le haría llamar, si no se presentaba él mismo en el calabozo, lo que era más probable. El conde dijo a Soradaci que el efecto de mi carta era seguro, pero que debía devolvérmelo todo si yo reaparecía. La bestia le contestó que desearía volver a verme por allí, para probarme que me lo devolvía todo de buena gana.

Era tiempo de partir. No se veía ya la luna. Até al cuello del padre Balbi la mitad de las cuerdas y el paquete de sus efectos sobre el otro hombro. Hice lo mismo conmigo, y los dos en mangas de camisa y el sombrero en la cabeza nos fuimos hacia el agujero.

*E quindi uscimmo a riveder le stelle**. [* Salimos en seguida a mirar las estrellas.]

(Dante)

Salí el primero, siguiéndome el padre Balbi. Soradaci, que nos había acompañado hasta el agujero, recibió la orden de volver a su estado normal la plancha de plomo e irse en seguida a rogar a su San Francisco. Manteniéndose de rodillas, empuñaba sólidamente mi palanca y alargando el brazo lo introducía oblicuamente entre las juntas de las planchas, de suerte que mitad arrastrándome, mitad escalando, pude llegar hasta la cima del tejado. El monje, para seguirme, se había agarrado con la mano derecha a la cintura de mi pantalón. Me encontraba, pues, en la misma situación de un animal que arrastra una carga, y esto sobre un techo de una pendiente acentuada y muy resbaladiza por una espesa niebla.

A la mitad de esta peligrosa ascensión, el monje me dijo que me detuviera, porque se había desatado y rodado uno de sus paquetes, que esperaba que no habría pasado del canalón. Mi primer impulso fue lanzarle una patada y mandarlo con su paquete; pero, gracias a Dios, tuve bastante calma como para no hacerlo, porque el castigo hubiera sido demasiado grande por un lado, y por otro, me hubiera sido imposible salvarme solo. Le pregunté si lo que había rodado era el paquete de sus efectos, entre los cuales se hallaba un manuscrito que había hallado en los desvanes de los Plomos y del que esperaba su fortuna, y le dije que si era así necesitaba tener paciencia, pues un paso atrás podía perdernos. El pobre suspiró y, siempre agarrado a mi cintura, continuamos subiendo.

Después de haber adelantado con mucho esfuerzo quince o dieciséis planchas, llegamos a la arista superior, donde me ubiqué a caballo, imitándome el padre Balbi. Volvíamos la espalda a la pequeña isla de San Jorge Mayor; a doscientos pasos enfrente, teníamos las numerosas cúpulas de la iglesia de San Marcos, que forma parte del palacio ducal, porque San Marcos no es, de hecho, más que la capilla del Dux, y no hay monarca que pueda alabarse de tener una más bella. Comencé desde luego por librarme de mi fardo, invitando a mi compañero a seguir mi ejemplo. Colocó su atado de cuerdas sobre sus muslos lo mejor que pudo, pero al querer sacarse el sombrero que le molestaba, se le escapó, y rodando de plancha en plancha hasta el canalón fue a reunirse con su paquete. Aquí explotó la desesperación de mi compañero. "¡Mal augurio!, exclamaba; aquí estoy desde el comienzo de mi empresa, sin camisa, sin sombrero y sin el precioso manuscrito que contenía la historia curiosa y desconocida de todo el mundo, de todas las fiestas del palacio de la República".

Menos enojado entonces que cuando me arrastraba, le dije tranquilamente que los dos accidentes que acababan de sucederle no tenían nada de extraordinario como para que un ser supersticioso pudiese darles el nombre de augurios, que yo no los consideraba así y que estaban muy lejos de desanimarme. "Deben servirle, querido mío, como lección para ser prudente y para que reflexione que Dios nos protege sin duda, porque si su sombrero en vez de caer a la derecha

hubiera caído a la izquierda, estaríamos entonces perdidos. Habría caído en el patio del palacio, donde los guardias lo hubieran encontrado, y les hubiera hecho entender necesariamente que alguien había de andar por los tejados, después de lo cual no hubiéramos tardado en ser apresados."

Después de pasar varios minutos mirando a derecha e izquierda, dije al monje que permaneciera allí inmóvil hasta mi regreso; me adelanté sin llevar más que la palanca en la mano y marchando a horcajadas sobre el filo del tejado, sin la menor dificultad. Empleé cerca de una hora en recorrer los tejados, examinándolos u observando por todas partes, pero fue inútil, porque no veía en ninguno de los bordes nada en donde fijar un extremo de la cuerda; esto mucho me inquietó. Era inútil pensar en el canal ni en el patio del palacio, y las terrazas de la iglesia no ofrecían a mi vista, entre las cúpulas, más que verdaderos precipicios sin ninguna posibilidad de escape. Para ir más allá de la iglesia hacia la canónica, debíamos pasar por pendientes tan inclinadas y lisas que no veía la posibilidad de escalarlas. Era natural que yo desechase como imposible todo lo que no era factible. La posición en que me encontraba exigía temeridad y osadía, pero sin la menor imprudencia. Era un término medio verdaderamente difícil de decidir.

Por lo demás, había que hacerlo: salir de allí o arrojarse al canal. En esta alternativa era preciso entregarse a la suerte y empezar por algo. Fijé mi vista en una claraboya del lado del canal, hacia las dos terceras partes de la pendiente. Estaba bastante separada del sitio de donde yo había partido, para que por ello pudiese juzgar que el granero que alumbraba no pertenecía a las inmediaciones de los calabozos que habíamos atravesado. No podía alumbrar más que alguna bohardilla habitada o no, encima de alguna habitación del palacio y de las que, al amanecer, hubiera encontrado las puertas abiertas. Estaba convencido de que los servidores del Palacio, e incluso los de la familia del Dux, se apresurarían, en caso de descubrimos, a facilitarnos la huida, sin entregarnos en mano de la justicia inquisitorial, aun cuando hubiéramos sido los mayores criminales de Estado. Tan terrible era, según ellos, aquel tribunal.

Animado por este pensamiento, decidí examinar la claraboya, y dejándome resbalar en línea recta, muy pronto me hallé sobre su techumbre. Apoyando entonces mis manos sobre los bordes, adelanté la cabeza y logré ver y tocar una pequeña reja detrás de la que se encontraba una ventana adornada por cristales sujetos por delgadas tiras de plomo. La ventana no me preocupaba, pero la reja, aún siendo, como era, tan delgada, me parecía que presentaba una dificultad insuperable, porque creía que sin una lima no podría lograr cortarla, y yo no tenía más que mi palanca.

Estaba indeciso y empezaba a desanimarme, cuando la cosa más sencilla y más natural vino, por decirlo así, a animarme nuevamente.

CAPITULO XV

del tomo 4

La campana de San Marcos dio las doce en aquel instante, ella fue el agente que produjo el fenómeno que impactó mi imaginación, algo así como una violenta sacudida que me hizo salir del estado de perplejidad en que me hallaba. Me eché a lo largo y con la cabeza inclinada hacia la pequeña reja, introduje mi palanca en el marco que la contenía y me decidí a arrancarla entera. En un cuarto de hora lo conseguí y la reja intacta estuvo entre mis manos: después de colocarla al lado de la claraboya, no tuve ninguna dificultad en romper toda la ventana de cristales, a pesar de la sangre que corría de una herida que me había hecho en la mano izquierda.

Con ayuda de mi palanca, siguiendo el método que ya conocía y había practicado, me dirigí hacia el sitio en que había dejado a mi compañero. Le encontré desesperado, furioso; me dirigió los mayores reproches injuriosos por haberle dejado allí durante ese largo tiempo. Me aseguró que ya no esperaba más que el amanecer para regresar a su calabozo.

—¿Qué pensaba, pues, de mí?

—Creía que se habría caído en algún precipicio.

—¿Y no me dice más que injurias ante la alegría que debe sentir al volver a verme?

—¿Qué ha hecho durante tanto tiempo?

—Sígame y lo verá.

Volví a recoger mis paquetes y me encaminé hacia la claraboya. Cuando estuvimos frente a ella, conté a Balbi cuanto había hecho, consultándole sobre las medidas que habríamos de tomar para introducirnos en el desván. La cosa era fácil para uno de los dos, pues por medio de la cuerda podía ser bajado por el otro; pero yo no veía cómo podría bajar el segundo, no habiendo ningún medio para sujetar la cuerda al borde de la claraboya. Introduciéndome y dejándome caer, podía romperme brazos y piernas, porque no conocía la altura de la claraboya sobre el piso. A este prudente razonamiento, dicho en el tono del más amistoso interés, aquella bestia me respondió con estas palabras:

—Bájeme ante todo, y cuando ya esté allí abajo, le quedará bastante tiempo para pensar en el medio de seguirme.

Confíese que mi primer impulso de indignación fue el de hundirle la palanca en el pecho. Algún genio benévolo debió detenerme y nada dije para reprocharle lo miserable de su egoísmo. Por el contrario, deshaciendo en el instante mi paquete de cuerdas, lo sujeté sólidamente por debajo de los hombros; lo hice tenderse boca abajo, y así lo bajé hasta el tragaluz. Una vez allí, le dije que se introdujera por el hueco de la claraboya hasta la cintura, apoyándose con los brazos en los bordes. Cuando esto hizo, yo me deslicé a lo largo del techo como había hecho la primera vez, y en cuanto me hallé a su lado me eché, y sujetando fuertemente la cuerda dije al monje se soltara sin temor. Cuando llegué al piso del desván, se desató, y cuando retiré la cuerda vi que la profundidad excedía de cincuenta pies. Era demasiado para arriesgarme a dar el salto mortal. En cuanto al monje, seguro de sí mismo, porque había estado cerca de dos horas acobardado por las mayores angustias, sobre un techo donde, lo confieso, la posición no era tranquilizadora, me gritaba que le arrojara las cuerdas, que él cuidaría de ellas; tonto consejo, que, como fácilmente se comprende, me guardé muy bien de seguir.

Ignoraba yo qué decisión tomar, y esperando una inspiración trepé nuevamente a la cima del tejado; dirigiendo casualmente mi vista hacia un sitio próximo a una cúpula que aún no había examinado, me encaminé a él. Vi una azotea, cubierta de planchas de plomo, inmediata a un gran tragaluz formado por dos especies de persianas. Había allí un recipiente llena de cal, una carretilla de albañil, y al lado una escalera que juzgué bastante larga como para que pudiera servirme para bajar hasta donde se encontraba mi compañero. Esto me decidió. Pasé mi cuerda por el primer peldaño y arrastré aquella pesada carga hasta la claraboya. Se trataba entonces de introducir esta pesada madera, que medía no menos de doce brazas, y las dificultades que encontré para conseguirlo me hicieron arrepentir de haber prescindido de la eventual ayuda del monje.

Traté de introducirla por la claraboya, pero no lo logré más que en parte, pues por más que lo intenté, procurando introducirla de varias maneras, siempre se atrancaba en el tercio de su longitud

por no permitirlo de otro modo la arquitectura de la claraboya. Podía haber suspendido la escalera y, atando a ella la cuerda, descender desrizándome sin ningún peligro; pero, como la escalera hubiera quedado en el mismo sitio y posición, hubiera indicado claramente por la mañana, a los arqueros y a Laurencio, el sitio donde quizá nos encontraríamos aún.

No quería correr el riesgo de perder por una imprudencia el beneficio de tantas fatigas y peligros, y era necesario, para hacer desaparecer todas las señales, que la escalera entrase entera. Como no tenía nadie que me ayudara, me resolví a ir yo mismo por el canalón para levantarla y conseguir aquello que me proponía. Esto es lo que hice, pero con tan gran peligro que, si no fuera por una especie de milagro, hubiera pagado con mi vida mi temeridad. Me atreví a abandonar la escalera, soltando también la cuerda sin temor de que cayese en el canal, porque se hallaba enganchada al canalón por su tercer peldaño. Entonces, con la ropa en la mano, me deslicé despacio hasta el canalón, siempre al lado de la escalera. El canalón de mármol formaba ángulo recto con mis pies, porque yo estaba echado boca abajo. En esta posición, tuve bastante fuerza como para levantar la escalera medio pie, empujándola hacia adelante. Vi entonces con satisfacción que había entrado en la claraboya algo así como casi un pie. El lector comprenderá que esto disminuía considerablemente su peso. Se trataba de hacerla entrar aún dos pies, levantándola otro tanto, porque después de esto era seguro que subiendo al techo de la claraboya, la hubiera hecho, por medio de la cuerda, entrar completamente. Para llegar a darle la altura necesaria, me elevaba sobre las puntas de los pies; pero la fuerza que necesitaba emplear para alcanzarlo me hizo resbalar. De manera que de pronto me vi lanzado fuera del tejado hasta el pecho, no sosteniéndome más que por los codos.

Momento horrible cuyo recuerdo todavía me estremece, e imposible de imaginar en todo su espanto. El natural instinto de conservación me hizo, casi a pesar mío, utilizar todas mis fuerzas para apoyarme y detenerme; casi me atrevo a decir que lo conseguí, no sé cómo.

Empeñándome en sujetarme, conseguí ayudarme con toda la fuerza de mis brazos, al mismo tiempo que me apoyaba con el vientre. Felizmente no tuve nada que temer por la escalera, porque en el desgraciado o más bien desafortunado esfuerzo que había estado a punto de costarme la vida, tuve la suerte de hacerla entrar más de tres pies, lo que la hacía quedar inmóvil y bien sujeta.

Quedé como colgado del canalón, y vi que necesitaba alzar con mucha precaución primero una pierna y después la otra para alcanzar la techumbre y encontrarme fuera de peligro. Pero mis penurias no habían acabado en aquella parte. El esfuerzo que hice para salir me causó una contracción nerviosa tan fuerte que quedé como paralizado por efecto de un calambre dolorosísimo. No perdí el equilibrio y me mantuve inmóvil hasta que pasó; sabía que la inmovilidad es el mejor remedio contra los calambres; así lo había comprobado varias veces. Fue terrible aquel momento. Dos minutos después, renovando gradualmente el esfuerzo, logré colocar las piernas sobre el canalón, y en cuanto recobré el aliento levanté con precaución la escalera y la hice llegar hasta que se encontró paralela a la claraboya. Bastante instruido en las leyes del equilibrio y de la palanca, siguiendo mi sistema ascensional, me remonté hasta el tragaluz y acabé fácilmente de introducir toda la escalera, que mi compañero recibió desde donde estaba. Arrojé entonces al desván mi ropa, las cuerdas y los desechos de lo que había roto, y descendí a mi vez al desván, donde el monje me recibió calurosamente después de retirar la escalera. Nos pusimos a inspeccionar el tenebroso lugar en que nos encontrábamos y que tenía unos treinta pasos de largo por veinte aproximadamente de ancho.

En uno de los extremos encontramos una puerta de dos hojas formada por barras de hierro. Esto era de mal augurio, pero poniendo la mano sobre el picaporte que se hallaba en el medio, cedió ante nuestra presión y la puerta se abrió. Examinamos este nuevo aposento, y al querer atravesarlo en derechura, tropezamos contra una gran mesa rodeada de taburetes y sillas. Volvimos hacia el sitio en que habíamos observado más ventanas, abrimos una y al resplandor de las estrellas no vimos más que precipicios entre las cúpulas. No tuve ni por un instante la idea de descender; quería saber a dónde iba y no podía reconocer el sitio donde me hallaba. Cerré la ventana, salimos de la sala y regresamos al sitio en que habíamos dejado nuestros atados. Muy debilitado, me dejé caer sobre el entarimado y poniendo bajo mi cabeza, como almohada, un paquete de cuerdas, y encontrándome extenuado física y moralmente, me entregé al reposo, al sueño. Lo hice tan pasivamente que aun cuando hubiera sabido que su consecuencia había de ser la muerte, me hubiera sido imposible resistir. Todavía recuerdo muy bien el delicioso placer que obtuve de aquel sueño.

Dormí durante tres horas y media. Los gritos y violentas sacudidas de Balbi me despertaron. Me dijo que acababan de dar las cinco y que le parecía escandaloso que durmiera en la situación que nos encontrábamos. Era inconcebible para él, pero no para mí: mi sueño no había sido voluntario; yo no había cedido más que a la necesidad de mi naturaleza y, si me atrevo a decirlo, a los apuros. Mi estado no tenía nada de sorprendente; hacía dos días que la agitación me impedía tomar ningún alimento y cerrar los ojos, y los esfuerzos que acababa de hacer, y que casi sobrepujaban a los que un hombre puede realizar, hubieran bastado para destrozarse las fuerzas de cualquier otro. Por lo demás, este sueño bienhechor me había devuelto mi vigor normal y quedé encantado al ver que iba desapareciendo la oscuridad hasta el punto de poder ya actuar más segura y rápidamente.

En cuanto abrí los ojos y miré a mi alrededor, exclamé: "Este sitio no es una prisión y debe tener alguna salida fácil de encontrar". Nos dirigimos entonces hacia el extremo opuesto de la puerta de hierro y en un estrecho rincón creí advertir una puerta. Palpé y acabé por tropezar con el hueco de una cerradura. Introduje mi palanca y con tres o cuatro impetuosos golpes la abrí. Entramos en un cuarto donde encontré una llave sobre una mesa.

La probé en la puerta de enfrente y al darle vuelta abrióse la cerradura. Dije al monje que fuera a buscar nuestros paquetes, y volviendo a poner la llave sobre la mesa de donde la había tomado, salimos y nos encontramos en una galería con nichos llenos de papeles. Eran los archivos. Descubrí una pequeña escalera de piedra, descendí por ella, encontré otra y también la bajé, encontrando a su extremo una puerta de vidrio que abrí y me hallé en una sala que conocía; nos hallábamos en la cancillería ducal. Abrí una ventana y vi que nos sería fácil bajar, pero nos hubiéramos encontrado en el laberinto de pequeños patios que rodean la iglesia de San Marcos. Pensé que era una locura. Vi sobre un escritorio un instrumento de hierro, de punta afilada y mango de hierro, que era el que servía al secretario de la cancillería para atravesar los pergaminos, a los cuales por medio de un hilo ataban los sellos del plomo. Me apoderé de él, abrí el escritorio y encontré la copia de una carta que anunciaba al provisor de Corfú tres mil cequíes para la restauración de la antigua fortaleza. Busqué los cequíes pero no estaban allí.

Dios sabe con cuánto placer los hubiera tomado y cómo me hubiera burlado del monje si me hubiese acusado de cometer un robo. Hubiera recibido esta suma como un regalo del cielo y me hubiera creído francamente su dueño por derecho de conquista.

Fui a la puerta de la cancellería, introduje la palanca en el hueco de la cerradura, pero pronto advertí que no lograría romperla y me decidí a perforarla en una de las dos hojas. Tuve cuidado de elegir el sitio en que la tabla tenía menos nudos, y trabajando apresuradamente con golpes de mi palanca, rajaba y golpeaba lo mejor posible. El monje, que me ayudaba cuanto podía con el grueso punzón que había tomado del escritorio, temblaba al ruido que producía mi herramienta cada vez que yo trataba de hundirla en la tabla. De lejos debía oírse este ruido; ya conocía el peligro, pero me hallaba en la necesidad de afrontarlo.

En una media hora fue bastante grande el agujero; lo que nos vino bien, pues no hubiéramos podido hacerle mayor sin la ayuda de una sierra. Los bordes de aquel agujero daban miedo, porque estaban erizados de astillas puntiagudas muy a propósito para desgarrar las ropas y lastimar las carnes. Se encontraba a una altura de cinco pies. Pusimos al pie dos taburetes, el uno al lado del otro, y subimos sobre ellos. El monje se introdujo en el agujero con los brazos cruzados y la cabeza adelante, y empujándole por la cintura y después por las piernas, conseguí hacerle pasar al otro lado; aunque estaba oscuro, no me inquietaba, porque conocía el local. Cuando mi compañero estuvo fuera, hice pasar nuestros pequeños paquetes, con excepción de las cuerdas, que abandoné, y poniendo un tercer taburete sobre los dos primeros, subí sobre ellos y me encontré a altura conveniente para poder introducirme en el boquete hasta los muslos, aunque con grandes dificultades, porque el agujero era muy estrecho; como no tenía ningún punto de apoyo donde agarrarme, ni nadie que me empujara, como yo había hecho con mi compañero, le dije que me agarrara por el cuerpo y tirara de mí sin detenerse, aunque me hiciera salir a pedazos.

Obedeció, y tuve la fuerza para aguantar el dolor horrible que sentía por los enormes rasguños de mis caderas y muslos, que sangraban abundantemente.

Tan pronto como logré estar afuera, me apresuré a recoger mis ropas, y bajando dos escaleras abrí sin ninguna dificultad la puerta que da al vestíbulo, en que se encuentra la gran puerta de la escalera real y al lado de la puerta del gabinete del *savio alla scrittura*. Esta gran puerta estaba cerrada como la de los archivos y de una ojeada comprendí que sin un hierro para violentarla o hacerla saltar, me sería imposible abrirla. Tenía en la mano la palanquita que parecía decirme: *Hic fines posuit*, aquí acabó mi poder, puedes abandonarme, puesto que de nada te sirvo ya. Era el instrumento de mi libertad y yo lo quería: era digno de ser colgado como *ex voto* sobre el altar de la redención y de la libertad.

Tranquilo, resignado, sin perder la calma, me senté diciendo a Balbi que me imitara.

—He acabado mi trabajo —le dije— ahora a Dios o a la fortuna le corresponde hacer el resto.

"Abbia chi regge il ciel cura del resto

"O la fortuna se non tocca a lui.*

[* Que Aquél que gobierna el cielo se ocupe del resto, o la fortuna, si a él no corresponde esta atención.]

—No sé si a los barrenderos del palacio se les ocurrirá venir por aquí hoy, día de Todos los Santos, ni mañana, día de Muertos. Si alguno viene, me escaparé en cuanto vea abierta la puerta y usted seguirá mis pasos, pero si nadie viene no me muevo de aquí, y si me muero de hambre, lo haré sin lamentarme.

A este discurso el pobre hombre enfurecióse. Me llamó loco, desesperado, seductor, engañoso, mentiroso.

Le dejé decir: me mantuve impasible.

En esto dieron las seis. Desde el instante en que me había despertado en el desván no había transcurrido sino una hora.

Lo que entonces ocupó mi atención fue atenderme. El padre Balbi tenía el aire de un trastornado, pero estaba intacto y como quien no ha pasado riesgo ni fatigas; no se había hecho rasguños ni cubierto de sangre: su chaleco de bayeta roja y su calzón de piel violeta no estaban rasgados, mientras que yo no podía despertar más que horror y piedad, porque estaba completamente ensangrentado y andrajoso. Como me había quitado las medias, la sangre salía de dos fuertes heridas que me había hecho con el canalón; el agujero de la puerta de la cancellería me había destrozado chaleco, camisa, calzón, muslos y piernas; por todas partes tenía horribles lastimaduras. Desgarrando pañuelos me hice vendas y me vendé lo mejor que pude.

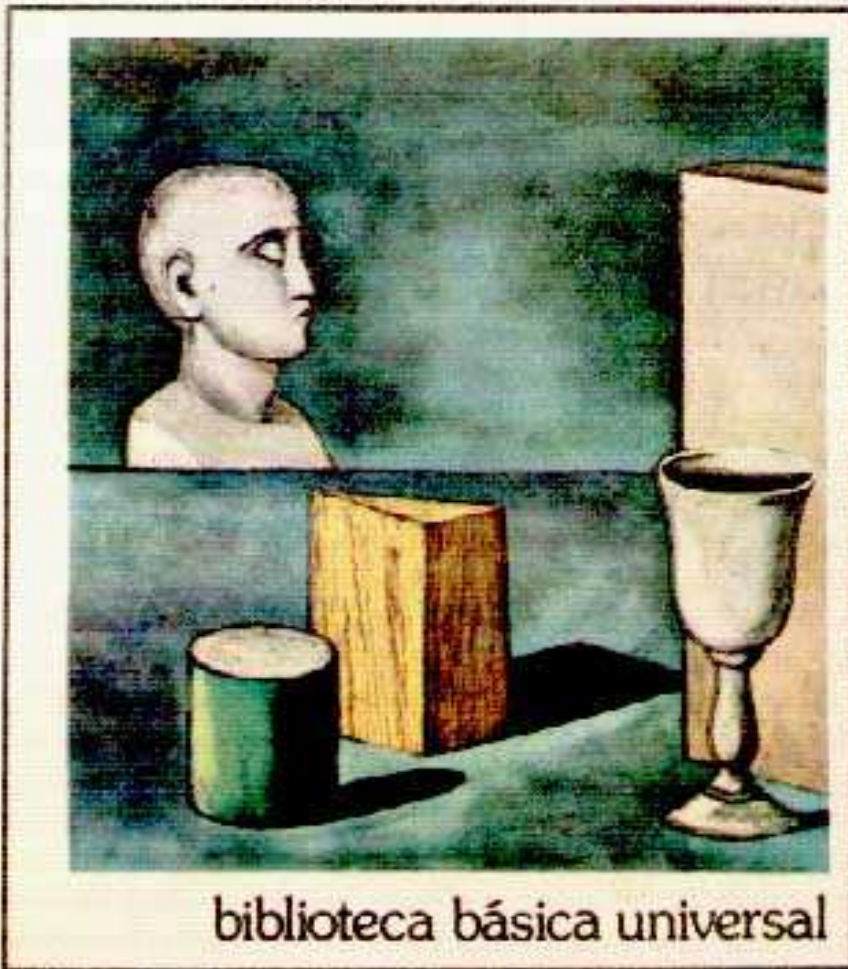
Me puse mi hermoso traje, que para un día de invierno debía parecer bastante cómico. Acomodé como pude mis cabellos en la redecilla, me puse medias blancas, una camisa de puntillas a falta de otra y otras dos semejantes debajo, puse pañuelos y medias en mi bolsillo y abandoné el resto en un rincón. Puse mi capa sobre los hombros del monje, y el desgraciado parecía haberla robado. Yo debía parecer un hombre que después de haber estado en el baile hubiera pasado la noche en algún lugar de desquicio donde había sido desplumado. Únicamente las vendas que en mis piernas se veían era lo que deterioraba mi intempestiva elegancia.

Así arreglado y puesto en la cabeza mi hermoso sombrero de punto de España, con pluma blanca, abrí una ventana. Mi persona fue desde luego advertida por los vagos que se hallaban en el patio del palacio y que no comprendiendo cómo un hombre de mi elegancia podía encontrarse tan de mañana a la ventana, fueron a advertir al que tenía la llave de aquel sitio. El portero creyó que habría dejado encerrado a alguno la tarde anterior, fue a tomar las llaves y vino. Me disgustó el haberme dejado ver a la ventana, pues no sabía que la casualidad me había servido de manera insuperable; me había sentado cerca del monje, que me decía tonterías de las suyas, cuando oímos ruido de llaves. Admirado, me levanté, y aproximando mi ojo a una pequeña hendidura que felizmente dejaban entre sí las dos hojas de la puerta, vi a un hombre solo, cubierto con una peluca, sin sombrero, que subía lentamente la escalera, con un grueso manojó de llaves en la mano. Dije al monje con tono muy serio que no abriera la boca, se mantuviera detrás de mí y siguiera mis pasos. Tomé la palanquita, que tuve con la mano derecha escondida en la manga, y fui a colocarme al costado de la puerta, por donde podría salir en cuanto se abriera y marchara a la escalera. Yo pedía a Dios que aquel hombre no hiciese ninguna resistencia, porque en caso contrario me vería obligado a derribarle, y estaba resuelto a todo.

Se abrió la puerta y ante nosotros aquel hombre quedó como petrificado. Sin gesto alguno, sin decir palabra y aprovechando su sorpresa, descendí de pronto la escalera y el monje me siguió. Sin aparentar que huía, caminando rápido, marché por la magnífica escalera de los Gigantes y me hallé en libertad.

Continúa y concluye en el tomo 2

Memorias Casanova tomo 2



biblioteca básica universal

BIBLIOTECA BÁSICA UNIVERSAL

Memorias

selección

Giacomo Casanova

tomo 2

CENTRO EDITOR DE AMERICA LATINA

La traducción de esta obra fue efectuada por Helena Marty.
Título original: Histoire de ma vie.

BIBLIOTECA BÁSICA UNIVERSAL

Dirección: Jorge Lafforgue.

Secretaria: Margarita B. Pontieri.

Asesoramiento artístico: Oscar Díaz.

Diseño de tapa: Helena Homs. Selección de ilustración: Ricardo Figueira. Diagramación: Gustavo Valdés,
Alberto Oneto, Diego Oviedo.

Coordinación y producción: Natalio Lukawecki, Juan Carlos Giraudó.

© 1982 Centro Editor de América Latina S. A. - Junín 981, Buenos Aires.

Hecho el depósito de ley. Libro de edición argentina. Impreso en junio de 1982. Pliegos interiores:
compuesto en Gráfica Integral, Av. Pueyrredón 538, 4to. piso, Buenos Aires; Impreso en Talleres Gráficos
FA. VA. RO. SAIC y F, Independencia 3277/79, Buenos Aires. Distribuidores en la República Argentina:
Capital: Mateo Cancellaro e Hijos, Echeverría 2469, 5to. C. Buenos Aires. Interior: RyelaSAI-CIF y A,
Belgrano 624, 6to. piso, Buenos Aires.

ISBN 950-25-0522-0

ISBN 950-25-0524-7

CAPITULO IV

del tomo 6

Este es, señor de Voltaire —le dije— el momento más hermoso de mi vida. Hace veinte años que soy su discípulo, y me siento feliz por lo que significa ver a mi maestro.

—Caballero, hónreme aun durante veinte años y prométame traer, al cabo de ellos, mis honorarios.

—Con mucho gusto, con tal de que me prometa esperarme.

Esta salida, de su escuela, hizo soltar la risa a todos los concurrentes; esto era lo que correspondía, porque los burlones se han hecho para burlarse de unos a costa de otros; y el que los tiene de su parte está siempre seguro de ganar. Esta es la cábala de la buena sociedad.

Además, no me sentí sorprendido; me esperaba alguna cosa así y me cobré mi revancha.

En aquel momento vinieron a presentarle dos ingleses recientemente llegados. "¿Estos señores son ingleses?, dijo Voltaire, bien quisiera serlo yo". Encontré el cumplimento falso y fuera de lugar, porque era obligar a aquellos señores a que, por cortesía, le dijeran que ellos desearían ser franceses, y si no tenían ganas de mentir se sentirían muy confusos para decir la verdad. Yo creo que, en caso de elección, es lícito al hombre de honor poner a su nación en el primer lugar.

Un momento después, Voltaire me dirigió de nuevo la palabra, diciéndome que, puesto que yo era veneciano, debía conocer al conde Algarotti.

—Lo conozco, no como veneciano, porque las siete octavas partes de mis compatriotas ignoran que tal conde exista.

—Yo debía haber dicho como literato.

—Lo conozco por haber pasado con él dos meses en Padua, hace ya siete años, y lo que llamó mi atención fue la admiración que tenía por el señor Voltaire.

—Esto es halagüeño para mí, pero no hay necesidad de ser admirador de nadie para merecer la estimación de todos.

—Si no hubiera empezado por admirar, Algarotti jamás hubiera alcanzado la condición de pedagogo. Admirador de Newton, ha conseguido que las señoras hablen de la luz.

—¿Lo ha logrado?

—No tan bien como el señor de Fontenelle en su *Pluralidad de mundos*; pero a pesar de esto se puede decir que lo ha conseguido.

—Es verdad. Si le ve en Bolonia, le ruego le diga que espero sus cartas sobre Rusia. Puede dirigírmelas a Milán, a casa de mi banquero Bianchi, quien me las enviará.

—Si le veo, no dejaré de decírselo.

—Me ha dicho que los italianos no están contentos de su escritura.

—Lo creo; en todo lo que ha escrito, abundan los galicismos. Su estilo es lastimoso.

—¿Pero es que los giros franceses no hacen más hermosa esa lengua?

—La hacen irresistible como lo sería la francesa acribillada de palabras alemanas o italianas, aun cuando fuera el señor de Voltaire quien la escribiese.

—Tiene razón; es preciso escribir con pureza cualquier lengua. Se ha criticado a Tito Livio diciendo que su latín parecía paduano.

—Cuando yo empezaba a aprender esa lengua, el abate Lazzarini me dijo que prefería Tito Livio a Salustio.

—¿El abate Lazzarini, autor de la tragedia *Ulises el joven*? Debía ser bien joven entonces, y yo hubiera querido conocerlo. En cambio he conocido mucho al abate Conti, que había sido amigo de Newton y cuyas tragedias recorren toda la historia romana.

—Yo también le he conocido y admirado. Yo era joven, pero me alegraba cuando era admitido en la sociedad de estos grandes hombres. Me parece que es ayer, aunque hace ya bastantes años, y ahora, ante usted, mi inferioridad no me humilla; yo quisiera ser el segundo de todo el género humano.

—Sería sin duda más dichoso que siendo el primero. ¿Acaso puedo preguntarle cuál es su literatura predilecta?

—Ninguna; pero esto vendrá quizá. Entretanto, leo cuanto puedo y me gratifico en estudiar al hombre viajando.

—Este es el medio para conocerle; pero el libro es muy grande. Se llega más fácilmente a un buen resultado leyendo la historia.

—Sí, si no mintiera. No se está seguro de los hechos, fatiga, y el estudio práctico del mundo divierte. Horacio, que me sé de memoria, es mi itinerario y lo encuentro en todas partes.

—También Algarotti conoce a Horacio al dedillo. ¿Le gusta la poesía?

—Es mi pasión.

—¿Ha escrito muchos sonetos?

—Diez o doce, que acepto, y dos o tres mil que no he vuelto a leer.

—Italia tiene pasión por los sonetos.

—Sí, si se puede llamar pasión la inclinación a dar a un pensamiento una medida que pueda hacerle resaltar. El soneto es difícil, porque no es lícito alargar ni acortar la idea que ha de adaptarse a los catorce versos.

—Este es el lecho de Procusto, y por eso es que tienen tan pocos buenos. En cuanto a nosotros, no tenemos uno solo bueno, pero es defecto de la lengua.

—Es defecto del genio francés; porque se cree que un pensamiento dilatado ha de perder toda su fuerza y todo su brillo.

—¿Y no comparte esa opinión?

—Perdón. No se trata más que de examinar el pensamiento. Una buena palabra, por ejemplo, no basta a un soneto; esto es, en italiano como en francés, del dominio del epigrama.

—¿Cuál es el poeta italiano que prefiere?

—Ariosto; pero no puedo decir que prefiera a los otros porque es el único que me gusta.

—Sin embargo, conoce los otros.

—Creo haberlos leído todos, pero todos desmerecen ante Ariosto. Cuando hace quince años, leí todo lo malo que de él usted dijo, pensé que se retractaría cuando lo hubiera leído.

—Le doy gracias por haber creído que no lo había leído. Lo había leído, pero yo era joven, poseía superficialmente su lengua y con un criterio influido por italianos que adoraban al Tasso, tuve la desdicha de publicar un juicio que creía el mío, mientras no era sino el de la prevención irreflexiva de los que me habían influido. Adoro a Ariosto.

— ¡Ah! Señor Voltaire, respiro. Pero, por favor, deje de lado a la obra en que ha ridiculizado a tan grande hombre.

—¿Para qué? Mis libros están todos excomulgados, pero le voy a dar una buena prueba de mi cambio de parecer.

Quedé absorto. Aquel grande hombre se puso a recitar los dos más largos trozos de los cantos treinta y cuatro y treinta y cinco, donde el divino poeta habla de la conversación de Astolfo con el Apóstol San Juan, y lo hizo sin omitir un solo verso, sin cometer la menor falta contra la prosodia. En seguida señaló las bellezas con toda la sagacidad que le era natural, y con toda la precisión de un grande hombre. Hubiera sido injusto esperar nada mejor de los comentaristas más hábiles de la Italia. Yo le escuchaba con toda la atención posible, respirando apenas, y deseando encontrarle un error en un solo punto, pero perdí el tiempo. Me volví hacia donde estaba la gente exclamando que estaba sorprendido, y que informaría a toda Italia de mi admiración. "Y yo, caballero, repuso Voltaire, informaré a toda Europa de la reparación que debo al mayor genio que ha producido".

Insaciable de elogios, que por tantos títulos él merecía, Voltaire me dio al día siguiente la traducción que había hecho del Ariosto que comienza por este verso:

*Quindi avvien che tra principi e signori** [* Sucede luego que entre príncipes y señores.]

Al terminar el recitado, que le valió los aplausos de todos los asistentes, aunque algunos de ellos no comprendiesen el italiano, la señora Denis, su sobrina, me preguntó si yo creía que el trozo que su tío acababa de recitar era uno de los mejores del gran poeta.

—Divino, señora; pero no es el más hermoso.

—¿Lo han santificado? No lo sabía —dijo Voltaire.

A estas palabras, todo el mundo se echó a reír, excepto yo, que me quedé callado. Voltaire, picado porque yo no me reía como los otros, me preguntó el motivo.

—¿Piensa —me dijo—, que es por un trozo más que humano por lo que se le ha dado el calificativo de divino?

—Seguramente.

—¿Y cuál es ese trozo?

—Son las treinta y seis últimos versos del canto vigésimo tercero, en el que el poeta describe cómo Rolando se volvió loco. Desde que el mundo existe, nadie ha sabido cómo se adquiere la locura, si no es Ariosto, que lo estuvo a fines de su vida. Estos versos dan horror, señor Voltaire, y estoy seguro de que lo han hecho temblar.

—Sí, los recuerdo; pintan espantoso el amor. Desearía volver a leerlos.

—¿No nos complacería recitándolos? —me dijo la señora Denis, dirigiendo a su tío una mirada disimulada.

—Con mucho gusto, señora, si tiene la bondad de escucharme.

—¿Acaso se ha tomado el trabajo de aprenderlas de memoria? —me dijo Voltaire.

—Diga el placer, porque no me ha costado ningún trabajo. Desde la edad de dieciséis años no he dejado pasar uno sin leer a Ariosto dos o tres veces: es mi pasión y quedó grabado en mi memoria sin que yo me haya tomado el menor trabajo. Lo sé todo, a excepción de sus largas genealogías y sus largas tiradas históricas, que cansan la imaginación pero no conmueven. Y además de aquellos los versos de Horacio que están grabados en mi mente, a pesar de la construcción algunas veces demasiado ligera de sus epístolas, que están muy lejos de las de Boileau.

—Boileau es algunas veces muy lisonjero, señor Casanova; acepto a Horacio, que también hace mis delicias; pero para Ariosto, cuarenta grandes cantos es demasiado.

—Son cincuenta y uno, señor Voltaire. El gran hombre quedó mudo, pero allí estaba la señora Denis.

—Veamos, veamos —dijo ella— estas treinta y seis estancias que hacen estremecer, y que han merecido a su autor el título de divino.

Comencé a recitarlas, con tono seguro, pero no declamándolas con la monotonía adoptada por los italianos, y que los franceses nos reprochaban justificadamente. Los franceses serían los mejores declamadores, si no se lo impidiera la rima, porque son, de todos los pueblos, los que más justamente sienten lo que dicen. No tienen ni el tono apasionado y monótono de mis compatriotas, ni el tono sentimental y exagerado de los alemanes, ni la manera fatigosa de los ingleses: dan a cada período el sentido y la modulación de voz que más conviene a la naturaleza del sentimiento que quieren expresar; pero la cadencia obligada les hace perder parte de estas ventajas. Yo dije los bellos versos de Ariosto como una hermosa prosa cadenciosa que animaba con el sonido de la voz, con el movimiento de los ojos, y modulé mis entonaciones según el sentimiento que quería inspirar en los otros. Se veía, se conocía el esfuerzo que hacía para contener mis lágrimas, que de todos los ojos corrían pero cuando estuve en esta estrofa:

Poichè allargare il freno al dolor poute,

Che resta sola senz'altrui rispetto,

Giù dagli occhi rigando per le gote.

Sparge un fiume di lacrime sul petto.

mis lágrimas escaparon con tanta abundancia que todos mis oyentes empezaron a lagrimear. Voltaire y su sobrina se aproximaron, pero sus palabras no pudieron interrumpirme, porque Rolando, para volverse loco, tenía necesidad de demostrar que estaba en el mismo lecho donde poco antes Angélica se había encontrado en los brazos del demasiado feliz Medozo, y era preciso que yo llegase al siguiente pasaje. A mi voz quejumbrosa y lúgubre hice suceder la del terror que nace naturalmente del furor con que su fuerza le hizo cometer estragos semejantes a los que podría ocasionar una horrible tempestad o un volcán acompañados de un terremoto.

Cuando acabé, recibí las felicitaciones de toda la reunión. Voltaire exclamó:

—Yo lo he dicho siempre; el secreto de hacer llorar es llorar uno mismo; pero son precisas lágrimas verdaderas, y para derramarlas hace falta que el alma esté profundamente conmovida.

"Le doy las gracias —añadió abrazándome— y le prometo recitar mañana las mismas estrofas, y llorar como usted".

Lo cumplió.

—Es extraño —dijo la señora Denis— que Roma, tan intolerante, no haya puesto en el índice el canto de Rolando.

—Bien lejos de esto —dijo Voltaire— León X ha tomado la delantera excomulgando a quien quisiera condenarlo. Las dos grandes familias de Este y de Médicis estaban interesadas en sostenerle. Sin esta protección es probable que el solo verso de la donación de Roma hecha por Constantino a Silvestre, donde el poeta dice *puzza forte*, hubiera bastado para prohibir todo el poema.

—Yo creo —dije— que el verso que más escándalo ha levantado, es aquel en que Ariosto duda acerca de la resurrección del género humano, y el fin del mundo. Ariosto —añadí— hablando del ermitaño que quería impedir a Rodomonte apoderarse de Isabel, viuda de Zerbino, pinta al africano que, molestado por sus sermones, se apodera de él, y lo lanza tan lejos que va a estrellarse contra una roca, de manera *che al novissimo di forse fia desto*. Este *forse*, que quizá el poeta no colocó allí más que como una flor o una retórica, o como una cuña para completar el verso, hizo gritar mucho y sin duda esto hubiera hecho reír, también mucho, al poeta, si le hubiera dado tiempo.

—Lástima, —dijo la señora Denis— que Ariosto no haya sido más sobrio en esas hipérboles.

—Calla, sobrina; están llenas de ingenio y de gracia. Son apenas lunares que el mejor gusto ha derramado en toda la obra.

Hablamos después de mil cosas, en literatura, y por fin surgió el tema de *La Escocesa*, que habíamos representado en Soleure, hecho que era conocido en Ginebra.

El señor de Voltaire me dijo que si quería representarla en su casa, escribiría al señor de Chavigny para comprometer a mi Lindana a venir a ayudarme, y que él haría el papel de Monrose. Me excusé diciendo que la señora de... estaba en Basilea, y que yo estaba obligado a partir al día siguiente. A estas palabras, Voltaire puso el grito en el cielo y acabó por decirme que mi visita sería insultante para él si no le hacía el sacrificio de quedarme por lo menos una semana entera.

—Señor —le dije— no he venido a Ginebra sino para tener el honor de verlo, ahora que ya he tenido este honor no tengo nada más que hacer.

—¿Pero ha venido aquí para hablarme o para que yo le hable?

—Para hablarle sin duda, pero más aun para que me hable.

—Quédese, pues, tres días por lo menos; venga a comer en mi casa todos ellos, y nos hablaremos. La invitación era tan halagüeña, que hubiera sido imposible rehusar. Acepté, pues, y en seguida me retiré para escribir.

No hacía un cuarto de hora que estaba en mi casa, cuando un síndico de la ciudad, hombre amable, a quien no nombraré, y a quien había visto en casa de Voltaire, vino a invitarme a cenar. "He asistido, me dijo, a su conversación con el grande hombre, y no he abierto la boca, pero deseo pasar una hora con usted". Por toda respuesta lo abracé, pidiéndole perdón por encontrarme vestido de entre casa, y le dije que aceptaba con gusto que pasara conmigo toda la velada.

Aquel amable hombre pasó conmigo dos horas sin hablar un instante de literatura; pero no lo necesitaba para agradarme, porque siendo discípulo de Epicuro y de Sócrates, se pasó el tiempo contando historietas, hablando de toda clase de placeres que podían obtenerse en Ginebra. Antes de dejarme, me pidió que cenara con él al día siguiente.

—Lo espero para que cene conmigo —le dije.

—Bien, pero no hable a nadie de ello.

Yo se lo prometí. A la mañana siguiente vino el joven Fox a verme con los dos ingleses que habían estado en casa de Voltaire. Me propusieron una partida de cartas, acepté, y después de haber perdido unos cincuenta luisas, pagué, y nos fuimos a recorrer la ciudad hasta la hora de comer.

Encontramos en Las Delicias al duque de Villars, que acababa de llegar para consultar al doctor Tronchin que, desde hacía diez años, le hacía vivir artificialmente.

Durante la comida permanecí silencioso, pero a los postres el señor de Voltaire, sabiendo que yo no tenía motivos para estar contento del gobierno de Venecia, procuró que hablara sobre esto; yo lo evité, porque traté de demostrar que no hay país en el mundo donde se pueda gozar de más completa libertad. "Sí, me dijo él, con tal que se resigne uno al papel de mudo", y viendo que la conversación no me gustaba, me tomó por el brazo y me llevó a su jardín, del que me dijo era el arquitecto. La gran avenida conducía a una hermosa corriente de agua.

—Este es —me dijo— el Ródano, que yo envió a Francia.

—Es un envió que hace a poca costa.

Sonrió agradablemente, después me enseñó la hermosa calle de Ginebra y el Monte Blanco, que es el pico más elevado de los Alpes.

Haciendo recaer después la conversación sobre la literatura italiana, comenzó a razonar con ingenio y mucha erudición, pero terminaba siempre por un falso juicio. Yo le dejaba decir. Me habló de Hornero, de Dante, de Petrarca, y todo el mundo sabe lo que él pensaba de estos grandes genios; de hecho, se ha perjudicado escribiendo lo que pensaba. Me contenté con decirle que si estos grandes hombres no merecían la consideración de todos los que los estudian, hace mucho que habrían caído del pedestal donde la aprobación les ha colocado.

El duque de Villars y el famoso médico Tronchin vinieron a reunírseos. El doctor, alto y grueso, bien formado, apuesto, atento, elocuente sin ser hablador, físico, hombre de talento, discípulo de Boerhaave, que le quería, no teniendo ni la jerga, ni el charlatanismo, ni la pretensión de suficiencia de los de la facultad, me encantó. Su medicina estaba basada en el régimen y para hacerlo tenía necesidad además de ser filósofo. Se me ha asegurado, aunque me cuesta trabajo creerlo, que curó a un tuberculoso por medio de la leche de burras, a las que había sometido a fuertes fricciones de mercurio dadas por cuatro peones de carga.

En cuanto a Villars, llamó también mi atención, pero de una manera opuesta a Tronchin. Al examinar su cara y su aspecto, creí ver una mujer septuagenaria vestida de hombre, delgada, descarnada y con pretensiones de haber sido hermosa en su juventud. Tenía las mejillas como enyesadas, los labios retocados de carmín, las cejas teñidas de negro, los dientes postizos, una enorme peluca de donde se desprendía un fuerte olor a ámbar y en el ojal un manojo de flores que le subía hasta la barba. Se esforzaba en ser gracioso en sus gestos y hablaba con una voz tenue, que muchas veces impedía entenderle. Por lo demás, era muy cortés, afable y amanerado según los gustos del tiempo de la Regencia. Era, en todo, un ser soberanamente ridículo. Se me dijo que en su juventud gustaba del bello sexo, pero que cuando ya no servía para nada, tomó el modesto partido de hacerse mujer y mantenía cuatro hermosos barbilindos que por turno tenían el deplorable encargo de dar calor durante la noche a su viejo esqueleto.

Villars era gobernador de Provenza, y tenía la espalda comida por un cáncer. Según la naturaleza, debía haber sido enterrado hacía diez años pero, a fuerza de régimen, Tronchin lo hacía

vivir, alimentándolo con lonjas de ternera. Sin este alimento, el cáncer lo hubiera aniquilado. He aquí lo que puede llamarse vivir artificialmente.

Acompañé a Voltaire a su cuarto, donde cambió de peluca y se puso otro gorro, porque siempre llevaba uno para precaverse de los resfríos a que era muy propenso. Vi sobre una mesa la *Summa* de Santo Tomás, y entre varios poetas italianos, la *Secchia rapita* de Tassoni.

— Este es — me dijo Voltaire — el único poema trágico-cómico que Italia posee. Tassoni fue monje, gran talento y un sabio tanto como un poeta.

— En calidad de poeta, pase, pero no en calidad de sabio; porque burlándose del sistema de Copérnico, dijo que siguiéndole no podría darse la teoría de las lunaciones ni la de los eclipses.

— ¿Dónde ha dicho esa tontería?

— En sus discursos académicos.

— No los tengo, pero procuraré conseguirlos. Tomó una pluma para escribir una nota sobre esto y me dijo:

— Pero Tassoni ha criticado al Petrarca con mucho ingenio.

— Sí, pero por ello ha deshonrado su gusto y su literatura, así como Muratori.

— Aquí están. Admita que su erudición es inmensa.

— *Et ubi peccat**. [* Este es su pecado.]

Voltaire abrió una puerta y me dijo mostrándome un centenar de gruesos paquetes:

— Esta es mi correspondencia. Aquí hay aproximadamente cincuenta mil cartas a las que he contestado.

— ¿Tiene la copia de las respuestas?

— De una buena parte. Esto es trabajo de un muchacho que no tiene otra cosa que hacer.

— Conozco muchos libreros que darían mucho dinero por ser dueños de ese tesoro.

— Sí, pero evite los libreros cuando dé algo al público, si no ha empezado ya; son piratas más terribles que los de Marruecos.

— No tendré tratos con ellos sino cuando sea viejo.

— Entonces serán la plaga de su vejez.

Ante esto le recité un verso macarrónico de Merlin Cocci.

— ¿Qué es eso? — preguntó.

— Es un verso de un poema célebre en ochenta cantos.

— ¿Célebre?

— Sí, y lo que es más, digno de serlo; pero para apreciarle es preciso conocer el dialecto de Mantua.

— Yo lo entenderé si puede traérmelo.

— Tendré el honor de ofrecérselo mañana.

— Me obliga en extremo.

Vinieron a sacarnos de allí y pasamos, entre los demás invitados, dos horas en conversación. Voltaire desplegó todos los recursos de su talento brillante y fértil y sedujo a todos, a pesar de sus rasgos cáusticos, que no perdonaban ni aun a las personas presentes. Pero tenía un arte inimitable

para lanzar el sarcasmo sin herir. Cuando el gran hombre acompañaba sus palabras con una sonrisa llena de gracia, jamás le faltaban las risas de los oyentes.

Tenía su casa dispuesta lo más noblemente posible, y en casa del poeta se hacían buenas comidas, circunstancia muy rara entre sus colegas, que son raramente, como él, los favorecidos de Plutón. Tenía entonces sesenta y seis años y ciento veinte mil libras de renta. Se ha dicho maliciosamente que este gran hombre se había enriquecido engañando a sus libreros; la verdad es que no ha sido, desde este punto de vista, más favorecido que el último de los autores y que lejos de haber engañado a sus libreros, él ha sido muchas veces el engañado por ellos. Es preciso exceptuar a los Cramer, cuya fortuna ha hecho. Voltaire había sabido enriquecerse por otro medio que su pluma, y como avaro por reputación, ha dado muchas veces sus obras, con la única condición de ser impresas y distribuidas. Durante el tiempo que pasé junto a él, fui testigo de una de estas generosidades; regaló la *Princesa de Babilonia*, cuento encantador que escribió en tres días.

Al día siguiente me levanté inspirado y me puse a escribir al señor de Voltaire una carta en versos libres, que me costó cuatro veces más trabajo que si la hubiera rimado. Se la envié con el poema de Teófilo Falengue, pero hice mal, porque podía haber previsto que no gustaría el poema, porque no puede apreciarse bien lo que no se comprende bien. Al mediodía me dirigí a casa de Voltaire, que no estaba visible, aunque sí, la señora Denis. Tenía esta ingenio, y gusto, erudición sin pretensión y mucho odio al rey de Prusia, a quien llamaba villano. Me dio noticias de nuestra amiga común, mi bella ama de llaves, y me felicitó por haberla casado con un hombre honrado. Aunque hoy día reconozco que tenía muchísima razón, yo estaba lejos entonces de compartir su opinión porque la impresión era muy reciente y muy viva. La señora Denis me pidió le contara mi evasión de los Plomos, pero como el relato era un poco largo, le prometí hacerlo en otra ocasión.

Voltaire no comió con nosotros; no apareció hasta las cinco y lo hizo con un libro en la mano.

—¿Conoce —me dijo— al marqués Albergati Capacelli, senador boloñés, y al conde Paradisi?

—No conozco a Paradisi, pero sí de vista a Albergati, que no es senador sino uno de los *cuarenta*, y en Bolonia los *cuarenta* son *cincuenta*.

— ¡Misericordia! He aquí un enigma difícil de adivinar.

—¿Lo conoce usted?

—No pero me ha enviado el *Teatro* de Goldoni, salchi: chones de Bolonia, la traducción de mi *Tancredo*, y vendrá a verme.

—No vendrá; no es bastante necio.

—¿Cómo necio? ¿Es necesario serlo para venir a verme?

—No; no por usted seguramente, pero por él, sin duda.

—¿Por qué?

—El sabe que perdería mucho, porque se deleita con la idea que parece tiene usted de él, y si viniera, vería su nulidad, y adiós ilusión. Es un buen hombre que posee seis mil cequés de renta y tiene la manía del teatro. Es bastante buen actor, y ha escrito algunas comedias en prosa que no resisten ni la lectura, ni la representación.

—Es esta una descripción, a fe mía, que no lo favorece.

—Puedo asegurarle que no lo rebajo.

—Pero, dígame, ¿cómo se explica eso de cuarenta y cincuenta?

De la misma manera que en Basilea es mediodía a las once.

—Comprendo, así como el Consejo de los Diez es de diecisiete.

—Precisamente; pero los malditos cuarenta de Bolonia son otra cosa.

—¿Y por qué son malditos?

—Porque no están sometidos al fisco, y por este privilegio cometen todos los crímenes que quieren con completa impunidad; no pagan como si vivieran fuera del Estado pero viven allí a su gusto y de su renta.

—Esto es una bendición y no una maldición; pero sigamos. ¿El marqués Albergati es sin duda un literato?

—Escribe bien su lengua; pero se escucha, es prolijo y no encierra gran cosa su cabeza.

—¿Ha dicho que es actor?

—Y muy bueno, sobre todo en sus propias comedias, cuando hace el papel de enamorado.

—¿Es buen mozo?

—Sí, sobre la escena, pero no en otra parte, porque su cara no tiene expresión.

—¿Pero agradan sus obras?

—No a los conocedores, porque silbarían si se comprendieran.

—¿Y de Goldoni, qué me dice?

—Todo lo que puede decirse. Goldoni es el Molière de Italia.

—¿Por qué se titula poeta del duque de Parma?

—Sin duda para probar que un hombre de talento, a su lado, queda señalado como un necio; probablemente el duque no lo sabe. También se titula abogado, aunque no lo sea más que en su imaginación. Goldoni es un buen autor de comedias y nada más. Toda Venecia me conoce como amigo suyo, y puedo hablar con conocimiento de causa. No brilla en sociedad, a pesar de que el sarcasmo está presente tan finamente en sus escritos; es un hombre de un carácter extremadamente dulce.

—Esto es lo que me han dicho. Es pobre y me han asegurado que quiere abandonar Venecia. Esto disgustará a los empresarios de los teatros donde se presentan sus obras.

—Se ha hablado de asegurarle una pensión, pero el proyecto fracasó porque se ha creído que en cuanto tuviera la pensión, dejaría en absoluto de escribir.

—Cuma rehusó una pensión a Homero, porque tuvo miedo de que todos los ciegos pidieran otra.

Pasamos el día muy agradablemente y me dio gracias con efusión cordial por *Macaronicon*, que me prometió leer. Me presentó un jesuita que tenía a sueldo y que se llamaba Adán, añadiendo después de su nombre: "Este no es Adán, el primero de los hombres". Me dijeron después que se divertía en jugar con él al chaquete y que cuando perdía le tiraba a las narices los dados y el cubilete. Si en todas partes se tratara a los jesuitas con tan poca consideración, se acabaría quizá por no tener más que jesuitas inofensivos; pero estamos todavía lejos de ese tiempo feliz.

Como de costumbre, fui también al día siguiente a casa de Voltaire, pero aquel día me sentí defraudado, porque se le ocurrió al grande hombre estar criticón, burlón y cáustico. Sabía que yo

debía marcharme al otro día. Empezó por decirme en la mesa que me daba las gracias por el regalo que le había hecho de Merlin Cocci.

—Me lo ha ofrecido seguramente con buena intención —dijo— pero no le doy gracias por el elogio que me ha hecho del poema; es usted el culpable de que haya perdido cuatro horas leyendo simplezas.

Me sentí desagradado, pero me mantuve dueño de mí mismo y le respondí con calma que quizá se vería obligado otra vez a hacer un elogio mejor que el mío. Le cité muchos ejemplos de lo insuficiente que puede ser una primera lectura.

—Es verdad —dijo— pero en cuanto a su Merlin, lo abandono. Lo he puesto al lado de *La Doncella* de Chapelain.

—Que agrada a todos los inteligentes, no obstante su mala versificación, porque es un buen poema y Chapelain era poeta, aunque hacía malos versos. No puede discutirse su talento.

Mi franqueza debió chocarle y yo debía haberlo adivinado, puesto que me había dicho que pondría el *Macaronicon* al lado de *La Doncella*. Yo sabía también que un poema indecente del mismo nombre que corría por el mundo pasaba por ser suyo; pero sabía que él no aceptaba su autoría y contaba por ello que disimularía el fastidio que debía causarle mi explicación. No fue así, pues me replicó agriamente y yo hice lo mismo.

—Chapelain —le dije— ha tenido el mérito de hacer agradable su obra, sin solicitar la adhesión de sus lectores por medio de cosas que hieran el pudor o la piedad. Este es el parecer de mi maestro Crebillón.

— ¡Crebillón! Me cita un gran juez. Pero le ruego me diga cómo puede ser Crebillón su maestro.

—Me ha enseñado, en menos de dos años, a hablar el francés, y para darle una prueba de mi reconocimiento, he traducido el *Rhadamista* en versos alejandrinos italianos. Soy el primer italiano que se haya atrevido a adaptar este metro a nuestra lengua.

—¿El primero? Le pido perdón, pero este honor pertenece a mi amigo Pietro Giacomo Martelli.

—Siento tener que decirle que está equivocado.

—¡Diantre!, tengo en mi cuarto sus obras impresas en Bolonia.

—No se lo discuto; no le discuto más que el metro empleado por Martelli. No puede haber leído de él más que versos de catorce sílabas sin rimas. Sin embargo, yo pienso que ha creído, neciamente, imitar a usted, sus alejandrinos, y su prefacio ha hecho refír. ¿No lo ha leído quizá?

—¿Que si no lo he leído? Tengo la manía de los prefacios. Martelli prueba que sus versos hacen al oído italiano, el efecto que los alejandrinos hacen al nuestro.

—Y eso es precisamente lo que tienen de risible. El buen hombre se ha engañado y no quiero otro juez que usted acerca de esta idea. Su verso masculino no tiene más que doce sílabas poéticas, y el femenino, trece. Todos los versos de Martelli tienen catorce, excepto los que terminan por vocal aguda, que al fin del verso vale siempre por dos. Observe que el primer hemistiquio de Martelli es constantemente de siete sílabas, mientras que en francés jamás es de más de seis. O su amigo Pietro Giacomo era sordo, o tenía la oreja trabada.

—¿Luego usted sigue rigurosamente la teoría de nuestra versificación?

— Rigurosamente, a pesar de la dificultad; porque casi todas nuestras palabras acaban por una breve.

—¿Y qué efecto produjo su innovación?

—No ha agradado, porque nadie ha sabido recitar mis versos, pero espero que esto se modifique cuando los dé a conocer yo mismo en nuestros círculos literarios.

—¿Recuerda algún trozo del *Rhadamista*?

—Me acuerdo de todo él.

—Prodigiosa memoria; lo oí con mucho gusto.

Me puse a decir la misma escena que había recitado a Crebillón diez años antes y me pareció que Voltaire me escuchaba con placer. "No se echa de ver, me dijo, la menor dificultad". Era lo más agradable que podía decirme. A su vez el gran hombre me recitó un trozo de su *Tancredo* que aún no había publicado, creo, y que la continuación fue considerada justamente un modelo.

Hubiéramos acabado bien, si hubiésemos acabado allí, pero habiendo citado un verso de Horacio para alabar una de sus piezas, me dijo que Horacio había sido un gran maestro en el teatro y que había dado preceptos que jamás envejecerían. A lo cual yo respondí que él no violaba más que uno solo, pero como grande hombre.

—¿Cuál?

—Usted no escribe *contentos paucis lectoribus*.

—Si Horacio hubiera tenido que combatir a la bestia de la superstición, habría, como yo, escrito para todo el mundo.

—Me parece que podría ahorrarse el combatir lo que no lograría destruir.

—Lo que yo no pueda acabar, otros lo acabarán y siempre tendré el privilegio de haber empezado.

—Está muy bien; pero, suponiendo que logre destruir la superstición, ¿con qué la reemplazará?

— ¡Pues me gusta! Cuando libero al género humano de una bestia feroz que lo devora, ¿se me puede preguntar qué pondré en su lugar?

—No lo devora; es, por el contrario, necesaria a su existencia.

— ¡Necesaria a su existencia! Blasfemia horrible. Amo al género humano y quisiera verlo como yo, libre y dichoso, y la superstición no sabría entonces combinarse con la libertad. ¿Dónde ve que la servidumbre pueda hacer la dicha de un pueblo?

—¿Luego aspira a la soberanía del pueblo?

— ¡Dios me guarde! Es preciso un soberano para gobernar las masas.

—En ese caso, la superstición es necesaria, porque sin ella, el pueblo no obedecerá jamás a un hombre revestido del nombre de monarca.

—Nada de monarca, porque esta palabra expresa el despotismo que odio como la servidumbre.

—¿Qué quiere, entonces? Si quiere que un hombre gobierne solo, no puedo considerarle más que como monarca.

—Yo quiero que el soberano gobierne un pueblo libre, que sea jefe por medio de un pacto que los ligue recíprocamente y que le impida convertirse en un gobernante arbitrario.

—Addison dice que este soberano, este jefe no es posible que exista. Estoy con Hobbes. Entre dos males es preciso optar por el menor. Un pueblo sin superstición sería filósofo, y los filósofos no quieren obedecer. El pueblo no puede ser feliz mientras no sea aplastado, y encadenado.

— ¡Esto es horrible, y usted es pueblo! Si me ha leído, ha de haber visto cómo demuestro que la superstición es la enemiga de los reyes.

—¿Que si lo he leído? Leído y releído, sobre todo cuando no comparto su opinión. A usted lo domina el amor a la humanidad. *Et ubi pecas*. Este amor lo ciega. Ame a la humanidad, pero tal como es. No está en condiciones de recibir los beneficios que quiere prodigarle usted y que la harán más desgraciada y más perversa. Deje que la bestia lo devore; esta bestia le es querida. Jamás ha leído tanto como viendo a Don Quijote trabajosamente defenderse de los galeotes a quienes, por grandeza de alma, acababa de dar libertad.

—Siento que tenga tan mala idea de sus semejantes. Pero, a propósito, dígame, ¿acaso son libres en Venecia?

—Tanto como se puede serlo bajo un gobierno aristocrático. La libertad de que gozamos no es tan grande como la que se goza en Inglaterra, pero estamos contentos.

—¿Y aun encerrados en los Plomos?

—Mi detención fue un acto de despotismo; pero como estaba convencido de que había abusado conscientemente de la libertad, vi que el gobierno estaba justificado en encerrarme sin las formalidades ordinarias.

—Sin embargo, se escapó.

—Usé de mi derecho como ellos habían usado del suyo.

—Admirable. Pero de esta manera nadie puede llamarse libre en Venecia.

—Puede ser; pero convengamos que para ser libre basta querer serlo.

—En esto es en lo que no convendré fácilmente. Usted y yo vemos la libertad desde un punto de vista muy diferente. Los aristócratas, aun los miembros del gobierno, no son libres en aquel país; porque, por ejemplo, no pueden ni viajar sin permiso.

—Es verdad, pero es una ley que se han impuesto voluntariamente para conservar su soberanía. ¿Diría que un berlinés no es libre porque está sometido a las leyes suntuarias, cuando es él mismo quien las hizo?

—Pues bien; que hagan todos los pueblos sus leyes.

Después de esta réplica y sin transición ninguna, me preguntó de dónde venía.

—Vengo de Roche —le dije— No me hubiera perdonado estar en Suiza sin haber visto al célebre Haller. En mis correrías me gusta acercarme a los sabios, mis contemporáneos.

—El señor Haller debe haberle agradado.

—He pasado en su casa tres de mis mejores días.

—Lo felicito. Es preciso inclinarse ante tan grande hombre.

—Comparto su opinión y me gusta oírle esta justicia; lo compadezco porque no es equitativo para con usted.

—Es posible que los dos nos engañemos.

A esta respuesta, cuyo mérito estuvo en la prontitud, todos los asistentes se echaron a reír y aplaudieron.

No se habló más de literatura y permanecí mudo hasta el momento en que Voltaire se retiró; yo me aproximé a la señora Denis para preguntarle si tenía algún encargo que hacerme para Roma. Salí después, contento por haber, como entonces tenía la simpleza de creerlo, enfrentado con bien a aquel gran atleta. Desgraciadamente me quedó contra este gran hombre un mal humor que me obligó, durante diez años seguidos, a criticar todo cuanto había salido de su inmortal pluma.

Hoy me arrepiento, aunque repasando aquellas acusaciones, veo que muchas veces estaban justificadas. Debiera haberme callado, respetarlo y dudar de mis juicios. Debiera haber reflexionado que sin sus ironías, que me hicieron odiarle al tercer día, lo hubiera encontrado sublime en todo. Esta sola reflexión debiera haberme impuesto silencio; pero un hombre encolerizado cree tener siempre razón. La posteridad que me lea me pondrá en el cuadro de los presumidos, y la humildísima reparación que hoy hago a este grande hombre no será leída quizás. Si nos volvemos a encontrar en los dominios de Plutón, librados quizá de lo que nuestra naturaleza ha tenido de mordaza durante nuestro tránsito por la tierra, nos encontraremos muy amistosamente; recibirá mis sinceras excusas y seremos, él mi amigo y yo su sincero admirador.

Pasé una parte de la noche y casi todo el día siguiente escribiendo mis conversaciones con Voltaire; hice casi un volumen del que no publico aquí sino un breve resumen.

CAPITULO XX

del tomo 8

Una vez en Calais, dejé mi silla de posta en la posada del Brazo de Oro y alquilé un velero para que estuviese a mis órdenes a la hora que yo quisiese. Sólo había uno libre y otro estaba destinado al público, a seis francos por persona. Di seis guineas por adelantado, exigiendo recibo en forma; yo sabía que en Calais empezaba el hombre a no tener razón cuantas veces le fuese imposible hacer valer su derecho por escrito.

Antes de que bajase la marea, Clairmont hizo embarcar todo mi equipaje y encargué la cena. Como los luises no circulaban en Inglaterra, cambié mi oro francés por guineas.

El chico Aranda, a quien devuelvo su nombre de Trenti, había tomado su decisión. Estaba tranquilo, aunque satisfecho de haberme demostrado que era buen jinete. Acabábamos de sentarnos a la mesa, cuando oí a mi puerta voces de palabras inglesas, y el posadero entró a informarme del motivo de la discusión.

—Es el correo del duque de Bedford, embajador de Inglaterra, que anuncia a su amo y discute con el patrón del buque. Pretende que lo había comprometido por escrito y dice que el otro no podía disponer de su buque. El patrón sostiene que no ha recibido carta alguna y nadie puede hacerle decir lo contrario.

Al amanecer del día siguiente, el posadero vino a decirme que el embajador había llegado durante la noche y que su criado quería hablar conmigo.

Lo hice entrar y me explicó que su amo estaba apurado por volver a Londres y que yo le haría un gran favor si le cedía el buque.

Le escribí estas líneas:

"El señor duque puede disponer de todo mi barco, a excepción del sitio que necesito para mí, otras dos personas y mi pequeño equipaje. Aprovecho con gusto la ocasión de complacer al señor embajador de Inglaterra".

El mensajero vino a darme las gracias de parte del duque, pero diciéndome que su amo no podía aceptar sino pagando.

—Dígale que es imposible, porque ya está pagado.

—Le devolverá las seis guineas.

—Diga a su amo que puede disponer del buque, sin pagar, y no de otra manera; no vendo lo que compro.

El duque se hizo anunciar media hora después, y me dijo con mucha dignidad que yo tenía razón, pero que él también la tenía.

—Hay un medio de conciliarlo todo, me dijo: acéptelo.

—¿Qué medio?

—Pagaremos a medias.

—Los deseos que tengo de complacerlo me obligan a aceptar, milord; pero en tal caso yo voy a serle deudor de la honra que Su Señoría quiere hacerme. Partiremos cuando guste.

Se fue presentándome su mano, y después hallé sobre mi cómoda tres guineas que había dejado sin que yo lo advirtiera.

Una hora después le devolví la visita y mandé decir al patrón que embarcase al embajador y su equipaje.

Sólo empleamos dos horas y media en la travesía de la Mancha.

Al desembarcar en Inglaterra, el extranjero necesita abastecerse de resignación. El registro de la aduana fue minucioso, humillante, indiscreto, impertinente; mas como el duque embajador se sometía a todo aquello, me fue preciso someterme también. De nada me hubiera servido resistir. Nada es, en Inglaterra, como en el resto de Europa; hasta la tierra tiene un color distinto, y el agua del Támesis tiene un gusto que no se halla en ningún otro río. Todo tiene ahí un carácter particular: los pescados, el ganado vacuno, los caballos, los hombres y las mujeres, todo es típicamente inglés. El carácter principal de aquellos altivos isleños es el orgullo nacional, que los hace sentirse muy por encima de todos los demás pueblos.

Lo que desde luego llamó mi atención fue la limpieza general, la hermosura de la campiña y el buen cultivo, la solidez de la comida, la buena conservación de las carretas y de los coches de posta, la facilidad de los pagos, la rapidez del trote de los caballos de tiro, la construcción de las poblaciones que se hallan entre Dover y Londres, como Canterbury y Rochester, ciudades muy populosas, extraordinariamente largas y estrechas.

Llegamos a Londres al anochecer y fuimos a alojarnos en casa de la señora Cornelis, nombre que había tomado Teresa, mujer del actor Imer y después del bailarín Pompeiati, que se había matado en Viena, abriéndose el vientre con una navaja de afeitar.

Esta Pompeiati, que en Holanda había tomado el nombre de Trenti, llevaba en Londres el de Cornelis Rigierboos, su amante, de quien he hablado en mis *Memorias* y a quien ella halló el modo de arruinar.

La señora Cornelis habitaba en Soho-Square casi frente a la casa del residente de Venecia. Al llegar a su casa, seguí la indicación que me había dado en su última carta. Dejé a su hijo en el carruaje, y habiéndome hecho anunciar, creía que iba a volar a mi encuentro, pero un portero me indicó que aguardara y dos minutos después un criado de gran librea vino a entregarme una nota en la que la señora Cornelis me decía que fuera a instalarme en la casa a la que me conduciría el criado. Disimulé mi fastidio hallando extraño aquel proceder, pero supuse que ella tendría sus razones para obrar así. Cuando llegamos a la casa indicada, una señora gruesa llamada Rancour y dos criados nos recibieron, o más bien recibieron a mi joven acompañante; la señora abrazó al pequeño Cornelis, le felicitó por su llegada y aparentó no advertir que yo existiese en el mundo.

Hicieron subir nuestro equipaje, y habiéndose informado la señora Rancour de cuál pertenecía a Cornelis, lo hizo colocar en una hermosa habitación compuesta de tres piezas, y le dijo a él, enseñándole el cuarto y los dos criados:

—Estos dos criados y esta habitación son suyos, lo mismo que yo soy su humilde servidora.

En cuanto a mí, Clairmont vino a decirme que había colocado mi equipaje en un cuarto que tenía la entrada por uno de los de Cornelis. Me dirigí allí y de una ojeada pude ver que era tratado sin miramientos, como un pequeño subalterno. Mi cólera estaba a punto de estallar, pero, cosa maravillosa, supe reprimirme, y no dije palabra.

—¿Dónde está su cuarto? —dije a Clairmont.

—En el último piso, y debo compartirlo con uno de los dos criados que ha visto.

Aquel buen servidor, que me conocía, quedó muy sorprendido de la calma con que le dije:

—Lleve allí su equipaje.

—¿Deshago el suyo?

—No, ya veremos mañana.

Seguí disimulando y volví a entrar en el cuarto del muchacho que, sin duda, tomaban por mi amo y que parecía un tonto: tan fatigado y sorprendido estaba. Escuchaba a la señora Rancour, que le detallaba el magnífico estado en que se hallaba la señora Cornelis, su madre, sus empresas, su inmenso crédito, la magnífica casa que había hecho construir, sus treinta y tres criados, sus dos secretarios, sus seis caballos, su casa de campo, etcétera.

—¿Cómo se encuentra mi hermana Sofía? —dijo el pobre muchacho.

—¿Se llama Sofía? No se llama más que miss Cornelis. Es una hermosura, una maravilla. Toca admirablemente varios instrumentos, baila bien, habla con la misma facilidad el inglés, el francés y el italiano; en una palabra: es una maravilla. Tiene su aya y su doncella. Lástima que esté poco desarrollada para su edad, porque tiene ocho años.

Tenía diez, pero como la señora Rancour hablaba sin mirarme, nada dije.

El joven Cornelis, que tenía necesidad de descanso preguntó a qué hora se cenaba.

—A las diez, y no antes —dijo la dueña— porque la señora Cornelis no se halla libre antes de tal hora. Está siempre ocupada con su abogado, a causa de un proceso que sigue contra sir Federico Fermer.

Juzgando que, sin preguntarle, no sacaría mucho en limpio de la charla de la señora Rancour, tomé mi bastón y mi sombrero y fui a pasearme al azar por aquella inmensa ciudad, cuidando solamente no desorientarme.

Eran las siete; un cuarto de hora después, viendo mucha gente en un café, entré en él. Era el café que peor fama tenía en Londres y en el que se reunía la camarilla de los perdidos de Italia que cruzaban el canal. En Lyon me había informado de este café y estaba resuelto a no poner en él los pies. La casualidad que casi siempre se mezcla en hacernos ir a la izquierda cuando queremos marchar a la derecha, me hizo esta mala jugada a pesar mío. No he vuelto jamás a tal sitio.

Fui a sentarme en un lugar apartado y pedí una limonada. Al rato vino un desconocido a colocarse a mi lado para aprovecharse de la luz y leer una gaceta que según pude observar estaba escrita en italiano. Aquel hombre, con un lápiz, se ocupaba en borrar ciertas letras, y poner al margen su corrección, de lo que deduje que era un autor. Una tonta curiosidad me hacía seguir atentamente su trabajo, y vi que corregía la palabra *ancora*, poniendo una h al margen, indicando que debía imprimirse *anchora*. Esta barbarie me irritó y le dije que desde hacía cuatro siglos se escribía *ancora* sin h.

—Estamos de acuerdo —me dijo— pero cito a Boccaccio y en las citas es preciso ser exacto.

—Le pido me disculpe, señor, veo que es un literato.

—De la más ínfima clase. Me llamo Martinelli.

—Entonces es usted de los renombrados, y no de los de la más ínfima clase. Conozco su reputación y, si no me equivoco, es pariente de Casalbigi, que me ha hablado de usted. He leído algunas de sus sátiras.

—¿Me atreveré a preguntarle a quién tengo el honor de hablar?

—Me llamo Casanova de Seingalt*. ¿Ha acabado con su edición del *Decamerón*? [*Casanova utiliza el título, cuyo origen se desconoce, que ha incorporado a su nombre dos años después de su huida de los Plomos (cf. tomo 1 de estas *Memorias*). (N. de la T.)]

—Trabajo en él todavía y procuro aumentar el número de suscriptores.

—Si me quiere contar entre ellos, le ruego que lo haga.

—Con ello me hace un honor.

Me dio un billete de suscripción, y viendo que su precio no era más que el de una guinea, le tomé cuatro, y luego, levantándome para irme, le dije que esperaba volver a verle en el mismo café cuyo nombre le pregunté. Me lo dijo, sorprendido de que no lo conociese, pero cesó su extrañeza cuando le dije que me hallaba en Londres por primera vez desde hacía una hora.

—Hallará dificultad para volver a su casa; permítame que lo acompañe.

Cuando salimos, me previno que la casualidad me había conducido al café de Orange, el más desacreditado de Londres.

— ¡Pero usted concurrió a él!

—Yo puedo hacerlo amparado en el verbo de Juvenal: *El viajero que nada posee, canta en presencia de los ladrones*. Los pícaros que aquí acuden no tienen relación alguna conmigo; yo los conozco, y ellos me conocen; no nos hablamos.

—Sin duda hace mucho tiempo que reside en Londres.

—Cinco años.

—¿Y conoce a mucha gente?

—Sí, pero no visito más que a lord Spencer, ocupándome de literatura, viviendo solo, ganando poco, pero sabiendo bastarme. Vivo en un cuarto amueblado, tengo doce camisas y la ropa que me ve encima. Con esto me considero feliz.

Este hombre, que hablaba el toscano con la mayor pureza, me agradó, sobre todo por el tono de probidad que su conversación encerraba.

Por el camino le pregunté cómo debía arreglarme para alojarme bien. Cuando supo qué clase de alojamiento deseaba, cómo quería vivir y el tiempo que pensaba permanecer en Londres, me aconsejó que tomase una casa completamente amueblada, desde la cocina hasta la alcoba y el comedor.

—Se le dará un inventario de todos los objetos, y en cuanto tenga un fiador, será dueño de ella, domiciliado como un inglés y no dependerá más que de las leyes.

—Lo que me propone es muy de mi gusto —le dije— indíqueme una casa que se alquile así.

—No tardaré mucho en complacerlo.

Entró en un almacén, pidió a la dueña le prestara el *Advertiser*, tomó algunas direcciones y me dijo:

—Ya tenemos lo que necesitamos.

De las casas cuyas señas había anotado, la más próxima al sitio en que nos hallábamos se encontraba en Pall-Mall y allí nos dirigimos. Una vieja vino a abrirnos la puerta y nos enseñó el piso bajo y otros tres. Cada piso tenía dos cuartos sobre la calle, con un gabinete, lo que es general en Londres, y dos camas en cada piso. Todo en aquella casa estaba resplandeciente de limpieza: ropa blanca, muebles, alfombras, espejos, porcelanas y hasta las campanillas y las cerraduras de las puertas. Nada faltaba para la comodidad amplia de una rica familia. El precio era de veinte guineas por semana, y sin regatear, cosa bastante inútil en Londres; dije a Martinelli que lo comprometía desde entonces para mudarme cuando me conviniese.

Cuando mi compatriota tradujo mis palabras a la vieja, ella hizo decirme que si yo quería conservarla como ama de llaves no tenía necesidad de dar fianza y que bastaría, mientras pagase por adelantado cada semana. Le hice responder que la conservaría con la condición de que tomase una sirvienta que yo pagaría y que estaría enteramente a mis órdenes, pero que debía saber, además del inglés, el francés o el italiano. Me prometió que desde el día siguiente tendría lo que pedía y pagué por adelantado el importe de cuatro semanas. Me extendió el recibo a nombre de caballero Seingalt. En todo el tiempo que permanecí en Londres no he usado otro.

Así fue como en menos de dos horas me hallé alojado en una ciudad que es considerada un caos y que efectivamente lo es, sobre todo para un extranjero. Pero en Londres todo se rinde a la voluntad de quien tiene dinero y no ahorra gastos.

Cuando regresé a casa de la Cornelis, se la esperaba aun a ella, a pesar de haber dado ya las diez, y su señor hijo dormía extendido sobre un sillón. A pesar de lo ofendido que me consideraba por aquella mujer, la esperaba con impaciencia, pero decidido a contenerme.

Bien pronto tres golpes (manera como se hacían anunciar los dueños) nos avisaron la llegada de la señora Cornelis, que venía en silla de manos, y a quien oí subir la escalera con mucho escándalo. Entró y se mostró contenta de verme, pero no se me acercó para hacerme las caricias que yo esperaba. Corriendo hacia su hijo, cosa bastante natural, lo sentó sobre sus rodillas y lo cubrió de besos, pero el muchacho, medio adormecido le respondía fríamente.

—Está como yo —le dije— muy fatigado, y para gentes que necesitan reposo, nos ha hecho esperar bastante tiempo.

Yo no sé si iba a responderme ni lo que me hubiera respondido, cuando vinieron a avisar que la mesa estaba servida. Entonces, levantándose, me hizo el honor de tomar mi brazo para pasar a comer a una sala que yo no había visto. Como había cuatro cubiertos, mandó quitar el cuarto, y tuve la curiosidad de preguntarle a quién había correspondido.

—Era para mi hija, pero la he dejado en casa, porque en cuanto ha sabido que usted había llegado con su hermano ha preguntado solamente por usted.

—¿Y la ha castigado por esto?

—Seguramente, porque creo que debiera haber empezado por informarse de la salud de su hermano. ¿No opina que tengo razón?

— ¡Pobre Sofía!, la compadezco. El reconocimiento tiene sobre su corazón mayor fuerza que la sangre.

La Cornelis dijo a su hijo que trabajaba para dejarlo rico a su muerte y que me había obligado a llevarle a su lado, porque ya se encontraba en edad de ayudarla y de compartir sus trabajos en la casa.

—¿Y cuáles son, querida mamá, los trabajos que yo debo compartir?

—Doy cada año doce cenas y doce bailes a la nobleza y doce a la clase media, a dos guineas por cabeza, y tengo casi siempre de quinientas a seiscientas personas. El gasto es inmenso, y sola como me encuentro, es imposible que no me roben, porque no puedo estar en todas partes a la vez. Ahora que estás aquí, podrás vigilarlo todo, mi querido hijo, tener todo bajo llave, llevar las cuentas y la caja, hacer los pagos y recorrer las salas para inspeccionar si todo el mundo está bien servido: desempeñarás las funciones de amo.

—¿Y piensas, querida mamá, que me hallo en condiciones de hacer todas esas cosas?

—Sí, porque pronto aprenderás cómo.

—Me parece bien difícil.

—Uno de mis secretarios vendrá a vivir contigo y te informará de todo. Durante un año no harás sino estudiar el inglés y asistir a las reuniones, para que yo te haga conocer lo más distinguido de Londres, y poco a poco, llegarás a hacerte inglés.

—Sin embargo, quisiera seguir siendo francés.

—Tonterías, hijo mío; ya te desengañarás y todo el mundo hablará de míster Cornelis.

—¿Cornelis?

—Sí, éste es tu nombre.

—Es bien raro.

—Voy a escribirlo para que no lo olvides.

Creyendo que su querido hijo bromeaba, la Cornelis me miró un poco sorprendida y le dijo que fuera a acostarse, lo que hizo de inmediato. Cuando quedamos solos, me dijo que encontraba a su hijo mal educado y muy pequeño para su edad.

—Bien me temo —añadió— que deba empezar un poco tarde a darle otra educación. ¿Qué es lo que ha aprendido en seis años?

—Hubiera podido aprender mucho, porque ha aprendido más de lo que ha querido y esto se reduce a bien poca cosa: tocar la flauta, montar a caballo, tirar la espada, bailar muy bien el minuet, mudarse diariamente de ropa, responder con cortesía, presentarse con gracia, contar tonterías y vestirse con elegancia. Esto es todo cuanto sabe. Como jamás ha querido aplicarse, no tiene ni la más ligera noción de otras cosas, sabe apenas escribir, con mala ortografía, no conoce las cuatro reglas de aritmética y no le importa saber si Inglaterra es una de las islas de Europa.

— ¡Seis años bien empleados!

—O seis años perdidos, si quiere; pero también perderá otros.

—Mi hija se burlará de él. Pero soy yo quien la ha educado. Quedará avergonzado cuando la vea, a la edad de ocho años, llena de conocimientos.

—Jamás la veré a los ocho años, porque si yo sé bien contar ya debe tener diez.

—A mí me toca decir eso. Mi hija conoce la geografía, la historia, los idiomas, la música; razona con juicio y muestra un discernimiento superior a su edad. Todas las señoras se la disputan. La tengo todo el día en una escuela de dibujo, porque demuestra para este arte una buena disposición; no viene a casa más que por la noche. Come conmigo los domingos, y si me da el placer de venir el próximo, verá que no exagero.

En tres horas, que nuestra conversación duró, aquella mujer no me preguntó una sola vez si me hallaba bien, si me encontraba bien alojado, si pensaba permanecer algún tiempo en Londres, si estaba satisfecho de mi fortuna: nada en fin que a mí se refiriese, diciéndome solamente, riendo y sin que viniera al caso, pero no sin intención, *que ella jamás tenía un cuarto*. Entraban en su caja más de ochenta mil libras esterlinas por año, pero sus gastos eran enormes y tenía deudas.

Yo me vengué de su indiferencia no diciéndole nada de lo que me concernía; por otra parte, yo estaba decente aunque sencillamente vestido, no llevando sobre mí diamantes ni alhaja de precio.

Fui a acostarme molesto pero no enojado, porque, en el fondo, me alegraba haber descubierto su mal corazón. Así que, a pesar de mi impaciencia por ver a mi hija, decidí no hacer nada para procurarme este placer antes del próximo domingo.

Al día siguiente, temprano, dije a Clairmont que pusiese mi equipaje en un coche, y cuando todo estuvo dispuesto, fui a ver al joven Cornelis en su cama, diciéndole que yo iba a alojarme a Pall-Mall y le dejé la dirección de mi casa.

— ¡Cómo! ¿No se queda conmigo?

—No, porque su madre ha olvidado alojarme.

—Tiene razón. Yo quiero volverme a París.

—No vaya a hacer semejante necedad. Piense que aquí está en su casa, y en París quizá no encontraría albergue. Adiós; volveré a verlo el domingo.

Pronto quedé instalado en mi nueva casa y salí para ir a la del señor Zuccato, residente de Venecia. Le entregué la carta del señor Morosini, la leyó y me dijo fríamente que celebraba conocerme. Le pedí que me presentara a la corte y el necio insolente no me respondió más que por una sonrisa en la que no me hubiera dado trabajo hallar la expresión del desdén. Era quizá un reflejo del ceño aristocrático. Devolviéndole orgullo por orgullo, le hice una fría reverencia y no volví a poner los pies en su casa.

Al salir de ella, fui a la del conde de Egremont, a quien encontré enfermo, y dejé la carta que llevaba. Este lord murió algunos días después, de suerte que las dos cartas del señor de Morosini no me sirvieron de nada; pero no fue culpa suya. Ya veremos cuál fue el resultado de su esquelita.

Me dirigí en seguida a casa del conde de Guerchi, embajador de Francia, con una carta del señor marqués de Chauvelin, y fui recibido muy satisfactoriamente. Este señor me invitó a comer al día siguiente y me dijo que si lo deseaba, me presentaría a la corte el domingo siguiente, después de la capilla. En la mesa de este embajador fue donde conocí al caballero de Eon, secretario de embajada, quien tanto dio que hablar a toda Europa. Este caballero de Eon era una hermosa mujer que antes de entrar en la diplomacia había sido abogado y capitán de dragones: había servido a Luis XV como soldado valiente y como experto negociador. A pesar de su temperamento y de su varonil aspecto, no tardé un cuarto de hora en reconocerle como mujer, porque su voz la traicionaba y sus formas eran demasiado redondeadas para hombre, sin contar su falta de barba, que puede ser una falta accidental en un hombre bien constituido.

Desde los primeros días me hice conocer de todos los banqueros en cuya banca giraba por lo menos trescientos mil francos. Todos aceptaron las letras de los señores Fourton y Bauer y me ofrecieron sus servicios particulares, de los que no tuve que hacer uso.

Visité los teatros de Covent-Garden y de Drury-Lane, desconocido de todo el mundo y hallando poco placer, porque no sabía una palabra de inglés. Fui a comer a todas las tabernas de buen y mal tono para hacerme a las costumbres de aquellos insulares tan grandes y tan pequeños. Por la mañana iba a la Bolsa donde procuraba relacionarme.

Allí fue donde un negociante, a quien me había dirigido, me cedió un negro que hablaba inglés, francés e italiano y de cuya fidelidad me respondía. También fue él quien me facilitó un muy buen cocinero inglés que hablaba francés y que con toda su familia entró a mi servicio. Quise también conocer desde la primera semana los baños de primer orden donde un hombre rico va a cenar, bañarse y acostarse con una mujer libre y de categoría, especie que no es rara en Londres. Esta es una magnífica velada de placer y que no cuesta más que seis guineas. La economía puede reducir el gasto a cien francos; pero la economía que abrevia el placer no ha entrado jamás en mis cálculos.

El domingo me vestí elegantemente y fui al palacio a eso de las once, encontrando allí al conde de Guerchi, como habíamos convenido. Me presentó a Jorge III, quien me habló pero en tan baja voz, que no habiéndole comprendido no pude responderle sino por una inclinación. La reina también me fue presentada y quedé encantado de ver entre los que la rodeaban, el necio embajador de mi querida república. En cuanto al señor de Guerchi pronunció mi nombre de caballero de Seingalt, vi el asombro reflejado en el rostro del señor Zuccato, porque en su carta, el procurador Morosini, no me había anunciado sino con el nombre de Casanova. La reina me preguntó de qué parte de Francia era, y al saber por mi respuesta que era veneciano, miró al residente de Venecia, quien por una reverencia dio a entender que no tenía nada que decir en contrario. Su Majestad me preguntó entonces si conocía a los embajadores que habían venido a felicitar al rey; yo le respondí que los conocía muy particularmente y que habiendo pasado tres días en Lyon en su intimidad, el señor de Morosini me había dado cartas para el conde de Egremont y para el señor Zuccato.

—El señor Querini —me dijo la reina— me ha hecho reír mucho, diciéndome que soy una diablilla.

—Ha querido decir, señora, que Su Majestad tiene el talento de un ángel.

La conversación fue lo que es siempre en la corte: nada más que frivolidades.

Después de esta presentación, volví a mi silla de manos y mis servidores me llevaron a Soho-Square a casa de la señora Cornelis, donde estaba invitado a comer. Un hombre vestido de corte no se atrevería a ir a pie por las calles de Londres sin exponerse a ser cubierto de lodo por el populacho, y los señores se reirían de él. Es preciso respetar los usos, cualesquiera que sean, porque no hay ninguno que no sea a la vez respetable y ridículo.

Cuando llegue a casa de la Cornelis me hicieron subir y después de cruzar una docena de grandes y hermosas habitaciones, se me introdujo en el salón, donde se hallaba la dueña de la casa con dos señoras y dos caballeros ingleses. Me recibió con las demostraciones de la más familiar amistad; y después de ofrecerme un sillón al lado del suyo, continuó su conversación en inglés, sin nombrarme y sin hacerme conocer con quién me encontraba. Cuando vinieron a avisar que la mesa estaba servida, ordenó que bajaran sus hijos. Mi corazón esperaba este momento con impaciencia, así que en cuanto vi aparecer a Sofía, corrí a ella con emoción; pero, aleccionada por su madre, se retiró haciendo una profunda reverencia y dirigiéndome un cumplimento aprendido de memoria. Tuve la discreción de no responder, a fin de no molestarla, pero se me oprimió el corazón.

La Cornelis presentó entonces a su hijo, diciendo a todos que yo le había conducido a Londres después de haber atendido a completar su educación durante seis años. Como anunció esto en francés, vi con placer que todo el mundo comprendía este idioma.

Nos pusimos a la mesa; la Cornelis entre sus dos hijos y yo enfrente, entre las dos inglesas, una de las cuales, aunque de esa edad que se ha convenido en llamar intermedia, me agradó desde el primer momento por su amabilidad y buen trato. Con ella fue con quien conversé desde que advertí que la dueña de casa no me dirigía la palabra sino por casualidad y que Sofía, que fijaba sus hermosos ojos sobre todos, no los detenía jamás sobre mí. Esto me parecía extraordinario. Era obvio que no se comportaba así conmigo sino porque su madre la obligaba a ello, y yo encontré esta comedia tan absurda como impertinente. Disgustado y despechado, aunque no quería, aparecerlo, dije frases jocosas sobre las costumbres que observaban en Inglaterra, pero teniendo cuidado de no caer en la crítica que siempre hiere el orgullo nacional cuando las dice un extranjero. Yo quería hacerlos reír y resultarles agradable y lo logré; pero no descuidando mi venganza, no me dirigí ni una sola vez a la Cornelis; ni aun le hablé.

Mi vecina, después de alabar la belleza de mis encajes, me preguntó qué había de nuevo en la corte.

—Todo me ha parecido nuevo, señora, porque la he visto hoy por primera vez.

—¿Ha visto al rey? —me preguntó sir Joseph Cornelis.

—¿Quién lo presentó? —dijo mi hijo.

—Hijo mío —le dijo su madre— no se hacen esas preguntas.

—¿Por qué, querida mamá?

—Porque esa pregunta puede no agradar al señor.

—Por el contrario, señora, no me disgusta. Durante seis años he enseñado a su hijo que debe preguntar siempre, porque es el verdadero modo de instruirse. El que no pregunta se expone a permanecer siempre ignorante.

Yo había dado en el blanco; la Cornelis se mordió los labios y no dijo nada más.

—A todo esto —dijo el muchacho— no me ha dicho si vio al rey.

—Sí, amigo mío, he visto al rey y a la reina y Sus Majestades me han hecho el honor de hablarme.

—¿Quién lo ha presentado?

—El embajador de Francia.

—Esto está muy bien —dijo la madre— pero admitirá que esta última pregunta está de más.

—Si fuera dirigida a un extraño, sí; pero no a mí, que soy su amigo. Ya ve que lo que me he visto obligado a responderle me honra. Si no hubiera querido que se supiese que he estado en la corte, no habría venido a comer a esta casa con este traje.

—Muy bien; pero, puesto que tanto parece que le gustó ser interrogado, yo también le preguntaré porqué se hizo presentar por el embajador de Francia y no por el residente de Venecia.

—Porque éste no ha querido hacerlo, y ha estado justificado sabiendo que no me hallo en buenas relaciones con su gobierno.

Estábamos en los postres, y la pobre Sofía no había dicho una palabra.

—Hija mía —le dijo su madre— di alguna cosa al señor de Seingalt.

—No sé qué decirle, querida madre. Le ruego al señor de Seingalt que me hable, y yo le contestaré lo mejor que pueda.

—Pues bien, mi querida Sofía, cuénteme pues a qué estudios se dedica actualmente.

—Al dibujo, y si quiere, le haré ver mis trabajos.

—Los veré con gran placer; pero en qué cree haberme ofendido, porque, habiéndome así, muestra el aspecto de una culpable.

—¿Yo, señor? Pues creo no haber sido irrespetuosa.

—También yo lo creo así, hermosa mía; pero como me habla siempre sin mirarme, pienso que está avergonzada. ¿Le da vergüenza tener tan hermosos ojos? ¿Por qué se pone colorada? ¿Qué falta ha cometido?

—La molesta —me dijo su madre—. Respóndele, querida mía, que no tienes que reprocharte falta alguna, pero que si no fijas tu mirada en las personas con quienes hablas es por modestia y por respeto

—Pero si la modestia —añadí yo—, hace bajar los ojos a una joven, los buenos modales hacen que los levante otra vez.

Nadie respondió a mis palabras, que era una censura para la pedante Cornelis; pero después de un momento de silencio, nos levantamos de la mesa y la niña fue a buscar y traerme sus dibujos.

—No quiero ver nada, Sofía —le dije— a menos que me mires.

—Vamos —dijo su madre— mira al señor. Sofía obedeció esta orden como un relámpago y entonces vi los más hermosos ojos que sea posible imaginar.

—Ahora te reconozco, mi querida Sofía, y tu, ¿te acuerdas haberme visto?

—Sí, señor, y aunque hace seis años de ello, lo he reconocido en cuanto lo vi.

—¿Y cómo, si no me habías mirado? ¡Si supieras, ángel mío, qué mal hecho está no mirar a las personas con quienes se habla! ¿Quién te ha inspirado tan falso principio?

Sofía miró a su madre, que se había acercado a una de las ventanas, y en su mirada conocí de dónde le venía la lección.

Creyéndome vengado y viendo a los ingleses perfectamente al corriente del caso, empecé a examinar y alabar sus dibujos y a felicitarla por su talento. La felicité también por tener una madre que le procuraba tan buena educación. Este indirecto cumplimiento envaneció a la madre, y mi pequeña Sofía, feliz por no estar ya molesta, no dejaba de mirarme con una expresión de ternura que me conmovía. Tenía en su fisonomía todos los caracteres de un ser noble, y yo compadecía a aquel ángel por verse obligada a vivir sometida a una madre loca. Sofía fue a sentarse al clavicordio, que tocaba con gran sentimiento, y después, tomando una guitarra, cantó algunas canciones italianas con gusto perfecto para su edad. Demostraba una precocidad de sentimiento que exigía una dirección mejor entendida que la de una Cornelis.

Después de cantar y recibir los aplausos de todos, quiso su madre que bailase el minuet con su hermano, que lo había aprendido en París y que bailaba muy mal porque no tenía disposición para ello. Su hermana lo felicitó, dándole un beso, y me pidió que lo bailase con ella, lo que hice sin hacerme repetir la invitación. Su madre, que vio que había bailado perfectamente, le dijo que debía permitirme que la besara. Ella vino a mí, y sentándola sobre mis rodillas, la cubrí de besos; lo que los hacía más dulces era que me los devolvía con la más mayor ternura. Su madre, que estaba de buen humor, reía; sin embargo, como si alguna idea hubiera de pronto acudido a su imaginación, Sofía me abandonó y fue a preguntar a su madre si estaba incomodada. Un beso le aseguró que no era así.

Después de la comida y del café, que se sirvió a la francesa, la Cornelis me hizo ver una magnífica sala que había hecho construir y en la que podía dar de cenar a cuatrocientas personas, colocadas en una sola mesa en forma de herradura. Me dijo, y fácilmente lo creí, que no había en la inmensa ciudad de Londres, otra sala de aquella dimensión.

Se daba la última fiesta antes de cerrarse el Parlamento, cosa que sucedería cuatro o cinco días después. Tenía a su servicio una veintena de muchachas, todas bastante bonitas, y una docena de criados en librea dorada.

—Todos estos pillos —me dijo— me roban pero no puedo prescindir de ellos ni evitarlo. Necesitaría un hombre inteligente y activo que vigilase conmigo y que estuviese interesado en mis negocios; entonces, —añadió— estoy segura de hacer en pocos años una gran fortuna; porque los ingleses no saben calcular cuando se trata del placer.

Le deseé que hallara este hombre y la fortuna, y después la dejé, admirando su intrepidez.

Al salir de su casa me hice llevar al parque de Saint-James para ir a ver a lady Harrington, para quien tenía una carta, como ya he dicho. Esta señora vivía en los alrededores del palacio y recibía todos los domingos. En su casa estaba permitido jugar, porque el parque pertenece al dominio real. En ninguna otra parte se permite el domingo jugar ni tocar instrumentos de música. Los muchos espías que recorren las calles de esta capital escuchan todos los ruidos de la casa, y si sospechan que se juega, se toca o se canta, se ocultan como pueden y en cuanto ven abrir la puerta entran y se apoderan de todos los malos cristianos que se atreven a profanar el día del Señor, por una diversión que en toda otra parte no es sino algo muy inocente; pero, en cambio, el inglés puede ir a santificar impunemente este santo día en las tabernas o en la casa de prostitución, tan comunes en esta ciudad.

Subí a casa de lady Harrington, y habiéndole hecho entregar mi carta, me hizo entrar. Hallé a su alrededor una treintena de personas de ambos sexos, pero me fue fácil reconocerla por el aire de buena acogida que me hizo en cuanto me presenté. Después de saludarla con una reverencia, me dijo que me había visto en el palacio y que, sin conocerme, había deseado verme también en su

casa. Nuestra conversación duró tres cuartos de hora y se limitó a esas tonterías, esas preguntas superficiales que se hacen a un viajero.

Esta señora tenía cuarenta años, pero era aun hermosa y famosa en Londres por su fortuna y por sus amoríos. Me hizo conocer a su marido y a sus cuatro hijas, casaderas y encantadoras.

Me preguntó por qué había ido a Londres en el tiempo en que todo el mundo salía para el campo.

Le dije que no haciendo sino aquello que me convenía, me veía impedido de contestar a su pregunta; que por lo demás, yo esperaba pasar allí un año y que así tendría tiempo para todo.

Mi respuesta pareció agradaarle, porque por su independencia correspondía al carácter inglés, y me ofreció con la mejor voluntad todos los servicios que ella pudiera proporcionarme.

—Entretanto —añadió— empiece por ver el jueves a toda la nobleza en Soho-Square en casa de la señora Cornelis. Yo puedo darle un billete. Tome. Es para el baile y la cena y cuesta dos guineas.

Se las di y ella volvió a tomar el billete para escribir sobre él: Pagado, Harrington.

—¿Es indispensable esta formalidad, milady?

—Sí, porque sin ella, se le pediría el pago en la puerta. Evité decirle que venía de Soho-Square. Mientras lady Harrington arreglaba una partida de whist, me preguntó si tenía carta para alguna señora.

—Tengo una —le dije— muy singular y pienso entregarla mañana. Esta carta no es más que el retrato de la persona que debe recibirlo.

—¿Lo tiene aquí?

—Sí, milady.

—¿Puedo verlo?

—Sin dificultad. Aquí está.

—Es la duquesa de Northumberland. Vamos a dárselo.

—Con mucho gusto.

—Pero esperemos a que señale el *rober*.

Lord Perry, a quien yo había conocido en otra parte, me había dado este retrato diciéndome que me serviría como introductor y carta de recomendación cuando se lo presentara a su querida madre.

—Querida duquesa —le dijo lady Harrington— aquí tiene una carta de recomendación que el señor tiene el encargo de entregarle.

—Ah, sí, es usted el señor de Seingalt. Mi hijo me lo ha escrito. Estoy muy contenta de verlo, caballero, y espero que venga a mi casa. Recibo tres veces por semana.

—¿Milady tiene la bondad de permitir que vaya a entregarle la carta en su casa?

—Con mucho gusto.

Jugué una pequeña partida de whist y perdí quince guineas, que pagué en el acto. Por ese motivo, lady Harrington me llevó aparte para darme una lección que relato aquí.

—Ha perdido —me dijo— y ha pagado en oro. Supongo que no lleva en su bolsillo billetes de banco.

—Perdón, milady, los llevo de cincuenta y de cien libras.

—Era preciso cambiar uno o esperar a otro día para el pago, porque entre nosotros, pagar en oro, y en moneda, es una falta de consideración que sólo se perdona a un extranjero, que no puede conocer nuestros usos. Pero procure que esto no vuelva a sucederle. Habrá observado que la señora a quien ha pagado se ha sonreído.

—Sí, ¿quién es?

—Es lady Coventry, hermana de la duquesa de Hamilton.

—¿Debo presentarle mis excusas?

—Nada de eso; la ofensa no es de las que las exigen. Por lo demás, puede haberse sorprendido, pero no ofendido, porque de todos modos gana quince chelines.

Esta recriminación, verdadera clase para provinciano, me mortificaba, porque lady Coventry era una morena apetitosa y sumamente bella. Sin embargo, me consolé sin gran trabajo.

Aquel día hice conocimiento de lord Hervery, hombre amable y lleno de talento. Se había casado con miss Chodeleigh, pero más tarde hizo anular su matrimonio.

Esta célebre Chodeleigh, era dama de honor de la princesa viuda de Gales, y fue después duquesa de Kingston.

Volví a mi casa muy satisfecho de mi jornada.

Mi mesa, que era excelente, y mi casa no bastaban a mi felicidad. Estaba solo, y mis lectores saben bien que la naturaleza no me ha hecho para vivir como un ermitaño.

No tenía ni amiga bonita ni amigo jovial, y en Londres se puede muy bien invitar a un hombre de sociedad a comer en la posada, donde él paga su cubierto, según es costumbre, pero no puede invitárselo a la propia mesa.

Un día fui invitado en el parque de Saint-James por el hijo segundo del duque de Beaufort a comer ostras y beber una botella de champaña. Acepté, y cuando llegamos a la taberna, encargó las ostras y la botella; pero nos bebimos dos botellas, y me hizo pagar la mitad de la segunda.

Tales son las costumbres del otro lado de la Mancha.

Se reían de mí cuando les decía que comía en mi casa, porque en las tabernas no daban sopa. "¿Está enfermo?", me decían, porque la sopa no es buena más que para los enfermos".

El inglés es soberanamente carnívoro; casi no come pan, y pretende ser económico porque ahorra el gasto de la sopa y de los postres, lo que me ha hecho decir que la comida inglesa se parece al Eterno en que no tiene principio ni fin.

CAPITULO XXI

del tomo 8

Hacía una semana que me alojaba en mi nueva casa y aun no había vuelto a ver a Martinelli; el lunes, por la mañana, vino a verme, y le comprometí a quedarse a comer. Me dijo que iba al Museo, donde estaría hasta las dos y me dieron ganas de ir a ver aquel famoso Museo Británico que tanto honra a Inglaterra.

Durante la comida, Martinelli me sirvió de excelente compañía, porque era instruido y conocía profundamente las costumbres inglesas que yo necesitaba conocer si quería ubicarme bien en el país.

Después de hablar largo tiempo de política, costumbres y literatura, asuntos del conocimiento de Martinelli, fuimos al teatro de Drury-Lane, y allí tuve ocasión de observar una muestra de las costumbres poco educadas de los insulares. La compañía, por un accidente que no recuerdo, no podía representar aquel día la función anunciada, y el público produjo un alboroto. Garrik, actor célebre, que veinte años más tarde fue enterrado en Westminster, se presentó para calmarlos y se vio obligado a retirarse. Entonces algunos furiosos gritaron: ¡Sálvese el que pueda! El rey, la reina, todo el mundo en fin, se apresuró a abandonar el teatro, y en menos de una hora todo quedó destruido, hasta las paredes, que no resistieron al furor de un populacho que hacía aquella devastación por el solo placer de demostrar su poderío.

Después de este hecho, al que ninguna autoridad se opuso, los furiosos fueron a llenarse de cerveza y de ginebra.

En quince días fue reedificado el teatro, representóse la pieza anunciada, y al levantarse el telón y presentarse Garrik para solicitar la benevolencia del público, una voz exclamó: "De rodillas". De inmediato mil voces repitieron: "De rodillas", y el Roscins de Inglaterra, que valía cien millares de veces más que todos los exaltados que gritaban, se vio obligado a doblar la rodilla y pedir indulgencia en aquella humillante postura. Entonces se oyó una salva de aplausos, y todo quedó terminado. Así es el pueblo inglés y sobre todo el pueblo de Londres. Se burla hasta del rey, de la reina y de los príncipes cuando los ve en público, así es que no se dejan ver jamás, a no ser en las grandes ceremonias, donde ciertos oficiales procuran mantener el orden público.

Inglaterra es un mar riquísimo, pero lleno de escollos. Los que en él se aventuran por interés o curiosidad han de tomar precauciones.

En casa de la duquesa de Northumberland hice conocimiento con lady Rochefort, cuyo marido acababa de ser nombrado embajador en España. Esta señora era una de las tres ilustres cuya crónica galante proporcionaba cada día nuevos asuntos a las conversaciones de los ociosos de aquella inmensa ciudad.

La víspera de la reunión de Soho-Square, Martinelli comió conmigo y me habló de la señora Cornelis, de las deudas que tenía, y que la obligaban a no salir de su casa sino el domingo, único día privilegiado en el que los acreedores no tienen derecho alguno sobre sus deudores.

—El excesivo gasto que hace —me dijo— la coloca en un estado tal que no puede tardar en verse en las últimas. Debe cuatro veces más de lo que posee, aun contando la casa, que es una propiedad dudosa, puesto que todavía está en litigio.

Su estado no me apenaba sino por sus hijos; porque en cuanto a ella, no me parecía que merecía mejor suerte.

Al día siguiente me dirigí a la reunión, y el secretario colocado a la puerta inscribió mi nombre al recibir mi billete. En cuanto la Cornelis me vio, vino a mí y me dijo que estaba contentísima de verme entre la aristocracia y provisto de mi billete y que no se había equivocado al sospechar que acudiría.

Lady Harrington, que era una de sus grandes protectoras, vino a hablarle.

—Tengo, mi querida Cornelis, que entregarle una cantidad de guineas, entre otras dos del señor de Seingalt a quien he considerado como amigo. Sin embargo, no me he atrevido a decírselo—, añadió dirigiéndome una guiñada significativa y maliciosa.

—¿Por qué, milady? Hace mucho tiempo que tengo el privilegio de conocer a la señora Cornelis.

—Lo creo —dijo ella riendo— y felicito a los dos. Supongo también, caballero, que conoce a la amable miss Sofía.

—Sin duda, milady; quien conoce a la madre debe conocer a la hija.

—Sí, sí.

Sofía se encontraba cerca de ella, y después de besarla con cariño, milady me dijo:

—Debe quererla mucho porque es su imagen.

—Es uno de los mil caprichos de la naturaleza.

—Seguramente, pero esta vez ha tenido un capricho sensato.

Al acabar estas palabras, milady tomó a Sofía de la mano y apoyándose en mi brazo nos llevó entre la gente y tuve que oír pacientemente muchas preguntas hechas por personas que aun no me habían visto.

—¿Este es el esposo de la señora Cornelis?

—¿Es sin duda el señor Cornelis que ha llegado?

— ¡Ah! éste es seguramente el señor Cornelis.

—Indudablemente es el marido de la señora Cornelis.

—No, no no, no —decía lady Harrington a los curiosos.

Esto me fastidiaba, porque no se repetían estas preguntas sino porque la niña llevaba marcado su origen en su rostro, y todos adivinaban que yo era su padre. Yo deseaba que milady dejase marchar a Sofía, pero aquello la divertía y no estaba dispuesta a acceder a mis deseos "Quédese a mi lado —me dijo— si quiere conocer a todo el mundo". Se sentó, me hizo sentar a su lado y sentó a la niña en el otro.

La Cornelis vino para hablarle, y como todos le hacían las mismas preguntas que tanto me habían molestado, se decidió y dijo resueltamente que yo era su mejor y más antiguo amigo y que estaba justificado que se admiraran de la perfecta semejanza que conmigo tenía su hija. Todos se echaron a reír diciendo que aquello era la cosa más natural.

Empezó el baile que duró toda la noche; de allí se pasaba a la sala, donde estaba servida la cena, por grupos y a todas horas; aquello era un verdadero despilfarro como podría ocurrir en la casa de un príncipe. Entonces hice conocimiento de toda la nobleza y de toda la familia real, que asistía, a excepción de Sus Majestades y del príncipe de Gales. La Cornelis había recibido más de mil doscientas guineas, pero el gasto era enorme, sin economía y sin las precauciones necesarias para evitar que se pagara más de lo que correspondía. Presentaba su hijo a todo el mundo, pero el pobre muchacho, como una víctima, no sabía hacer más que profundas reverencias. Me daba verdadera lástima.

De vuelta a mi casa pasé todo el día en la cama, y al día siguiente fui a comer a Star-Tavern, donde me habían dicho que se encontraban las muchachas más bonitas y más discretas de Londres. Me dio este informe lord Pembroke, que acostumbraba ir con frecuencia. Al llegar a la taberna pedí

un cuarto particular, y el amo, al notar que yo no hablaba inglés, vino a acompañarme, hablándome en francés y ordenando lo que yo deseaba. Me sorprendió por sus maneras nobles, graves y decentes, hasta el punto de que no tuve valor de decirle que deseaba cenar con una inglesa. Al final de mi cena, le dije con mil respetuosos rodeos que no sabía si lord Pembroke me había engañado al decirme que yo podría encontrar en aquella casa las muchachas más bonitas de Londres.

—No lo ha engañado, señor, y si lo desea puede tener cuantas quiera.

—Con esa intención he venido.

Llamó y se presentó un joven muy aseado y de aspecto decente; le ordenó que hiciera venir una muchacha para mi servicio, con el mismo tono que hubiera podido mandar traer una botella de vino. El joven salió y algunos minutos después vi entrar una muchacha de formas voluminosas.

—Caballero —le dije— el aspecto de esta joven no me satisface.

—Dé un chelín para los conductores de la silla y despídala. En Londres, caballero, no acostumbramos gastar cumplidos.

Estas palabras me hicieron sentir en completa libertad; ordené que se hiciera aquel pago y me trajeran otra muchacha. La segunda me pareció peor y la despedí, lo mismo que a otras diez que después vinieron, satisfecho de ver que lo difícil de mi elección divertía al amo de la casa, quien siempre me acompañaba.

—Ya no quiero ninguna —le dije— sólo quiero comer bien. Estoy seguro de que se han burlado de mí, para beneficiar a los conductores de la silla de manos.

—Es muy posible, señor, y esto suele suceder cuando no se da el nombre y las señas de la casa de la muchacha que se desea.

Por la noche, fui a pasearme al parque de Saint-James; recordando que era el día de Ranelagh, y queriendo conocer aquel sitio, tomé un carruaje y solo, sin criado, me encaminé con ánimo de divertirme hasta medianoche, y buscar una mujer que me agradase.

La rotonda del Ranelagh me gustó; me hice servir un té y bailé algunos minutos, pero sin intimar con nadie; y aunque vi varias jóvenes y damas hermosas, no me atreví a abordar a ninguna. Fastidiado, resolví retirarme. Era cerca de medianoche; me dirigí a la puerta suponiendo encontrar mi coche, que no había pagado, pero no se encontraba allí, y me hallé en un gran apuro. Una preciosa mujer que estaba a la puerta esperando su carruaje, apercibiéndose de mi descontento me dijo en francés que si yo no vivía lejos de White-Hall, ella podría conducirme a mi casa. Le di las gracias, y diciéndole dónde vivía, acepté con agradecimiento. Llegó su coche, un lacayo abrió la portezuela y apoyándose en mi brazo ella subió al vehículo; me invitó a sentarme a su lado y ordenó parar delante de mi casa.

En cuanto me encontré en el carruaje le expresé mi gratitud, y diciéndole mi nombre, le manifesté lo mucho que sentía no haberla visto en la última reunión de Soho-Square.

—No estaba en Londres —me dijo— he llegado hoy de Bath.

Me felicité por la suerte de haberla encontrado, besé su mano y me atreví a darle un beso en la mejilla; no encontrando resistencia sino la dulzura y la sonrisa del amor, uní mis labios a los suyos, y siendo correspondido, pronto me enardecí y le di la prueba más evidente de la pasión que había despertado.

Satisfecho por no haberle desagradado y de haberla encontrado tierna y fácil, le supliqué me dijera dónde podría acudir para verla durante todo el tiempo que pensaba pasar en Londres, pero

ella me respondió: "Aun nos volveremos a ver; sea discreto". Se lo juré y no insistí. Un momento después se detuvo el carruaje, le besé la mano y entré en mi casa muy satisfecho de aquella aventura.

Pasé quince días sin volver a verla, cuando por fin la encontré en una casa aristocrática, simuló ella no conocerme, pero comportándose muy amable conmigo.

A los tres días de este nuevo encuentro fui a Covent-Garden, y hallándome frente a una linda joven, me dirigí a ella en francés y le pregunté si quería venir a cenar conmigo.

—¿Qué me dará a los postres?

—Tres guineas.

—Estoy a sus órdenes.

Después del teatro me hice servir una buena cena para los dos, y ella me acompañó, como yo deseaba.

Otro día, en que me hallaba en Vaux-Hall, encontré a Malignan, oficial francés, a quien había prestado plata en Aix-la-Chapelle, y a quien di la dirección de mi casa por haberme dicho que necesitaba hablarme. Encontré también a un hombre llamado el caballero Goudar, hombre muy conocido, que me habló de juego y de muchachas. Malignan me presentó un individuo, hombre raro, y que podría serme muy útil en Londres. Era un hombre de unos cuarenta años, tipo griego, que llevaba el nombre de Federico, hijo del difunto Teodoro, pretendido rey de Córcega que, catorce años antes de esta época había muerto miserable en Londres, un mes después de haber salido de la prisión en que había permanecido durante seis o siete años por la acción de inhumanos acreedores.

Para entrar en aquel recinto de Vaux-Hall se pagaba la mitad de lo que se necesitaba para entrar en el Ranelagh, y a pesar de ello se podían obtener los placeres más variados, como una buena comida, música, paseos oscuros y solitarios, avenidas iluminadas con mil linternas, y se encontraban allí mezcladas y confundidas las más famosas beldades de Londres, desde las de más alto rango hasta las de menor categoría.

Entre todos estos placeres yo me aburría, porque no compartía mi buena mesa ni mi encantadora casa con una amiga que me las hiciera agradables. Hacía, sin embargo, seis semanas que me hallaba en Londres. Esto no me había sucedido jamás, y la cosa me parecía inexplicable.

Como esta idea me preocupaba, se me ocurrió otra que quise realizar.

Llamé a mi vieja ama de llaves y le hice decir por la muchacha que nos servía de intérprete, que quería alquilar el segundo o tercer piso para tener compañía y que, aunque yo era el dueño, quería regalarle media guinea por semana; en el acto le ordené fijar a la ventana el siguiente cartel: "*Segundo o tercer piso amueblado y barato, para alquilar a una señorita joven y libre que hable inglés y francés y no reciba ninguna visita de día ni de noche*". La vieja inglesa, que había comprendido mi intención, se echó a reír de tal manera cuando la muchacha le tradujo el cartel, que creí que iba a reventar de risa.

En cuanto estuvo colgado el cartel, todo el mundo se detenía para leerlo y después de hacer comentarios se alejaban riendo. Desde el segundo día, mi negro Jarbe me dijo que mi anuncio se encontraba citado entero en *Saint-James Chronicle* con un divertido comentario. Me hice traer el periódico y Fanny me lo tradujo así:

"El dueño del segundo y del tercero ocupa probablemente el primero. Debe ser hombre de gusto y aficionado a los placeres, porque quiere una inquilina joven sin duda, sola y libre, y como ella no podrá recibir visita alguna, será preciso que se comprometa a acompañarle".

Y añadía:

"Lo que puede suceder es que el propietario salga engañado, porque es muy posible que alguna bonita muchacha lo alquile sólo para ir a dormir y aun quizá para ir de vez en cuando; además, la inquilina podrá rehusar, si le conviene, la visita del propietario".

Este comentario, de buen razonamiento, me gustaba porque me ponía en guardia contra las sorpresas.

No cansaré a mis lectores con los detalles de un centenar de muchachas que vinieron durante los nueve o diez primeros días y con quienes me excusé de alquilarles la habitación, aunque algunas de ellas no dejaban de tener gracia o hermosura. Por fin al undécimo o duodécimo día, mientras me hallaba a la mesa, vi aparecer una joven de veinte a veinticuatro años, de estatura mediana, vestida sin lujo, pero con gracia y limpieza, de fisonomía dulce aunque seria, de rasgos regulares, de tez un poco pálida, de cabellos negros y muy hermosa. Me hizo un saludo noble y respetuoso, que me obligó a levantarme para devolvérselo, y como permanecí de pie, me pidió en el tono más educado que no me molestase y que continuara mi comida. Le dije que aceptara una silla, lo que hizo; después le ofrecí un dulce, pero lo rehusó con un tono de modestia que me encantó.

Aquella hermosa joven me dijo, no en muy buen francés, como había empezado, sino en el más puro italiano, puesto que no tenía el más ligero acento extranjero, que tomaría un cuarto del tercer piso.

—Señorita usted es dueña de utilizar un cuarto, pero todo el piso le pertenece.

—Caballero, aunque el cartel dice barato, el piso entero sería muy caro para mí, porque no puedo gastar para mi alojamiento más de dos chelines por semana.

—Este es precisamente el precio que yo pido por todo el piso; ya ve que está al alcance de su presupuesto. Mi criada le servirá y le procurará cuanto le sea necesario para el sustento, y además lavará su ropa. Podrá también servirse de ella para los encargos de comestibles.

—Yo le diré, pues, lo que debe comprarme cada día para mi comida, sin excederse jamás de la cantidad que le pido.

—También puedo recomendarle a la mujer de mi cocinero, que podrá darle de comer por la misma cantidad que gastará enviando a buscar los comestibles.

—No creo posible la cosa, porque me da vergüenza decirle lo poco que gasto.

—Aun cuando no gastara más que dos sueldos por día, yo le diría que no le diera más que por dos sueldos. Espero que no se ofenda, porque me intereso por usted.

—Caballero, la cosa es sorprendente, es usted muy generoso.

—Un momento, señorita, y ya verá cómo todo se arregla del modo más natural del mundo.

Ordené a Clairmont que hiciera subir a la criada y a la mujer del cocinero, y dije a esta última:

—¿Por cuánto puede dar a comer por día a esta señorita, que no es rica y no quiere comer más que lo indispensable para vivir?

—Podré hacerlo muy barato, porque el señor come casi siempre solo y hace disponer la comida para cuatro.

—Muy bien; por consiguiente, espero que la tratarán bien por lo que ella quiera darle.

—Yo no puedo gastar más que cinco sueldos por día.

—Por ese precio se la alimentará, señorita.

Ordené que al instante quitasen el cartel y que el cuarto que ella quisiese ocupar se preparara en seguida con todo lo confortable. Después, cuando se retiraron la criada y la cocinera, la señorita me dijo que no saldría más que el domingo para ir a misa a la capilla del embajador de Baviera, y una vez al mes para ir a buscar a una persona que le entregaba tres guineas para vivir. "Podrá salir cuando guste, señorita, y eso sin tener que dar cuenta de ello a nadie". Acabó por pedirme que nunca llevara a nadie a su casa, que ordenase a la portera decir a todo el que viniese a informarse de ella, que no la conocía. Le prometí que todo se haría según sus deseos, y salió cutiéndome que iba a hacer traer su reducido equipaje.

En cuanto salió, ordené a todo el mundo que tuviera para ella las mejores atenciones.

La vieja ama de llaves vino a decirme que antes de partir le había pagado adelantada la primera semana y que había aceptado el recibo, marchándose en la silla de manos en que había venido. Después, la buena vieja me hizo decir que tuviera cuidado con los engaños.

—¿Qué engaños? No veo ninguno en perspectiva. Si ella es prudente y me enamoro, tanto mejor: no deseo otra cosa. No necesito más que ocho días para conocerla. ¿Qué nombre le ha dado?

—Mistress Paulina. Ha llegado aquí muy pálida y al marcharse estaba muy sofocada.

Lleno yo de esperanza, aquel hallazgo me llenaba de alegría. Yo no necesitaba mujer para satisfacer mi temperamento, porque eso se encuentra fácilmente en todas partes. Necesitaba alguien a quien amar. Necesitaba encontrar en el objeto de mi amor la belleza y las cualidades previstas en la conquista. En cuanto a la posibilidad del logro, ya lo consideraba como problema resuelto, porque yo no ignoraba que no hay mujer que pueda resistir a todas las atenciones de un hombre que quiera enamorarla, sobre todo cuando este hombre puede hacer grandes sacrificios.

Por la noche, cuando regresaba del teatro, la criada me dijo que la señorita había elegido un modesto cuarto situado en la parte posterior del piso, que no podía servir sino a un criado. Había cenado muy moderadamente, no bebiendo más que agua, y al pedir a la mujer del cocinero que no le diese más que una sopa y un plato, ésta le había respondido que debía aceptar lo que se le sirviese y que la criada comería lo que ella dejara.

—Después de cenar se ha encerrado para escribir y me ha dado las buenas noches con mucha bondad.

—¿Qué toma por la mañana?

—Se lo he preguntado y me ha respondido que no come más que un pedazo de pan.

—Le dirás mañana por la mañana que la costumbre aquí es servir a todos los de la casa un desayuno de café, té, chocolate o caldo, según el gusto, y que al rehusarlo podría disgustarnos. Pero no vayas a decirle que yo te he dicho esto. Aquí tienes una corona, y yo te daré otra todas las semanas para que tengas para ella muchas atenciones.

Antes de acostarme, le escribí una notita atenta rogándole abandonara el pequeño cuarto que había elegido; lo abandonó, pero hizo llevar sus efectos a un cuarto vecino, también en la parte posterior y aceptó el café. Deseando invitarla a comer conmigo, me vestí para ir a visitarla y

obtener su compromiso, de manera que no pudiera rehusar, pero Clairmont me anunció al joven Cornelis. Lo recibí riendo y dándole gracias por la primera visita que me hacía después de seis semanas.

—Mamá no me había permitido venir. No soportaba más y he estado tentado veinte veces de venir a pesar suyo. ¡Tome, lea esta carta y en ella encontrará algo que lo sorprenderá!

Abrí la carta y he aquí lo que decía:

"Ayer un alguacil, aprovechando el momento en que mi puerta estaba abierta, entró en mi cuarto y me arrestó. Me vi obligada a seguirle y heme aquí presa en su casa; si en el día de hoy no presento fianza me conducirá esta noche a la cárcel de Kings-Beach. Esta fianza es de doscientas libras esterlinas, que debo por una letra vencida que no he podido pagar. Le suplico, mi bienhechor amigo, me haga salir de aquí en seguida, porque puedo tener la desgracia de ver presentarse desde mañana una nube de acreedores que me procesarán, lo que decidiría mi perdición. Evítela, se lo suplico, salvando a mi inocente familia. Como extranjero no puede ser mi fiador, pero no tiene más que decir una palabra a un dueño de casa de comercio y encontrará diez por uno. Si puede pasar por donde me encuentre, venga y sabrá que si no hubiera firmado la letra, no hubiera podido dar el último baile, porque tenía toda mi vajilla y mi porcelana empeñadas."

Furioso contra aquella imprudente, que tanto se había olvidado de mí, le escribí que no podía sino compadecerla, que no tenía tiempo de ir a verla y que además me avergonzaba no conocer a nadie que saliera fiador por ella.

Cuando el pequeño Cornelis partió, muy triste, dije a Clairmont que subiera a casa de Paulina y le preguntara si me permitía pasar a saludarla. Me hizo decir que me presentara. Subí y hallé sobre una mesa varios libros y sobre una cómoda algunos vestidos y ropas que revelaban necesidad.

—Estoy muy agradecida —me dijo— por las bondades que tiene conmigo,

—No hablemos de eso, señorita.

—¿Qué puedo hacer, señor, para demostrarle mi agradecimiento?

—Honrándome con su compañía en las horas de las comidas cuantas veces yo no tenga invitados; porque cuando estoy solo, como demasiado aprisa y mi salud se ve afectada. Si no está dispuesta, me perdonará que se lo haya pedido.

—Tendré el gusto, caballero, de comer con usted siempre que esté solo y me lo avise. Lo único que me apena es no estar segura de que mi compañía pueda serle útil.

—Muy bien, señorita, le quedo muy reconocido y le prometo que no se arrepentirá. Haré lo posible por agradecerle y seré feliz sí lo consigo. Comeremos a la una.

No me senté ni miré los libros, ni aun le pregunté si había pasado bien la noche. Lo único que advertí fue que cuando entré estaba pálida e intranquila, y que a mi salida, sus mejillas presentaban el más vivo color.

Fui a pasearme por el parque, muy enamorado de aquella simpática criatura y decidido a cuanto sacrificio hubiera para hacerme amar.

De vuelta a mi casa, Paulina bajó sin que la hiciese llamar.

Le pregunté por su salud, y me contestó:

—La naturaleza me ha dado una constitución buena. En mi vida he tenido la menor indisposición, exceptuando algún mareo.

—¿Ha viajado, entonces, por mar?

—Ha sido necesario para venir a Inglaterra.

—Suponía yo que era inglesa.

—Y con fundamento, porque el inglés me es familiar desde la infancia.

Estábamos sentados en un sofá, y en una mesa que teníamos delante se encontraba un juego de ajedrez; Paulina movía los peones y le pregunté si sabía jugarlo.

—No lo juego mal, según dicen.

—Yo lo juego muy poco, pero hagamos una partida; mi derrota la divertirá.

A la cuarta jugada me hizo jaque mate. Ella se rió y yo quedé admirado. Empezamos otra partida y me dio mate a la quinta jugada. Mi convidada se echó a reír a carcajadas lo que me permitió admirar el encanto de su franca alegría. Hicimos la tercera partida; Paulina se descuidó y la puse en apuros.

—Creo que puede vencerme —dijo ella.

— ¡Qué fortuna sería para mí!

Avisaron que la mesa estaba servida. Las interrupciones son con frecuencia importunas. Ofrecí mi brazo a la joven y nos dirigimos al comedor.

Apenas nos habíamos sentado a la mesa cuando mi criado me anunció la niña Cornelis con la Rancour.

—Diga que estoy comiendo y que no saldré del comedor hasta dentro de tres horas.

Cuando salía Clairmont a dar mi respuesta, entró Sofía; se echó a mis brazos llorando y sin poder hablar porque la ahogaban los sollozos.

La tomé en mis brazos y la senté sobre mis rodillas; enjugué sus lágrimas; la tranquilicé diciéndole que sabía el motivo de su pena y que por ella haría lo que venía a solicitarme.

Pasando de la tristeza a la alegría, la muchacha me abrazó dándome el nombre de padre y acabó por hacerme llorar.

—Come con nosotros, hija mía; esto me animará a complacerte.

Sofía se desprendió de mis brazos y corrió a abrazar a Paulina, que por explicable simpatía lloraba también.

Mi hija me suplicó que mandase dar de comer a la Rancour, a quien la Cornelis había prohibido subir.

Sofía nos encantó durante la comida. Me preguntó si Paulina era mi esposa, y habiéndole contestado que sí, la cubrió de besos, llamándola su querida mamá.

A los postres saqué de mi cartera cuatro billetes de cincuenta libras esterlinas, se los di a Sofía y le dije que podía regalárselos a su madre, pero el obsequio era para ella y no para su madre. "Con ese dinero —añadí— podrá ir a dormir esta noche a su hermosa casa, donde tan mal me recibió."

— Lo siento en el alma, pero le ruego que se lo perdone.

—Se lo perdono por ti. Puedes decirle que me hará un gran favor cada vez que te permita venir a comer o cenar conmigo.

Se fue Sofía y yo me quedé hablando con la que se había desempeñado en un improvisado papel de esposa. La conversación prosiguió y sólo indirectamente estuvo referida a la profunda

simpatía que me había inspirado en tan poco tiempo. De buena gana hubiera yo pasado todo el día con ella, pues raramente había encontrado una mujer de maneras tan afables; pero me pidió permiso para retirarse a su habitación, y tuve que resignarme a quedarme solo.

Entonces experimenté una especie de vacío que me llenó de tristeza.

Al día siguiente, después de comer, hallándome a solas con Paulina, le agarré la mano, se la besé y le dije:

—¿Está casada, Paulina?

—Sí.

—¿Conoce el amor maternal?

—No, pero no necesito esforzarme mucho para hacerme de él una idea exacta.

—¿Está entonces separada de su marido?

—Sí, contra nuestra voluntad. Nos separamos antes de que hubiésemos vivido juntos.

—¿Está en Londres?

—No; está muy lejos de aquí; pero, por favor, no hablemos más de esto.

—Dígame, al menos, si, cuando parta, será para ir a reunirse con su esposo.

—No saldré de esta isla sino para ir a ser feliz con mi querido esposo.

Hostigada por mis preguntas, Paulina concluyó por referirme toda su historia.

Era hija única del infortunado conde..., a quien Carvalho Aeyras (marqués de Pombal) hizo morir en la cárcel, después del atentado a la vida del rey, que fue atribuido a los jesuitas. El tirano ministro portugués no se atrevió a confiscar los bienes de su víctima, pero la hija no podía usufructuarlos sino volviendo a su patria. Puesta en la alternativa de huir o casarse con un hombre a quien no amaba, huyó con el joven conde de..., su novio, de quien estaba muy enamorada. Habían cambiado los trajes en el momento de embarcarse en Lisboa a bordo de un buque, cuyo capitán al llegar a Inglaterra, recibió la orden de impedir que desembarcase la fugitiva y de volverse con ella a la capital portuguesa. Por esta orden terminante, el novio, vestido de mujer, fue devuelto a su patria, mientras la novia, gracias a su traje de hombre, pudo desembarcar sin más inconvenientes que la falta de recursos y de su equipaje de mujer. Haciendo prodigios de economía, había conseguido equiparse modestamente y vivir hasta aquel momento poco menos que en la miseria. Había escrito a Aeyras que estaba dispuesta a volver a Lisboa, si Su Excelencia le aseguraba por escrito que le sería permitido casarse públicamente con el esposo de su elección. Esperaba que la respuesta no se haría esperar mucho tiempo y que sería satisfactoria, pues el novio era protegido del ministro, y éste querría atenuar en parte lo terrible de la muerte del padre de la muchacha.

Viví entonces con Paulina en la mayor intimidad; pero a medida que aumentaba mi amor, más me convencía de que mi huésped era invencible; y a medida que ella engordaba, yo enflaquecía rápidamente.

Por fin me entregó su amor, su cuerpo y fuimos completamente felices durante seis semanas.

El 1º de agosto fue día fatal para los dos. Paulina recibió de Lisboa dos cartas que no le dejaban otra alternativa más que regresar y yo recibí de París una que me anunciaba la muerte de la señora de Urfé. Mi buena amiga la señora de Rumain me escribía, diciendo que los médicos habían declarado que la marquesa se había envenenado involuntariamente con una fuerte dosis de un licor que ella llamaba la *panacea*. Se había encontrado un testamento según el cual dejaba toda su

fortuna al primer hijo o hija que nacería de ella y de que se declaraba encinta. Me había instituido tutor del recién nacido, lo cual mucho lamentaba porque aquella historia era tal que iba a hacer reír a todo París durante una semana. Su hija, la condesa de Châtelet, se había apoderado de todos los inmuebles y de su caja fuerte que contenía cuatrocientos mil francos. Concentré mi dolor y mi arrepentimiento en el interés que me inspiraba Paulina. El ministro le enviaba una letra de dos mil libras esterlinas y la promesa de que, a su regreso, se le entregarían sus bienes y se le permitiría casarse públicamente con su prometido.

Consintió en que Clairmont la acompañase hasta Madrid, donde este buen criado había de dejarla para volver a Londres; pero estaba escrito que no la volvería a ver.

Yo la acompañé hasta Calais, donde nuestra separación fue muy parecida a la que, quince años antes, me fue tan dolorosa en Ginebra al despedirme de Enriqueta.

Las olvidé porque todo se olvida; pero al acordarme de ellas, hallo más profunda la impresión que me causó Enriqueta, y esto, sin duda, porque yo entonces tenía veintidós años, mientras que tenía treinta y siete en Londres. Con la edad nuestras facultades se hacen menos receptivas.

De regreso a Londres, Jarbe me atendió. Este Jarbe era un buen muchacho que había tomado a mi servicio mientras durase la ausencia de Clairmont.

El día siguiente, en el momento de entrar en mi cuarto, me sorprendió con una candidez que acabó por hacerme reír:

—Señorito —me dijo— la vieja me ha encargado que le pregunte si quiere que vuelva a poner el letrero a la puerta.

—¡La miserable! ¿Quiere, acaso que la estrangule de rabia?

—No, señor; si lo quiere mucho, y al verlo tan triste, ha pensado...

—Ve a decirle que no vuelva a tener semejantes pensamientos.

CAPITULO VIII

del tomo 9

Aconsejado por lord Keith, que yo había conocido en Londres, escribí una carta al rey de Prusia, solicitando el honor de presentarme a él en el sitio y a la hora que Su Majestad me designase.

Dos días después, recibí una carta firmada por Federico, en la cual se confirmaba la recepción de la mía, y se me indicaba que el rey se hallaría a las cuatro de la tarde en el jardín de su castillo de Sans-Souci.

Acudí una hora antes a la cita, simplemente vestido de negro. Entré en el patio del palacio; no viendo a nadie, ni siquiera un centinela, subí una escalerilla y abrí una puerta. Me encontré en una galería de cuadros. El guarda se me acercó ofreciéndose acompañarme.

—No vengo —le dije— para admirar obras de pintura sino para hablar con el rey, que me ha escrito citándome en el jardín.

—Se halla actualmente en su pequeño auditorio, donde toca la flauta: es su alegría de cada día. ¿Le señaló hora?

—A las cuatro, pero tal vez se habrá olvidado.

—El rey no olvida nunca; será puntual y le aconsejo que lo aguarde en el jardín.

Hacía un momento que yo había bajado, cuando le vi venir con su lector y una hermosa perrita. Al verme, se acercó, y quitándose su viejo sombrero y nombrándome, me preguntó con un tono espantoso qué quería.

Sorprendido de esta actitud me quedé mudo, mirándole sin contestar.

— ¡Y bien!, hable ¿No es usted el que me ha escrito?

—Sí señor, pero ahora no me acuerdo de nada. Creí que la majestad de un soberano no me deslumbraría, pero no me volverá a suceder. Lord Marshall hubiera debido prevenirme.

—¿Lo conoce? Vamos paseando. ¿De qué quería hablarme? ¿Qué le parece este jardín?

—Magnífico.

—Pero los jardines de Versalles son mucho más hermosos.

—Lo admito, pero es sobre todo a causa de las fuentes de aguas.

—Es verdad, pero no es culpa mía; aquí no hay agua. He gastado inútilmente más de trescientos mil escudos para obtenerla.

— ¡Trescientos mil escudos! Si Su Majestad los hubiese gastado de una sola vez, las aguas debieran estar aquí.

— ¡Ah!, veo que es arquitecto hidráulico.

¿Había que decirle que se engañaba? Temí disgustarle y bajé la cabeza. Ni afirmaba ni negaba.

Siguiendo con nuestro paseo, el rey me preguntó cuáles eran las fuerzas de Venecia de mar y tierra, en tiempo de guerra.

—Veinte navios de alta mar, y numerosas galeras.

—¿Y en cuanto a tropas?

—Setenta mil hombres, todos súbditos de la República, sin reclutar más que un hombre por aldea.

—Eso no es verdad. ¿Quiere hacerme reír contándome fábulas? Pero sin duda es financista. Dígame lo que piensa del impuesto.

Era la primera conversación que yo tenía con un rey. Reflexionando rápidamente sobre su estilo, sus salidas, sus cambios rápidos, me creí llamado a representar una escena de *commedia dell'arte*. Dándome aires de financista, contesté al monarca que podría hablarle de la teoría del impuesto.

—Eso quiero yo, pues la práctica es tarea mía.

—Hay tres especies de impuestos con relación a las consecuencias: la una es ruinosa, la otra es desgraciadamente necesaria, y la tercera es siempre excelente.

—Bueno, adelante.

—El impuesto ruinoso, es el real; el necesario es el militar, el excelente es el popular.

Necesitaba desorientarlo, pues no habiendo recapitado mi asunto, improvisaba mis palabras; sin embargo, debía evitar caer en el absurdo.

—El impuesto real —añadí— es el que agota los bolsillos de los súbditos para llenar las arcas del soberano.

—¿Y este impuesto, siempre es ruinoso?

—Siempre, porque perjudica a la circulación, nervio del comercio y sostén del Estado.

—¿Pero estima necesario el que sirve a las armas?

—Desgraciadamente necesario, pues la guerra es una desgracia.

—Es posible. ¿Y el popular?

—Es siempre excelente, pues el rey toma el dinero de los súbditos con una mano y se lo devuelve con la otra, dándole un uso de utilidad pública y fundando establecimientos necesarios, protegiendo las ciencias y las artes que contribuyen a devolver el numerario al cuerpo social; en fin, el rey aumenta el bienestar general por medio de los reglamentos que le dicta su saber, para dirigir el empleo de este impuesto de la manera más provechosa para las masas.

—Algo hay de verdad en todo eso. ¿Conoce a Casalbigi?

—Por fuerza, pues hace siete años fundamos juntos en París la lotería.

—¿Y en qué clase ubica ese impuesto? Porque no me negará que lo es.

—Lo es, en efecto, y muy importante. Es de una buena clase cuando el rey aplica sus beneficios a gastos útiles.

—Pero el rey puede perder.

—Una vez sobre cincuenta.

—¿Es el resultado de un cálculo seguro?

—Seguro, como todos los cálculos políticos. A menudo son erróneos.

—No lo son nunca, cuando Dios es neutral.

—¿Qué tiene que ver Dios con eso?

—Pues el destino, o la casualidad.

—Eso sí. Es posible que yo piense como usted sobre el cálculo moral, pero no me gusta su lotería de Génova. Me parece un engaño, y no me serviría de ella aun cuando tuviese la seguridad de no perder nunca.

—Su Majestad piensa muy bien. El pueblo ignorante no jugaría sino impulsado por una confianza engañadora.

Después de este diálogo descosido, trató de apurarme un poco, pero no me quedé corto. Cerca de un peristilo de doble cintura, se me paró delante, me miró de arriba abajo, y después de un instante de silencio, me dijo:

—¿Se da cuenta de su gallardía?

—¿Es posible que después de una larga disertación científica Su Majestad pueda observar en mí la menor de las cualidades que ostentan sus granaderos?

El rey se sonrió maliciosamente, pero con gracia y cierta bondad y me dijo:

—Puesto que el general Keith lo conoce, le hablaré de usted.

Esto dicho, se quitó el sombrero y me saludó. Yo me alejé haciéndole una profunda reverencia.

Tres o cuatro días después, lord Marshall, por otro nombre general Keith, me dio la agradable noticia de que yo había caído en gracia al rey, y me dijo que Su Majestad pensaba utilizar de algún modo mis servicios.

Casalbigi anunció que la lotería continuaba por su cuenta, y la fortuna se asoció a su audacia. El primer sorteo le dejó una ganancia de unos cien mil escudos. Después de esta afortunada operación le fue fácil hallar fiadores por un millón dividido en mil acciones, y la lotería funcionó dos o tres años sin ningún contratiempo. Sin embargo, Casalbigi concluyó por quebrar y murió bastante pobre en Italia. En el teatro de la Opera bailaba la célebre Denis, que yo había conocido en Venecia, cuando ella tenía ocho años y yo unos doce. Recordándole toda una época de su vida, desperté en ella el más amoroso interés, y tuvimos íntimas relaciones hasta que me marché de Berlín. Con ella fui a Postdam, donde vi todo lo que merecía ser visto.

Hacía cinco o seis semanas que yo había tenido mi singular conversación con el rey, cuando lord Marshall me anunció que Su Majestad me concedía un puesto de gobernador en un nuevo cuerpo de cadetes nobles que acababa de crear. El número fijo era de quince, y quería darles cinco gobernadores; cada uno había de tener tres alumnos, con seiscientos escudos de sueldo y la mesa de los cadetes. Los deberes de los gobernadores consistían en seguir o acompañar por todas partes a sus alumnos, hasta en la Corte, vistiendo casaca galoneada. Yo había de decidirme en seguida, porque los otros cuatro ya estaban instalados, y a Su Majestad no le gustaba esperar. Pregunté a lord Keith dónde estaba el colegio, y le prometí una respuesta para el día siguiente.

Necesité mucha sangre fría para contener la risa al escuchar aquella extravagante proposición. Pero mi sorpresa fue aun mayor cuando vi la habitación destinada a los quince gentilhombres de la rica Pomerania; tres o cuatro grandes salas, casi sin muebles, varios cuartos blanqueados con cal, con una miserable cama muy pequeña, una mesa de pino y dos sillas de la misma madera; los cadetes, de doce a trece años, sucios, desgreñados, aprisionados en un mezquino uniforme que destacaba su rústico aspecto, se confundían con los cuatro gobernadores, que yo tomé por sus criados y que me miraban con cierta estupidez, no atreviéndose a pensar que yo fuese el colega que se les destinaba.

En el momento en que iba a despedirme de aquellos infelices, uno de los gobernadores se asomó a la ventana y exclamó:

— ¡Ahí viene el rey a caballo!

Me era imposible evitarlo.

Su Majestad subió con su amigo Icilius, lo examinó todo, me vio y no me dijo nada. Yo llevaba la brillante cruz de mi orden y una elegante casaca de tafetán. Tuve que morderme los labios para no soltar la carcajada, cuando vi al gran Federico ponerse furioso al ver la punta de una bacinilla que asomaba por debajo de la cama y ofrecía aun los vestigios de cierta porquería.

—¿De quién es esa cama? —gritó el monarca.

—Mía, señor, —dijo un cadete temblando.

—Bueno, pero no es usted con quien quiero hablar. ¿Dónde está su gobernador?

Este se presentó y Su Majestad le recriminó su incompetencia a los gritos.

Aquella repugnante escena me bastó; me alejé disimuladamente y me fui a casa de lord Marshall, impaciente por agradecerle.

El buen anciano se rió mucho cuando le conté detalladamente la escena que acababa de presenciarse. Se encargó de presentar al rey mis excusas y mi negativa.

Resuelto a irme a Rusia, empecé a hacer mis preparativos. El barón Treidel me animó prometiendo recomendarme a su hermana, la duquesa de Courlande. Escribí al señor de Bragadino pidiéndole una recomendación para que un banquero de San Petersburgo me entregase cada mes la cantidad que me fuese necesaria para vivir cómodamente.

El barón Bodissón, veneciano, que quería vender al rey un cuadro de Andrea del Sarto, me propuso que lo acompañara a Postdam, y me dieron ganas de presentarme otra vez al monarca, como me lo había aconsejado lord Keith. Una vez en Postdam, fui a ver la parada militar a la que Federico no faltaba casi nunca. Al verme, se me acercó y me preguntó familiarmente cuando contaba partir para San Petersburgo.

—Dentro de cinco o seis días, si Su Majestad me lo permite.

—Feliz viaje; pero, ¿qué espera en aquel país?

—Lo que esperaba en éste; ser agradable al soberano.

—¿Va recomendado a la emperatriz?

—No, señor, a un banquero solamente.

—A decir verdad, eso es mucho mejor. Si vuelve a pasar por aquí, tenga la gentileza de darme noticias de aquel país. Adiós.

—Adiós, señor.

Tal fue la segunda y última conversación que tuve con aquel gran rey, a quien no volví a ver.

Después de haberme despedido de mis amigos, y haber recibido del barón Treidel una carta para el señor de Kaiserling, gran canciller en Mittau, con otra adentro para su hermana la duquesa de Courlande, pasé mi última noche con la tierna Denis, que me compró mi silla de posta, y partí con doscientos ducados en el bolsillo. Esta cantidad me hubiera bastado para todo el viaje, si no hubiese cometido la locura de una noche de jolgorio en Dantzic con varios jóvenes comerciantes. Eso me impidió pasar unos cuantos días en Koenigsberg, donde iba recomendado al feld-mariscal de Lehwald, que estaba allí como gobernador. Sólo pasé allí un día para tener el gusto de comer con aquel amable anciano, que me dio una carta para su leal amigo el general Woiakoff, gobernador de Riga.

Considerándome bastante rico para llegar a Mittau a lo gran señor, tomé un coche de cuatro asientos y seis caballos, y a los tres días llegué a Memel.

Un día después de haber salido de Memel, un hombre solo, en pleno campo, vino a decirme que me encontraba en tierra de Polonia, y que había de pagar un derecho de tránsito por la mercadería que pudiese llevar.

—No soy mercader —le dije— y nada tengo que pagar.

—Estoy autorizado para registrarlo y quiero usar de mi derecho.

—Está loco —le grité. Y di orden al cochero de seguir andando. Pero el hombre, que era judío, agarró a los primeros caballos de la brida. El postillón, lejos de rechazarlo a latigazos, aguardó con su flema tedesca que yo bajase. Salté furioso, y con mi bastón en una mano y una pistola en la otra, obligué al judío a huir, no sin que le arrimase antes cinco o seis palos.

Dos días después llegué a Mittau y me hospedé en la posada que había frente al palacio. Sólo me quedaban tres ducados en el bolsillo.

Al día siguiente, por la mañana, me presenté en casa del señor de Kaiserling, quien, después de haber leído la carta del barón de Treidel, me presentó a su esposa y me dejó con ella para ir a la corte y entregar a la duquesa la carta de su hermano.

La señora de Kaiserling me hizo servir una taza de chocolate por una joven polonesa de magnífica hermosura, que permaneció delante de mí, con los ojos bajos, como queriéndome dejar en la libertad de contemplarla. Entonces se me ocurrió una idea, un capricho curioso, saqué con disimulo de mi bolsillo los tres ducados que me quedaban y los puse en la bandeja al mismo tiempo que la taza.

Volvió el canciller y me anunció que la duquesa no podía recibirme en aquel momento, pero que me invitaba a cenar y al baile que daba aquella misma noche.

Acepté la cena y rehusé el baile, con el pretexto que no llevaba más que trajes de verano y una casaca negra. Era a principios de octubre, y el frío ya se dejaba sentir. El canciller regresó a la corte y yo a la posada.

Media hora después, vino un chambelán a saludarme de parte de Su Alteza, y anunciarme que el baile sería de máscaras.

—Fácilmente ha de hallar un dominó en casa de un judío. El baile iba a ser de trajes, pero la duquesa hizo avisar a todos los convidados que sería de máscaras, porque un extranjero que asistiría no había recibido aun todo su equipaje.

—Siento haber motivado ese cambio.

—No se disculpe, porque como el baile de máscaras es más libre, gusta más a todo el mundo.

Después de haberme indicado la hora, se marchó.

Como la moneda prusiana, la peor de Alemania, no se cotiza en Rusia, se me presentó un judío a preguntarme si tenía federicos de oro, para cambiármelos por ducados sin perder yo en el cambio.

—No tengo más que ducados —le dije— de modo que no puedo aceptar su oferta.

—Lo sé, caballero, y los da por poca cosa.

No comprendiendo lo que quería decir, lo miré fijamente; entonces agregó que me daría gustoso doscientos ducados si yo tenía la gentileza de hacérselos descontar en rublos sobre San Petersburgo. Algo sorprendido de la confianza de aquel hombre, pero simulando reflexionar, le dije que no necesitaba, pero que, para complacerle, le tomaría cien. Me los contó en el acto con aire de agradecimiento, y le entregué una letra contra el banquero Demetrio Papanelopoulo, para el cual yo llevaba una carta. El judío se fue, y me dijo que iba a mandarme unos cuantos dominós para que pudiese escoger uno a mi gusto. Acordándome en aquel instante de que también necesitaba medias de seda, le dije que me trajese unos pares.

El criado que me servía me dijo que el posadero le había contado que yo tiraba el dinero por la ventana; al judío le había dicho que yo había dado tres ducados a la criada de la señora Kaiserling, que no había hecho más que servirme una taza de chocolate.

Ya estaba descubierto el enigma; y he aquí cómo nada es fácil ni difícil en el mundo, según se hacen bien o mal las cosas, o nos es favorable o adversa la fortuna.

Habiendo ido a la corte a la hora indicada, el señor de Kaiserling me presentó en seguida a la duquesa, y ésta al duque, que era el célebre Biron o Birlen, antiguo favorito de la emperatriz Ana

Iwanowa, regente de Rusia después de la muerte de esta soberana y condenado luego a pasar veinte años en la célebre Siberia.

Un cuarto de hora después de mi llegada, se inició el baile con una polonesa. Como extranjero recomendado, la duquesa me hizo bailar con ella.

Después de una contradanza que bailé con la señora de Manteuffel, la más hermosa de las cuatro damas de honor de la duquesa, Su Alteza me hizo avisar que la cena estaba servida. Le ofrecí mi brazo y me hallé sentado al lado de ella, a una mesa de doce cubiertos, donde no había más hombres que yo. Pero no envidies mi suerte, lector, ¡mis once compañeras eran viejas todas!

Después de la cena, volvimos al baile, y el chambelán que me había traído la invitación, me dio a conocer a todas las mujeres pero no tuve tiempo de hacer la corte a nadie.

Al día siguiente, comí en casa del señor de Kaiserling; al otro día en casa del duque, donde no hallé más que hombres.

El duque quiso hacerme conducir a Riga en uno de sus coches, y me entregó una carta para el príncipe Carlos, su hijo, que se hallaba en aquel lugar, en la guarnición. Como recompensa de un informe que le había escrito sobre explotación de minas, que era la principal riqueza del país, me dio un billete de cuatrocientos albertsthalers, que su cajero me entregó en ducados.

Partí contento y llegé a Riga a las doce del día. Inmediatamente envié al príncipe Carlos la carta de su padre que yo llevaba.

El príncipe me recibió con mucha distinción. Puso a mi disposición su mesa, su sociedad, sus placeres, sus caballos, sus consejos y su bolsillo, todo con noble franqueza militar.

—No le ofrezco casa —añadió— porque no vivo muy cómodo pero encontrará alojamiento.

Apenas instalado, el general vino a verme y me obligó a ir a comer con él tal como me encontraba. En la mesa me encontré con un antiguo conocido y paisano, el célebre bailarín Campioni, hombre de talento y de mucha gracia; con el barón de Santa Elena, vividor, cargado de deudas; con su mujer, bonita, pero insignificante, y con la querida del príncipe, flaca, pálida y melancólica.

El príncipe también estaba cargado de deudas porque era jugador y perdedor, y su amante le costaba mucho dinero y muchísima paciencia, a causa de su carácter caprichoso, descontentadizo y agrio.

El príncipe había prometido casarse a los dos años, y transcurrido este tiempo, ella le negaba sus favores, por temor de agregar un hijo a los dos que de él ya tenía.

El príncipe dio una comida de ceremonia al general en jefe Woiakoff, para quien yo llevaba una carta del general Lehwald; a la baronesa Korff de Mittau, a la señora Ittinoff y a una hermosa joven que iba a casarse con el barón de Budberg, que yo había conocido en Florencia, en Turín y en Augsburgo.

Toda aquella gente me hizo pasar tres semanas muy agradables, y quedé sobre todo muy agradecido a las atenciones del general Woiakoff.

Una noche en que Campioni jugaba en casa del príncipe por cuenta de éste, vino un ruso y perdió bajo palabra veinte mil rublos. Firmó papeles por esa cantidad, mas yo desconfiaba de su buena fe. Llevando una cierta parte en la banca, dije que cedería mi parte por cien rublos; el príncipe me tomó la palabra y me entregó en el acto dicha cantidad. De este modo fui el único que salió ganando, porque el ruso produjo un escándalo en San Petersburgo, declarando nulos sus

pagarés ante el tribunal de comercio, y fue causa de que se prohibiera el juego aun en el alojamiento de los oficiales superiores. Catalina II, deseando mostrarse a los nuevos Estados de que era soberana, a pesar de haber puesto en el trono de Polonia un títere de rey cuando eligió a Estanislao Poniatowski, su antiguo favorito, pasó por Riga, y allí fue donde vi por primera vez a aquella gran princesa. Presencí la afabilidad y gracia con que recibió los homenajes de la nobleza livoniense, y los besos en la boca que dio a todas las nobles señoritas que se acercaron a ella para besarle la mano. Iba rodeada de los Orloff y de algunos otros señores que se habían encontrado al frente de la vieja conspiración. Para obsequiar a sus fieles servidores, la emperatriz les dijo sonriéndose que quería cederles una banca de faraón de diez mil rublos.

En un instante, mesa y barajas estuvieron preparadas, y se colocaron pilas de oro en círculo. Ella agarró la baraja, simuló barajar e hizo cortar a uno cualquiera. Tuvo el gusto de verse desbancar a la primera talla, y esto tenía que suceder, proque a menos de ser tontos, los puntos habían de saber la carta que seguía.

Al día siguiente, la soberana partió para Mittau, donde la recibieron con arcos de triunfo de flores.

Dos días después, la sorpresa fue grande, pues llegó la noticia de que una revolución estaba a punto de estallar en San Petersburgo. Habían querido sacar por medio de la fuerza, de la ciudadela donde estaba preso, al infeliz Iwan Iwanowitz, que había sido proclamado emperador en la cuna, y que Isabel Petrowna había destronado. Dos oficiales, a quienes estaba confiada la guardia del infortunado príncipe, lo mataron, cuando vieron que no tenían bastante fuerzas para impedir que les fuese arrebatado.

El asesinato de la inocente víctima produjo tal sensación en la opinión pública que el prudente Panine, temiendo la efervescencia suscitada por el hecho, envió correo tras correo, suplicando a la emperatriz Catalina que volviese para dejarse ver en medio del pueblo. Esto obligó a la zarina a salir de Mittau veinticuatro horas después de su llegada; en vez de continuar su paseo hasta Varsovia, volvió en seguida a San Petersburgo, donde halló ya todo en el estado más normal. La política hizo gratificar a los asesinos del desgraciado Iwan, y mandó cortar la cabeza al audaz que había intentado el golpe con la esperanza de obtener beneficios.

Se hizo correr la voz de que Catalina estaba de acuerdo con los asesinos, pero no tardó en descubrirse que esta suposición era una calumnia. La zarina era de carácter fuerte, pero no pérfida ni cruel. Cuando la vi en Riga, tenía treinta y cinco años y hacía dos que reinaba. Sin ser hermosa, era agradable, alta, bien formada, afable, calmosa y tranquila.

Partí de Riga el día 15 de diciembre, con un frío de 15 grados bajo cero; pero me libré de él no saliendo de mi coche en las sesenta horas que duró mi viaje. Para esto había pagado en Riga todos los relevos hasta San Petersburgo, y el mariscal Braun, gobernador de Livonia, me había hecho entregar el pase de postas. En el pescante iba un criado francés, que se avino a servirme durante el viaje, sin más salario que un puesto al lado del cochero. Cumplió su promesa; me sirvió bien, y a pesar de ir mal vestido, soportó aquel frío terrible durante dos días y tres noches sin aparentemente sentirlo.

De Koporie a San Petersburgo no hay más que una sola cama en una casita de mala muerte, que no es la posta. El país está desierto, y ni siquiera se habla el ruso. Es Ingria, cuyo dialecto no tiene, según creo, ninguna relación con otra lengua. Los campesinos de aquella comarca son ladrones de oficio, pues roban todo lo que pueden a los viajeros que pierden en un instante sus equipajes.

Llegué a San Petersburgo en el momento en que los primeros rayos del sol aparecían por el horizonte. Como nos encontrábamos en el solsticio de invierno y vi salir el sol al extremo de una inmensa planicie a las nueve y veinticuatro minutos, puedo asegurar que la noche más larga de aquel clima es de dieciocho horas y tres cuartos.

Fui a vivir en una calle ancha y hermosa que denominan Millona. Me dieron por poco precio dos buenos cuartos, absolutamente vacíos, pero en los cuales pusieron dos camas, cuatro sillas y dos mesitas. Viendo unas estufas descomunales, creí que se necesitaba una enorme cantidad de leña para calentarlas pero me equivocaba. Sólo en Rusia conocen el arte de construir estufas, como en Venecia el de construir cisternas. Es admirable la manera como se distribuye el calor. Las estufas sólo se calientan una vez en veinticuatro horas, porque se cierra una válvula superior tan pronto como la leña está totalmente encendida.

Sólo en casa de los ricos se encienden dos veces, porque a los criados les está severamente prohibido cerrar la válvula, y evitar así que se consuma la leña.

Compré algunos muebles que me eran indispensables y que entonces no estaban muy en uso en Rusia.

La lengua de San Petersburgo, excepto entre el bajo pueblo, era la alemana, y entonces yo no la hablaba mejor que ahora. Me explicaba, pues, con bastante dificultad, y siempre hacía reír a los que me oían. Es la costumbre del país, y confieso que me costó trabajo acostumbrarme a ella.

Aquel mismo día había baile de máscaras, en la corte, para cinco mil personas, y el baile duraba sesenta horas. Mi casero me dio un billete, y como aun tenía yo el dominó de que me había servido en Mittau, sólo tuve que comprar una careta.

Me hice llevar a la corte en silla de manos y encontré un gran gentío, que bailaba en varios salones donde tocaban diferentes orquestas. Llegué a vastos servicios de comedor, llenos de comestibles y licores. Todo el que tenía apetito o sed, comía o bebía a su antojo. La alegría y la libertad se imponían en todas partes, y la luz de las bujías difundía la más viva claridad. Todo aquello me pareció magnífico, por no decir admirable. De pronto una máscara dijo a otra que estaba a mi lado: "¡La zarina! No tardaremos en ver a Gregorio Orloff, pues tiene orden de seguirla a cierta distancia, y viste un dominó que vale lo menos mil copecks, como el de Catalina."

Seguí aquella máscara y no tardé en convencerme de que era la soberana, pues veinte máscaras lo repetían a derecha e izquierda, aunque nadie aparentaba conocerla. Los que realmente no la conocían, la empujaban al cruzar por entre el gentío, y ella debía alegrarse de ver que no era conocida. La vi sentarse varias veces al lado de personas que hablaban ruso y que quizá eran servidores de ella. Vi siempre a cierta distancia la máscara a quien habían llamado Orloff y que no la perdía un momento de vista. A pesar de su disfraz, todo el mundo lo conocía, por su elevada estatura y su manera de llevar la cabeza hacia adelante.

Habiendo entrado en un salón donde se bailaba la contradanza francesa, me llamó la atención la voz de una máscara que, rodeada de otras máscaras, hablaba parisiense, con voz falsete, al estilo del baile de la Opera. Tuve la paciencia de seguirla durante una hora, esperando que se quitase un momento la careta. Así lo hizo, por fin, y júzguese cuál sería mi sorpresa al encontrarme frente a la Baret, aquella linda tendera de medias de seda de la esquina de la calle de Saint-Honoré. De inmediato despertó mi amor; me acerco y digo en falsete que soy su amigo del hotel d'Elbeuf.

Quedó sorprendida. Entonces le dije al oído: Gilbert Baret, rue des Prouvaires, y otras cosas que sólo ella y un amante podían saber.

Viendo que conocía su vida íntima, deja a todo el mundo, se toma de mi brazo para pasearse y me suplica que le diga quién soy.

—Soy aquel hombre a quien hiciste feliz en otra época; pero antes de que le diga más, dígame con quién está aquí y cómo es que ha venido.

—Le pido que no diga a nadie lo que sabe de mí. Me fui de París con el señor de Anglada, consejero del parlamento de Rouen. Después de haber vivido feliz algún tiempo con él, lo dejé para seguir a un empresario de ópera cómica que me trajo aquí utilizando el nombre de Anglada como actriz. Mientras estoy con el conde Rzewuski, embajador de Polonia. Ahora que lo sabe todo dígame quién es.

Seguro de enamorarla de nuevo, me levanté la careta. Loca de alegría me apretó las manos y me dijo:

—Mi ángel bueno lo ha traído aquí.

—¿Y eso?

—Como Rzewuski está obligado a volverse a Polonia, sólo podré confiarme en ti para poder irme de Rusia, donde me aburro, obligada como estoy a desempeñar un oficio para el cual no nací: no sé cantar ni representar comedias.

Me dio su dirección y nos separamos.

Después de haber pasado media hora arrimado a una mesa, donde comí manjares bastante buenos y bebí vinos de Francia, di otra vuelta por entre el gentío y me fui a la cama al amanecer.

Después de haber dormido bien, abrí los ojos; pero no viendo luz, me volví del otro lado y volví a dormirme. Habiéndome despertado por segunda vez, vi un poco de claridad al través de mis dobles ventanas, me levanté y mandé buscar un peluquero, diciendo al criado que se apurara, porque yo quería ir a misa el primer domingo de mi permanencia en San Petersburgo.

—Pero, señorito, el primer domingo era ayer; hoy es lunes.

— ¡Cómo!, ¿lunes?

—Sí, señor.

Había dormido veintisiete horas.

Es el único día que puedo contar como realmente perdido en mi vida, y no lo lloro como el emperador romano; pero no es éste el único punto de diferencia que existe entre Tito y yo. Me fui a ver a Demetrio Papanelopoulo, comerciante griego, en casa de quien yo tenía crédito de cien rublos mensuales. Me recibió perfectamente, y me pidió que fuese a comer con él todos los días; me pagó el mes vencido, me dijo que había aceptado mi letra de Mittau, y me encontró un criado del que respondió y un coche por dieciocho rublos al mes, lo que equivale a un poco más de seis ducados, baratura que hoy ya no existe.

Al día siguiente llevé una carta de recomendación al señor Pietro Iwanowitch Melissino, quien me recibió con atención, me presentó a su esposa y me invitó para cenar siempre en su casa. Vivían a la francesa; se jugaba y cenaba alternativamente. Allí conocí a su hermano mayor, procurador del sínodo, y casado con una princesa Dolgorouk. Llevaba la banca el barón Lefort, hijo del célebre almirante Pedro Le Grand. Yo jugué la primera noche y gané unos cuantos rublos.

Intimé bastante con el barón Lefort. Hablando un día del juego, elogí la noble indiferencia con que cierto príncipe había perdido contra él mil rublos. El barón se echó a reír y me dijo que el gran jugador cuyo desinterés yo tanto admiraba, jugaba a crédito y no pagaba.

—¿Y el honor?

—Los rusos tienen su honor en otro lado, y aquí nadie se deshonra no pagando las deudas de juego. Por lo demás, en toda Rusia se juega con mayor deshonestidad que en los más sospechosos garitos de los demás países. Conozco a muchos jóvenes de la primera nobleza que se envanecen de saber trampear. Un tal Matuschkin acaba de obtener el permiso de viajar tres años por el extranjero; dice públicamente que va a demostrar su habilidad en hacer trampas en el juego. Y volverá a Rusia enriquecido con los despojos de sus víctimas.

Papanelopoulo me hizo conocer al ministro Alsuwieff, hombre de talento y único literato que conocí en Rusia. El me presentó a su colega Teploff, secretario de gabinete, el que había estrangulado a Pedro III.

La bailarina Mécour, a quien yo había entregado una carta de Santina, me presentó a su amante, el tercer secretario de gabinete, Ghelaghin, que había pasado veinte años desterrado en Siberia.

Cada día extendía el círculo de mis relaciones, tanto en la esfera aristocrática como en la de todos los que se relacionaban con el teatro. En casa del *castrato* Luini conocí a su colega Millico, y en casa de éste a Nerischkin, esposo de la célebre María Paulowna. En la mesa de este último conocí a Platón, hoy arzobispo de Novgorod y entonces predicador de la emperatriz. Este fraile astuto hablaba el griego, el latín y el francés; además era gracioso y buen mozo, condiciones todas para hacer fortuna en un país donde la nobleza no ha querido nunca rebajarse al nivel de aspirar a las dignidades eclesiásticas.

Llevando una carta para la princesa Doschkoff, se la llevé a tres leguas de San Petersburgo, a una casa de campo donde vivía desterrada, porque después de haber ayudado a la emperatriz a subir al trono, había pretendido compartirlo con ella. La encontré de luto a causa de la muerte de su marido. Me recibió gentilmente y prometió hablar de mí al señor Panine. Tres días después me escribió diciéndome que podía presentarme a este señor cuando quisiese. Aquello me hizo ver a la emperatriz según la figura de un verdadero hombre de Estado. Ella había destituido a la princesa, pero no impedía a un ministro favorito que fuese a verla todas las noches. Oí decir a personas dignas de ser creídas que el conde Panine no era el amante, sino el padre de la princesa Doschkoff, que es actualmente presidenta de la academia de ciencias, y sin duda los sabios han debido considerarla como una nueva Minerva, porque, de lo contrario, se avergonzarían de tener una mujer al frente.

Asistí con Melissino a un acto extraordinario, el día de la Epifanía: era la bendición de las aguas sobre el Neva, cubierto entonces de cinco pies de hielo.

Después de haber bendecido las aguas, se bautiza a los niños por inmersión, metiéndolos en un gran agujero hecho en el hielo. Sucedió ese mismo día que al pope se le escapó un niño en el momento de la inmersión.

— ¡*Drugoi!* —exclamó.

Es decir: venga otro. Pero imaginen cuál sería mi sorpresa cuando vi al padre y a la madre locos de alegría. Estaban seguros de que su hijo había volado al cielo. ¡Dichosa ignorancia!

El embajador de Polonia se marchó a su país, y tuve que interrumpir mis amores con la bella Anglada, la cual aceptó una proposición ventajosa del conde Braun y marchó con él. Esta linda francesa murió de viruelas meses después.

Hallándome en una partida de campo con el oficial de guardias Zinowieff, el mismo que estuvo veinte años en Madrid como ministro de la emperatriz, echamos a correr detrás de una linda campesina que se refugió en su casa. Entramos detrás de ella y vimos a su padre y a su madre rodeados de niños, y a la muchacha acurrucada en un rincón.

Zinowieff habló largo rato con el padre en ruso, que yo no entendía. La muchacha se adelantó sumisa a la orden de su padre, y permaneció delante de nosotros con los ojos hacia el suelo.

Después de haber salido, el oficial me relató todo, diciendo que había pedido la muchacha para criada, y que el padre había contestado que no deseaba otra cosa, pero que quería cien rublos, porque la jovencita era virgen.

—¿Y si yo estuviese dispuesto a darlos? —le dije.

—Sería su criada, y podría hacer de ella lo que le diese la gana, excepto matarla.

—¿Y si ella no quisiese?

—Eso no sucede nunca; pero en tal caso podría recurrir a una paliza.

—Supongamos que esté contenta; y si después de haber gozado de ella, la encuentro a mi gusto, ¿puedo guardarla?

—Usted es dueño absoluto de ella; y puede denunciarla si se escapa, a menos que le devuelva los cien rublos.

—¿Cuánto tendría que darle cada mes?

—Nada; mantenerla y dejarla ir a la ceremonia del baño el sábado, para que pueda ir a la iglesia el domingo.

—¿Y cuando me vaya de San Petesburgo podré obligarla a que me siga?

—No, sino mediante permiso y fianza, porque ante todo es sierva de la emperatriz.

—Bien; ¿quiere usted encargarse de este asunto? Daré los cien rublos y me la llevaré.

—De todo me encargo.

Volvimos a la casita de campo, donde encontramos al padre, a la madre y a la hija. Zinowieff les explicó la cosa según el estilo del país; el padre dio las gracias a San Nicolás por tan buena fortuna, dirigió la palabra a su hija, ésta me miró y pronunció suavemente el sí, que yo entendí.

Zinowieff me dijo entonces que yo había de verificar de que estaba intacta. Temiendo ofenderla, me negué a todo examen.

—La muchacha se ofenderá por el hecho de que no la registre. Debe convencer a sus padres de que hasta aquí ha sido juiciosa.

La sometí entonces a la prueba del modo más delicado y la encontré intacta.

Zinowieff entregó luego los cien rublos al padre, quien los dio a la hija; ésta no los tomó sino para darlos a su madre. Mi criado y mi cochero entraron para firmar el contrato, como testigos, de un convenio cuyo contenido ignoraban completamente.

Esta muchacha, a quien di el nombre de Zaira subió en el coche y fue con nosotros a San Petesburgo, cubierta con un paño basto y sin camisa.

Me encerré con ella y no salí de mi casa en cuatro días, hasta verla vestida a la francesa, discretamente, pero con buen gusto. Sentía mucho no saber el ruso, pero en menos de tres meses

Zaira supo lo bastante el italiano para decirme cuanto me quería y para comprenderme. No tardó en amarme, y se volvió celosa.

CAPITULO IX

del tomo 9

En el mes de mayo, Zaira se había vuelto tan bella, que teniendo yo ganas de ir a Moscú, no tuve valor para dejarla en San Petersburgo.

Cada sábado iba yo a los baños rusos con ella. Treinta o cuarenta hombres y mujeres, todos desnudos, se bañaban juntos. Como nadie mira a los demás, cada cual cree que los otros no le miran a él. Me sorprendía que nadie mirase a Zaira, que me parecía el original de la estatua de Psyché que yo había visto en la Villa Borghese en Roma.

Tres cosas habían contribuido a que la muchacha se enamorase locamente de mí: en primer lugar, yo la acompañaba a menudo a ver a su familia, a la cual dejaba siempre un rublo como regalo; en segundo lugar, la hacía comer conmigo; y por último, le había dado tres o cuatro palizas, a causa de sus exagerados celos que le hacían cometer impertinencias y hasta la llevaron al extremo de quererme matar.

Por aquel tiempo, la emperatriz hizo construir un anfiteatro de madera tan grande como lo permitió la plaza que se halla ante su palacio. Había de contener cien mil personas, y en él Catalina quería dar un magnífico torneo a todos los nobles de su imperio. Proyectaban la concurrencia de cuatro cuadrillas formadas por cien jinetes cada una, ricamente vestidos con el traje de la nación que representasen. Estas cuadrillas habían de batirse corriendo a caballo, unas contra otras, habiendo premios de mucho valor. Toda Rusia estaba enterada de aquella suntuosa fiesta que había de celebrarse en honor de la soberana. Príncipes, condes y barones llegaban ya con sus mejores caballos de los más lejanos confines del imperio. El príncipe Carlos de Courlande me había escrito que iba a venir.

Se había resuelto que la fiesta se celebraría el primer día de buen tiempo; en San Petersburgo, un día entero sin nieve, sin lluvia y sin viento: es esto un fenómeno bastante raro a menos que haga mucho frío.

En todo el año de 1765, no hubo en Rusia un solo día de buen tiempo; y la prueba de ello está en que el famoso torneo no pudo celebrarse. Tuvo que cubrirse el anfiteatro, y la fiesta se hizo el año siguiente.

Hechos los preparativos para mi viaje a Moscú, me metí en mi coche con Zaira, llevando en la trasera un criado que hablaba ruso y alemán. Por ochenta rublos, un *chevochic* ruso [alquilador de caballos] se comprometió a transportarme a Moscú en seis días y siete noches, con seis caballos. Era barato. La distancia es de quinientas millas italianas, o sea unas ciento sesenta leguas.

Era a fines de mayo, época en que apenas hace noche en San Petersburgo. Sin el cañonazo que anuncia que el sol se pone, nadie lo notaría. Se puede leer una carta a medianoche. Aquel día continuo dura ocho semanas. En ese tiempo, nadie enciende luces. No sucede lo mismo en Moscú.

Llegamos a Novgorod en cuarenta y ocho horas, donde descansamos cinco.

Seguimos hacia Moscú y llegamos como lo había prometido nuestro *chevochic*. Viajando con los mismos caballos, no era posible marchar más rápido.

Me hospedé en una buena posada, donde me dieron dos cuartos, y una cochera para mi carruaje. Después de comer, alquilé un coche de dos asientos y tomé un criado que hablaba francés. Mi coche era de cuatro caballos, porque Moscú es una vasta ciudad compuesta de cuatro poblaciones, y hay que correr mucho por calles mal empedradas, cuando se tienen muchas visitas que hacer. Yo llevaba cinco o seis cartas y quise presentarlas todas. Seguro de no bajar del coche, llevaba a Zaira conmigo, pues deseaba verlo todo. No recuerdo qué fiesta celebraba la Iglesia ortodoxa aquel día, pero siempre me acordaré del terrible repiqueteo de campanas que oí en todas las calles, porque en todas partes hay iglesias.

Presenté mis cartas de recomendación, y recibí muchas invitaciones. Zaira me acompañaba siempre y desempeñó admirablemente su papel; nadie se atrevía a preguntar si era mi hija, mi amante o mi criada.

Los que no han visto Moscú no pueden decir que han visto Rusia, porque los rusos de San Petersburgo no son verdaderos rusos. Los de Moscú compadecen a todos los que se marchan de ella por obligación o por interés; para ellos, expatriarse es vivir fuera de Moscú.

En ocho días lo vi todo: fábricas, iglesias, antiguos monumentos, gabinetes, bibliotecas, la famosa campana.

Las mujeres me parecieron más hermosas que en San Petersburgo, y sobre todo más propensas a entregar sus favores, aunque son mujeres de su hogar. En las casas moscovitas la comida es abundante, pero poco delicada. Su mesa está siempre puesta para los amigos y conocidos; un amigo lleva a comer cinco o seis personas, sin cumplidos, y a veces al fin de la comida.

No dan agua a los criados, que son, sin embargo, numerosos, sino una bebida ligera, agradable y nutritiva. Todos son muy devotos de San Nicolás. Sólo ruegan a Dios poniendo por intercesor a este santo, cuya imagen se halla siempre en algún rincón de las habitaciones. El que entra, hace su primera reverencia a la imagen, la segunda al señor de la casa.

En general, los moscovitas son los cristianos más supersticiosos del mundo. Su liturgia es griega; el pueblo no la entiende, y el clero, muy ignorante, no se preocupa por sacarlo de su ignorancia y oscurantismo.

Volvimos a San Petersburgo como habíamos venido.

La primera novedad que encontré a mi regreso, fue un *úkase* que ordenaba la erección de un gran templo en la Moscova; frente a las habitaciones que yo ocupaba. Este templo había de ser consagrado al Altísimo.

Todo el mundo me creía feliz y no lo era. Desde mi reclusión en los Plomos, me había vuelto propenso a afecciones hemorroidales internas que me molestaban tres o cuatro veces al año. En San Petersburgo, aquellas afecciones se agravaron, y fui atormentado por ellas de tal modo, que perdí el buen humor y me consideré verdaderamente desdichado. Un médico octogenario me dio la triste noticia de que yo tenía una fístula en el recto. Sufrí mucho, no tanto por la enfermedad como por el régimen a que tuve que someterme.

La inteligencia de los rusos es varonil; no gratifican la gracia ni la destreza; buscan la precisión y la fuerza.

Voltaire acababa de enviar a la emperatriz su *Filosofía de la Historia*, que había escrito para ella y que le había dedicado en seis líneas. Un mes después, se agotó en ocho días una edición de tres mil ejemplares.

En aquel entonces los literatos, los aficionados, los militares no conocían, no leían y no celebraban más que al filósofo de Ferney.

Visité sucesivamente Czarskoe-Zelo, Peterhoff y Cronstadt. Escribí sobre varios asuntos con el propósito de ver si podía entrar al servicio civil. Presenté mis escritos, que fueron leídos por la emperatriz, pero sin resultado.

En Rusia sólo se hace caso de los convocados; aquellos que se presentan por sí mismos, raramente hacen carrera en aquel país.

De acuerdo con Panine, me fui a pasear un día por el jardín de verano, con el fin de que la emperatriz me encontrara y yo pudiese irme de San Petersburgo con el honor de haber hablado con ella.

Iba mirando las estatuas, de mala piedra y peor gusto, que adornan la alameda. Lo más chocante eran los nombres que habían grabado al pie. Una especie de dolorosa representaba a Demócrito; otra que parecía desvencijarse las mandíbulas, llevaba el nombre de Heráclito; un anciano de larga barba se llamaba Safo, y una vieja de ruinosos pechos llevaba el nombre de Aviceno.

Me sonreía de ver la aberración que había dado forma a aquel contrasentido, cuando vi a la zarina que avanzaba hacia mí, precedida del conde Gregorio Orloff y seguida de dos damas. El conde Panine, iba a su izquierda. Me aparté para dejarlos pasar; pero cuando estuvo delante, me preguntó sonriéndose si la belleza de aquellas estatuas me había interesado. Le contesté, siguiendo su tono, que imaginaba que las habían puesto allí para engañar a los necios o para hacer reír a los que conocían un poco la historia.

—Todo lo que yo sé —me dijo la emperatriz— es que engañaron a mi pobre tía, que no se preocupaba por descubrir esos pequeños fraudes. Supongo que no todo lo que habrá visto aquí le habrá parecido tan ridículo como esas estatuas.

Hubiera faltado a la verdad y a la buena educación, si no hubiese demostrado que en Rusia, lo que hacía reír no era más que el vestigio de lo que había que admirar. Estuve hablando a la soberana durante más de un cuarto de hora sobre las cosas más notables que yo había encontrado en San Petersburgo.

Habiendo citado al rey de Prusia, no sé a propósito de qué, elogí al gran monarca, pero critiqué la insoportable costumbre que tenía de no dejar nunca a la persona a quien interrogaba tiempo de acabar su respuesta.

Sonriéndose entonces con mucha gracia, la emperatriz me preguntó de qué había hablado con aquel rey, y yo se lo referí todo de la manera más beneficiosa para él.

Catalina tuvo luego la gentileza de decirme que nunca me había visto en el *Courtag*. Este era un concierto instrumental y vocal que ella daba en su palacio todos los domingos después de la comida, y al cual todo el mundo podía asistir. Ella se paseaba por allí, y dirigía la palabra a los que quería honrar.

Le dije que sólo había ido una vez, porque tenía la desgracia de que no me gustase la música. Volviéndose entonces hacia su amado Panine, dijo sonriendo que conocía una persona que tenía la misma desgracia. Lo de que no me gustaba la música, era simplemente una hábil mentira de cortesano; yo sabía que a Catalina le gustaba poco. ¿Y qué cortesano no miente con el soberano, sobre todo cuando éste lleva faldas?

La zarina dejó de escucharme para hablar al señor Bezkoï, que acababa de acercarse, y como el señor Panine se separó de ella, salí yo también del jardín, satisfecho del honor que había tenido.

Algunos días después el conde Panine me dijo que la emperatriz le había preguntado dos veces por mí.

Sabiendo que le había caído en gracia, multipliqué mis paseos por el jardín de verano, y he aquí la segunda entrevista que tuve con ella.

Habiéndome visto de lejos, me envió un oficial para que yo me acercase, y como hablaba del torneo que el mal tiempo había impedido, me preguntó si en Venecia se podría dar un espectáculo de ese estilo.

Sobre esto, le dije muchas cosas sobre los espectáculos que no podían celebrarse sino allí, y que la divertirían. Añadí que el clima de mi patria era mucho menos crudo que el de Rusia, pues los días ordinarios son los de sol, mientras que en San Petersburgo los de buen tiempo son la excepción, a pesar del año que los extranjeros encuentran más corto que en los demás países.

—Es verdad —dijo ella— el de ustedes tiene once días más.

—¿No sería una operación digna de Su Majestad, hacer al año ruso similar al nuestro, adoptando el calendario gregoriano? Todos los protestantes lo han hecho con ventaja, e Inglaterra, adoptándolo hace catorce años, ha ganado ya varios millones. Europa extraña, señora, que el viejo calendario subsista en un Estado donde el soberano es el jefe visible de la Iglesia, y cuando la capital posee una Academia de ciencias. Se cree que Pedro el Grande, que quiso que se empezase el año el día primero de enero, hubiera abolido también el viejo sistema, si no hubiese creído que su interés estaba en adecuarse a Inglaterra, que efectuaba entonces el comercio del imperio de Su Majestad.

—De hecho —dijo ella con afable sonrisa— Pedro el Grande era un monarca verdaderamente sabio.

—Era más que sabio, señora; era un genio de primer orden.

Y le hice la descripción del gran emperador, interpretando sus sentimientos.

Su Majestad, que me había escuchado atentamente, iba a contestarme, cuando vio a dos damas a quienes hizo llamar. Entonces me dijo:

—Le contestaré otra vez.

Esta otra vez llegó ocho o diez días después, cuando yo creía que había olvidado nuestra conversación.

Empezó por decirme que lo que yo deseaba que ella hiciese para beneficio de Rusia, estaba hecho.

—Todas las cartas que escribimos al extranjero, todos los actos públicos que pueden interesar a la historia, van de hoy en adelante marcados con las dos fechas, y todo el mundo sabe que la que excede de once días es la moderna.

—Me atreveré a observar a Su Majestad, que hacia el fin de este siglo los días excedentes serán doce.

—De ningún modo, porque también esto se ha tenido en cuenta. El último año de este siglo, que no es bisiesto entre ustedes, tampoco lo será aquí. De modo que entre unos y otros no habrá ninguna diferencia real.

Catalina prolongó su discurso, explicando detalladamente algunos puntos científicos relacionados con la materia en cuestión.

—Lo que Su Majestad acaba de decirme es muy prudente y muy sabio. Me ha colmado de admiración, señora.

No tuve la menor duda que la emperatriz había estudiado expresamente la materia con el fin de asombrarme.

El exterior y la palabra de Catalina, enteramente opuestos a los del rey de Prusia, indicaban un genio más vasto que el de este monarca.

Cuando se examina la vida de Federico se admira su valor, pero al mismo tiempo se ve que sin la buena suerte, hubiera sucumbido. Cuando, por el contrario, se examina la de Catalina, se ve que debió contar muy poco con el auxilio de la fortuna.

En otra entrevista que tuve con la zarina, amplió sus comentarios acerca de los dos calendarios y del trastorno que causaría en el ruso culto la adopción del gregoriano. Luego criticó todo lo que la rutina mantenía en Venecia por sobre el progreso.

Fue la última entrevista que tuve con aquella célebre mujer que supo reinar treinta y cinco años sin errar en sus decisiones. El historiador le concederá siempre uno de los mejores puestos en la historia de los grandes soberanos, a pesar de los moralistas que la colocarán justificadamente en la clase de mujeres sensuales.

Pocos días antes de mi partida, obsequié a todos mis amigos con un agasajo. Mi cena de treinta cubiertos fue exquisita y mi baile brillante. A pesar de mi escasez de dinero, me sentí obligado a dar a mis conocidos aquella prueba de mi gratitud por todas las atenciones que me habían ofrecido.

Me tuvo muy preocupado mi separación de Zaira. Ella comprendió al fin la necesidad de separarnos, y atenuó algo su pena la feliz circunstancia de que pude darle por sucesor al arquitecto Rinaldi, viejo de setenta años pero muy sensual, que estaba enamorado de ella y que la compró a sus padres tan pronto como yo hube renunciado a mis derechos. El buen Rinaldi la guardó hasta el día de su muerte, haciéndola tan feliz como permitían las circunstancias.

Mientras tanto, yo había conquistado el cuerpo, si no el amor, de una joven actriz llamada Valville. Parisiense llena de encantos, había sido contratada para representar en la Comedia Francesa de San Petersburgo los papeles de dama joven; en su debut, no satisfizo a la zarina y fue reemplazada por otra actriz. Pero no solamente siguió cobrando su sueldo durante dos meses, sino que la soberana le pagó el viaje hasta París y le regaló el sueldo de un año.

Esto último lo obtuvo gracias a una petición que le aconsejé que presentara y que le dicté yo mismo. Parte por agradecimiento y parte por amor, se unió a mí, y la hice mi compañera de viaje.

Yo había anunciado mi salida de San Petersburgo quince días antes, como corresponde, a fin de que ningún extranjero pueda marcharse sin que todo el mundo se entere por medio de la gaceta oficial. Esta prescripción tiene el propósito de evitar abusos y estafas.

La Valville también había hecho anunciar a tiempo su partida.

Tomé a mi servicio a un mercader armenio que me prestó cien ducados, y que además cocinaba bien a la oriental. Me llevé una carta de recomendación del residente de Polonia para el príncipe Augusto Sulkowski y otra de un ministro anglicano para el príncipe Adam Czartoryski.

En mi coche llevábamos abundantes provisiones y excelentes vinos. Un día, después de haber salido de San Petersburgo, nos detuvimos en Korporia para comer. Ocho días después llegamos a

Riga, donde sentí mucho no encontrar a mi querido príncipe Carlos. De Riga empleamos cuatro días para ir a Koenigsberg, donde la Valville, a quien aguardaban en Berlín, tuvo que dejarme. Se llevó al armenio.

Una vez solo vendí mi coche y tomé un asiento en la diligencia para ir a Varsovia. Eramos cuatro, y mis tres compañeros eran polacos que no hablaban más que su lengua y el alemán. Durante los seis días que duró el viaje, me aburrí extraordinariamente.

En Varsovia, me hospedé en casa de Villiers, donde encontré a mi amigo Campioni, que había establecido una academia de baile que le daba excelente resultado. Estaba permitido el juego, y mi amigo me invitó a la partida que tenía en su casa, pero me advirtió que la ciudad estaba llena de tahúres, o de ladrones, que es lo mismo en última instancia.

Al día siguiente tomé un criado y alquilé un coche por meses, cosa indispensable en Varsovia, donde, en aquella época era imposible ir a pie. Era a fines de octubre del año de 1765.

Mi primera salida fue consagrada al príncipe Adam Czartoryski, general de Polonia. Lo encontré sentado en una mesa llena de papeles y rodeado de unas cincuenta personas en una vasta biblioteca que él había convertido en dormitorio, cuarto algo insólito para quien estaba casado con una hermosa condesa. Después de haber leído la carta que le entregué, me recibió con suma amabilidad y me suplicó que fuese a cenar con él, si no tenía nada mejor que hacer.

Mi segunda visita fue para el príncipe Sulkowski, que acababa de ser nombrado embajador en la corte de Luis XV. Leyó mi carta y me dijo que tenía que hablarme extensamente, pero que teniendo que salir en aquel momento, esperaba que tendría la gentileza de ir a comer con él a las cuatro. Se lo prometí.

De allí me fui a casa de un negociante Schempinski, que había de entregarme, por orden de Papanelopoulo, cincuenta ducados al mes.

Luego fui a un ensayo de la ópera, donde cualquiera podía entrar. Las cantantes eran bonitas y sobre ellas descollaba la Catai, célebre bailarina que bailaba muy mal.

El príncipe Sulkowski me retuvo en la mesa cuatro horas largas, sondeándome sobre todas las materias, excepto sobre aquello que yo podía saber.

A las nueve, no teniendo nada mejor que hacer, frase que encontraba sin cesar en los labios de todos los grandes señores de Polonia, me fui a casa del príncipe Adam, quien después de haberme presentado, me dijo el nombre de todas las personas asistentes. Eran los hombres más notables del país, y las esposas de algunos de ellos. Momentos después, vi entrar un apuesto caballero a cuya llegada todo el mundo se levantó. El príncipe Adam me nombró, y volviéndose hacia mí, me dijo con gravedad: "El rey".

Este modo de poner a un extranjero que carecía de carácter oficial en relación con un monarca, no tenía nada de ceremonioso; pero fue una sorpresa. Me adelanté dos pasos, y en el momento en que iba a hincar la rodilla, Su Majestad me dio a besar la mano con la mayor desenvoltura del mundo, y como iba a hablarme, el príncipe Adam le presentó la carta del ministro anglicano, a quien él conocía mucho. El rey se puso a leerla, permaneciendo de pie; luego empezó a hacerme preguntas sobre la zarina, sobre los principales personajes de la corte, y al parecer le interesaron mucho los detalles que le di.

Cuando nos avisaron para cenar, Su Majestad, sin dejar de hablarme, me llevó al comedor y me hizo sentar a su derecha. Todo el mundo comió, excepto el rey, que no tenía ganas, y yo que sólo atendí a su conversación. Después de habernos separado de la mesa, el rey hizo comentarios

sobre todo lo que yo había dicho; hablaba sin afectación, pero con mucha elegancia. Al marcharse, me dijo que se alegraría de verme frecuentemente en la corte.

El rey de Polonia era de mediana estatura, pero muy bien formado. No era buen mozo de cara, pero en ésta había talento y expresión. Era algo miope, y cuando no hablaba, expresaba cierta melancolía en sus facciones; por el contrario, cuando hablaba se animaba y era elocuente. También tenía talento ingenioso para todo lo que se prestaba a la ironía.

Al día siguiente, el príncipe Adam me presentó a su padre, el hombre raro, el magnífico palatino de Rusia. Lo encontramos rodeado de gentilhombres, a quienes dirigía sucesivamente la palabra con seriedad. Cuando supo que en Rusia yo no había hecho más que divertirme y frecuentar la corte, calculó que yo no llevaba otro fin en Polonia, y me dijo que me facilitaría agradables relaciones.

Añadió que, como vivía solo, le complacería yendo a comer con él siempre que me fuese posible, invitación que estimé en lo mucho que valía y representaba.

Se despidió de todo el mundo con una reverencia circular, y se retiró al interior de sus habitaciones, donde vivía su esposa, convaleciente de una enfermedad, de la cual la había salvado Reimann, discípulo del gran Boerhaave.

Este príncipe palatino de Rusia y su hermano, gran canciller de Lituania, fueron los responsables de los primeros trastornos de Polonia. Descontentos de la poca gravitación que tenían en la corte, donde el rey no tenía más voluntad que la de su favorito el conde de Brühl, estos dos hermanos se pusieron al frente del complot que procuró nada menos que destronar al rey para colocar a un sobrino de ellos en el trono, bajo la protección de la Rusia.

Este sobrino, que había ido a San Petersburgo como gentilhombre de embajada, había sabido captarse el aprecio de la gran duquesa, más tarde emperatriz. Era Estanislao Poniatowski, hijo de Constanza Czartoryski y del célebre Poniatowski, amigo de Carlos XII. Quiso la suerte que no necesitase conjuración alguna para subir al trono; el rey Federico Augusto II, hijo de Augusto el Fuerte, elector de Sajonia y rey de Polonia, murió el día 5 de octubre de 1763, y dejó el puesto al conde Poniatowski, que fue elegido rey el día 6 de setiembre de 1764, bajo el nombre de Estanislao Augusto I. Hacía dos años que reinaba cuando yo llegué a Varsovia, capital que encontré brillante, pues la dieta iba a reunirse, y todos los nobles estaban presentes e impacientes por ver cuáles serían las pretensiones de Catalina en aquel momento.

A la hora de comer, encontré en casa del palatino de Rusia tres mesas de treinta cubiertos cada una, y me dijeron que era el cubierto de todos los días. El esplendor de la corte quedaba disminuido ante el de la casa del palatino. El príncipe Adam me dijo:

—Caballero de Seingalt, su cubierto estará siempre puesto en la mesa de mi padre.

Me halagó la deferencia. El príncipe me presentó aquel día a su hermana y varios palatinos y estarostes; y como visité luego a todos aquellos personajes en menos de quince días fui conocido en las principales casas y perfectamente recibido en todas partes.

Hallándome escaso de dinero, ni pude jugar ni hacer el amor a las actrices. Para ocuparme en algo, fui con frecuencia a la biblioteca de monseñor Zaluski, obispo de Kiowia, que me era muy simpático. Pasaba con él casi todas las mañanas, y de él recibí los informes auténticos sobre todas las intrigas, sobre todos los manejos que tendían a trastornar el antiguo sistema de la Polonia, uno de cuyos más firmes apoyos era precisamente Zaluski. Por desgracia, su constancia fue inútil.

Pocos meses después de mi salida de Varsovia, el buen prelado fue desterrado a Siberia, por instigaciones de la desconfiada zarina.

La vida que yo llevaba era, pues, muy monótona, verdadera vida de hombre honrado, que recuerdo aún con placer. Pasaba las tardes en casa del palatino de Rusia, donde jugaba a la malilla.

A pesar de mi buena conducta y de mi economía, tres meses después de mi llegada me encontré con deudas y sin recursos. Los cincuenta ducados mensuales que recibía de Venecia no me bastaban para vivir con la decencia y el decoro que las circunstancias me exigían.

Una noche, estando con el rey y con su íntima amiga, la señora Schmith, la conversación versó sobre autores latinos e italianos y, a propósito de sátira, cité a Horacio que dice:

"En presencia del rey, los que no hablen de sus necesidades obtendrán más que los que hablan de ellas".

La dama dijo que el pasaje no le parecía apropiado.

Después de lo dicho, debí callarme; pero el rey trajo a la conversación el tema de Ariosto, diciéndome que deseaba que lo leyésemos juntos. Inclinando la cabeza, contesté con Horacio: "*Témpora quoeram*".

Al día siguiente, al salir de misa, el generoso e infortunado Estanislao Augusto, dándome a besar la mano, me entregó un cartucho, diciéndome: "Da las gracias a Horacio solamente y no lo diga a nadie".

El cartucho contenía doscientos ducados de Holanda, y me apresuré a pagar mis deudas. Desde aquel día, iba casi todas las mañanas al tocador del rey, donde recibía a los que iban para distraerlo; pero nunca se volvió a hablar de Ariosto.

Cuando recuerdo las excelentes cualidades de aquel príncipe, me parece imposible que cometiese tantas faltas como soberano. La de haber sobrevivido a la disgregación de su patria es quizá la menor. No encontrando un amigo que quisiese matarlo, me parece que debía haberse dado él mismo la muerte.

El día 4 de marzo, víspera de San Casimiro, nombre del príncipe gran chambelán y hermano mayor del rey, hubo gran comida en la corte y tuve el honor de ser de los convidados. Después de comer, el rey me invitó a que fuese al teatro.

—Venga a mi palco —me dijo gentilmente el monarca.

La invitación era demasiado halagüeña para ser rehusada. Obedecí y permanecí de pie detrás del sillón real. Después del segundo acto, vino el baile, y la piamontesa Casacci gustó tanto al rey que este aplaudió; favor extraordinario.

Se me ocurrió ir a felicitarla en el entreacto, y me reprochó por no haberla visitado antes. Le di un beso prometiéndole ir a ver.

En el instante en que la besaba, entró el coronel Branicki; me levanté para despedirme, y me detuvo diciendo:

—Por lo visto, entré en un momento poco oportuno, caballero. Me parece que demuestra pretensiones sobre esa señora.

—Efectivamente, monseñor; ¿importuno a Su Excelencia?

—Muchísimo; y lo que es más, yo la amo también y no me gustan los rivales.

—Ahora que lo sé, señor conde, no la amaré ya.

—¿Me la cede, pues?

—Con mucho gusto, porque todo el mundo ha de ceder a un señor como usted.

—Muy bien, pero un hombre que cede, me parece un cobarde.

—La expresión es demasiado dura.

Diciendo esto, lo miré con cierta altivez enseñándole el puño de mi espada. Tres o cuatro oficiales que allí se encontraban fueron testigos del episodio cuyas consecuencias no podía prever. Aún no había hecho cuatro pasos fuera del cuarto de la bailarina, cuando me oí que me insultaban con las palabras: "cobarde veneciano". Conteniéndome, a pesar de la sangre que me subía a la cabeza, me volví diciéndole con entereza que fuera del teatro, un cobarde veneciano podía matar a un valiente polaco; y sin aguardar respuesta, bajé la gran escalera que conducía fuera del teatro, con la esperanza de dar al incidente la solución que correspondía.

En vano aguardé un cuarto de hora, esperando verlo salir para obligarle a desenvainar la espada. Muerto de frío, hice acercar mi coche que me llevó a casa del palatino de Rusia, donde el rey me había dicho que iría a cenar.

CAPITULO X

del tomo 9

Los polacos, aunque suelen ser todavía hoy muy corteses, conservan mucho de su antigua naturaleza. Todavía son bárbaros, sármatas o dacios en la mesa, en la guerra y en el sentimiento de lo que llaman la amistad, cuando con frecuencia no es más que una horrible tiranía.

Yo necesitaba una reparación completa, y pensaba en el modo de obtenerla; pero quería salvar mi honor sin sacrificar mis intereses.

El rey no pudo ir a cenar aquella noche a casa del palatino, y lo sentí porque estaba dispuesto a contarle el episodio para que obligase a su favorito a darme una satisfacción.

Estábamos en la mesa, cuando el príncipe Gaspar Lubomirski, teniente general al servicio de la Rusia, vino a colocarse en frente de mí. Al verme, me dijo en alta voz que sentía lo que acababa de ocurrir.

—Lo compadezco —me dijo— pero Branicki estaba borracho, y ningún hombre de honor se siente ofendido por lo que le diga un borracho.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué ha ocurrido?

Esta pregunta dio la vuelta a la mesa.

Yo me callé, y respetaron mi silencio. A pedido del palatino, después de cenar le conté todo el lance. Suspiró y me compadeció.

—No sé si me atrevo a pedir un consejo a Su Excelencia.

—No los doy en semejantes casos, en que hay que hacer mucho o nada...

Estas palabras preciosas eran un consejo explícito.

Me dormí con la idea de hacer mucho, y me desperté con la resolución de batirme a muerte con el coronel, o de matarlo si no quería batirse, aun corriendo el riesgo posterior de perder luego la cabeza.

Decidido a esto, le escribí el siguiente billete:

Varsovia, 5 de marzo 1776, a las 5 de mañana.

"Caballero,

"Anoche, en el teatro, Su Excelencia me insultó sin motivo ni derecho. Supongo que me aborrece y que, por tanto, desea sacarme de este mundo de los vivos. Puedo y quiero contentarlo. Sírvase recogerme en uno de sus coches y llevarme a un sitio donde mi derrota no pueda hacerlo caer bajo el rigor de las leyes de Polonia, y donde yo asimismo goce de igual ventaja, si Dios me ayuda a matar a Su Excelencia. No haría semejante proposición si no lo considerase un alma noble.

"Tengo el honor de ser, etc.

Media hora después recibí esta contestación:

"Caballero,

"Acepto su proposición, pero le ruego que me avise cuándo tendré el honor de verlo.

"Suyo, tengo el gusto, etc.

Le contesté al momento diciéndole que estaría en su casa al día siguiente a las seis de la mañana.

Un momento después, recibí otra nota, en que el coronel me decía que yo podía elegir sitio y armas, pero que era necesario que nuestro asunto se efectuara aquel mismo día.

Después de haberle enviado las dimensiones de mi espada, treinta y dos pulgadas, advirtiéndole que el sitio sería el que él eligiera fuera del alcance de la ley, me dirigió esta esquela, que fue la última:

"Caballero,

Le ruego venga en seguida, con lo cual habrá de complacerme en extremo. Le envío mi coche.

"Tengo el honor, etc."

Suyo, etc., etc.

"Branicki"

Entonces yo le contesté que, teniendo ocupaciones para todo el día, no saldría, y que estando resuelto a no ir a su casa sino para batirnos en seguida, le suplicaba que no tomase a mal que yo le devolviese el coche.

Una hora después, Branicki vino en persona, dejando a sus padrinos a la puerta; entró, hizo salir a las tres o cuatro personas que habían venido a hablarme, cerró la puerta bajo llave, y vino a sentarse sobre mi cama. No sabiendo qué significaba aquello, agarré mis pistolas.

—No se moleste, —dijo— no he venido a asesinarlo sino para decirle que acepto sus proposiciones y que, cuando se trata de batirse, nunca aplazo el encuentro para el otro día. Nos batiremos, pues, hoy o nunca.

—Hoy no puedo. Necesito dar término a algo que debo enviar al rey, y siendo precisamente día de correo, tengo mucho que escribir.

—Lo hará después. Probablemente no ha de sucumbir, y si deja la vida, estoy seguro de que el rey lo perdonará.

—Necesito hacer un testamento.

— ¡También un testamento! ¡Diablos! Mucho teme morir. Nada tema. Hará su testamento dentro de cincuenta años.

—¿Qué inconveniente puede tener Su Excelencia en esperar a mañana?

—No quiero ser apresado.

—No tema, que yo no haré denuncia alguna.

—Lo creo, pero antes de que anochezca nos atraparán a los dos, por orden del rey.

—No es posible, a menos que usted informe del caso.

—Me hace reír. Conozco la trampa. No en vano me ha desafiado. Quiero darle satisfacción, pero hoy o nunca.

—Está bien. Venga a buscarme después de comer, porque necesito todas mis fuerzas.

—Con mucho gusto. En cuanto a mí, prefiero comer bien después de haberme batido bien antes.

—Eso va en gustos.

—Es verdad. ¿Pero a qué viene el haberme mandado las dimensiones de su espada? Quiero batirme a pistola, porque no me bato a espada con personas que no conozco.

—¿Qué quiere decir por personas desconocidas? No quiero ofensas en mi casa. Puedo presentarle veinte testigos en Varsovia, que le dirán que no soy ningún maestro de armas. No quiero batirme a pistola, y no podrá obligarme a ello, porque me ha dado a elegir las armas; tengo su carta.

—De hecho, tiene razón, pero es demasiado caballero para no batirse a pistola, si le aseguro que me hará un favor. Es la mejor concesión que puede hacerme, porque a menudo se falla el primer tiro; y si fallo y usted también, le prometo batirme a espada cuando guste. ¿Quiere acceder a mi pedido?

—Concedido, aunque me repugna, porque el duelo a pistola me parece bárbaro. Vendrá con dos pistolas que haré cargar delante de mí, y yo elegiré. Si fallamos el primer tiro, nos batiremos a espada, a primera sangre, o a muerte, si quiere. Vendrá a buscarme a las tres, e iremos donde sea un refugio para la ley.

—De acuerdo; muy amable, permítame que lo abrace. Hasta las tres.

Cuando aquel insolente se hubo marchado, puse en un sobre todos los papeles que estaban destinados al rey y mandé a buscar al bailarín Campioni, en quien tenía completa confianza.

—He aquí —le dije— un pliego que entregará al rey, si muero. Puede suponer de qué se trata pero no debo decírselo.

—Lo comprendo. Cuente con mi discreción, y deseo que salga salvo y honroso del lance. Pero le doy un consejo de amigo: no tenga compasión del adversario, aunque sea el mismo rey, porque su bondad le podría costar la vida. Lo sé por experiencia.

—No olvidaré sus palabras. Adiós.

A la hora indicada, Branicki llegó en un coche de seis caballos, precedido de dos palafreneros a caballo, que conducían de la brida dos caballos de montar; además venían con él dos oficiales, sus ayudantes de campo, y dos húsares, sin contar cuatro criados que iban detrás del coche. Bajé a mi puerta y vi a mi adversario acompañado de un teniente general y de un oficial de cazadores sentados delante. Abrieron la portezuela, el general me cedió su puesto, al entrar en el coche, ordené a mis criados que no me siguieran y que esperasen mis órdenes en casa.

—Puede necesitarlos —me dijo Branicki— y debería dejarlos venir.

—Si tuviese tantos como usted, me los llevaría, pero no tengo más que estos pocos, y en todo caso supongo que Su Excelencia me hará servir por los suyos.

Tendiéndome la mano en señal de asentimiento, me dijo que me haría cuidar antes que a sí mismo.

Me senté y partimos.

Conversamos sobre tonterías.

Habíamos andado escasamente media hora, cuando el coche se detuvo a la puerta de un hermoso jardín.

Bajamos y nos dirigimos a una suerte de invernadero, en cuya mesa de piedra colocaron dos pistolas de pie y medio de largo, con una medida de pólvora y unas balanzas. El oficial las cargó por igual y las puso en cruz sobre la mesa.

Entonces Branicki me dijo con ademán intrépido:

—Señor, elija su arma.

El general le preguntó entonces con voz no exenta de cierta energía militar:

—¿Es eso un duelo?

—Sí.

—No pueden batirse aquí; no lo permiten las leyes.

—No importa.

—Importa mucho; no puedo ser testigo. Estoy de guardia en palacio; me ha engañado usted.

—Calle. De todo respondo. Debo una satisfacción a ese caballero, y quiero dársela aquí.

—Señor Casanova —me dijo el general— no puede batirse aquí.

—General, ¿por qué entonces me han traído? Yo me defiende donde soy atacado.

—Expliquen al rey; yo respondo de su consentimiento.

—No tengo inconveniente alguno, general, si Su Excelencia consiente en decir ante usted qué pasó entre nosotros.

A estas palabras, Branicki, mirándome con altivez, me dijo con rabia que había venido a batirse y no a parlamentar.

—General, —dije yo entonces— usted será el mejor testimonio que en cuanto dependió de mí, procuré evitar el duelo.

El general se retiró entonces, agarrándose la cabeza con ambas manos.

Echando al suelo mi abrigo, agarré a instancias de Branicki, la primera pistola, de las dos que estaban colocadas sobre la mesa.

Branicki, agarrando la otra, me dijo que me garantizaba, bajo palabra de honor, el arma que yo había escogido.

—Voy a probarla contra su cabeza —le dije.

A esta respuesta, palideció, tiró su espada a uno de sus servidores y me enseñó el pecho desnudo. A mi pesar me vi obligado a imitarle, pues mi espada era mi única arma después de la pistola. Le enseñé igualmente mi pecho y retrocedí cinco o seis pasos. El coronel hizo otro tanto, y no podíamos retroceder más.

Viéndole firme como yo, con la pistola hacia el suelo, me quité el sombrero con la mano izquierda, y después de haberle pedido que fuera él quien tirara primero, volví a cubrirme.

El coronel, en vez de dirigir de pronto su pistola sobre mí y disparar, perdió dos o tres segundos en tenderse, apuntar y ocultar su cabeza detrás del arma. Yo no estaba dispuesto a tolerar tantas ventajas. Levanté súbitamente mi pistola, disparé sobre él en el instante mismo en que él tiró sobre mí. Y ello fue tan evidente, que los concurrentes convinieron todos en que no se había oído sino una detonación. Sintiéndome herido en la mano derecha, me la metí en el bolsillo, y viendo caer a mi adversario, corrí hacia él, arrojando mi pistola.

Cuál no sería mi sorpresa, al ver brillar de pronto tres espadas desenvainadas sobre mi cabeza. Tres nobles asesinos se disponían a acribillarme sobre el cuerpo de su amo, junto al cual yo me había arrodillado. Branicki, que afortunadamente no había perdido los sentidos ni la fuerza, les gritó con voz de trueno.

— ¡Canallas, respeten a ese caballero!

Esta voz pareció detenerlos. Agarré luego al coronel por debajo de un brazo y un oficial lo tomó por debajo del otro. Así lo llevamos hasta una posada, a cien pasos del jardín. Branicki andaba muy encorvado y examinándose con atención, sin comprender de donde procedía la sangre que corría a lo largo de mi calzón y mi media.

Una vez en la posada, Branicki se echó en una gran butaca. Lo desabrocharon y él mismo se vio herido de gravedad en el pecho. Mi bala había penetrado por la séptima costilla de la derecha y salido por la última falsa de la izquierda. Las dos aberturas de la herida estaban a diez pulgadas de distancia; el aspecto era alarmante; se consideraban perforados los intestinos y perdido el hombre. Branicki me dijo con debilitada voz:

—Me ha matado; huya, porque corre peligro de perder la cabeza en el cadalso. Yo soy gran oficial de la corona y gran cordón del Águila Blanca. No pierda tiempo, huya, y si no tiene dinero bastante tome de mi bolsillo.

Su repleta bolsa cayó al suelo, la recogí y metiéndosela en el bolsillo, le di las gracias, diciéndole que me era inútil; porque si yo era culpable, perdería la cabeza, pues iba a ponerla en seguida al pie del trono.

—Espero que su herida no sea mortal —añadí— y siento mucho que me haya puesto en la necesidad de herirlo.

Lo besé en la frente, y saliendo de la posada, no vi caballos, ni coche, ni criados. Todos habían ido en busca de un médico, un cirujano y un cura, y de los parientes y amigos del herido.

Me vi solo y sin espada en medio de un campo cubierto de nieve, herido y sin saber qué camino tomar para volver a Varsovia. Empecé a caminar, y a cierta distancia encontré un campesino con un trineo vacío.

—*¿Warszawa?* —le grité, enseñándole un ducado.

Comprendió mi lenguaje; me cubrió con una estera cuando me hube instalado en el trineo, y partió a galope.

A los pocos minutos divisé a Bininski, el amigo íntimo de Branicki, que corría a escape sable en mano, montado en un caballo veloz. Era evidente que iba en mi persecución. Afortunadamente el miserable trineo en que yo iba no despertó sus sospechas.

Llegué a Varsovia y me hice llevar a casa del príncipe Adam Czartoryski, para pedirle asilo. No encontré a nadie. Sin perder tiempo, me resolví a buscar un refugio en el convento de Recoletos, que estaba cerca de allí, y despedí el trineo.

Llamé a la puerta del convento; un portero, fraile despiadado, me abre, y viéndome ensangrentado, adivina el motivo de mi visita y se apresura a cerrar la puerta. Pero más ágil que él, se lo impido; lo derribo de un puntapié y entro. A los gritos que da, llega un enjambre de frailes espantados; les grito que quiero asilo y los amenazo si me lo rehusan. Uno de ellos habla y me llevan a un pequeño cuarto que tenía aspecto de calabozo. No opuse resistencia, seguro de que cambiarían de pensamiento antes de poco. Pedí un hombre que fuese a llamar a mis criados, y cuando éstos se hubieron presentado, mandé por un cirujano y por Campioni.

Antes de que éstos volviesen, el palatino de Podlaquia se hizo anunciar. Nunca había tenido ocasión de hablarle; pero como había tenido un duelo en su juventud, tan pronto como supo las particularidades del mío, aprovechó la ocasión para venir a contarme las circunstancias del suyo. Un momento después vi llegar al palatino de Kalisch, al príncipe Yablowski, al príncipe Sanguska y al palatino de Wilna, los cuales empezaron por criticar la actitud de los frailes que me habían alojado como a un presidiario.

No tardé en ser trasladado al mejor alojamiento de la casa. Sufría mucho por la herida.

La bala había penetrado en la mano por el metacarpo, bajo el índice y había lastimado la primera falange, incrustándose en ella. Su fuerza había sido amortiguada por un botón de metal de mi chaqueta, y por mi vientre, que el proyectil había herido ligeramente. Se trataba de extraer aquella bala, que me hacía padecer verdaderamente. Un cirujano me practicó una abertura opuesta que duplicó mi herida. Mientras me hacía esta dolorosa operación, yo contaba el lance, disimulando el dolor que me causaba el cirujano.

Cuando éste se hubo marchado, llegó el cirujano del palatino de Rusia, que lamentó mi estado. En seguida vino el príncipe Lubomirski, esposo de la hija del palatino de Rusia, que nos sorprendió a todos, refiriéndonos lo que había sucedido inmediatamente después del duelo. Bininski llegó a Wola, y viendo la herida de su amigo y que yo me había marchado, montó a caballo y partió furioso, jurando matarme donde me encontrase. Sospechando que yo me hallaba en casa de Tomatis, fue a buscarme allí; encontró a mi amigo con su amante, el príncipe Lubomirski y el conde Mozczinski. No viéndome, preguntó dónde me encontraba, y tan pronto como Tomatis le hubo contestado que no lo sabía, le disparó un pistoletazo en la cabeza. En esto, el conde Mozczinski le agarró para echarlo por la ventana, pero el furioso Bininski se defendió a sablazos causando al otro una herida en la cara y haciéndole saltar tres dientes. Inmediatamente montó otra vez a caballo y huyó a escape.

—Mozczinski se ha ido a su casa, donde deberá permanecer algún tiempo en manos de un cirujano, y yo me volví a la mía, —continuó diciendo el príncipe Lubomirski, donde me enteré de la confusión que hay en la ciudad a causa de este duelo.

"El gran mariscal ha hecho cercar el convento por doscientos dragones, con el pretexto de apoderarse de su persona, pero en realidad para impedir un atropello.

"Los médicos dicen que el coronel está en gran peligro, si la bala ha lesionado los intestinos; pero responden de su vida, en caso contrario. Mañana se sabrá. Se ha hecho llevar a casa del gran chambelán, no atreviéndose a hacerse trasladar a su habitación de la corte. Sin embargo, el rey fue a verlo en seguida, y el general que había presenciado el duelo le ha dicho que lo que le ha salvado a usted la vida ha sido su amenaza de apuntarle a la cabeza. Para protegerse, Branicki se ha puesto en una actitud incómoda; le hubiera alrevesado el corazón, pues tira contra el corte de un cuchillo y siempre parte la bala en dos. También ha tenido usted mucha suerte en que Bininski no lo viese en el trineo.

—Monseñor, mi mayor suerte ha sido no haber muerto a Branicki en el terreno, pues iban a acribillarme sobre su cuerpo, en el momento en que yo volaba en su auxilio. Siento el disgusto de Su Alteza y la herida que ha recibido el conde Mozcinski; y si Tomatis no ha sido muerto por el furioso asesino, se debe sin duda a que la pistola sólo estaba cargada con pólvora.

—Así lo creo, pues no se oyó la bala.

En aquel momento entró un oficial del palatino de Rusia, y me entregó un billete en que este príncipe me decía:

"Vea lo que el rey me envía en este momento, y duerma tranquilo".

"Mi querido tío".

"Branicki está muy grave. Mis cirujanos no le dejan, atentos a cuidarlo con todos los conocimientos de su arte, pero no me he olvidado de Casanova. Puede asegurarle que será indultado, aun cuando Branicki muera".

Todos los circunsantes se enteraron de la decisión real y la aplaudieron. Luego me dejaron porque necesitaba descansar. Al día siguiente, tuve muchas visitas, y recibí bolsas llenas de oro, enviadas por los magnates del partido contrario a Branicki. Yo las rechacé, dando las más expresivas gracias a los que me daban tan generosas muestras de simpatía. Los regalos hubieran ascendido al menos a cuatro mil ducados. Mi decisión le parecía ridícula a Campioni, y tenía razón, pues me arrepentí más tarde. El único presente que acepté fue el de una buena mesa para cuatro personas que el príncipe Adam Czartoryski me envió con regularidad cada día.

Mi pequeña herida en el vientre iba bien, pero al cuarto día, los cirujanos dijeron que en mi mano iba a declararse la gangrena, y que no había más remedio que la amputación. Leí este resultado en la gaceta de la corte del día siguiente. Este periódico se imprimía durante la noche, después que el rey había firmado el manuscrito. Siendo yo de opinión contraria a la de mis carniceros, me reí mucho de su ignorancia.

A pesar de que se reunieron varios de ellos en consulta, y declararon que la gangrena comenzaba, decidiendo cortar la mano aquel mismo día en la tarde, me opuse terminantemente y tuve que echarles en cara su falta de ciencia y mandarlos a paseo.

Muchas personas me fastidiaron con sus consejos para que me dejara amputar la mano. Yo contesté que me dejaría amputar el brazo, si hacía falta, pero que por el momento la operación era

innecesaria. Nadie quería convenir en que sobre una cosa tan sencilla pudiesen equivocarse los tres primeros cirujanos de Varsovia.

Al día siguiente, los cirujanos fueron cuatro; examinaron la herida y declararon que ya no era bastante la amputación de la mano, sino que se hacía necesaria la del brazo, lo más tarde a la mañana siguiente.

Yo estaba convencido de que deseaban hacer la operación para halagar y dar gusto a mi rival. Habiendo comunicado antes esta sospecha mía a Su Alteza el príncipe Lubomirski, quise demostrar y convencerme a mí mismo de que no me equivocaba.

Dije a los cirujanos que podían volver al día siguiente con sus instrumentos, pues me sometía a la operación. Satisfechos de su victoria, se apresuraron a salir para ir a publicar la noticia en la corte, contarles a Branicki, al príncipe palatino, a todo el mundo. Por mi parte di orden a los criados para que no les dejasen entrar.

Pero renunció a contar los detalles de lo que ocurrió después.

El lector se contentará con saber que un cirujano francés, desafiando la enemistad de sus doctos colegas, y tratándome como yo deseaba, me curó en poco tiempo y conservé mi brazo y mi mano.

El día de Pascua fui a misa con mi brazo en cabestrillo, pero no pude servirme activamente de él hasta dieciocho meses después.

Todos los que me habían condenado, tuvieron que felicitarme por mi firmeza, y cada cual trató de imprudentes, si no de ignorantes, a los grandes cirujanos.

Después de la misa de Pascua, fui a la corte, y el rey, al darme la mano a besar, me dejó hincar una rodilla en el suelo. Me preguntó por qué llevaba el brazo en cabestrillo (era cosa convenida) y yo le contesté que a causa de un reumatismo.

—Cuidado con agarrar otro —me dijo con una ligera sonrisa.

Después de haber visto al rey, me hice llevar a casa de Branicki, creyendo mi deber visitarlo. Durante mi enfermedad había hecho preguntar diariamente por mi salud, y me había enviado mi espada. Estaba obligado a permanecer todavía seis semanas en cama. El rey acababa de nombrarlo montero mayor de la corona.

Me hice anunciar y mi visita causó gran sorpresa. Encontré a Branicki recostado en la cama, pálido como un muerto. Me saludó quitándose el gorro.

Entre otras cosas, me dijo que Bininski había sido degradado y expulsado del cuerpo de la nobleza.

—Siéntese y seamos amigos —me dijo—. Que sirvan una taza de chocolate a este señor.

Luego me felicitó por haberme defendido contra los cirujanos, y añadió después:

—Razón tenía al decir que esas bestias creían darme gusto haciéndole manco.

A los cinco minutos, la habitación estuvo llena de damas y caballeros, que habiendo sabido que yo me hallaba en casa del coronel, tuvieron ganas de asistir a nuestra entrevista. Al vernos tan compinches, quedaron agradablemente sorprendidos.

Durante mi convalecencia, viajé, provisto de cartas de recomendación muy eficaces, por toda Podolia y Volhynia, las cuales, poco años después fueron llamadas Galizia y Lodomeria, pues no podían convertirse en dominio austríaco sin cambiar de nombre.

A mi vuelta a Varsovia, fui recibido con frialdad donde antes me habían agasajado hasta la exageración. Todo el mundo se extrañaba de que yo hubiese vuelto a la ciudad.

Haciendo esta observación al príncipe Augusto Sulkowsky, le hice admitir que aquel cambio procedía del carácter polaco, inconstante, inconsecuente, fingido y superficial.

Recibí un anónimo en que se me decía que habían oído decir al rey que me veía con disgusto en la corte, porque le habían asegurado que me habían ahorcado en efígie en París, por haberme escapado de allí con una gran cantidad de dinero que pertenecía a la caja de la lotería de la Escuela Militar, y que había ejercido en Italia la degradante profesión de actor ambulante.

¿Cómo destruir tales calumnias en un país remoto?

Yo hubiera partido inmediatamente de Polonia, a no haber tenido algunas deudas y falta de recursos. Había escrito a Venecia y a otras partes de donde podía venirme dinero, cuando el general que había presenciado mi duelo vino a decirme con aire afligido que el rey me intimaba a salir de la circunscripción de Varsovia en el término de ocho días.

Encolerizado, escribí al rey diciéndole que mi honor exigía que yo desobedeciese su orden, y le decía:

"Mis acreedores, señor, me perdonarán cuando sepan que si me he marchado de Polonia sin pagarles, ha sido porque Su Majestad me ha hecho salir por fuerza".

El día siguiente, el conde Mozczinski me trajo mil ducados, diciéndome que el rey ignoraba que yo tuviese necesidad de dinero y que Su Majestad me daba la orden de partir porque no podía garantizarme mi vida amenazada.

Este generoso conde me suplicó que aceptase, como recuerdo de amistad, un coche, puesto que yo no tenía.

Pagué mis deudas, que sumaban unos doscientos ducados y me dispuse a partir para Breslau con el conde Clary, cada uno en su coche. Llegamos sin detenernos y sin accidente alguno a la ciudad y al día siguiente continué mi camino hacia Dresde, donde llegué cuarenta y ocho horas después.

Mi madre estaba residiendo en las afueras; fui en seguida a verla, y recibió mi visita con gran placer. Vi luego a mi hermano Juan y a su mujer Teresa Roland, romana que yo había conocido antes que él y que me agasajó mucho. También vi a mi hermana, esposa de Pedro Augusto. En todas partes fui festejado y tuve que repetir hasta el infinito la historia de mi duelo.

Por la noche fui a la Opera Italiana, donde había banca de faraón. Jugué con mucha prudencia, porque toda mi riqueza consistía entonces en ochocientos ducados.

CAPITULO XI

del tomo 9

Alquilé el primer piso de la casa en que vivía mi madre, y pasé en Dresde algún tiempo, llevando una vida sana y tranquila. Jugué de vez en cuando, con extrema prudencia, y me encontré con una ganancia de unos cuantos centenares de ducados, cuando fui a pasar una temporada en Leipzig, donde recobré mis fuerzas perdidas y hasta engordé de nuevo a fuerza de comer alondras que son allí abundantes y exquisitas.

Una vez restablecido, regresé a Dresde; mas no tardé en emprender un viaje para Praga y Viena.

En esta última ciudad alquilé un piso, y muy pronto conocía varias notabilidades, utilizando cartas de recomendación de que iba provisto.

Allí volví a ver a Casalbigi el mayor, que trabajaba para el ministerio, bajo las órdenes del príncipe Kaunitz.

Con frecuencia iba a casa de Metastasio, al teatro, cada día en que bailaba Vestris, llamado de París por el emperador.

Encontré al conde de La Perouse, que solicitaba de la emperatriz el reembolso de medio millón de florines que Carlos VI debía a su padre. Por su conducta conocí a Las Casas, español en extremo inteligente y —cosa rara— muy despreocupado.

Yo vivía en Viena muy tranquilo, bien de salud, y pensando siempre en mi proyectado viaje a Portugal para la próxima primavera.

De Viena pasé a Augsburgo, donde me divertí en los bailes de máscaras y en pequeñas bancas de faraón. Pasé allí cuatro meses entregado a todos los placeres imaginables.

Deseando ir a Spa con un poco de dinero, escribí al príncipe Carlos de Courlande, que se encontraba en Venecia, admirablemente recibido por gran cantidad de personas notables a quienes había entregado cartas mías de recomendación. Le dije que me enviase un centenar de ducados, y para que me los mandase en seguida, incluí en la carta un procedimiento infalible para hacer la *piedra filosofal*. Le aconsejé que quemase mi carta, asegurándole que me había quedado con la copia. Pero no siguió mi consejo, y le fue encontrada en París, con sus demás papeles, cuando le encerraron en la Bastilla.

Cuando esta fortaleza fue destruida, se encontró mi carta y se imprimió juntamente con otros documentos curiosos, que luego fueron traducidos al alemán y el inglés.

Al verme con bastante oro en el bolsillo, salí de Augsburgo. Era el 14 de junio de 1767. Me encontraba en Ulm, cuando un correo del duque de Wurtemberg pasó para ir a Luisburgo, a avisar que Su Alteza Serenísima iba a llegar de Venecia dentro de cinco o seis días. Aquel correo traía una carta para mí, del príncipe Carlos de Courlande. Un oficial que se hallaba presente me dijo que se encontraba en Stuttgart cuando aquel episodio de la cuestión de juego, y que los tres oficiales que quisieron explotarme y hacerme arrestar, habían sido finalmente individualizados.

Leyendo la carta, que sólo se refería a asuntos generales, se me ocurrió decir que Su Alteza Serenísima me nombraba secretario particular con mil doscientos escudos de sueldo.

Después de haber pasado una excelente noche, me desperté con la idea deliciosa de ir a Luisburgo, no para batirme con los tres oficiales, que se encontraban allí, sino para intimidarlos y vengarme de ellos con mis burlas.

Cuando llegué a Luisburgo, todo el mundo me felicitó por mi nombramiento. Gracias al correo y al oficial que se encontraba presente cuando aquel me entregó la carta, la noticia de mi nuevo cargo circuló rápidamente por la población. No es posible imaginarse la consternación de mis enemigos. Allí encontré a Balleti, que me presentó a Vestris, el célebre bailarín. El lector recordará que Balleti, cuya amistad me fue constante, tomó parte muy activa en mi huida de Stuttgart.

Después de ocho días de fiestas, en que me divertí en extremo, el correo que precedía al duque llegó a las diez de la mañana, anunciando que Su Alteza Serenísima llegaría a las cuatro.

Tan pronto como supe esta noticia, me despedí de Balleti y partí con mi equipaje a Manheim, y de allí a Schwetzingen, donde estaba la corte del elector palatino. Pasé allí quince días deliciosos, y partí luego para Maguncia, donde fleté una barca que me llevó a Colonia con mi equipaje y mi coche. Era a fines de julio. Me apresuré a visitar a la señora del burgomaestre, que detestaba al general Kettler, y me había tratado tan bien hacía siete años. Pero encontré a la señora arrepentida de sus faltas, y viendo que se negaba a otorgarme los favores de otro tiempo, tomé el camino de Aix-la-Chapelle, población de baños conocida también por el nombre de Aquisgrán, donde encontré a una infinidad de amigos y amigas; pero todos se hallaban listos ya para partir a Spa, y no vacilé en seguirlos.

En Spa, punto de reunión de gente acaudalada y de aventureros, eran menos los que iban a tomar aguas que los que acudían a jugar o a buscar aventuras.

Yo jugué con prudencia y gané para pagar todos mis gastos y triplicar mi fortuna.

Allí encontré al barón Croce, quien después de haber perdido su dinero y el dinero obtenido de las alhajas de una joven belga, a quien había seducido, huyó a Polonia, dejando a la infeliz conmigo.

Como Croce le había contado varias veces la historia de la marsellesa que había abandonado en una posada de Milán, sin dejarle más que el consejo de acudir a mí, Carlota, que así se llamaba, tenía por buena la combinación que, por segunda vez, me hacía depositario de una joven que el desgraciado jugador abandonaba en una situación peor que la primera, puesto que se hallaba encinta de ocho meses.

Carlota veía claramente que yo la apreciaba, y me agradecía el respeto que por ella sentía.

Salimos de Spa sin criados, y cuando hubimos llegado a Lieja, tomamos el camino de las Arderías, a fin de evitar Bruselas, país de Carlota; en Luxemburgo tomamos un criado que me sirvió hasta París, donde nos hospedamos en la calle y hotel de Montmorency.

París me pareció un nuevo mundo, el viejo había desaparecido. La señora de Urfé había muerto; mis antiguos amigos habían cambiado de casa o de fortuna; encontré a pobres enriquecidos y a ricos arruinados; nuevos edificios, calles nuevas; no me parecía la misma ciudad. Todo estaba más caro.

Mi primera visita fue para la señora de Romain, que se alegró muchísimo de verme. Le devolví el dinero que había tenido la gentileza de hacerme entregar en un momento de apuros.

Mi hermano vivía en el barrio de Saint-Antoine. El y su mujer se empeñaban en que fuese a vivir con ellos; yo le prometí aceptar su invitación cuando la señora que venía conmigo hubiese sido liberada de su estado de gravidez.

Después de haber cumplido con amigos y parientes, dediqué todo el tiempo a Carlota, que yo había instalado cómodamente en casa de Madame Lamarre, comadrona que vivía en la calle del barrio de Saint-Denis.

El 17 de octubre, dio felizmente a luz un niño, que fue bautizado con el nombre de Giacomo Cario de la Croce y depositado en el hospicio de Expósitos, con una bolsa adecuada para su educación.

El 26 del mismo mes, la infeliz Carlota murió atacada por una espantosa fiebre. Día de amarguísimo recuerdo para mí. La noche antes, mi hermano me había entregado varias cartas, las abrí, y la primera que leí era del señor Dándolo, que me anunciaba la muerte del señor Bragadino. Esto agotaba la capacidad de mi dolor. Yo perdía a un hombre que durante veintidós años me había

servido de padre, viviendo económicamente y aun contrayendo deudas para atender a mis necesidades. Como su fortuna estaba vinculada a otros no pudo dejarme nada absolutamente. Sus acreedores se apoderaron de los muebles y la biblioteca. Sus dos amigos eran pobres y yo sólo podía disponer de su amistad. Esta terrible noticia iba acompañada de una letra de cambio de mil escudos que el difunto, previendo su fin inminente, me había enviado veinticuatro horas antes de morir.

Pasé tres días en casa de mi hermano sin salir. Mi viaje a Madrid estaba resuelto y pedí a la princesa Lubomirska una carta de recomendación. Esta princesa, que había escrito a su primo el rey de Polonia para decirle que en cuanto a mi persona había escuchado calumnias, me dio una carta para el conde de Aranda. El marqués de Caraccioli me dio tres, una para el príncipe de la Católica, ministro de Nápoles en Madrid, una para el duque de Losada, gran mayordomo y favorito del rey y otra para el marqués de Mora Pignatelli.

El día 4 de noviembre, hallándome en un concierto, oí pronunciar mi nombre. Era un joven, sentado entre dos viejos, que dijo entre otras cosas:

—Me cuesta al menos un millón que robó a mi pobre tía, la marquesa de Urfé.

—No es usted más que un desvergonzado —dije yo—. Si nos encontrásemos fuera, le daría un puntapié en el trasero para enseñarle a hablar.

Dicho esto salí a la calle donde aguardé un rato, a ver si el joven salía.

Dos días después, hallándome en casa de mi hermano, recibí por escrito una orden del rey para que saliese de París en el término de veinticuatro horas. El caballero de San Luis, que me entregó esta orden, me dijo que lo de las veinticuatro horas era pura fórmula, que podía salir cuando hubiese hecho todos mis preparativos, pero que le prometiese no ir al teatro ni a los paseos públicos. También me dijo que el motivo de aquella orden era mi amenaza de un puntapié en el trasero del locuaz e impertinente joven del concierto que era par de Francia.

La orden era del 6 de noviembre y no salí de París hasta el 20. Mi pasaporte del duque de Choiseul, para servirme de caballos de posta, es del día 19 de noviembre, y todavía lo conservo.

Partí solo, sin criado, muy triste, con cien luises en el bolsillo y una letra de cambio de ocho mil francos sobre Burdeos.

La muerte me había aislado; me encontraba entrado en años, sin recursos, y con pocas esperanzas de seguir conquistando el corazón de las mujeres.

Después de haberme detenido a comer y descansar en Poitiers y en Angulema, llegué a Burdeos, espléndida ciudad; la primera de Francia después de París, pese a Lyon, que no vale tanto como ella. Pasé ocho días allí, dándome buena vida, pues se vive en Burdeos mejor que en ninguna otra parte.

Después de haber hecho el traspaso de mis ocho mil francos sobre Madrid, crucé las Landas, Mont-de-Marson, Bayona y San Juan de Luz, donde vendí mi silla de posta que había comprado en París al vender mi hermoso coche. De allí pasé a Pamplona atravesando los Pirineos, montado en un mulo, con otro que llevaba mi equipaje. Estas montañas me parecieron mucho más imponentes que los Alpes. Son más agradables, más variadas, más pintorescas y más verdes que estas.

En Pamplona, el cochero Andrés Capello se encargó de mí y de mi equipaje, y partimos para Madrid. Las primeras veinte leguas no me cansaron, porque la carretera era tan buena como en Francia; pero después, no puedo decir que la encontré mala, sino que no encontré carretera alguna.

Subidas y bajadas, rápidas, empinadas, sin ninguna huella de que hubiese pasado por allí coche alguno.

No cabe imaginar que haya viajeros amantes de las comodidades que elijan aquel camino para ir a Madrid. Por esto no me sorprendió encontrar sino lamentables posadas, buenas para arrieros que conviven con sus muías. Eso sí, los precios eran casi inexistentes.

Dormí la segunda noche en Agreda, aquella villa fea y triste donde sor María de Agreda enloqueció hasta el punto de escribir la vida de la Virgen dictada por la madre del Salvador. Me dieron su obra a leer hallándome encerrado en los Plomos, y el lector recordará tal vez que las elucubraciones de esta visionaria casi me hicieron perder el juicio o la sensatez.

Andábamos diez leguas de España por día. Una mañana, creí que íbamos precedidos de una docena de capuchinos; al llegar cerca de ellos, vi que eran mujeres de todas edades.

—¿Qué es eso? —le dije al señor Andrés— ¿Se han vuelto locas esas mujeres?

—No señor: llevan el hábito de capuchino por devoción, y estoy seguro de que ninguna lleva camisa.

Llevar hábito de capuchino para agradar más al Creador me pareció cosa muy extraña.

La puerta del cuarto que me daban en todas las posadas se cerraba por fuera y no por dentro. No dije nada las dos primeras noches, pero la tercera dije a mi cochero que aquello no me agradaba.

—Hay que pasar por ello en España, señor don Giacomo, porque la Santa Inquisición ha de poder enviar a sus esbirros a ver qué hacen los extranjeros en sus cuartos, y por consiguiente, los viajeros no pueden cerrarse por dentro.

—¿Qué le importa a la Inquisición?

—Quiere saberlo todo: si come carne los días de abstinencia, si en el cuarto hay varias personas de ambos sexos, si las mujeres duermen solas o con hombres y en último caso si son esposos legítimos. La Santa Inquisición vigila a todas horas nuestra salvación eterna.

Empezando a conocer poco a poco la nación en que iba a vivir, llegué a Guadalajara, luego a Alcalá y por fin a Madrid.

La lengua española me pareció la más agradable, la más rica de las modernas. No hay duda que es una de las más sonoras, más enérgicas y majestuosas del mundo. Se pronuncia *ore rotundo* y es susceptible de la armonía más poética. Sería igual, superior quizá a la italiana para la música, si no tuviese tres letras guturales que estropean su dulzura. Al entrar por la puerta de Alcalá, me registraron el equipaje, y como los empleados fijaban su atención en los libros, les disgustó mucho no hallar más que la *Ilíada* en griego y Horacio en latín. Me los requisaron, pero me los devolvieron después, en el café donde me había hospedado, calle de la Cruz.

En la puerta de Alcalá, un empleado me pidió un polvo de rapé; abro mi caja y se la presento; pero en vez de tomar el polvo, se apodera de la caja diciendo:

—Señor, este tabaco es maldito en España.

Era rapé de París.

El insolente me devolvió la caja después de haber echado el rapé al suelo.

Bastante bien alojado, sólo sentí la falta de fuego, pues el frío era seco y más vivo que en París, a pesar de los cuarenta grados de latitud. Esto es a causa de que Madrid es la ciudad más

elevada de Europa y está rodeada de altas montañas, como el Guadarrama, que con frecuencia se cubre de nieve. El aire de Madrid no es bueno para los extranjeros; ahoga a los físicos algo corpulentos; es bueno para los españoles que son, en general, secos y delgados.

Los hombres tienen el espíritu limitado por muchas preocupaciones, mientras que las mujeres, aunque ignorantes, son generalmente vivarachas y graciosas. Pero unos y otras se hallan animados de deseos, de pasiones, tan vivas como el aire que respiran, tan ardientes como el sol que ilumina aquellas regiones.

El español convierte en cuestión de honra el más mínimo desliz de la mujer que le pertenece. Las intrigas de amor son en extremo misteriosas y llenas, según me dijeron, de peligros.

Los hombres son más bien feos que buenos mozos, a pesar de numerosas excepciones, mientras que, en general, las mujeres son bonitas.

El amante más dispuesto a arrostrar los peligros, es el preferido siempre. En el paseo, en la iglesia, en el teatro, las españolas hablan con los ojos a quien quieren; poseen este seductor lenguaje a la perfección.

Mientras hacía instalar una estufa en mi cuarto, me dijeron que podía ir a calentarme a la puerta del Sol, ancha plaza donde el calentador universal prodiga sus riquezas. Allí vi a muchos hombres que se paseaban, ya solos y a prisa, ya lentamente, hablando con sus amigos. No me gustó este paseo.

Entregué todas mis cartas, empezando por la del príncipe Lubomirski al conde de Aranda. Este era el que, en un día, había librado a España de todos los jesuitas. Más poderoso en Madrid que el mismo rey, era presidente del consejo de Castilla, y no salía sino acompañado de una guardia real. Filósofo profundo, gran político, intrépido, determinado, inflexible, vividor disimulado, hacía en su casa todo lo que prohibía a los demás.

Este señor, bastante feo y bizco, me recibió con cierta frialdad. Cuando le hube dicho que no podía contar con apoyo del embajador de Venecia, me aconsejó que procurase divertirme sin esperar que el rey pudiese utilizar mis servicios.

Luego fui a la casa del embajador de Nápoles, que me habló en el mismo sentido; y no de otro modo me habló el marqués de Moras, con ser el más amable de todos los españoles. El duque de Losada, mayordomo mayor y favorito de Su Majestad Católica, sintiendo no poder hacer nada a pesar de sus buenos deseos, me aconsejó que procurase introducirme en casa del embajador de Venecia y captarme su apoyo, a pesar de mi situación con el consejo de los Diez, que él podía pasar por alto. Me dispuse a seguir los consejos de aquel prudente anciano, y para ello escribí una carta urgente al señor Dándolo, pidiendo una carta de recomendación que obligase al embajador a favorecerme en la corte, a pesar de mi causa pendiente con los Inquisidores de Estado.

Me presenté luego a Gaspar Soderini, secretario de la embajada de Venecia, hombre de talento, prudente y honrado, quien sin embargo, llegó a decirme que le extrañaba que yo hubiese tenido el atrevimiento de presentarme en la embajada.

Me defendí justificadamente y pareció aprobar mi conducta; tanto que me aconsejó escribiera al embajador repitiéndole lo que acababa de decirle.

Le escribí, efectivamente, y un día después me anunciaron al conde Manucci, joven de porte distinguido. De parte del embajador Moncenigo, me dijo que éste deseaba verme como particular, ya que no podía recibirme como representante de Venecia.

—Lo conoce y lo aprecia —añadió el conde.

El embajador me recibió muy bien, pero me dijo que no podía recibirme públicamente sin crearse enemigos.

A pesar de su reputación pederástica, Moncenigo era querido en Madrid. Me reí, en un baile, de un grande de España que me dijo con cierto misterio, al verme con Manucci, que este joven era la mujer del embajador. Yo sabía que, de hecho, lo que sucedía era lo contrario.

Hice varias visitas al pintor Mengs, quien hacía diez años que estaba al servicio bien pago de Su Majestad y me dio excelentes comidas con sus amigos. En su casa conocí al arquitecto Sabatini, que construyó las cloacas y dio salubridad a Madrid.

Para distraerme frecuentaba el teatro y los bailes de máscaras que el conde de Aranda había establecido en Madrid, en una sala construida para ello, llamada los Escaños del Peral. En un gran palco situado en frente del escenario permanecían los *padres* de la Inquisición para vigilar por las buenas costumbres y decencia del público y los actores.

Los españoles fundamentan toda su religión en la práctica aparente del culto exterior. No hay mujer libertina que, antes de entregarse a los deseos de su amante, no empiece por cubrir con un velo la imagen del crucifijo o de la Virgen que se halla en el cuarto.

En Madrid, todo hombre que come en una hostería con una mujer, en un cuarto reservado, ha de soportar que el camarero permanezca constantemente en la habitación, a fin de que pueda jurar, después de la comida, que aquel hombre y aquella mujer no han hecho más que comer y beber.

A pesar de todas estas precauciones, el libertinaje es extraordinario en Madrid, con la circunstancia agravante de la hipocresía.

Las mujeres son peligrosas por las enfermedades que muchas de ellas comunican a los que obtienen sus favores.

El baile de máscaras es sumamente divertido. A medianoche, al son de orquesta y palmoteos, se baila el famoso fandango, baile mucho más animado y más loco de lo que yo me había figurado. Cada pareja toma mil actitudes de extraordinaria lascivia. Allí se encuentra la expresión del amor, desde su nacimiento hasta su fin, desde el suspiro que desea hasta el éxtasis del goce. Me parecía imposible que después de semejante danza, la bailarina pudiese rehusar nada a su bailarín. Aquella bacanal me daba tanto gusto que yo lanzaba gritos de aprobación. Mas para formarse una verdadera idea del fandango, hay que verlo bailar por gitanas y gitanos. Un caballero, a quien conocí en los Escaños del Peral, me presentó a una señora de mediana edad que se llamaba la Pichona, cuya tertulia frecuenté.

Ante todo, quise aprender el fandango y me lo enseñó un actor y bailarín que también me dio lecciones de lengua castellana. En tres días supe bailar perfectamente aquella danza popular y di pruebas de ello en el baile de máscaras.

La Pichona había sido actriz, como supe poco tiempo después de haberle sido presentado, y debía su fortuna a la protección del duque de Medinaceli. Este fue a visitarla un día de mucho frío y habiéndola encontrado sin fuego, por no tener con qué comprar carbón, le envió un brasero de plata, con cien mil duros en oro. Desde entonces, la Pichona vivía muy holgadamente y tenía una agradable tertulia.

Por aquellos días murió el duque, después de una enfermedad de cuarenta y ocho horas. Cuando la Pichona me anunció tan triste noticia, supe que era él quien me la había presentado en el baile, lo cual me sorprendió en extremo.

No tardé en proporcionarme una buena pareja para los bailes; la casualidad me hizo conocer a la hija de un zapatero remendón, muchacha muy linda, mezcla de devoción y lujuria, con la cual pasé muy buenos ratos.

Llegó el miércoles de Ceniza, día en que se pasa, sin transición, de la locura a la piedad, del paganismo con sus bacanales al cristianismo con sus misterios y su símbolo más ortodoxo.

Pocos días después, un hombre de mal aspecto se me acercó en la calle y me dijo que lo siguiera a un claustro donde me diría algo que me interesaba mucho. Lo seguí en silencio, y cuando estuvo seguro de que nadie nos veía, me dijo que el alcalde Mesa iba a hacer una requisa en mi casa, aquella misma noche con todos sus secuaces.

—Y yo soy uno de ellos —añadió— No ignora que tiene armas prohibidas, escondidas debajo de la estera, detrás de la estufa, y sabe, o cree saber, otras cosas que lo autorizan a llevarlo a la cárcel.

Alterado entonces por el aviso de aquel hombre, a causa de la circunstancia verdadera de las armas, le puse un doblón en la mano y me fui a mi casa, agarré mis armas bajo la capa y me refugié en casa de Mengs. Por pertenecer al rey, la casa en que vivía el célebre pintor era inviolable.

Al día siguiente, supe por mi patrón que el alcalde había hecho en mi cuarto la denunciada pesquisa con tres esbirros.

Mengs temía comprometerse dándome asilo; para tranquilizarlo me dispuse a partir. Mi coche me aguardaba a la puerta, cuando se me acercó un capitán que me dijo:

—Le ruego, caballero, que me siga sin violencia al cuerpo de guardia del Buen Retiro, donde permanecerá preso. Siendo real esta casa no puedo emplear la fuerza; pero le advierto que en menos de una hora el caballero Mengs recibirá la orden de hacerlo salir y entonces se lo detendrá por la fuerza.

—Voy a seguirlo pero antes me permitirá escribir cuatro cartas.

—No puedo esperar ni dejarlo escribir; podrá hacerlo cuando esté arrestado.

—Esto basta, y voy a obedecerle. Me acordaré de España cuando, en el resto de Europa, halle gentes libres que tengan tentación de viajar por esta tierra como yo.

El capitán me condujo al palacio del Buen Retiro, que la familia real había abandonado y que sólo servía de cárcel y cuartel. En este palacio se preparaba Felipe V, con la reina, para la celebración de las pascuas.

La sala en que me encerraron era muy grande y olía muy mal. En ella había unos treinta presos, diez de los cuales eran soldados. Vi diez o doce camas muy anchas y unos cuantos bancos, pero ni sillas ni mesa alguna.

Supliqué a un soldado que me proporcione papel, pluma y tintero, y le di un duro para ello. Tomó el duro riéndose, se fue y no volvió.

Me senté en una cama, pero al poco tiempo tuve que levantarme, viéndome lleno de chinches cuya plaga parece endémica en España.

Mis compañeros de miseria comieron una mala sopa de ajos y pan detestable, sin más que agua para beber. Dos curas y un individuo a quien daban el nombre de corregidor comieron de modo excelente.

A las cuatro, un criado de Mengs me trajo una comida abundante. A las cinco, pregunté al oficial de guardia si me estaba permitido escribir.

—Fue un abuso no haberlo permitido —me contestó.

—En tal caso, ¿le está permitido a un soldado a quien encargan que compre papel y tinta, tomar un duro y no volver?

—¿Quién es ese soldado?

Habían relevado la guardia y nadie supo decir quién era.

—Le prometo —dijo el oficial— que haré que le devuelvan el dinero y mandaré castigar al soldado; mientras tanto, va a tener de inmediato todo lo necesario para escribir, una mesa y luz.

Me saqué del bolsillo tres duros, diciendo a aquellos miserables que los daba a quien me nombrase al soldado desleal. Inmediatamente hubo un individuo que lo nombró, y otros tres repitieron el nombre. El oficial lo apuntó en su cartera.

Entre mil impertinencias de los presos, escribí varias cartas, llenas de indignación.

Decía a Moncenigo que su deber le imponía defender a un súbdito de su príncipe cuando los subordinados de una potencia bárbara lo asesinaban para apoderarse de sus bienes.

Escribí a D. Manuel de Roda, ministro de gracia y justicia, apelando a él para que se me levantase una prisión injusta. Al duque de Losada le supliqué que pusiese en conocimiento del rey que había quien asesinaba en su nombre a un veneciano que no había cometido delito ni contravención.

Pero la más vigorosa de las cuatro cartas que escribí fue la que dirigí al conde de Aranda. Según costumbre mía, me quedé con copia de las cartas y las mandé por un criado que me envió Manucci.

Pasé una de las noches más horribles que pudo imaginar Dante para tormento de sus condenados. Todas las camas estaban ocupadas, y aún sin ser así, no me hubiera acostado en ninguna. Diez veces pedí un poco de paja; pero aunque me la hubiesen traído, no hubiera sabido dónde colocarla, porque todo el piso estaba inundado; para tanta gente no había más que dos o tres orinales, y cada cual hacía donde mejor le parecía.

Pasé la noche sobre un estrecho banco, con mi brazo por almohada.

El día siguiente, a las siete de la mañana, vino Manucci y me hizo descender al cuerpo de guardia, donde tomamos chocolate con el oficial. Quedaron horripilados de oír mis tormentos nocturnos.

Más tarde vinieron a verme una muchacha con quien yo había contraído relaciones, y su padre, un pobre zapatero de alma noble y generosa que me puso con disimulo un cartucho de doce onzas de oro en la mano, diciéndome que se las devolvería cuando pudiese. Le estreché la mano afectuosamente, le dije que yo llevaba cincuenta en el bolsillo y que no se las enseñaba por temor de que las vieran los pillos que me rodeaban. El buen hombre se guardó su dinero llorando. Esta especie de caracteres no son raros en España, donde la exaltación heroica es general; pero los extremos se tocan.

El criado de Mengs me trajo la comida a las doce.

A la una me llevaron a un cuarto donde vi mi carabina y mis pistolas. El alcalde Mesa, sentado a una mesa llena de expedientes, con dos esbirros al lado me dijo que me sentara y me ordenó que contestase con precisión a sus preguntas, advirtiéndome que mis respuestas serían registradas.

—Apenas entiendo el español, —le dije— y no contestaré sino por escrito a cualquiera que me interrogue en italiano, en francés o en latín.

Esta contestación, dicha con firmeza y aplomo, lo sorprendió. Me habló durante una hora; yo lo comprendía todo, pero no hacía más que contestarle:

—No entiendo lo que dice. Busque un juez que sepa una de las lenguas que yo sé, y entonces contestaré; pero no dictaré, sino que escribiré mis respuestas.

El alcalde se enfureció, pero yo ignoraba sus iras.

Por último me dio una pluma, y me dijo que escribiese en italiano mi nombre, mis antecedentes y lo que hacía en España. No pudiendo negarle esto, me limité a escribir lo siguiente:

"Soy Giacomo Casanova, ciudadano de la República de Venecia, literato, caballero de la Espuela de Oro. Soy bastante rico y viajo por gusto. Me conocen el embajador de Venecia, el conde de Aranda, el príncipe de la Católica, el marqués de Moras y el duque de Losada. En manera alguna he faltado a las leyes de Su Majestad Católica, y sin embargo me arrestan, me encierran con malhechores y ladrones, y esto lo hacen magistrados que merecerían ser tratados con mucha más dureza que yo. No habiendo hecho nada contrario a las leyes, Su Majestad Católica debe saber que no tiene más derecho sobre mí que el de ordenarme salir de sus Estados y obedeceré tan pronto como reciba esta orden. Mis armas, que veo aquí, viajan conmigo hace once años; no las llevo sino para defenderme de los ladrones en la ruta. En mi coche las vieron los oficiales de la puerta de Alcalá, y nadie me las confiscó, lo cual indica que ahora no son más que un pretexto para vejarme". El alcalde se hizo traducir por un individuo lo que el lector acaba de leer. Se levantó y exclamó mirándome furioso:

— ¡Válgame Dios! Se arrepentirá de haber escrito estas líneas injustas e insolentes.

Al proferir esta amenaza de inquisidor, se fue furioso, ordenando que me llevaran al sitio de donde venía.

Mi segunda noche en la cárcel fue todavía más horrible que la primera.

Por la mañana volvió Manucci con un chocolate excelente que me reanimó un poco. Momentos después de haberlo tomado, se abrió la puerta y se presentó un oficial superior, acompañado de otros dos.

—¿El señor Casanova? —preguntó.

Yo me adelanté pronunciando mi nombre.

—Señor, —dijo el coronel— Su Excelencia el conde de Aranda se halla a la puerta y siente mucho lo que ha ocurrido. Nada ha sabido hasta que ha recibido su carta, y si le hubiese escrito antes, su detención hubiera sido menos larga...

—Tal era mi intención, coronel, pero un soldado...

Y le conté la mala jugada del soldado ladrón.

El coronel dio al capitán una dura reprimenda, le ordenó que me devolviese él mismo un duro que tomé riéndome, y que hiciese venir al soldado para castigarlo en mi presencia.

El emisario del conde de Aranda era el conde Reya, coronel del regimiento de guarnición en el Buen Retiro. Después de haber escuchado el relato de mi arbitrario encarcelamiento y de mis padecimientos, me aseguró que todo el mal procedía de la denuncia calumniadora de mi criado, pillastre que no volví a ver.

—Cuando invite al pintor Mengs, le ruego que lo acompañe a comer conmigo —añadió el coronel en el momento de marcharse.

A las tres de la tarde vino el alcalde Mesa a decirme que le siguiera, pues tenía orden de acompañarme a mi casa, donde contaba que yo hallaría todo lo que había dejado. Uno de sus agentes recibió el encargo de llevar mis armas a mi domicilio. El oficial de guardia me entregó mi espada.

Una vez en mi casa con el alcalde y sus secuaces, dije que lo hallaba todo en el orden en que lo había dejado.

Después de haberme lavado y vestido, la gratitud antes que el amor me hizo ir a casa del honrado y generoso zapatero. El buen hombre estaba tan orgulloso de haber adivinado que yo era víctima de un error, como contento de volverme a ver en libertad. Su hija Ignacia estaba loca de alegría, y mi amor por ella aumentó considerablemente.

Al salir de casa del honrado menestral, fui a ver a Mengs, a quien sorprendió mucho verme tan pronto en libertad. Lo encontré vestido de etiqueta para ir a hablar en favor mío a don Manuel de Roda; le di las gracias por sus buenos deseos y él me entregó una carta de Venecia que acababa de recibir. La abrí, era del señor Dándolo y contenía otra para el señor de Moncenigo. El señor Dándolo me decía que después de la lectura de aquella carta, el embajador no temería ya disgustar a los Inquisidores de Estado presentándome públicamente, pues la persona que la escribía me recomendaba a él de parte de los tres inquisidores.

Oyendo esto, Mengs me dijo que de mí dependía hacer mi fortuna en España mediante una buena conducta, principalmente en el momento en que todos los ministros se hallaban en la necesidad de hacerme olvidar el desagradable episodio que se me acababa de hacer padecer.

Llevé la carta al embajador quien, después de haberse enterado del contenido, me invitó a comer en compañía de Mengs y me dijo que iba a presentarme a la corte la semana siguiente.

CAPITULO XII

del tomo 9

En los principales acontecimientos de mi vida, siempre se han presentado curiosas circunstancias para hacerme algo supersticioso; me siento humillado cuando, haciendo profundo examen de conciencia, me veo obligado a confesar esta verdad. ¿Pero cómo defenderse? Está en la naturaleza que el azar haga de un hombre lo que hace con una bola de marfil que empuja para reírse cuando por casualidad cae en la tronera; pero me parece que no es natural lo que hace un niño que se entrega a sus caprichos, en un billar, puesto que no es igual a un jugador hábil que calcula la fuerza de la velocidad, la de reacción, la distancia, la medida de los ángulos, y una cantidad de cosas que no ven en un billar los jugadores inexpertos. No me parece natural que yo haga a la fortuna el honor de considerarla como excelente geómetra, ni que suponga a esta también sujeta a las leyes físicas a que veo sometida a toda la naturaleza. Sin embargo, a pesar de esta reflexión, me extraña lo que observo.

Esta fortuna, que he de menospreciar como sinónimo de casualidad, adquiere el carácter muy respetable de una deidad en todos los acontecimientos importantes de mi vida. Siempre ha parecido complacerse en probarme que no es ciega, por mucho que se diga; nunca me ha humillado sino para levantarme según fue mi caída, y diríase que nunca me ha hecho subir muy alto más que para precipitarme en el abismo. Parece que no ha querido ejercer sobre mí un poder absoluto sino para convencerme de que es dueña de todo.

Para llegar a esta demostración siempre ha desplegado medios capaces de hacerme operar, de grado o por fuerza, y para darme a comprender que mi voluntad, lejos de ser libre, no es sino un instrumento de que se servía para hacer de mí lo que se le antojaba. No contaba con nada en España sin el apoyo del representante de mi patria, y éste no se hubiera atrevido a hacer nada por mí sin una carta que le hice entregar.

Es probable que esta carta hubiera quedado sin consecuencias, si no hubiese llegado precisamente en el momento de mi arresto, que era la noticia del día, a causa de la reparación que el conde de Aranda me había hecho dar.

Esta carta hizo arrepentir al embajador de no haber intervenido con su autoridad y de no haber hecho nada todavía en mi favor. Sin embargo, quiso hacer creer al público que el conde de Aranda había obrado así conmigo por instigación suya. Su favorito, el conde Manucci, había venido a comer de su parte, y por suerte yo estaba comprometido a comer con Mengs, lo cual hizo que Manucci tuviese la idea de ir a convidar al gran pintor, invitación que mucho halagó el amor propio y la vanidad de un hombre en cuya casa me había refugiado, aunque inútilmente. Esta invitación tuvo según él todas las apariencias de un acto de gratitud, lo cual le resarcía de la mortificación que había experimentado sin duda al verme detener en su casa. Luego me escribió que vendría a buscarme en su coche.

Al día siguiente visité al conde Aranda, que me devolvió las cuatro cartas que yo había escrito en la cárcel. Estuvo amabilísimo conmigo y me aconsejó que hiciese una visita al alcalde Mesa y otra a don Manuel de Roda, que quería conocerme.

Al separarme del conde, fui a ver al coronel Reya, quien me dijo que yo había hecho mal en decir al ministro que quedaba satisfecho con la reparación.

¿Qué más podía pretender?

—Todo. Destitución del alcalde y cincuenta mil duros de indemnización.

El coronel, que es hoy general, es uno de los españoles más amables que he conocido.

Mengs vino a mi casa a buscarme y fuimos juntos a comer con el embajador de Venecia, quien me hizo una recepción cordial. Los convidados eran el abate Bigliardi, procónsul de Francia, don Rodrigo de Campomanes y el célebre don Pablo de Olavides. Después de haber escuchado el relato de mi entrevista con el conde Aranda, quisieron leer mis cartas y cada uno las interpretó según su óptica, unos aprobándolas y otros calificándolas de feroces.

Me alegré mucho de conocer a Campomanes y a Olavides, hombres de talento de una especie muy rara en España. Sin ser cabalmente hombres sabios, se hallaban por encima de las preocupaciones religiosas, pues no solamente no temían burlarse de ellas en público, sino que trabajaban abiertamente para combatirlas.

Campomanes había proporcionado a Aranda todo el material contra los jesuítas.

Era de observar y el hecho no dejaba de ser gracioso, que Campomanes, el conde de Aranda y el general de los jesuítas eran bizcos. Habiendo preguntado a Campomanes por qué aborrecía a los jesuítas, me dijo que les tenía odio como a todas las órdenes religiosas, raza parásita e inútil que haría desaparecer gustoso de la península y del mundo entero. Era autor de todo lo que se había publicado contra las requisas eclesiásticas y como estaba íntimamente relacionado con el embajador de Venecia, el señor Moncenigo le había comunicado todo lo que el Senado había hecho contra los frailes. Hubiera podido enterarse leyendo lo que nuestro fray Pablo Sarpi ha escrito sobre esta materia. Sagaz, activo, valeroso, fiscal del consejo supremo de Castilla, del cual era presidente

Aranda, era tenido por hombre íntegro que no obraba jamás sino para el bien del Estado. Por eso lo apreciaban todos los estadistas; pero los frailes y los beatos lo odiaban, y la Inquisición había jurado su caída. Se decía en público que si dentro de dos o tres años Campomanes no se hacía obispo, moriría en los calabozos de la Santa Hermandad. Esta profecía sólo se realizó en parte. Fue en efecto encerrado, cuatro años después, en la cárcel de la Inquisición; pero salió al cabo de tres años haciéndose el arrepentido.

La enfermedad que corroe España aún está activa.

Olavides fue tratado más duramente; y el mismo Aranda sólo escapó al monstruo sanguinario mediante varios subterfugios; hombre de buen sentido y de una mente tan penetrante como profunda, pidió la embajada en Francia, que el rey le concedió, contento de escapar así a la obligación de entregarlo al furor de los frailes.

Carlos III, muerto loco como mueren todos los reyes que son al mismo tiempo hombres honrados, había hecho cosas increíbles para los que lo conocían; era testarudo como un mulo, débil como una mujer, materialista como un holandés, beato y muy dispuesto a morir antes que mancharse con el más pequeño de los pecados mortales.

Fácilmente se entiende que un hombre así fuese esclavo de su confesor.

Con el señor de Olavides hablé extensamente acerca de un proyecto de colonia de suizos en la Sierra Morena. Le hice numerosas observaciones que me pidió le presentara por escrito, y accedí a su pedido.

El gabinete de Madrid se ocupaba mucho de esta operación. Se habían hecho venir de diferentes cantones de Suiza mil familias para formar una colonia en la desierta comarca de Sierra Morena. La naturaleza parecía haberse complacido en multiplicar en aquel país todas las ventajas; un clima delicioso, un suelo fértil, aguas puras y abundantes, una posición ventajosísima en el centro de Andalucía; y sin embargo tan hermoso país estaba desierto.

Deseando cambiar aquel estado de cosas anormal y casi inexplicable, Su Majestad Católica había resuelto entregar a colonos inteligentes y laboriosos todos los productos de la tierra durante cierta cantidad de años. Con este fin, había hecho venir a suizos, pagándoles el viaje. Llegaron los suizos y el gobierno español organizó cómo instalarlos y someterlos a una buena vigilancia temporal y espiritual. Olavides, literato distinguido, apoyaba aquella empresa. Conferenciaba con los ministros para organizar aquella nueva población, dotarla de magistrados que administrasen pronta y buena justicia; de curas, de un gobernador, de herramientas necesarias para hacer construir casas, iglesias, y sobre todo una plaza de toros, cosa inútil para los buenos suizos, pero sin la cual los españoles no conciben que se pueda vivir.

En las Memorias que don Pablo Olavides había presentado para la gran prosperidad de la colonia, decía justificadamente que había que evitar todo establecimiento de frailes; pero pronto tuvo en contra a todos los religiosos y monaguillos de España, sin excluir al obispo de la diócesis en que se hallaba la colonia.

Los curas seculares decían que Olavides tenía razón, pero los frailes lo acusaban de impiedad y como la Inquisición era frailuna, las persecuciones empezaban ya.

En mi conversación con el señor de Olavides, dije que en pocos años la colonia, fundada sobre tantos sacrificios económicos, se desvanecería como el humo, por varias razones físicas y morales. La principal que alegué, fue que el suizo difiere de los naturales de todas las naciones.

—Es un vegetal —dije— que trasplantado a un terreno en que no ha nacido, se deteriora y muere. Los suizos son el pueblo más inclinado a la nostalgia. Cuando esta enfermedad empieza a afectarlos, el único remedio que hay es mandarlos de vuelta al país, al chalet, al pueblo, al lago que los vio nacer.

Según mi entender sería mejor combinar la colonia suiza con otra española, a fin de mezclarlos por medio de matrimonios. También sería necesario, por lo menos al principio, no darles más que curas y magistrados suizos, y declararlos, sobre todo, fuera del alcance de la Inquisición por lo que hace a su conciencia. El campesino suizo tiene leyes, usos y costumbres sobre la manera de hacer el amor, inseparables de su condición, y que el ceremonial eclesiástico de España no aprobaría jamás. La menor traba en esta materia acarrearía rápidamente una repulsa general.

Mi razonamiento, que al principio pareció una broma a Olavides, comenzó a darle a entender que bien pudiera yo tener razón. Me pidió que escribiese mis reflexiones y que no comunicase a nadie más que a él mis conocimientos sobre tal materia. Se lo prometí, y Mengs fijó el día en que ambos iríamos a comer juntos en su casa.

Mengs se empeñó en que fuese a vivir con él, y consentí en trasladarme a su casa. Tan pronto como me hallé instalado, me puse a trabajar sobre la cuestión de las colonias, tratando la materia como físico y como filósofo.

No dejé de visitar a don Manuel de Roda con quien pasé un buen rato hablando de literatura, que era su tema predilecto.

El duque de Losada me felicitó por los elogios que hacía de mí a todo el mundo el embajador de Venecia.

Con éste me invitó a comer el príncipe de la Católica. Todos me aconsejaban que tratase de obtener algún beneficio de mis relaciones y de mis conocimientos. Empezaba yo a pensar seriamente en emplearme, puesto que no recibía carta de Lisboa. Paulina no me escribía y no me era posible averiguar lo que había sido de ella.

En tres semanas conocí a mucha gente importante. Asistía con frecuencia a la tertulia de la Sabatini, a la casa del duque de Medina Sidonia, escudero mayor del rey, literato prestigioso, y a la casa de doña Ignacia, la hija del zapatero. Como estábamos en cuaresma y se acercaba la Semana Santa, la devota muchacha reservaba todos los placeres para después de Pascua, diciendo que en aquellos días, en que Jesús muere por nosotros, sólo había que pensar en hacer penitencia. Moneenigo tenía que presentarme al rey en Aranjuez, pero fui atacado por una espantosa fiebre que duró cuarenta y ocho horas y luego se me formó un absceso, del tamaño de un melón. El absceso supuró durante cuatro días, y me dejó tan débil que estuve en cama varios días más.

En esto habían transcurrido la Semana Santa y las fiestas de Pascua. Entonces recibí de Mengs una nota en los siguientes términos:

"Ayer, el cura de mi parroquia mandó fijar a la puerta de la iglesia parroquial el nombre de las personas que viven en su distrito, y que, no creyendo en Dios, no han comulgado con motivo de la Pascua. Entre esos nombres, figura el suyo con todas sus letras, y he tenido que soportar un reproche del cura, por haber dado asilo a un heterodoxo. No he sabido qué contestarle, porque es evidente que hubiera podido estar un día más en Madrid y cumplir con el precepto, aunque no hubiese sido sino por las consideraciones que me debe. Lo que yo debo al rey, mi señor, el celo con que debo velar por mi reputación y mi tranquilidad para el porvenir me obligan, por ahora, a decirle

que mi casa ya no es la suya. Cuando vuelva a Madrid, vivirá donde le dé la gana, y mis criados entregarán su equipaje a quien esté por usted autorizada a recogerlo.

Antonio Rafael Mengs".

"Suyo.

Esta carta brutal, insolente e injustificada me produjo tal sorpresa, que Mengs no hubiera quedado impune a no haberme hallado rendido en cama.

La rabia me dio fuerzas; me levanté y me hice llevar en silla de manos a la iglesia de Aranjuez, donde un fraile me confesó, me dio la comunión y me extendió un certificado que envié al cura de la parroquia de Mengs, suplicándole que me borrara de la lista de los heterodoxos. Al mismo tiempo contesté a Mengs que no merecía su ofensa, por haberle honrado yendo a vivir en su casa; pero que como cristiano que acababa de comulgar, le perdonaba su conducta injustificada.

El embajador, a quien referí el caso, me contestó:

—No me extraña. Mengs no se destaca sino por su talento, y todo Madrid sabe que es un ordinario.

En efecto aquel hombre ambicioso no me había invitado a vivir en su casa sino por vanidad. Quería que toda la ciudad lo supiese, en el momento en que todo el mundo hablaba de la pública satisfacción que yo había obtenido del conde Aranda y que imaginasen que se me había concedido en parte por consideración a él. Me había dicho efectivamente, en un momento de mal humor, que había debido exigir que el alcalde Mesa me acompañase no a mi casa sino a la suya, a la de Mengs, puesto que era allí donde sus secuaces me habían dado a conocer la orden de mi arresto.

Mengs era ambicioso de gloria; gran trabajador, celoso y merecedor de algún mérito. Aunque era gran pintor por el dibujo, carecía de inventiva, parte esencial del pintor como del poeta.

Habiéndole dicho un día:

—Así como todo gran poeta ha de ser pintor, todo gran pintor ha de ser poeta.

Se enojó porque pensó injustificadamente que yo quería reprocharle su defecto, de que estaba convencido, pero que no quería confesar.

Era muy ignorante y tenía la debilidad de querer pasar por erudito; devoto de Baco y de Como, quería pasar por sobrio; era lascivo, colérico, celoso y avaro y aspiraba a ser calificado como hombre virtuoso. Como era muy trabajador, generalmente no comía, porque bebiendo hasta perder el sentido, no podía hacer nada después de comer. Se contentaba con desayunarse y cenar. Cuando comía en casa ajena, no bebía más que agua a fin de no comprometerse. Hablaba cuatro lenguas, pero mal y ni siquiera sabía escribir bien la suya. Sin embargo, en esto, como en todo, quería ser perfecto. Interesándome realmente por él, como huésped suyo, me cobró inquina algunos días antes de irme a Aranjuez, porque la casualidad me puso en la oportunidad de ver sus debilidades y porque tuvo que someterse a mis direcciones. El hombre estaba indignado por deberme obligaciones. Un día yo había impedido que enviase a la Corte una Memoria que lo hubiese puesto en ridículo.

Esta memoria había de ser leída por el rey y Mengs había firmado *el más ínclito*, queriendo decir *el más humilde*. Yo le hice observar que *el más ínclito* significaba *el más ilustre, el más noble, el más elevado*. El orgulloso ignorante se puso furioso, me dijo que hacía muy mal en creer que sabía el español mejor que él y lo sofocaba el despecho: un diccionario resolvió la cuestión.

Otra vez, creí deber impedirle que cometiera una necedad enviando una crítica laboriosamente escrita contra alguien que había dicho que no teníamos en el mundo ningún monumento antediluviano. Mengs creía rebatir al autor diciendo que estaban las ruinas de la torre de Babilonia; doble barbaridad, puesto que no se ven las supuestas ruinas, y aun cuando se viesen, aquella torre singular es un hecho posdiluviano.

También tenía la manía de plantear cuestiones de alta metafísica, y no entendía nada; su debilidad consistía en hablar de la belleza y definirla, y las necedades que decían eran atroces.

En sus momentos de cólera, Mengs pegaba a sus hijos hasta el caso de estropearlos. Más de una vez arranqué de sus manos a su pobre hijo, que aquel maldito parecía querer destrozar. Se jactaba de haber sido educado por su padre, bohemio y mal pintor, con el bastón en la mano. Decía que a esto debía él ser gran pintor y había decidido emplear el mismo sistema para obligar a sus hijos a llegar a ser alguien. Quedaba muy ofendido cuando recibía una carta sin que en el sobre estuviera su título de caballero ni su nombre de Rafael. Un día me tomé la libertad de decirle que aquellas cosas eran consideradas como bagatelas y que poco me había importado que las cartas que él me había dirigido a Florencia y a Madrid no llevaran mi título de caballero, a pesar de que yo poseía igual nominación que él.

No contestó nada e hizo bien; pero por la omisión de sus nombres de pila, conocía yo la locura que solía acometerlo. Tenía la simpleza de decir que, llamándose Antonio como el Correggio y Rafael como el de Urbino, los que dejaban de hacer preceder su nombre de Mengs de aquellos dos nombres de pila, no podían hacerlo sino con la intención de negarle las dos partes de la pintura que brillan separadamente en aquellos dos grandes pintores y que él reunía en sí.

Un día le dije que la mano de una figura que yo miraba en uno de sus cuadros era defectuosa, porque el dedo anular era más corto que el índice. Me contestó ásperamente que ello tenía que ser así y como prueba me enseñó su mano. Me eché a reír, enseñándole la mía diciéndole que estaba seguro de tener la mano conformada como todos los descendientes de Adán.

—¿De quién pretende, pues, que yo descienda?

— ¡Qué se yo! Pero es seguro que no es usted de mi especie.

—Usted no es de la mía, ni la de los hombres comunes, porque todas las manos bien hechas, de hombre o de mujer, son como la mía, no como la suya.

—Apuesto cien doblones a que está equivocado. Se levantó y tiró al suelo su paleta y sus pinceles; llamó a los criados y me dijo:

—Vamos a ver.

Acudieron aquellos y les miró las manos; vio el índice más corto que el anular. Por primera vez lo vi reír y terminar la disputa con un chiste:

—Me alegro de poder decir que soy único en algo.

Voy a contar aquí una cosa muy sensata que Mengs me dijo un día.

Había pintado una Magdalena que, en verdad, era de una hermosura sorprendente. Hacía unos días que me decía por la mañana:

—Esta noche quedará concluido este cuadro. Un día le dije que se había equivocado el día antes, diciéndome que el cuadro quedaría concluido por la noche.

—No —me dijo— porque podría parecer acabado a los ojos del noventa y nueve por ciento de los inteligentes; pero me importa sobre todo el juicio del centésimo y lo miro con esos ojos. Sepa

que no hay cuadro en el mundo que su acabado no sea más que relativo. Esta Magdalena no lo será hasta que yo deje de trabajar en ella, un día más, sería más acabada. Sepa que en Petrarca no hay un soneto que sea realmente acabado. Nada de cuanto sale de la mano o de la inteligencia del hombre es perfecto, exceptuando el cálculo matemático.

Cuando terminó de hablar lo abracé por haberlo hecho tan bien. No sucedió lo mismo un día en que me dijo que quisiera haber sido Rafael de Urbino.

— ¡Era un gran pintor!

—En efecto —le dije— ¿cómo puede decir que *quisiera haber sido*? Este deseo es contrario a la naturaleza, porque, si hubiese sido Rafael, no existiría ya. No puede hablar formalmente sino imaginando que gozaría de la gloria del paraíso; y en tal caso no digo nada.

—No, señor; quisiera haber sido Rafael sin pensar en existir hoy, ni en cuerpo ni en alma.

— ¡Qué absurdo! Pero reflexione un poco lo que dice. No cabe tener semejante deseo para un ser dotado de razonamiento. Se puso furioso y me llenó de insultos que me hicieron reír.

Otra vez comparó el trabajo del poeta que compone una tragedia con el de un pintor que compone un cuadro, donde toda la tragedia aparece en una sola escena.

Después de haber hecho el análisis de varias diferencias, concluí diciéndole que el poeta trágico se veía obligado a poner en actividad todas las fuerzas de su genio para ordenar los más mínimos detalles, mientras que el pintor, no teniendo que trabajar más que a una superficie, podía elegir y fijar colores hablando con un amigo.

—Esto prueba que un cuadro es tanto el producto manual del artista como la obra de su inteligencia, mientras que en una buena tragedia, todo es obra del genio. Esto demuestra claramente la inferioridad del pintor en relación con el poeta. Halle un poeta que pueda encargar a su cocinero la lista de la cena cuando se halla ocupado en la ardua elaboración de una tragedia o en la textura de versos épicos.

Cuando Mengs se sentía vencido y convencido, antes que ceder, antes que confesar que se equivocaba, se enfurecía y se consideraba insultado. Sin embargo, este hombre, aunque muerto a la edad de cincuenta años, pasará a la posteridad como filósofo, gran estoico, sabio y lleno de virtudes; y esto por la biografía que uno de los devotos de su talento hizo imprimir y dedicó al rey de España. Esta biografía, verdadero panegírico cortesano no es más que un cúmulo de mentiras. Mengs no fue sino un pintor; como tal, aunque no hubiese producido más que el magnífico cuadro que adorna el altar mayor de la capilla real de Dresde, merecía pasar a la posteridad, aunque la idea de esta obra maestra deriva de la admirable creación del príncipe de los pintores, el inmortal Rafael, la *Transfiguración*.

Hablaré otra vez de Mengs dentro de dos o tres años, época en que lo encontré en Roma.

Manucci me invitó a ir con él a Toledo, y me interesó mucho esta ciudad. La rodea el Tajo, el río de las arenas de oro. Un guía nos acompañó al Alcázar, que es el Louvre de Toledo, gran palacio real. La catedral es un monumento digno de ser visto por las riquezas que encierra. El arzobispo tiene trescientos mil duros de renta y cuatrocientos mil, su clero. El día siguiente nos hicieron visitar los gabinetes de física y de historia natural.

El viaje fortificó mi salud, de modo que a mi regreso a Aranjuez, me puse a visitar a todos los ministros. El embajador de Venecia me presentó al marqués de Grimaldi, con el cual tuve varias entrevistas sobre la colonia de Sierra Morena, proyecto que no avanzaba. Le entregué un informe en que probaba que aquella colonia tenía que estar compuesta por españoles.

—Sí —me dijo— pero España está mal poblada en todas partes; según este plan, sería necesario despoblar un lugar para enriquecer a otro.

—No señor, porque diez habitantes que mueren de miseria en Asturias, no morirían en la colonia sino después de haber producido cincuenta hijos. Estos cincuenta producirían doscientos y así sucesivamente.

Mi proyecto fue remitido a una comisión y el marqués de Grimaldi me aseguró que, si era admitido, yo sería nombrado gobernador de la colonia.

Una compañía de ópera cómica italiana tenía entonces mucho éxito en la corte, exceptuando la aprobación del rey, a quien no le gustaba la música. Este rey tenía la fisiología de órganos como este animal que se halla desprovisto de toda sensación de armonía acústica.

Un maestro de música italiano quería componer una ópera; yo me ofrecí a escribirle el libreto y en pocos días versifiqué tres actos. Se representó la ópera con éxito; el compositor recibió hermosos regalos; a mí me consideraron superior a un poeta que trabaja por dinero y fui pagado en aplausos: verdadera moneda de corte.

La composición de esta ópera me hizo conocer a muchos artistas.

La primera tiple era una romana llamada Pelliccia, ni hermosa, ni fea, un poco bizca y de mediano talento. Tenía una hermana más joven y realmente bonita. A pesar de esta diferencia, la joven no interesaba a nadie y la mayor acaparaba el afecto de todos los que le hablaban.

Su rostro tenía el prestigio de los ojos bizcos, una mirada penetrante y dulce, una sonrisa fina y modesta, un aire desenvuelto y noble, sin pretensión alguna. Todo el mundo se quedaba prendado de ella.

Su marido era un mal pintor, bastante feo, que más parecía su criado que su esposo. Le era muy sumiso y ella le correspondía con muchas consideraciones.

Aquella mujer no me inspiró amor, sino una sincera amistad. Iba a verla cada día y le hacía versos sobre aires romanos que ella cantaba con muchísima gracia. Era para conmigo, lo que yo para con ella: una verdadera amiga.

Un día en que había de ensayar un acto de la ópera cuyo libreto yo había hecho, le hablaba de los grandes personajes que estaban presentes y que no habían venido más que para oír la nueva música.

El empresario Marescalchi se había comprometido con el gobernador de Valencia a ir a pasar en esta población el mes de setiembre con su compañía para poner en escena óperas cómicas en un teatro construido para ello.

En Valencia no habían visto nunca ópera italiana y Marescalchi confiaba en hacer fortuna.

La Pelliccia, deseando obtener de algún personaje de la corte una carta de recomendación para aquella comarca y no conociendo ninguno, me preguntó si podía suplicar al embajador de Venecia que se interesase por ella y pidiese una carta a alguno de sus amigos.

—Le aconsejo —le dije— que la pida usted misma al duque de Arcos.

—¿Quién es ese señor?

—El que la mira a veinte pasos de nosotros.

—¿Pero cómo presentarme?

—Es un gran señor que seguramente se muere de ganas de conocerla y servirla. Vaya a pedirle este favor ahora; estoy seguro de que lo concederá gustoso.

—No me atrevo. Presénteme.

—No, porque todo se echaría a perder. Ni siquiera ha de sospechar que le he dado este consejo. Voy a marcharme; luego irá a solicitar del duque el favor que desea.

Habiéndome dirigido hacia la orquesta, volví la cabeza momentos después y vi al duque que se dirigía hacia la artista.

La cosa está hecha, pensé.

Después de la ópera, la Pelliccia me dijo que tendría la carta el primer día de la ópera.

El duque cumplió su palabra; le entregó una carta para don Diego Valencia, comerciante de la ciudad de ese nombre.

Como ella no había de ir a Valencia hasta el mes de setiembre y estábamos en mayo, faltaba aun mucho tiempo para la entrega de la carta. Más adelante veremos lo que contenía.

En Aranjuez yo veía con frecuencia a don Domingo Varnier, camarero del rey, y a otro camarero del príncipe de Asturias que reina actualmente, y a una camarera de la princesa, hoy reina.

Esta princesa adorada había tenido poder como para suprimir una cantidad de etiquetas tan absurdas como molestas y convertir el tono grave y serio de la corte en algo menos ceremonioso.

Me sorprendía ver a Su M. Católica comer todos los días a las once, como hacían los zapateros de París en el siglo XVII, comer siempre lo mismo, ir a la caza cada día a la misma hora, y volver por la noche, con su hermano, extenuado por la fatiga. El rey era muy feo; pero todo es relativo, pues era buen mozo comparado con su hermano que era horriblemente feo.

Este hermano no viajaba nunca sin una imagen de la Virgen que Mengs le había pintado. Era un cuadro de dos pies de alto sobre tres y medio de ancho. La Virgen estaba sentada sobre el césped con los pies descalzos y las piernas cruzadas a lo moro y desnudas hasta las pantorrillas.

El infante estaba enamorado de su Virgen y tomaba por devoción el más criminal de los sentimientos voluptuosos, pues era imposible que al contemplar aquella imagen no ardiera en uno el apetito carnal de estrechar en sus brazos la realidad viva.

Sin embargo, el infante no sospechaba aquello y se maravillaba de sentirse enamorado de la madre del Salvador. Así suelen ser los españoles. Para interesarles las imágenes han de ser impresionables y no interpretan nada sino en el sentido favorable a la pasión que los domina.

La población de la Sierra Morena me tenía muy ocupado, pues escribía sobre la organización, artículo principal para el logro de la colonia. Mis escritos, que eran simples esbozos, gustaban mucho al ministro Grimaldi y complacían a Moncenigo; este último esperaba que, si conseguía hacerme nombrar gobernador de la colonia, adquiriría realce su embajada y se consolidaría su influencia diplomática.

Sin embargo, mis trabajos no me impedían divertirme. Frecuentaba los hombres de la corte que más podrían interiorizarme de los caracteres particulares de los miembros de la familia real. Don Domingo Varnier, hombre de talento, franco y veraz, era una abundante mina que yo explotaba.

Un día le pregunté si era verdad que el rey quería mucho a Esquilache por haber amado en otro tiempo a su mujer.

—Es una calumnia —me contestó— originada en la imaginación de los que toman por verdadero lo que apenas es verosímil. Si el sobrenombre de casto debe atribuirse a un rey por boca de la verdad y no por la de la educación, Carlos III lo merece quizá más que ninguno de los reyes que lo han merecido.

"En su vida se ha acercado a ninguna mujer sino a la difunta reina, y aun esto no tanto por deber de fidelidad conyugal como por deber de cristiano. Evita el pecado por temor de ensuciar su alma y a fin de evitar la vergüenza de tener que confesar su debilidad al confesor.

"Fuerte, grueso, robusto, con una salud de hierro, dotado de un temperamento muy español, no pasó un solo día sin rendir a la reina sus deberes de esposo, exceptuando cuando la salud de esta princesa exigía una tregua. Entonces, para apagar su celo el casto esposo se extenuaba cazando, absteniéndose de los alimentos irritantes o demasiado nutritivos. Imagine la desesperación de aquel hombre cuando se encontró viudo, dispuesto a morir mil veces antes que verse sometido a la humillación de una querida.

"Su recurso fue la caza y un método de emplear el tiempo de tal modo que no le quedaba tiempo para pensar en las mujeres. La cosa era muy difícil, porque no le gusta escribir ni leer; la música no es más que un ruido molesto para su oído y toda conversación algo alegre le inspira repugnancia.

"He aquí lo que hace y hará hasta la muerte. Se viste a las siete y pasa luego a un tocador donde lo peinan. A las ocho hace sus oraciones; después oye misa, y concluida ésta, toma su chocolate y un enorme polvo de rapé que mete y revuelve en sus grandes narices durante unos cuantos minutos; este rapé es el único que se permite en todo el día.

"De nueve a once trabaja con sus ministros. Viene luego la comida, que dura tres cuartos de hora; come siempre solo. Luego hace una corta visita a la princesa, y a las doce en punto se mete en el coche y parte para la caza. A las siete toma un bocado en el sitio donde se encuentra y vuelve a las ocho tan cansado que se duerme antes de acostarse. De este modo sofoca sus deseos amorosos.

"Es un pobre hombre, mártir voluntario de sí mismo.

"Ha pensado en casarse en segundas nupcias, pero Adelaida de Francia, al ver su retrato, se espantó, negándose. Tanto le mortificó este rechazo que renunció al matrimonio. Sin embargo, ¡pobre de aquél que le propusiese una amante!"

Hablando de su carácter, don Domingo me dijo que los ministros hacían bien en hacer de él un personaje inaccesible, porque cuando, por sorpresa, alguien puede acercarse a él y pedirle una gracia, hace cuestión de honra el no rehusarla jamás, porque le parece que sólo entonces es rey.

—¿Es falsa entonces su reputación de hombre duro?

—Los reyes pocas veces tienen la reputación que merecen. Los más accesibles son casi siempre los menos generosos; porque, acosados por los importunos, cada vez que ven una cara nueva, lo primero que se les ocurre es negar lo que van a pedirle.

—Pues si Carlos III es inaccesible, no debe hallarse nunca en el caso de rehusar o conceder gracias.

—Se le encuentra sólo en la caza, donde generalmente está de buen humor. Su firmeza es su defecto capital, pues lo que quiere, lo quiere con obstinación, y no le desalientan los imposibles. Tiene para el infante, su hermano, las mayores consideraciones; no sabe negarle nada, aunque no abdica de su soberanía. Se cree que le concederá el permiso de contraer un matrimonio de

conciencia; pues teme que se condene, y aunque no le gustan los hijos ilegítimos, el infante tiene ya tres.

Había en Aranjuez una infinidad de personas que asediaban a los ministros para obtener empleos.

— Toda esa gente — me decía don Domingo — se volverá sin haber obtenido nada.

— ¿Piden lo imposible?

— No piden nada determinado. "¿Qué quiere?" les pregunta el ministro.

— "Lo que Su Excelencia crea que pueda convenirme.

— "¿Pero para qué sirve?"

— "No sé. Vuestra Excelencia puede examinar mis disposiciones y darme el empleo que mejor pueda desempeñar.

— "No tengo tiempo. Márchese".

Lo mismo sucede en todas partes. Carlos III murió loco; la reina de Portugal está loca; el rey de Inglaterra lo ha estado y hay personas que pretenden que todavía no ha curado totalmente.

Diríase que hay una epidemia real, lo cual no tiene nada de extraño, porque los reyes que quieren cumplir con su deber se ven en la obligación de trabajar demasiado.

.....

Fui con Ignacia y la prima suya, a ver una corrida de toros, espectáculo soberbio y bárbaro que hace las delicias de los españoles. Se ha escrito tanto sobre esas corridas, que no cansaré a mis lectores haciéndoles una descripción de la que vi. Sólo diré que es una barbarie que ha de perjudicar a las costumbres de una nación.

Las dos muchachas estaban sentadas en la primera fila de un palco, y yo detrás, en la segunda fila, algo más alta que la primera. Había ya dos señoras, y lo que me hizo reír fue la casualidad de que una de ellas era la duquesa de Villadorias. Estaba sentada delante de mí, de modo que su cabeza estaba casi entre mis pies.

Me conoció y se alegró por la casualidad que hacía que nos encontrásemos en las iglesias y las diversiones públicas; viendo luego a doña Ignacia que estaba a mi lado, me hizo en francés el elogio de su hermosura y me preguntó si era mi mujer o mi amante.

Le contesté que era una beldad por la cual suspiraba en vano. Se sonrió ella diciéndome que era muy incrédula en tal materia y volviéndose hacia la joven le dio varios consejos sobre el amor, considerándola tan sabia como ella. Terminada la corrida, como el día estaba hermoso, mi bella propuso que fuésemos al Prado, donde encontramos lo más elegante de Madrid.

Doña Ignacia, colgada de mi brazo parecía orgullosa de pasear conmigo lo que me colmaba de alegría. De pronto nos encontramos frente a frente con el embajador de Venecia y su favorito Manucci. Habían llegado de Aranjuez aquel mismo día, pero yo lo ignoraba, después de saludarnos con toda la cortesía de la educación española, el embajador me felicitó por la belleza de mi compañera. Doña Ignacia simuló no entenderlo, pero me apretó el brazo con esa delicadeza imperceptible que tan bien conocen las españolas.

Después de haber dado un corto paseo con nosotros, el señor de Moncenigo me dijo que esperaba que le daría el gusto de ir a comer con él al día siguiente y después de haberle contestado con una inclinación de cabeza a la francesa, nos separamos.

Al anochecer, después de haber tomado helados, regresamos a casa, y en el camino ciertos apretones de brazo me indicaron un cambio de actitud en Ignacia: pensé que me aguardaba la felicidad.

Encontramos al padre en el balcón. Después de haberme saludado afectuosamente, felicitó a la hija por su buen humor y por la alegría que mostraba, sin duda proporcionada por un caballero tan galante como yo.

Se quedó a comer con nosotros a mi pedido, y nos divirtió con cien anécdotas e historietas en las que desplegaba su ingenio. Pero de pronto el hombre me dijo antes de marcharse: amigo señor don Giacomo lo dejo para que disfrute de la frescura de la noche en el balcón con mi hija. Mucho celebro que la ame y le aseguro que sólo de usted dependerá ser mi yerno, cuando me haya puesto en antecedentes de poder decirle que estoy seguro de su nobleza.

Yo disimulé una sonrisa, y cuando hubo partido le dije a su hija:

—Si esto fuese posible, tendría asegurada mi felicidad, encantadora amiga mía; pero tienes que saber que en mi país sólo se llaman nobles a aquellos que tienen derecho a gobernar el Estado por nacimiento. Sería noble si hubiese nacido en España; pero no lo soy y tal como soy te adoro y espero que me hagas feliz.

—Sí amigo mío; enteramente feliz, pero yo quiero serlo contigo: ni una sola infidelidad.

—Palabra de honor, ni una sola.

—Ven, pues, corazón mío; cerremos el balcón.

—No; apaguemos las luces y quedémonos aquí un cuarto de hora. Pero dime, ¿a qué debo esta dicha que no me atrevía a esperar?

—Si dicha es, la debes a una tiranía que quería desesperarme. Dios es bueno, y no quiere, estoy segura, que yo sea mi propio verdugo. Cuando dije a mi confesor que me era imposible dejar de amarte, cómo me era imposible no cometer contigo ningún exceso de amor, me dijo que no podía tener esta confianza en mí, puesto que ya me había encontrado débil. Entonces quiso que le prometiese no volver a encontrarme contigo. "No os lo puedo prometer", le dije. Entonces se negó a darme la absolución.

"Sufrí esta afrenta por primera vez en mi vida, pero la soporté con una fuerza de ánimo que yo no hubiera sospechado en mí, y echándome en brazos de Dios, dije: Señor, hágase vuestra voluntad.

"Mientras oía misa tomé mi resolución, y mientras me ames, seré exclusivamente tuya. Cuando te vayas de España, por mi desdicha, buscaré otro confesor. Lo que me consuela es que mi conciencia está tranquila. Mi prima, a quien se lo conté todo, no vuelve de su sorpresa; pero es corta de alcances. No sabe que mi pasión por tí no es más que el extravío de un momento.

Después de estas palabras, que hubieran destruido todos mis escrúpulos, si los hubiese tenido, la conduje a mi cuarto, y por la mañana, cuando la dejé, estaba más enamorado que nunca.

.....

Una indiscreción que cometí y de la cual me acuso y aún me arrepiento, cambió de pronto mi situación. Dije a un aventurero liejano, llamado el barón de Fraiture, que Manucci usaba títulos y condición falsos.

El barón vendió el secreto a Manucci, y esto bastó para que mi mayor amigo se convirtiese en mi enemigo más implacable. Inmediatamente me fueron cerradas las puertas de muchas casas donde era recibido el embajador de Venecia.

— ¿Qué ha hecho a su embajador? —me preguntó el conde de Aranda en una entrevista a la que acudí cuando me llamó.

—Directamente nada, pero con una torpeza inexcusable herí el amor propio de su amigo Manucci. Hice una confidencia indiscreta, sin intención de perjudicarlo, a un infeliz que ha cometido la deslealtad de vendérsela por cien pistolas. Manucci, irritado, ha lanzado contra mí al hombre que lo idolatra y de quien él hace lo que quiere.

—Ha hecho mal, pero lo hecho hecho está. Siento que lo haya perjudicado con esa imprudencia, porque ya no puede esperar que su proyecto se realice. Al tratar de ubicarlo, el rey pediría informes al embajador de Venecia.

—Lo comprendo; ¿pero debo partir?

—No. Puede quedarse en Madrid, viviendo como hasta aquí, sin obtener nada.

Esta desgracia y el agotamiento de mis recursos me hicieron tomar la resolución de irme de Madrid. Pasé mis últimos días, con Ignacia, deliciosas horas de placer, pero envenenado por la pena de la inmediata separación.

Libros Tauro

<http://www.LibrosTauro.com.ar>